

# **DOMECQ: De Castelar a Paris**

**(Basada en hechos reales)**



**Jorge Colonna**

## DOMECQ: de Castelar a París

### I. De Castelar a París

—Cuando explotó la bomba *cazabobos* se desató un incendio generalizado y quedamos a merced de las llamas. El depósito donde estaba oculto el Renoir robado del Museo de Bellas Artes se convirtió en un verdadero infierno. Mi amigo Bruno murió asfixiado por el humo y la comisaria Aberanda quedó gravemente desfigurada por el fuego —comenzó Domecq con la voz quebrada por la emoción—. Pero el Destino quiso que yo sobreviviera para cobrar la recompensa y venir a conocer París.

—*Desolée...* —susurró Anouk, al no encontrar la palabra adecuada en español para consolarlo.

Tras un incómodo silencio, la elegante anfitriona cambió de tema.

— ¿Cómo está tu amiga comisaria?

—Sueña con vengarse —confesó apesadumbrado.

Sorprendida por la contundente respuesta, preguntó:

— ¿Y su salud?

—Sigue complicada, de cirugía en cirugía, esperando un nuevo tratamiento reparador —respondió el jubilado con voz queda.

Viendo que Domecq se emocionaba, la francesa de ojos color ámbar susurró: — ¿Y tú, cómo estás *mon ami*?

—Angustiado. Por ayudarme, uno de mis amigos murió y otra sufrió tremendas quemaduras. Yo sobreviví pero no estoy agradecido. Vivo cuestionándome. ¿Por qué Bruno y no yo? Siento que no tengo derecho a estar acá.

— ¿Has buscado ayuda?

—Sí. Dicen que puede ser el síndrome de culpa del sobreviviente. Por eso insistieron en que aceptara tu propuesta y viniera a Francia.

—Conozco gente que ha superado traumas tremendos y sentimientos de culpa. Mi abuela, que sobrevivió al nazismo, logró darle un nuevo sentido a la vida —intentó animarlo.

Mientras Domecq permanecía en silencio, Anouk le hizo una propuesta — ¿Por qué no te mudas a nuestra habitación de huéspedes?

—Gracias, pero necesito estar solo para ordenar mis ideas, y el dinero de la recompensa del Renoir me lo permite —contestó el veterano detective de Castelar.

— ¿Y se puede saber dónde te has alojado?

—En un *Bed & Breakfast* de Montmartre.

— ¿Bien ubicado?

—Está en una callejuela angosta y empinada, en pleno barrio de pintores, rodeado de burdeles y cabarets. La habitación está en la mansarda, es pequeña pero con vista a las cúpulas del *Sacre Coeur*.

—Suenan encantador, siempre y cuando tenga calefacción y agua caliente a toda hora —bromeó la cautivante Anouk.

Una vez que logró hacer sonreír al jubilado, ella le hizo otra pregunta: — ¿Qué has podido conocer de París en estos pocos días?

—Como admirador de Cortázar, descargué en mi celular la aplicación que te guía por los lugares donde él o sus personajes deambulaban por París. Así, recorrí los puestos de libros de los *bouquinistes* junto al Sena, hasta la plazoleta de la *Académie*

*Française* frente al *Pont des Arts*, donde comienza su novela

“Rayuela” —explicó él y luego preguntó— ¿La leíste?

—No, pero recuerdo “*Maison occupée*” ¿Cómo es en español?

—“Casa tomada”. Un cuento excelente. Otro de sus cuentos famosos, “El otro cielo”, transcurre en la *Galerie Vivienne*, que también visité. Tengo pendiente recorrer los cafés, empezando por el “*Old Navy*” donde Cortázar solía escribir.

El momento de distensión fue aprovechado por la aristócrata francesa para solicitar información sobre la búsqueda de un cuadro perteneciente a su bisabuelo, que fuera requisado por los nazis.

—Me gustaría saber en qué punto está tu investigación sobre el Matisse de mi familia.

— ¿Leíste mis *WhatsApp*? —preguntó sorprendido.

—Por supuesto. He leído todos tus escuetos mensajes de texto, con abreviaturas en español, pero no he comprendido todo. Es por eso que me gustaría escuchar un “*résumé*” —respondió con énfasis.

—Lo positivo es que, tal como sospechabas, algunos de los cuadros confiscados de la galería Paúl Rosenberg llegaron ilegalmente a Argentina y es posible que entre ellos hubiera estado el Matisse que estás buscando. Sin embargo, con el incendio de la Galería Wildestein perdimos la única pista firme que teníamos. Por lo tanto, tenemos que recomenzar desde cero.

Ante el largo silencio de Anouk, el visitante aprovechó para preguntar: — ¿A quién estamos esperando?

— ¡*Oh, pardon, mon ami!* Su nombre es Rocío Valland y la cité a las 15 hs. Es una Licenciada en Historia del arte, que tiene

experiencia en la recuperación de cuadros desaparecidos y acaba de incorporarse a la Fundación Rosenberg. Te va a encantar, pertenece a esa estirpe en vías de extinción, que llamamos “*connaisseurs*”.

Alguien, dotado de buen gusto, capaz de reconocer la belleza y disfrutar el placer de observar una obra de arte.

— ¡Genial!

—Sí. Además, es una investigadora muy bien relacionada, sabe dónde hay que buscar y a quién preguntar. Creo que pueden formar un buen equipo...

Anouk no pudo continuar porque fue interrumpida por su empleada -una muchacha de tez morena, con prolijas trencitas africanas y vestida con uniforme de color pastel-, quien ingresó al salón acompañada por una mujer de singular belleza. Aparentaba tener unos cincuenta años, como Anouk. Era delgada y elegante, de cabello oscuro y ojos negros de mirada intensa.

— ¡Hola, Rocío! ¿Cómo estás? —y sin esperar respuesta, Anouk continuó—. Quisiera presentarte al señor Domecq, el detective argentino que te mencioné.

— ¡Hola! —dijo la mujer mientras esbozaba una luminosa sonrisa.

—Encantado —respondió él con una leve inclinación mientras alisaba sus cabellos grises.

Una vez que se ubicaron en los elegantes sillones del salón de lectura, Anouk comenzó a explicar.

—Aprovechando que Domecq está en París, les propuse esta reunión porque a los tres nos interesa la recuperación de obras de arte incautadas por el régimen nazi. Nosotras lo llevamos en la sangre —

dijo mirando a Rocío—. Tú eres descendiente de Rose Valland, la heroína que todos conocemos. Yo pertenezco a una familia víctima del expolio, y tú -querido amigo- estás ayudándome a encontrar una de las pinturas que nos quitaron —concluyó, mirando al visitante.

Al percibir una señal de Anouk, su empleada regresó con una bandeja que contenía una jarra de agua helada, tres vasos con hielo y otros recipientes. Dejó todo sobre una mesa baja y se retiró.

— ¿Conoces el *Citron Pressé*? —le preguntó la dueña de casa a Domecq.

— ¿Algún tipo de limonada? —arriesgó él.

—Sí, pero a tu propio gusto. En lugar de llegar preparada, cada uno decide cuánto pone de agua, limón exprimido, hielo y azúcar.

Luego de improvisar las proporciones, por prueba y error, el visitante logró una combinación que le satisfizo.

—Muy rico —dijo él.

Mientras Rocío mezclaba los ingredientes de su propio limón prensado, Anouk retomó el tema central.

—Hace unos meses, nuestra Fundación contrató a Domecq para buscar en Argentina un Matisse que nos arrebataron los nazis. Y ahora incorporamos a Rocío, autora de una excelente investigación sobre el tráfico de obras de arte a través de los Pirineos, para que se sume a esa búsqueda que tiene una enorme connotación personal y familiar. Mi bisabuelo Paul Rosenberg logró que su esposa e hijos fueran retratados por grandes pintores como Picasso y Matisse. Este último pintó a mi bisabuela con una hermosa bebé en brazos. Se trataba de mi abuela Nanette, quien me crió desde pequeña, cuando perdí a mis padres. Ese cuadro desapareció antes que yo naciera y

sueño con tenerlo en mis manos. Si bien hay mucha información publicada, ya dispuse que ustedes tengan acceso ilimitado a los registros y archivos personales de toda mi familia.

—Perdón, pero ¿por qué habéis buscado ese Matisse en Argentina? —preguntó Rocío.

—Mi bisabuelo estuvo asociado con el marchand Georges Wildestein, hasta que -durante la ocupación de Francia- descubrió que su socio traficaba obras expropiadas a coleccionistas judíos. Como Wildestein tenía una sucursal en Buenos Aires, en la que vendía cuadros traídos de Europa, decidí contratar a un detective local —respondió Anouk, y concluyó—. Cuando se incendió el edificio Wildestein se esfumó una de nuestras pistas, pero -por suerte- no era la única. Ahora mi prioridad es la ruta de los Pirineos.

— ¿Pirineos? —preguntó Domecq.

—Sí. La diáspora de obras de arte saqueadas, desde Francia a España, fue tan grande que es posible que entre esos miles de cuadros hubiera estado el Matisse que buscamos. Por eso, quiero que trabajen en equipo y lo rastreen.

—Como nací en Irún, tal vez yo pueda aportar algo adicional— intervino Rocío, con una simpática entonación vasca.

—*C'est super* —opinó Anouk y agregó—. Si me disculpan, tengo que asistir a una reunión y volveré tarde, pero los espero mañana para la cena. Les sugiero pasar a la biblioteca que es un lugar ideal para trabajar cómodos y se encuentra en el ambiente contiguo. Recuerden que tanto mi asistente como el resto del personal quedan a vuestra disposición, ya sea para la merienda o para lo que ustedes prefieran.

Una vez que Anouk se retiró, Rocío y Domecq se trasladaron a la biblioteca. Al ingresar, se encontraron inmersos en la maravillosa luz que se filtraba a través de antiguos *vitraux*. Todo el ambiente era una obra de arte, propia de la refinada dinastía Rosenberg. En el exquisito diseño interior se destacaba el mobiliario, las pinturas y la *boiserie* que cubría las paredes con paneles de la misma madera noble utilizada en puertas, ventanas, estantes, escaleras y balaustradas.

Ya sentados en un cuidado escritorio, frente a frente, Domecq —con su mejor sonrisa— preguntó:

— ¿Quién empieza?

— ¿Tú? —sugirió ella, sonriendo.

—De acuerdo. Cuando la Fundación Rosenberg me contrató para buscar ese Matisse, comencé por estudiar la bibliografía específica. Mi siguiente paso fue acceder a las bases de datos especializadas como la de Interpol. Allí encontré la pista de la galería Wildestein y profundicé la investigación en Buenos Aires hasta descubrir un depósito en Castelar. Desgraciadamente, un incendio destruyó el depósito y su contenido. En conclusión, tengo que volver a empezar y Anouk considera que podés ayudarme a mejorar el enfoque de mi investigación —dijo Domecq.

—Con respecto a los libros, si bien hay algunos especializados en ese tema, creo que apenas muestran la punta del iceberg. El mérito de esos autores consistió en difundir información hasta entonces no publicada, pero que estaba disponible en registros confiables, como los miles de folios de los Juicios de Nuremberg. Por lo tanto, son buenos como divulgación pero yo no los consideraría libros de investigación —explicó Rocío—. Si ya has leído algún buen libro sobre

este tema, no creo que otro pueda aportarte demasiado —concluyó.

— ¿Entonces? —preguntó él.

—Hay que desentrañar una maraña de infinitos datos dispersos en documentación fragmentaria, ambigua, imprecisa y contradictoria, procedente de testigos no siempre fiables, que suelen repetir algo que escucharon hace mucho tiempo.

— ¿Entonces, qué? —insistió Domecq esperando una respuesta menos académica y más práctica.

— *¡Pazientzia!*—respondió en Euskera.

## II. Jeu de Paume

Rodeados de los valiosos ejemplares atesorados en los anaqueles de la biblioteca, Rocío y Domecq analizaban las consecuencias del saqueo llevado a cabo durante la ocupación alemana.

—El expolio o incautación de obras de arte durante el Tercer Reich consistió en el robo sistemático de miles de pinturas, esculturas, tapices y una infinidad de documentos importantes, como el mismísimo original del Tratado de Versailles —comenzó Rocío—. En París, luego del saqueo a museos, galerías y colecciones privadas, las obras de arte se remitían al Museo *Jeu de Paume* donde eran clasificadas en dos grupos: las importantes y el resto, que podía ser usado para trueques o destruirse. Una vez separadas las principales, había que esperar que Hitler y Goering eligieran pinturas para su colección personal. Las restantes obras preseleccionadas se enviaban a Alemania, con destino a Linz (Austria), donde el Führer quería construir el mejor museo del mundo —concluyó.

—Yo tenía idea de esa operatoria y desde Buenos Aires logré ingresar a la base de datos del *Jeu de Paume* —acotó Domecq.

— ¡Pero qué bien! —lo elogió ella.

—No es para tanto. Superé la barrera tecnológica pero no la lingüística.

—*Votre niveau de français n'est pas bon?* —preguntó ella.

— ¡¿Lo qué?! —exclamó él, arqueando las cejas, y su burda reacción generó risas compartidas.

—Vale —recurrió a su muletilla antes de continuar—. Los

saqueos no fueron un objetivo, sino una herramienta para concretar el sueño imperial de Hitler: Alemania era la nueva potencia hegemónica y merecía adueñarse del mejor patrimonio artístico de Europa. Para concretar ese sueño, orquestaron un robo sistemático.

—Leí bastante sobre eso, pero siempre tropezando con la barrera lingüística.

—No tienes que preocuparte. Los vascos somos mitad españoles y mitad franceses, de modo que puedo ayudarte con el idioma.

—Si te parece, en compensación, puedo enseñarte a bailar tango—propuso Domecq, imaginándola en sus brazos.

—Trato hecho —respondió sorprendida—. ¿Cómo ha sido tu experiencia con la web del *Jeu de Paume*? —preguntó, volviendo al tema central.

—Gracias al traductor automático, en cuanto ingresé a la base de datos del museo descubrí un título muy sugerente: “*El misterio de las obras de arte requisadas por el Estado nazi y nunca recuperadas*”.

— ¿Tu te refieres a un trabajo patrocinado por la comunidad judía?—preguntó la morocha de mirada penetrante.

— ¡Exacto! ¿Lo conocés?

—De nombre. Es nuevo y todavía no lo he consultado—respondió la española.

—Según la introducción, contiene un registro con miles de obras de arte robadas en Europa por los miembros del ERR (Ente de Recuperación Rápida).

—El maldito ERR dependía directamente de Hitler y se va a cruzar una y otra vez en nuestra investigación, porque era la agencia

alemana encargada de apropiarse de todo lo relacionado con el arte —agregó ella con firmeza.

—Por lo que entendí, ese trabajo intenta vincular el domicilio donde la obra fue incautada con su posterior registro en el catálogo que los especialistas nazis realizaban en el *Jeu de Paume* —explicó Domecq y agregó—. Además, parece que los listados incluyen algunas fotografías originales tomadas por el ERR.

— ¿Acaso ese software permite buscar una pintura específica, en base al título de la obra y el nombre del propietario víctima del despojo? —se interesó Rocío.

—Supuestamente. Pero yo lo intenté y la respuesta fue un largo texto en francés técnico que no pude entender—reconoció.

— ¡Hombre! Que somos equipo. Ven, vamos a intentarlo juntos —dijo ella y puso su portátil sobre la impecable superficie de la mesa—. Pásame el link.

—Acá lo tengo: <http://www.errprojet.org/jeudepaume> —dictó Domecq.

Pocos segundos después, Rocío comenzó a traducir lo que aparecía en pantalla:

—“*El objetivo de este proyecto es crear una lista de los objetos culturales saqueados por los nazis y su recorrido desde el momento de su expoliación hasta el presente. La metodología consiste en aprovechar los inventarios de confiscación de la ERR y seguir el rastro de esas obras*”.

— ¡Justo lo que necesitamos! —exclamó Domecq.

—Tú no cantes victoria antes de ver la nota al pie —lo frenó Rocío—. Aquí dice que se trata de un proyecto de largo aliento y que

recién están comenzando a cargar los datos.

—Por favor, intentá con el apellido Rosenberg, así nos sacamos las dudas —propuso el ansioso detective de Castelar.

La licenciada Valland le hizo caso y, para sorpresa de ambos, el sistema encontró 486 coincidencias. La primera era una pintura firmada por Laurencin, con el título “*The chimney*”, incautada de la Galería Rosenberg de París y ya recuperada.

Entusiasmado, Domecq sugirió perfeccionar el intento.

—Buscá “paul rosenberg+matisse” —insistió.

Ella accedió y, apenas terminó de tipiar, leyó la respuesta.

— ¡56! Encontramos 56 obras de Matisse vinculadas a Paul Rosenberg. ¡Choca esos cinco! ¿Vale? —propuso Rocío, extendiendo su mano en una reacción adolescente.

—Algo no está bien. Estamos en Francia, festejando sin Champagne —bromeó Domecq alentado por el éxito.

—No creo que Anouk haya previsto ese brindis —dijo Rocío.

—Entonces, brindamos a la salida —sugirió él y se sorprendió al oír lo que acaba de decir.

Con una enigmática sonrisa, que parecía anticipar su aceptación, ella aportó un toque de realismo.

—Primero deberíamos confirmar que entre esos cuadros de Matisse está el que busca Anouk.

A partir de ese momento, la licenciada y el detective, dedicaron un par de intensas horas a revisar el listado. En contra de lo esperado, esta tarea fue sumamente compleja. Pocas obras contaban con su respaldo fotográfico, y en caso de tenerlo eran fotos de calidad dispar, con ochenta años de antigüedad. Además, muchas pinturas no

contaban con las principales especificaciones (tamaño, título, fecha, etc.) y lo peor era que todas las descripciones y comentarios estaban en alemán, idioma ajeno a ambos, y los obligaba a depender del traductor automático.

—A pesar de que hemos avanzado mucho, todavía no sabemos cuán cerca o lejos estamos de ese Matisse con una mujer y un crío en su regazo —comenzó Rocío, mientras Domecq la miraba pensando en el brindis—. Como estuvimos trabajando en una base de datos recién creada y que se alimenta día a día, con información que previamente debe ser confirmada por expertos, sería posible que el dato que buscamos y todavía no está “en línea” pueda estarlo en los próximos días, luego de pasar por la etapa de revisión y confirmación. En consecuencia, sugiero que nos acerquemos al *Jeu de Paume*. Si te parece bien, como yo trabajé en ese museo y conservo buenos contactos, puedo hacer la gestión para que mañana nos reciban.

—De acuerdo, pero ¿y el brindis? —preguntó Domecq sin pensar en la brecha etaria que los separaba.

—A falta de champagne, bueno es un café. Y difícilmente exista otra ciudad con tantos cafés famosos —propuso ella y avanzó más—. De este lado del Sena está el *Café de la Paix*.

—Allá vamos —determinó él, levantándose para sostener la silla de la dama y ayudarla a ponerse pie.

Aquella tarde invernal, con gorro de lana y emponchado hasta cubrir la nariz y las orejas, con los gruesos cristales de sus anteojos empañados, Domecq caminaba por París junto a una hermosa mujer, mucho menos abrigada. Luego de un breve paseo por el distrito de los teatros, Rocío y Domecq llegaron a la esquina de *Boulevard des*

*Capucines* y *Place de l'Opéra* e ingresaron al famoso *Café de la Paix*.

Mientras buscaban una mesa libre, el viudo recordó a su querida Leonor. Ella solía mencionar su sueño de visitar ese famoso lugar de reunión de intelectuales, artistas, políticos y escritores, como Maupassant, Victor Hugo, Zola y Hemingway.

Como él parecía distraído, Rocío lo alertó.

—Pidamos solo café. Ya estamos en horario de cena y el menú promedio supera los cien Euros.

Domecq agradeció la sugerencia y valoró muy especialmente a esa mujer que le cuidaba el bolsillo.

—Has sido muy amable aceptando venir a este café, que no era el más cercano —reconoció Rocío.

— ¿Es tu preferido?

— ¡Qué sí! Aunque, en realidad era el lugar preferido de mi ídolo, Rose Valland.

— ¿Cuál era el parentesco?

—Ella era prima de mi abuelo, y yo la admiraba por ser el único miembro de mi familia galardonado con la Legión de Honor — respondió Rocío con una sonrisa cómplice.

— ¿Cuándo se incorporó al *Jeu de Paume*? —se interesó Domecq.

—Al momento de la ocupación de París ella era curadora de ese museo. Poco después la ERR se instaló allí y comenzaron a llegar camiones cargados con las obras de arte arrebatadas a los judíos. Como Rose era una buena profesional, callada y tímida logró conservar su trabajo. Ocultando sus conocimientos del idioma alemán, comenzó a registrar las obras incautadas y a pasarle datos a la

resistencia francesa para que pudieran interceptar los trenes que iban hacia Alemania y recuperar obras robadas.

— ¿Nunca la descubrieron?

—No. Fue la espía perfecta. Su imagen inocente era el mejor camuflaje. Sobrevivió a la guerra y colaboró en la recuperación de miles de obras expoliadas. Tuvo un final feliz. Se escribieron varios libros sobre su hazaña y hasta un par de películas, la última la protagonizaron George Clooney y Cate Blanchet —comentó con orgullo.

— ¿Tenés recuerdos con ella? —preguntó Domecq.

—No. Cuando Rose murió yo tenía once años y en sus últimos tiempos nos visitaba poco.

Luego de un breve silencio, Domecq cambió de tema y, mirándola a los ojos, se animó a avanzar en un tema personal.

—Así que naciste en Irún.

Tras un instante de duda, en tono cordial pero sin mucho énfasis, ella respondió:

—Vale. Nací en el País Vasco, hija de padre francés y madre española. Tuve una infancia como cualquier otra, excepto por el contacto con la montaña. Estudié en Vizcaya y cuando fui admitida en la Escuela de Bellas Artes de París, me mudé a Francia. Me casé con un estudiante africano, me gradué y me divorcié. Fui asistente del curador del Museo *Jeu de Paume*, hasta que me contrató la Fundación Rosenberg.

—Un radical cambio de trabajo —opinó Domecq, atento a cada palabra de la atractiva española.

—Mira. Lo que tú llamas cambio radical solo es válido en materia

de recursos. El trabajo profesional es similar, pero el museo depende del presupuesto estatal. En cambio, la Fundación Rosenberg actúa como un verdadero mecenas de investigadores y Anouk es una jefa involucrada personalmente en la recuperación de las obras desaparecidas. Punto, ahora te toca a ti —dijo en un tono que dejaba en claro que no quería dar más detalles de su vida.

### III. Venganza

En plena juventud, condenada a una sucesión de cirugías para reparar el daño causado por la explosión y el fuego, Anahí Aberanda estaba sumida en la introspección y el pesimismo. Atormentada por preguntas sin respuestas, se hundía en una crisis existencial.

Luego de varias semanas postrada, primero en el Instituto del Quemado y luego en su casa, quiso el azar que comenzara a releer los mensajes acumulados en su celular durante los meses previos al accidente. Sin proponérselo, la relectura de aquel apretado intercambio de mensajes tuvo un efecto catártico similar a la revisión de un diario personal. La dura contraposición entre las interminables jornadas consagradas a su profesión de comisaria y el escaso tiempo dedicado a sus hijos, la hicieron reflexionar sobre la necesidad de un cambio profundo para reasumir su indelegable y maravillosa responsabilidad de ser madre.

Pero eso no era todo, sólo se trataba de una cara de la moneda, porque por nada ni nadie renunciaría a la venganza. Su resentimiento, contra quienes le habían causado ese daño irreparable, era tan grande que no encontraría paz hasta lograr hacer justicia.

Cuando comenzó a revisar los mensajes que todavía no había podido leer, entre muchos otros, encontró uno de su amigo Domecq. Como a primera vista le pareció extenso y confuso, decidió leerlo despacio, palabra por palabra.

«Domecq:

*Querida Anahí, respeto tu decisión de no hablar de tu salud. Te escribo para decirte que International Art Recovery reconoció que debe pagarme la mitad de la recompensa. Una decisión salomónica porque logré encontrar el Renoir,*

*pero se dañó en el incendio del depósito de Castelar. Por suerte, gané lo suficiente como para poder ayudarte con tus gastos médicos y hacer un viajecito a París. Seguimos en contacto».*

*«Nota: Ahora que tengo todos los datos puedo contarte la historia completa. Cuando cuatro de las pinturas que la “Triple A” había robado al MNBA iban a ser canjeadas por armas, el traficante taiwanés pidió un peritaje a cargo de los expertos de Christie’s. Inesperadamente, uno de los cuadros –el “Gabrielle et Coco”, atribuido a Renoir– fue rechazado por falso. De las cuatro pinturas acordadas el taiwanés solo recibió tres, la cuarta permaneció acá. Yo no tengo idea de los entretelones. No sé cuándo, ni quién sustituyó el Renoir original por una copia falsificada. Unos piensan que los paramilitares que robaron el cuadro lo reemplazaron por una copia al momento del trueque. Otra teoría apunta al MNBA y se los acusa de haber tenido en exposición una versión falsa de esa pintura de Renoir. Lo cierto era que, tras años de reclamos, el empresario taiwanés continuaba con las manos vacías, sin las armas, sin el cuadro original y sin compensación económica. Finalmente, Ximena Barrantes, de International Art Recovery, tuvo una idea tan insólita como brillante, consistente en destruir “a la vista de todos” el polémico Renoir, supuestamente falso. De esta forma, el proveedor de armas –que había cumplido su parte– pudo negociar con la aseguradora y cobrar millones de dólares. Como este final feliz no hubiera sido posible sin la extraordinaria maniobra de Ximena Barrantes, el empresario de Taiwan la premió con una merecida recompensa, y yo cobré mi parte».*

Tironeada por pensamientos contrapuestos y sentimientos encontrados, Anahí, releyó un par de veces el mensaje de Domecq.

Ella valoraba la generosidad de su amigo, pero dudaba de la legitimidad de la recompensa que había cobrado. Al menos, estaba segura de que el resultado final no tenía nada que ver con la Justicia. Los indeseables habían ganado. Los ladrones del museo, los traficantes de armas, los falsificadores de cuadros y los intermediarios, seguían impunes y, además, habían cobrado fortunas. Entre ellos estaba Domecq, quien había atravesado las llamas sin quemarse y ahora disfrutaba su recompensa en París.

A pesar de su estado de confusión, Anahí logró formularse una pregunta tan interesante como pertinente: « ¿Dónde está el “*Gabrielle et Coco*” original, que no se quemó en el depósito de Castelar? ».

Entonces, en una mezcla de curiosidad y necesidad de motorizar su venganza, Aberanda le envió un mensaje al juez de Morón a cargo de la causa por explosión e incendio del depósito de Merlo al 2300.

*« Comisaria Aberanda:*

*Buen día doctor, por favor informar la nueva dirección de Magister».*

*«Juez Draco:*

*Hola comisaria: el caso está cerrado».*

Furiosa por la obvia respuesta, la comisaria no valoró la actitud del juez, quien había evitado enrostrarle que ella estaba de licencia indefinida y no tenía derecho a seguir molestándolo.

Peleada con el mundo y consigo misma, Anahí Aberanda se negaba a aceptar el nuevo “*statu quo*”. Se sentía en un estado de zozobra, presa de una alarmante confusión mental.

## §

Por su parte, a pesar de estar en Francia, Domecq seguía consultando la web de *Castelar Digital*, el medio periodístico con el

que solía colaborar como *free lance*. Fue así como se enteró del atentado contra su amiga Anahí.

## CASTELAR DIGITAL

### Atentado en Castelar

De acuerdo con fuentes judiciales, el nuevo ataque vandálico con bombas incendiarias no habría sido al azar.

El viernes pasado, poco antes de la medianoche, al escuchar una explosión, Anahí Aberanda se asomó a la ventana de su departamento y miró hacia la vereda de enfrente, donde estaba estacionado su sedan tres puertas. Mientras un olor acre invadía el lugar, la mujer descubrió que los remolinos de fuego y humo negro se elevaban desde su pequeño Gol, color blanco. Un rato después, cuando las sirenas y las luces giratorias indicaron la llegada de la autobomba, el vehículo incendiado ya estaba totalmente destruido.

A pesar del secreto del sumario, nuestra redacción puede confirmar que la propietaria del auto vandalizado es comisaria de la policía bonaerense.

Leandro Fernández Vivas

Periodista

Preocupado por la noticia, e intuyendo que en Castelar Digital sabían más que lo publicado, el detective Domecq le envió un *WhatsApp* al director de ese medio de comunicación.

La respuesta no tardó en llegar:

«*Gabriel Colonna/CD:*

*Hola. Coincido con tu preocupación. Primero pensamos que era obra de alguna de las barritas de quemacoches que se divierten rociando alcohol*

*sobre la carrocería de autos estacionados y arrojando un fósforo. Pero en este caso los bomberos descubrieron otro modus operandi. Los vándalos tiraron una bomba molotov que produjo una explosión seguida de incendio. Además, los agresores pintaron las siglas “AAA”. Abrazos».*

Cuando Domecq leyó “AAA” sintió un escalofrío, porque se trataba del grupo paramilitar que había colocado la bomba incendiaria que provocó una tragedia durante el allanamiento al depósito de Castelar. Además, lo llamativo era que pese a estar con licencia médica Aberanda seguía siendo atacada.

Domecq estaba sinceramente preocupado por Anahí, porque ella era mucho más que su mejor amiga. A pesar de la diferencia de edad, la consideraba su ángel de la guarda, una mezcla de guía y mentora. Varios años atrás, en plena crisis económica, cuando fue despedido del diario donde había trabajado durante tres décadas, Domecq cubrió un caso policial y redactó una crónica con la esperanza de que fuera publicada por algún medio. En esas circunstancias conoció a la comisaria Anahí Aberanda, quien supo valorarlo y lo contactó con *Castelar Digital*. Tiempo después, se postuló para buscar un Renoir robado y –con la ayuda de Anahí– se hizo acreedor a una importante recompensa. Toda esta sucesión de eventos afortunados, se habían disparado a partir del momento en que Anahí Aberanda ingresó a su vida. Ahora ella estaba en peligro y a pesar de la distancia que los separaba él debía ayudarla. Entonces, sin demora, Domecq le hizo llegar su solidaridad y le ofreció su apoyo.

A la mañana siguiente, mientras el veterano detective de Castelar contemplaba techos y cúpulas desde la ventana de su habitación en Montmartre, consultó su celular y encontró la respuesta:

«Aberanda:

*Lamento q desperdices tu tiempo en París x culpa de una amenaza. No creo q sea algo serio pero me curé en salud y mandé a los chicos con mi mamá. Yo voy a seguir acá esperando q el Juez me pase alguna data».*

Más preocupado que antes de leer el *WhatsApp* de Anahí, respondió de inmediato:

«Domecq:

*Ojo, no te metas con los milicos, sabés que son muy peligrosos».*

Los temores estaban justificados. Al colaborar con Domecq en la recuperación de un cuadro robado por un grupo paramilitar, la comisaria Aberanda había sido víctima de la explosión de una bomba que la desfiguró gravemente. Ahora, inducida por la obsesión de venganza, había emprendido la arriesgada búsqueda de quienes casi la queman viva.

Mientras esperaba la respuesta de Anahí, Domecq comenzó a pensar en la reunión acordada con Rocío, para esa misma mañana, en el *Jeu de Paume*. Como era su primera estadía en París y todavía no había visitado ese museo, buscó información en Internet, para no ir tan “a poncho”.

Según la propia web de la institución, el edificio estaba ubicado en la esquina norte de los Jardines de las Tullerías. Había sido construido durante el reinado de Napoleón III y diseñado para el juego de pelota con una palma, precursora de la raqueta del tenis.

Tal como había explicado Rocío, el sitio web informaba que el edificio del *Jeu de Paume* fue utilizado como casa de clasificación

nazi, para almacenar el botín saqueado por el grupo de tareas ERR, principalmente las obras maestras provenientes de las colecciones de familias judías francesas como Rothschild, David-Weill, Bernheims y Rosenberg.

Un capítulo aparte merecía el arte moderno, o no germánico, considerado degenerado por los nazis. Como estas pinturas tenían prohibido legalmente entrar en Alemania, fueron vendidas a cambio de moneda extranjera para financiar la guerra.

Al llegar a este punto, Domecq tuvo la sensación de que había descubierto algo que merecía ser comentado con Rocío. Dado que las obras de Matisse eran consideradas “arte degenerado” y no podían ser trasladadas a Alemania, debieron quedar en Francia. Por lo tanto, dada la meticulosidad alemana, debería haber existido un registro de esas pinturas. Encontrar los inventarios podría ser una excelente pista que los acercara al Matisse, que buscaba Anouk.

#### IV. Rose Valland

Esa misma mañana, en vez de tomar el Metro, Domecq decidió hacer todo el recorrido a pie y pasar por los lugares que su inolvidable Leonor soñaba conocer. Salió de Montmartre y recién se detuvo frente al Palacio de la Ópera, también llamada *Ópera Garnier* en honor al arquitecto que la diseñó. Una vez que comprobó los horarios de las visitas guiadas para volver con más tiempo, retomó la caminata hasta la *Place Vendôme* donde pudo observar la columna erigida por orden de Napoleón para celebrar su victoria en la batalla de Austerlitz. Por último, continuó hasta la *Place de la Concorde*, donde se encontró con Rocío. Luego de comentar el riguroso invierno parisino, juntos ingresaron a la galería *Jeu de Paume*, actualmente consagrada a la fotografía y a las nuevas tecnologías. En el hall central, Rocío se detuvo y le mostró a Domecq una placa en honor a Rose Valland, la prima de su abuelo que había permitido recuperar miles de pinturas saqueadas.

Mientras el sonido de sus pisadas retumbaba en el largo pasillo de mármol, Domecq le preguntó sobre la posible existencia de un registro de las ventas de arte degenerado realizadas durante la ocupación nazi.

—Mira. Sabemos que a los alemanes se les daba por controlar y anotar casi todo, por lo tanto es muy probable que hubiera existido algún registro de ese tipo. Por desgracia, no hay indicios de que hubiese llegado hasta nuestros días.

— ¡Qué bronca! Podría haber sido de gran ayuda —se lamentó, Domecq, frunciendo el ceño y dejando caer los hombros.

— ¡Qué jatorra eres, hostia! —exclamó ella—. Vamos,

hombre, que no será éste ni el primer ni el último tropiezo ¿vale? —lo criticó—. Tienes que asumir que estamos ante un desafío inabarcable. El Tercer Reich no solamente quiso apoderarse del territorio europeo sino también de todo el arte que pudiera robar y saquear, ya fuera de particulares, galerías o museos. Pero, si miras a tu alrededor, comprenderás que tenemos la suerte de estar en el mismísimo *Jeu de Paume*, por donde pasaron casi todas las obras de arte recién expoliadas.

—Eso ya lo sé... —interrumpió Domecq sin poder disimular su molestia.

—Que sí, pero todavía no he finalizado —lo cortó ella, con incesaria firmeza—. El asunto se complica porque muchas de las pinturas que quedaron en París no lograron ser vendidas. Especialmente, miles de telas de arte moderno, considerado degenerado, incluidas obras de Picasso, Braque, Matisse y Dalí, que fueron quemadas aquí mismo, en un acto de vandalismo sin igual.

—Peor que peor. El Matisse de Anouk podría haber terminado en la hoguera —agregó Domecq con el rostro demudado.

—Vaya, vaya, resultaste ser un tío quejoso —siguió cargando las tintas.

Cuando Domecq iba a responder, la conversación se interrumpió, porque acababan de llegar a la oficina que había utilizado Rocío cuando trabajaba en ese museo.

Su ex asistente los recibió en la puerta y, después de un cordial saludo, le confirmó que el escritorio y la computadora estaban disponibles hasta el mediodía. Además, con innegable orgullo, comunicó la puesta en marcha de la nueva base de datos sobre el

expolio de bienes culturales. Se trataba de una herramienta informática que entrelazaba gran número de viejos archivos, tan valiosos como tecnológicamente obsoletos. Si bien ya había comenzado la transferencia de información desde los archivos, todavía aislados y desconectados entre sí, la empleada aclaró que al acceder a la nueva *database* debían tener en cuenta que hasta ese momento solo había sido ingresada una pequeña parte de la infinidad de datos disponibles.

—Tarde —murmuró Domecq, porque el día anterior ya habían chocado contra esa pared.

La ex asistente, que debía entender algo de español, agregó — en francés- que la nueva plataforma intentaba ordenar el caos de datos preexistentes. Luego sonrió y se retiró.

— ¿Mientras tanto, vamos a zambullirnos en el caos preexistente? —preguntó Domecq con un gesto de resignación, y agregó —.En fin, ¿por dónde empezamos?

— ¿Tú qué opinas? ¿Comenzamos buscando arte degenerado? —sugirió ella.

—De acuerdo —respondió Domecq, con los dos pulgares hacia arriba—. Eso sí, andá copiando los links para que después yo pueda releer lo que más me interese—agregó mientras limpiaba los cristales de sus pesados anteojos de carey oscuro.

Ya sentados frente a la computadora, uno junto a otro, mientras Rocío recorría el sitio web con el mouse, él pudo apreciar su perfume suave y dulce, tan diferente a su carácter.

— ¿Qué es esto de Nerón? —preguntó Domecq, cambiando abruptamente de tema y señalando a la pantalla de la computadora.

—Se ha dado el llamar Decreto de Nerón, a una de las últimas locuras de Hitler —dijo Rocío mientras abría el archivo—. Está en francés, te traduzco la introducción: “*En los últimos momentos de su vida, Hitler ordenó a sus oficiales que, si él fuera asesinado o el Reich cayera definitivamente, debían destruir todo el arte robado. Al enterarse, en una carrera contra reloj, el comando aliado ordenó salvar esas pinturas y esculturas de un valor incalculable*”.

— ¿Te referís a los “*momuments men*”?

—Exacto Aquí los definen como “*amantes del arte y no expertos en la guerra, dedicados a recuperar el inmenso legado artístico e histórico amenazado con desaparecer*”.

— ¿Y qué pasó con los cuadros recuperados y que todavía no fueron devueltos a sus legítimos propietarios?

—Buena pregunta —reconoció Rocío—. Como se trata de información aún no ingresada a la nueva base de datos, habría que buscar en los registros de las agencias estadounidenses, francesas, británicas y soviéticas de la posguerra, que intentaron recuperar ese botín.

— ¿En vez de acercarnos, nos alejamos cada vez más? ¿Ahora tenemos que ir a la embajada yankee y después a ...? — reaccionó Domecq.

— ¡*Baina ez!* —volvió a exclamar ella en Euskera—. Nada de eso. ¿De verdad tú piensas que no conozco mi trabajo? ¿Acaso Anouk me habría contratado a ciegas? —agregó Rocío acompañando su reproche con gesto adusto, tono firme y mirada dura.

Domecq tuvo que morderse la lengua para no pararle el carro.

—Como en toda buena web, aquí tenemos los “enlaces

externos” sugeridos. ¿Quieres copia? —preguntó ella, pero sin esperar el consentimiento, ingresó al link de la fundación “*Monuments Men*” — y empezó a traducir en voz alta: “*Cuando los nazis decidieron quemar las pinturas consideradas degeneradas se produjo una reacción internacional y muchos amantes del arte vinieron a comprar esas obras para salvarlas del fuego. Sin embargo, muchas pinturas quedaron en manos de los marchands nazis (Gurlitt, Buchholz, Moeller y Boehmer) quienes hicieron fortuna vendiendo miles de obras de arte que los alemanes tiraron a la basura*” —terminó de leer Rocío y, mientras miraba fijamente a Domecq, le preguntó—. ¿Es que nada de esto te interesa?

Como no quería seguir discutiendo, pero tampoco estaba convencido, Domecq intentó hacer equilibrio.

—La aparición de estos marchantes le pone sal a la búsqueda. Pero, ¿se sabe qué hicieron con tanto “arte degenerado”?

Sin responderle, Rocío siguió leyendo en silencio hasta que encontró el siguiente párrafo y lo tradujo en voz alta: “*Se desconoce la cantidad de pinturas conservadas por los marchands nazis y luego vendidas por ellos a Suiza y América, mediante barcos que cruzaron el Atlántico desde Lisboa*”. — ¿Vale?

— ¡Otra vez sopa! Parece el Juego de la Oca, avanzamos dos casillas pero retrocedemos otras dos y estamos siempre en el mismo lugar.

Luego de un largo silencio, Rocío miró la hora y se retiró alegando que tenía un compromiso para almorzar.

— ¡Por fin solo! —murmuró el jubilado.

Si bien había transcurrido gran parte de la mañana, como

todavía quedaba tiempo para usar la computadora antes del horario de finalización acordado, Domecq volvió a darle un vistazo a los mismos archivos que habían estado consultando hasta ese momento.

Instintivamente, priorizó los que estaban en español y eligió el caso de “Los *marchands* del régimen”, también conocidos como “Los *cuatro jinetes del apocalipsis*”. La primera frase contundente que sorprendió a Domecq, sostenía que “*solamente en 1940, esos cuatro marchands vendieron más de ocho mil obras de arte, en Suiza*”. Como con Rocío acababan de darle un vistazo al prontuario de Gurlitt, Domecq optó por leer el archivo del segundo marchand que aparecía en la lista: Karl Buchholz. Apenas había leído un par de renglones cuando creyó haberse equivocado de persona porque el texto hablaba de un tal Karl Buchholz que “*murió tranquilo, lleno de prestigio y buena reputación en 1992, en Bogotá, donde fundó una de las librerías más importantes de Colombia*”. Aparentemente, esto había sido posible porque, en los juicios de Nuremberg, el saqueo de arte más grande de la historia no fue considerado un crimen de guerra.

Para no darse por vencido tan pronto, Domecq continuó leyendo: “*De acuerdo con los informes desclasificados, Buchholz llegó a tener casi doscientas obras de Paul Klee, Picasso, Matisse y otros pintores de arte degenerado, que compró a precios irrisorios tras ser confiscadas y luego descartadas por los nazis*”. «Bueno, bueno» — pensó Domecq—. «Acá hay un interesante vínculo entre Buchholz y Matisse, pero Rocío no le dio bola».

Instintivamente ingresó el nombre de Karl Buchholz y el buscador le ofreció un sinnúmero de enlaces, entre los que se destacaba un informe de la CIA divulgado por el Congreso Mundial

Judío (CMJ): *“El dinero producido por la venta de pinturas confiscadas fue transferido por Karl Buchholz a países seguros y depositado en cuentas bancarias que compartía con Joseph Goebbels, ministro de Hitler”*.

«Pero qué bien relacionado estaba este muchacho» —pensó Domecq, mientras continuaba leyendo.

Según los informes de los servicios secretos norteamericanos, *“Ya en 1943, Buchholz trasladó a Lisboa una gran cantidad de obras de arte que vendió posteriormente, con enormes ganancias, en Suiza y Nueva York”*.

« ¡Bingo! Vamos a ver qué cara pone Rocío cuando le comente este informe de la CIA» —concluyó Domecq, justo cuando se acababa el tiempo acordado para utilizar ese lugar de trabajo.

Antes de retirarse del *Jeu de Paume*, mientras ordenaba la oficina prestada, Domecq le dio un vistazo a su celular y encontró otro mensaje de Anahí.

*«Aberanda:*

*No me puteés pero me amenazaron de nuevo y necesito tu casa para borrar me un par de días».*

De inmediato, Domecq tipeó la respuesta:

*«Domecq:*

*Querida Anahí, por favor cuidate. No corras riesgos, pensá en tus hijos. Pedile la llave a Renata, mi vecina de PH. Yo ya le aviso y quedo a tus órdenes».*

## V. Arte degenerado

Al abandonar el *Metro* y salir a la superficie, Domecq comprobó que la caída del sol estaba provocando una fuerte baja de temperatura. Sin demora, se puso el gorro de lana gris y con la gruesa bufanda del mismo color se cubrió la nariz y las orejas. En esas circunstancias, sus abrigados borcegos porteños justificaron la incomodidad ocasionada por el peso y el espacio ocupado en la valija. Con las manos en los bolsillos de la campera y los anteojos empañados por la respiración, prestando atención al piso resbaladizo, caminó las pocas cuerdas que lo separaban de la *Maison* Rosenberg. Una vez frente al antiguo portón de madera tallada, Domecq tocó el timbre y desde el portero eléctrico una voz metálica le preguntó quién era. En cuanto se anunció, abrieron y apareció la ya conocida muchacha morena, con trencitas africanas. Ella murmuró algo y, con una seña, le pidió que entregara el gorro, la bufanda y el abrigo. Luego de guardarlos, le indicó que la siguiera. Al traspasar la primera arcada y acceder al hall central, Domecq volvió a deslumbrarse por la belleza del suntuoso palacete. Absorto en la observación de los pisos de mármol de Carrara, el visitante se sorprendió cuando la muchacha se detuvo, abrió una puerta, y lo invitó a pasar a uno de los salones de la planta baja.

Allí, rodeadas de una delicada *boiserie*, sentadas en elegantes sillones de estilo Luis XIV, cerca de una gran chimenea, lo esperaban Anouk y Rocío.

Sin levantarse, la siempre cautivante anfitriona de ojos ámbar, lo recibió con un cálido « ¡*Salut!*» y lo invitó a tomar asiento en otro de los sillones, cercano al crepitante calor de los leños.

Antes de sentarse, con su mejor sonrisa y leve inclinación de cabeza, Domecq saludó a sus compañeras de velada, con un « ¡Hola!» y Rocío le respondió en Euskera: « ¡Kaixo!».

Como era inevitable, hablaron de París, de su clima, de sus edificios, de su gente, de su gastronomía, de sus parques y, por supuesto, del arte.

Luego, Rocío le preguntó por qué había asumido, tan joven, la tremenda responsabilidad de presidir la Fundación Rosenberg y Anouk, en un simpático español, resumió su historia personal que, en parte, Domecq ya había escuchado durante el encuentro que ambos habían mantenido en el Palacio Duhau, de Buenos Aires.

—Cuando fallecieron mis padres, yo tenía 14 años y pasé a vivir con mi abuela Nanette, que era hija y heredera de Paul Rosenberg. Con el tiempo, Nanette creó una Fundación dedicada a difundir la obra de su padre. Cuando ella falleció yo la reemplacé en la presidencia — sintetizó Anouk.

— ¿Qué puedes tú agregar a lo que se ha escrito sobre tu bisabuelo? —preguntó Rocío.

—Paul Rosenberg fue considerado el marchand más importante de París en aquella época, pero hubiera preferido ser recordado como el descubridor y mecenas de Picasso, Matisse y Braque.

— ¿En qué consistía su mecenazgo? —insistió Rocío.

—Mi bisabuelo le dio a esos artistas seguridad financiera, mediante contratos exclusivos, adelantos de dinero, provisión de alojamiento donde vivir y trabajar, y un trato tan familiar que en el caso de Picasso se transformó en una amistad de por vida.

— ¿Por qué se lo considera tan influyente? —esta vez fue

Domecq quien preguntó.

—Paul no solo trabajó en París sino que abrió una sucursal en Londres y fue donante del Moma de Nueva York.

—Al ver lo que pasaba en Polonia con los judíos y estando tan vinculado, uno pensaría que podría haber reaccionado antes — especuló Domecq.

—Mi abuela Nanette me contó que ya a fines de la década de 1930 su papá presiente un futuro complicado y empieza a trasladar su colección, parte a Londres, parte a Nueva York y parte al Banco de Libourne. En este caso, incluyó obras de Degas, Monet, Braque, Picasso, Corot, Ingres, Van Gogh, Cézanne, Renoir, Gauguin y más de veinte de Matisse. Sin embargo, en 1940, la invasión nazi lo sorprende con más de dos mil cuadros en Francia. Incluso los que estaban en el Banco de Libourne fueron confiscados. Por suerte, logró salvar la vida de su familia, gracias a un visado para trasladarse a Portugal — respondió Anouk.

— ¿Es cierto que la película “El tren” está basada en tu familia?  
—continuó preguntando Domecq.

—Sí. Un hermano de mi abuela, Alexandre, se alistó en las fuerzas comandadas por de Gaulle para luchar contra la invasión alemana. Con el tiempo, el teniente Rosenberg recibe la orden de dinamitar las vías férreas hacia Alemania. Al lograrlo, queda detenido un famoso tren nazi que inspiró la película. Cuando Alexandre y sus soldados ingresan a uno de los vagones descubren que está repleto de tesoros saqueados en Francia. Al ver muchas obras de arte, Alexandre no puede evitar la tentación de revisarlas, y casi se desmaya cuando descubre que frente a sus ojos están varios de los

cuadros que le habían robado a su padre.

—Increíble —opinó Domecq.

—Más increíble es que en esa película también aparece mi tía abuela Rose Valland, representada por Jean Moreau —agrega Rocío.

—Parece que el único que no tiene parientes en esa película soy yo —dijo Domecq, poniendo una cara de pobre diablo que aportó la siempre necesaria cuota de buen humor.

Aprovechando el momento de distensión Anouk propuso pasar al comedor. Al ingresar, como Domecq ya había tenido oportunidad de comer en ese ambiente distinguido, rodeado de obras de arte, la única que se sorprendió fue Rocío, quien, antes de sentarse, le hizo una seña cómplice a la anfitriona y se demoró admirando los cuadros que iban a acompañarlos durante la cena.

—Existe una visión estereotipada de que París se resume a una lista de monumentos que visitar —comenzó Anouk, cuando los tres ya se habían sentado a la mesa— pero nadie conoce bien esta ciudad si no degusta las especialidades culinarias, muchas veces ligadas a diferentes regiones y transmitidas de generación en generación. Por eso hoy los voy a guiar por un pequeño tour gastronómico.

A partir de ese momento, los tres se dejaron llevar por la explosión de aromas y sabores. Las mujeres hablaron mucho, de recetas, condimentos e ingredientes, todo en francés, razón por la cual Domecq —sin la ayuda de la traducción —quedó librado a su paladar para descifrar lo que le sirvieron, desde el aperitivo *amuse bouche* hasta el postre de macarones con frambuesa y pétalos de rosa, pasando por la *mouse* de hongos y un segundo plato cuyo nombre no entendió, pero estaba riquísimo.

Ya de regreso al rincón de los sillones, cerca de la chimenea y munidos de sus copas de auténtico Champagne, Anouk manifestó que le gustaría conocer los avances en la búsqueda del Matisse.

Sin pensarlo demasiado, Domecq empezó comentando su dolorosa sorpresa al conocer la quema de obras de Picasso, Dalí y Matisse, en el *Jeu de Pomme*.

—En julio de 1942...—intervino Rocío.

—Una noche terrible, pero no fue el único caso de vandalismo extremo —dijo Anouk, y Domecq aprovechó para mencionar lo que había leído el día anterior:

—Otra destrucción de cuadros la hizo el propio Hermann Goering, cuando —ante el avance aliado— decidió dinamitar la mansión donde escondía incalculables obras de arte robadas, y todo quedó reducido a escombros.

—Por desgracia, hubo muchos casos parecidos y reconozco que no son pocas las probabilidades de que el cuadro que busco ya no exista, pero mi familia ha tenido la suerte de recuperar varias obras de arte que resistieron la tragedia de la guerra y superaron tremendas adversidades. Muchas de ellas están en este mismo edificio, por eso voy a seguir buscando ese Matisse. Me lo prometí —agregó Anouk con firmeza.

—Si me permiten una digresión—intervino Domecq—. Nunca me perdonaría el pecado de haber estado con dos expertas en arte y no haberles preguntado de dónde viene esa furia nazi contra el arte supuestamente degenerado.

Luego de las inevitables sonrisas y algún cuchicheo en francés entre las mujeres, Anouk propuso escuchar a Rocío que era experta

en el tema.

—Vale, pero si tengo que buscar un origen, me remontaría a la asunción de Hitler, en 1934. Tan pronto tomó posesión de la presidencia, declaró que cualquier pieza de arte que no fuera de estilo clásico germánico sería destruida. Al arte moderno lo tildó de “degenerado” por amenazar la identidad nacional y ser producido por judíos y bolcheviques. El cubismo, el surrealismo y el dadaísmo, por ejemplo, debían ser erradicados en nombre de la purificación cultural. Los artistas considerados “degenerados” eran casi todos extranjeros o judíos, como Picasso, Matisse, Kandinsky, Chagall, Modigliani, Mondrian y, más tarde también, Van Gogh, Gaugin y Degas— explicó Rocío, y como Anouk le hizo seña para que continuara, agregó—. Para Hitler, las figuras distorsionadas y los colores llamativos sólo podían ser el producto de mentes enfermas. En 1937, Hitler prohibió expresamente al arte moderno en Alemania. Al poco tiempo, se llevó a cabo la primera gran quema de cuadros en Berlín. El resto ya es conocido— concluyó Rocío y agradeció con una sonrisa el cortés « ¡Bravo! » que le dedicó Domecq.

Poco antes de la medianoche, de regreso a Montmartre en un vagón del Metro casi vacío, solo ocupado por una hermosa jovencita árabe con la cabeza cubierta por un «*hiyab*», acompañada por un hombre muy mayor, de tez olivácea y cabello entrecano, Domecq se preguntó: « ¿Será el padre o el esposo? ».

Después, aprovechando la excelente conexión disponible, consultó los mensajes de texto recibidos y encontró uno de Anahí. De inmediato, lo abrió.

«Aberanda:

*Ya me mudé. Renata de 10. Todo impecable, salvo x el olor a pipa. Jee.*

*Anoche x fin dormí muy bien. Hoy intentaré sin pastillas. Quedate tranqui, parece que mis enemigos perdieron mi rastro».*

«Algo es algo» —pensó Domecq, mientras dejaba atrás la estación de Metro y salía a la superficie.

## VI. Interpol

A paso vivo y tiritando de frío, llegó a su hotel. Retiró la llave del perchero en la recepción y subió los cuatro pisos por escalera. Al poner la mano sobre el antiguo picaporte de bronce descubrió que la puerta de la habitación estaba apenas apoyada. Instintivamente, la empujó y esperó, sin entrar. Recién unos segundos después se animó a encender la luz y, pese a encontrar todo en orden, tuvo la horrible sensación de que habían estado revisando sus cosas.

«Lo barato sale caro» —pensó Domecq, mientras rumiaba la bronca.

Había elegido un alojamiento tan económico que no tenía recepcionista. Solo después de llamar con la campanilla dispuesta para ese fin aparecía algún empleado. En consecuencia, si un intruso hubiera querido ingresar a su habitación podría haber recogido la llave del perchero, junto al mostrador de entrada, subir las escaleras, abrir la puerta, revisar todo y retirarse sin ser visto. Además, ante la falta de cámaras de vigilancia, el delincuente podría haberse dado el lujo de volver a colgar la llave en el perchero de recepción.

Sin ninguna pista que le ayudara a orientar sus sospechas, la más loca hipótesis era tan válida como cualquier otra. Dado que no se habían llevado nada, se podía descartar la posibilidad del robo. Aunque tal vez buscaban el celular o la notebook que Domecq llevaba consigo.

Si descartaba la posibilidad de que hubieran elegido su habitación al azar, surgían una serie de preguntas, cuyas respuestas iban desde lo trivial a lo inquietante:

« ¿Qué querían? ¿Quién los mandó...? ».

En ese momento pensó en Bruno Rossini. Extrañaba los consejos de ese buen amigo. Tampoco podía contar con Anahí, al menos hasta que se recuperara. Anouk era su patrona, a quién debía aportarle soluciones y no problemas. A Rocío recién la conocía...

— ¿Y yo? —surgió de pronto la voz atemporal de su difunta esposa.

— ¿Leonor? —se preguntó sorprendido.

—Por supuesto ¿Quién otra te llamaría desde el más allá?

—Es que...—intentó justificarse.

—Escuchame bien. No pasó nada. No te des manija al “cuete”.

Son jugarretas propias de tu mente fantasiosa que inventa conspiraciones donde no las hay. No pierdas tiempo mezclando ficción con realidad. Disfrutá de la vida. París te está esperando...

—Pero...

—Yo sé por qué te lo digo ¡Chau! —y, tal como había llegado, la voz se evanesció.

Impotente, sorprendido y resignado, Domecq decidió darse una larga ducha, tomar un somnífero e intentar dormir.

—Mañana será otro día —se dijo, sin convicción.

Varios minutos antes de la hora fijada, en un ejemplo de su exagerado sentido de la puntualidad, Domecq se presentó en las oficinas de Interpol en París y preguntó por Ariel Tello, el funcionario argentino a quien conociera por intermedio de Bruno Rossini.

Recién a la hora acordada, un hombre calvo, obeso y cordial, se presentó. Luego de saludarse, mientras subían en el ascensor, ambos manifestaron sus condolencias por la pérdida del amigo en común.

Una vez que llegaron al tercer piso, accedieron a una oficina

pequeña, sobria, con muebles gastados, pero con una hermosa vista del *Pont Neuf*. Ya sentados frente a frente, rodeados de mapas y afiches instructivos, el oficial explicó cuál era su función en ese organismo internacional.

—Interactuamos con otros países y yo estoy a cargo del intercambio de información con Argentina, como ser seguimiento de fugitivos, terrorismo, narcotráfico, trata de personas y tráfico de armas —comenzó Tello.

—Disculpame, pero eso es muy general. ¿Podrías ser más específico? —pidió Domecq.

—A eso iba. Los cinco mil kilómetros de costa de Argentina y sus numerosos puertos, conectan el Océano Atlántico con los países productores de drogas de América del Sur y lo convierten en un atractivo país de tránsito. Como contrapartida ingresan armas y dinero para lavar.

—Creo que Bruno Rossini te comentó que estábamos investigando un trueque de armas por obras de arte —dijo Domecq.

—Sí, y le respondí que no me llamaba la atención, porque no sería el primer caso. Lamentablemente es un tema de alto riesgo, porque suele involucrar el lavado de dinero para la Ndrangheta.

— ¿La mafia calabresa?

—Sí. Una verdadera multinacional del delito —respondió y a continuación hizo una pregunta—. ¿Y cómo va tu investigación?

—En el último allanamiento, donde explotó la bomba que mató a Bruno, se encontraron restos de un Renoir quemado. Algunos creyeron que pertenecían al original de “Gabrielle et Coco”, pero *Christie’s* sostuvo que se trataba de una falsificación. Así que el tema

está judicializado —respondió Domecq con una verdad a medias—. Ahora estoy trabajando para la Fundación Rosenberg, que busca un Matisse incautado en París durante el Tercer Reich.

—Es un tema complicado. La diáspora de las obras de arte robadas por los nazis llegó a los lugares más remotos —opinó el funcionario.

—Yo estoy siguiendo la pista de los marchands de Hitler.

—Gurlitt, Buchholz, Moeller, Boehmer, Mühlmann y Haberstock —enumeró Tello para demostrar que conocía el tema.

—En realidad tenía en mente solo a los cuatro primeros —respondió Domecq

—Está bien. Esos cuatro son muy importantes. Igual no te olvides de los otros dos.

— ¿Alguna otra sugerencia?

—Como ya pasó más de medio siglo, casi a diario desclasifican algo nuevo, así que voy a consultar —dijo Tello y luego de una conversación por el intercomunicador, miró al visitante con gesto triunfal—. Ahora me traen un pendrive con documentos que están siendo corregidos como paso previo a su publicación. Están en francés, pero de algún modo te estás arreglando en París. Mientras esperamos te invito a tomar un “carajillo”.

— ¿Sirven “carajillo” en París? —se sorprendió Domecq.

—Acá lo llaman café *arrosé de Cognac*, y como estamos en invierno no le ponen el cubito de hielo.

Ya en la cafetería, saboreando ese invento cubano pero con *cognac* en lugar de ron, en medio de una nostálgica charla sobre el mate, el tango y el dulce de leche, el siempre cordial Tello le hizo una

sugerencia.

—Por si te interesa, no muy lejos de acá está la Biblioteca Nacional de Francia.

— ¿Me vas a recomendar que lea a Victor Hugo?

—Nunca está de más releer “Los miserables”, pero yo pensaba en un lugar ideal para que puedas trabajar, con el *wifi* gratuito más veloz de París y uno de los ambientes mejor calefaccionados.

— ¡Genial! ¿Cómo llego hasta ahí? —preguntó Domecq.

—Es fácil. Caminá bordeando el Sena hacia los rascacielos. Los primeros cuatro edificios corresponden a la biblioteca. Es gigantesca.

Un rato después, reconfortado por el café con cognac, apretando la memoria USB en el bolsillo de su abrigo, Domecq salió a la calle. Nuevamente emponchado, bordeó el río hasta encontrar el imponente conjunto de rascacielos que albergan cuatro mil millones de libros, entre impresos y digitales. Siguiendo los carteles indicadores llegó a la monumental sala de lectura con más de tres mil puestos de trabajo, una parte para todo público y otra reservada a investigadores.

Una vez ubicado en una de las tantas computadoras disponibles, conectó el pendrive y se sorprendió gratamente al ver que lo primero que aparecía en pantalla era una serie de links con metabuscadores, cuyos motores de búsqueda se alimentaban de toda la información disponible en Internet para ofrecer respuestas a cada pregunta de los usuarios.

« ¡Por fin alguien pensó en la gente común, no especializada, como yo» —se dijo a sí mismo.

A medida que avanzaba en la búsqueda, Domecq sentía que el sistema interpretaba sus pensamientos y sus necesidades. Era una

herramienta interactiva y versátil, que también ofrecía la opción de traducción automática. Tanto fue así que en poco más de una hora ya había anotado una serie de *link* correspondientes a documentos que le interesaba leer. Miró el reloj y comprendió que tenía toda la tarde por delante antes de la nueva reunión con Rocío.

« ¿Por dónde empiezo? » —se preguntaba Domecq, cuando alcanzó a ver una referencia a Buenos Aires. A partir de ese instante, la curiosidad lo indujo a leer ese documento de la CIA: *“Francisco Cambó, residente en la Avenida Alvear 4654, Buenos Aires, fue un coleccionista de obras de arte, que solía negociar casi en forma exclusiva con la Galería Fischer, en Suiza. Cuando esta galería y sus dueños fueron incorporados a las listas negras por traficar con arte saqueado por los nazis, se creyó aconsejable investigar a Cambó”*. A partir de este documento, Interpol había realizado su propia investigación y Domecq la leyó con detenimiento.

*“Cambó pertenecía a la alta burguesía catalana y era un coleccionista muy conocido en Europa hasta que, en 1941, se radicó en Argentina. Cambó era el virtual propietario de la Chade, la compañía que suministraba electricidad a Buenos Aires, y que fue investigada por fraudes financieros y corrupción de funcionarios. En realidad, los verdaderos dueños de la compañía eran alemanes y Cambó era la pantalla española para evitar las penalidades del Tratado de Versalles. Entre los cuadros que había traído de España figuraban obras de Botticelli, Rubens, Tiziano, Correggio y Tintoretto, entre otros. A partir de entonces, el coleccionista compulsivo y acaudalado testafarro comenzó a comprar pinturas en casas de remates porteñas que importaban obras de arte degenerado,*

*provenientes de las zonas ocupadas por Alemania. Después de la muerte de Cambó, para poder embarcar los cuadros hacia España, su viuda organizó una operación ilegal que fue descubierta por la aduana argentina. A partir de ese momento se pierde la pista de los cuadros que conformaban la famosa colección Cambó”.*

« ¡No puede ser!» —casi grita Domecq pero recordó a tiempo que estaba en una biblioteca pública—. « ¿Los Matisse quedaron en Argentina o se los llevaron a España?».

La bronca del veterano investigador estaba justificada. Todas y cada una de las pistas que apuntaban al Matisse de Anouk se habían cortado abruptamente, sin dejar rastros. Además, por culpa de su insaciable curiosidad, acababa de desperdiciar un par de horas leyendo un informe repleto de anécdotas que no le había aportado nada útil.

— ¡Maldita búsqueda! Faltan menos de dos horas para la reunión con Rocío y no encontré un carajo.

## VII. *Nôtre Dame*

El informe realizado por la CIA denunciaba cómo el magnate catalán Francisco Cambó se había apropiado de una gran cantidad de obras de arte confiscadas por los nazis, sin embargo —tras su muerte— se había perdido la pista de aquellos cuadros.

« ¿Estarán en Argentina? » —se preguntaba el atribulado Domecq. En pocos minutos había pasado del triunfalismo a la frustración. Sumido en un pozo depresivo se arrepentía del tiempo desperdiciado en la búsqueda del esquivo Matisse.

— ¡Pará la mano, cascarrabias! ¿Qué te pasa? —reapareció la voz de Leonor.

— ¡Estoy harto de chocar contra la pared! —se quejó.

—No te ahogues en un vaso de agua.

—Es que...—intentó justificarse.

— ¡Escuchame! —lo interrumpió la difunta.

— ¿Sabés cuantos jubilados pobretones como vos andan boludeando por Paris? ¿No? Son pocos, muy pocos, poquísimos y vos sos uno de los afortunados.

—Pero...

—Nada de peros. La vida es corta. Disfrutala. Dejá de emular a Hércules Poirot. No sos un personaje de Agatha Christie, sino un jubilado de carne y hueso. Recordá que tuviste más suerte que yo, porque pudiste conocer París.

—Perdón, Leonor. Tenés razón —intentó disculparse el viudo, pero estaba solo, inmerso en el silencio de la enorme sala de lectura.

Después de un momento de desconcierto, Domecq apagó la notebook y se acercó a uno de los ventanales que daban sobre el

Sena. Llovía y el lugar de reunión con Rocío quedaba en la otra punta de París. Si a eso se añadía que iba a presentarse con las manos vacías, sin ninguna información de interés para la investigación, eran argumentos como para evaluar un faltazo. Además, sobraban razones a favor de disculparse y hacer otra cosa en París, como caminar bajo la lluvia, no por obligación sino por puro placer, como Cortázar.

Finalmente, inventó una excusa y llamó a Rocío para cancelar.

Liberado del compromiso, pese a que llevaba más de dos horas lloviendo sin parar y no había señales de mejora, Domecq decidió abandonar la *bibliothèque* y salir a caminar.

Una vez junto al Sena, tuvo que desandar lo recorrido en su caminata previa y bordear el río hasta la *Plâce de la Concorde* para tomar el Metro que lo dejaría en *Montmartre*.

En el trayecto, al cruzar la isla de la *Cité*, el estómago le recordó que ya era media tarde y aún no había almorzado. Entonces, eligió un café con ventanales orientados hacia la desafortunada *Nôtre Dame*, pidió uno de esos emparedados de jamón y queso gruyere gratinado, con un huevo frito encima, llamados *croque-madame*, acompañado por una copa de vino *rouge* francés.

Mientras recuperaba energías, con la mirada perdida en la intensa lluvia que azotaba el techo quemado de la majestuosa catedral de estilo gótico, Domecq intentó ponerse en la cabeza de su amada Leonor, en el supuesto caso de que ella hubiera vivido lo suficiente como para conocer París y compartir con él ese instante robado a la eternidad.

Después de otra breve caminata bajo la lluvia, ya ubicado en el confortable subterráneo climatizado, Domecq recordó al siniestro

Theodor Fischer, el marchand de Hitler que había hecho desaparecer centenares de cuadros de arte degenerado, considerados basura en el Tercer Reich pero que valían fortunas en el resto del mundo. «¿Qué habrá hecho con esas pinturas?» —se preguntó—. «Si fuera un fanático, las quemaría» —pensó Domecq—. «En cambio, un ambicioso hombre de negocios, como Fischer, las guardaría».

Al salir del Metro, cerca del *Sacré Coeur*, todavía llovía y el jubilado no pudo evitar llegar empapado a su *B&B*. En la recepción, retiró la llave del perchero y subió las escaleras. Abrió la puerta y encontró todo en orden, con olor a limpio, porque ese día correspondía limpieza de la habitación, con cambio de sábanas y toallas. Evitando pensar en el supuesto intruso del día anterior, se sacó la ropa mojada, la puso a secar junto al radiador y se dio un baño caliente. Mientras se secaba se vio reflejado en el espejo. Había dejado pasar tres días sin afeitarse y eso lo hacía parecer más viejo. Sin embargo, como no tenía ganas de lidiar con la barba, se sentó junto a la ventana y encendió la notebook.

Ansioso por encontrar información útil sobre el esquivo cuadro de Matisse, Domecq volvió a revisar el USB que le había proporcionado el agente Tello, de Interpol, esperando encontrar más datos sobre el marchand suizo Theodor Fischer, quien había muerto en Lucerna sin decirle a su familia donde había ocultado los cuadros del expolio nazi.

«Si los hubiera escondido en su casa, habrían sido encontrados por sus hijos» —pensó Domecq—. «Para guardar tantos cuadros necesitaba un lugar amplio, preferentemente abandonado, pero apto para conservar las pinturas sin que se deterioraran. Algo así, como un

depósito, un sótano, una iglesia, una fábrica cerrada, un castillo, ¿una cueva?...».

A esa altura de sus pensamientos, decidió acceder a un mapa digital de Europa y buscar Suiza. A falta de una idea mejor, como si estuviera organizando un viaje turístico, empezó a revisar el plano de la zona donde Fischer había nacido, vivido y trabajado, buscando lugares donde hubiera sido posible esconder semejante tesoro artístico, durante tantos años.

Entusiasmado, el veterano detective de Castelar le escribió a Rocío, dándole detalles de su investigación y proponiéndole viajar a Lucerna para buscar *in situ* las obras supuestamente escondidas por Theodor Fischer.

Lamentablemente, la inmediata respuesta no fue la que Domecq esperaba.

*«Rocío Valland:*

*Si tú piensas que este trabajo es soplar y hacer botellas, dedícate a otra cosa. No descarto que pueda haber arte degenerado oculto en Suiza, pero no solo por lo que Fischer pudo haber escondido sino porque durante la guerra ese país fue una cueva de especuladores que se enriquecieron con la presunta neutralidad. En algún momento tendré que ir a Suiza, pero será como consecuencia de datos confiables que surjan de mis propias investigaciones, en las que –por cierto- ya he avanzado mucho más que tú».*

Sorprendido y molesto por el cariz del texto, luego de frenar una respuesta machista que dinamitaría la incipiente relación con Rocío, Domecq prefirió olvidar la agresividad que chorreaba de ese último mensaje y circunscribirse al fondo, olvidando las formas.

«Domecq:

*Ya que debemos trabajar en equipo, me sería muy útil conocer tus investigaciones».*

Mientras esperaba una respuesta, Domecq pensó que a esa mujer no había quien la entendiera, aunque él no estaba exento de culpa. Había sido demasiado condescendiente, hasta quedar enredado en una maraña, sutil al principio pero que ahora resultaba evidente. Rocío no lo trataba como a un par, sino como a un subordinado, y él no iba a tolerarlo. Por un momento, pensó en decirle que prefería trabajar solo antes que mal acompañado. Pero no lo hizo, porque eso habría afectado su relación con Anouk Rosenberg, quien no solo era su patrona sino también la persona más importante en el nuevo rumbo que había tomado su vida.

Como todavía faltaba un buen rato para la cena comenzó a leer otro informe sugerido por Tello. Bajo el título: *“La más brutal operación de saqueo artístico de nuestra historia reciente”*, el texto se centraba en Kajetan Mühlmann considerado el más terrible saqueador de arte, no solo del nazismo sino en toda la historia de la civilización humana. *“Después de la invasión de Polonia, Hitler nombró a Mühlmann como su Delegado Especial y en seis meses incautó casi toda la propiedad artística de Polonia. Con este despiadado saqueo, Mühlmann se dio el lujo de tener en sus manos cuadros tan valiosos como “La dama del armiño”, de Leonardo da Vinci, el “Retrato de un caballero”, de Rafael y el “Paisaje con el buen samaritano”, de Rembrandt”*.

«Bueno, bueno» —pensó el sabueso de Castelar—. «Parece que encontré a un verdadero peso pesado».

Atrapado en las manipulaciones de este nefasto personaje,

Domecq siguió leyendo: *“Después de la guerra, Mühlmann fue capturado por los estadounidenses y confesó haber expropiado obras de arte propiedad de judíos, pero negó haber sabido algo del Holocausto. En 1948 enfermó y fue llevado al hospital, del que logró escapar y nunca fue recapturado. En 1952 fue juzgado en Viena en ausencia y declarado culpable de alta traición. Sin embargo, al intentar recuperar las pinturas que había saqueado solo encontraron unas pocas y las restantes siguen desaparecidas”*.

«También en La Haya hay arte degenerado escondido» —pensó el veterano detective de Castelar y se imaginó viajando a los países Bajos.

Domecq miró su reloj, era demasiado tarde y ya debería haber cerrado el pequeño comercio cercano al *B&B*, donde solía hacer sus compras. Fue entonces que decidió matear en París.

Con el termo en la mano, bajó las escaleras, cruzó la desolada recepción, golpeó la puerta de la cocina y pidió agua caliente para el mate. Cuando estuvo de regreso en su habitación, controló que la temperatura del agua fuera la adecuada y comenzó a volcarla en la calabaza, que había sobrevivido el largo viaje transatlántico en la bodega del avión. El fino chorrito caliente fue mojando la parte seca de la yerba, incorporándola poco a poco, para prolongar el sabor parejo. La mateada, con galletitas del *dispenser* del hall del hotel, no estuvo nada mal.

## VIII. El banquero nazi

En su sencilla habitación de *Montmartre*, disfrutando la vista del *Sacre Coeur*, entre mate y mate, Domecq consultó el celular y encontró dos mensajes recientes. Uno de Anahí Aberanda y otro de Rocío Valland.

Abrió primero el de Anahí:

*«Aberanda:*

*Tu casa es calurosa y el aire acondicionado no anda. No importa, mañana me interno para otra cirugía y en el quirófano va a estar fresquito».*

El pobre jubilado releyó el mensaje, tratando de descifrar el tono en que había sido escrito. No sabía si era ironía o bronca, lo único cierto es que no tenía nada del fino toque de humor que había caracterizado a su amiga. Pero, más allá de las formas, lo importante era la cirugía, y quería estar mejor informado.

*«Domecq:*

*Querida Anahí, lamento que debas pasar de nuevo por el quirófano. Espero que no sea nada complicado sino tan solo algún toquecito más. Te mando mis mejores deseos. Todo va a salir bien. Por favor, manteneme informado».*

También le hubiera gustado saber algo sobre las amenazas de la “Triple A”, pero como Anahí no mencionó el tema, él prefirió asumir que no se habían repetido.

Por su parte, el mensaje de Rocío contenía un escueto comentario como presentación de un archivo adjunto:

*«Rocío Valland:*

*Aquí tienes lo solicitado».*

En un primer momento, Domecq creyó percibir que la mala onda

de Rocío impregnaba esas cuatro palabras, pero luego pensó que podía estar dejándose llevar por sus prejuicios. Lo cierto era que si dejaba la lectura del archivo para la mañana siguiente, no iba a poder dormir. Entonces, lo abrió y encontró un informe que tenía un comienzo atractivo:

*“El banquero alemán Alois Miedl, marchand de Goering, fue uno de los protagonistas del expolio nazi que encontró refugio en España al acabar la guerra. Miedl cruzó los Pirineos con un número indeterminado de pinturas cuyo paradero aún hoy se desconoce”. « ¿Qué opinas tú? ¿Comenzamos por España» —sugería Rocío.*

Sorprendido, Domecq tardó en reaccionar. «Yo propuse Suiza y Holanda, y ella sugiere España. Lo cierto es que el Matisse que busca Anouk puede estar en cualquier lugar del mundo» —argumentó mientras seguía leyendo.

*“Por aquellos días, los contrabandistas de arte procedentes del Tercer Reich negociaban en España con la complicidad de la dictadura franquista y en varias galerías del país podían hallarse pinturas procedentes del expolio”.*

« ¿Galerías españolas? Yo pensé que las obras de arte saqueadas en Francia estarían escondidas bajo siete llaves y no a la vista de todos» —pensó el sabueso de Castelar.

Esa noche, cuando por fin había podido dormirse, Domecq padeció otro sueño perturbador: *Lady Godíva* cabalgaba desnuda sobre un caballo blanco, esta vez acompañada por Anahí, Anouk y Rocío.

Al despertar estaba agotado, con la boca reseca y mal aliento. Fue al baño y al lavarse los dientes encontró junto al lavatorio la

bombilla y la calabaza usadas la noche anterior. De inmediato decidió repetir la grata experiencia de matear. Se vistió, buscó el termo y bajó a la cocina para reponer el agua caliente.

Luego de disfrutar varios amargos, optó por leer un artículo del periodista Héctor Feliciano, sugerido por Ariel Tello: “*Medio siglo después del expolio nazi, el Museo del Louvre todavía ocultaba 400 de esas obras y el Museo de Arte Moderno de Nueva York y el Reina Sofía de Madrid no estaban exentos de ese ilícito*”.

La lectura de estas miserias éticas, por parte de importantes museo, incrementaron las dudas del pobre Domecq. « ¿Y ahora? ¿Acaso tengo que buscar el Matisse de Anouk en el Louvre, el Moma, el Reina Sofía y en todos los museos del mundo? » —concluyó, furioso contra el universo.

La mateada había resultado el complemento ideal para digerir el denso informe de Ariel Tello, pero el agua se había acabado y necesitaba otros amargos para sacarse la bronca provocada por la última información.

Sin más, Domecq bajó la escalera con el frágil termo, pidió otra recarga y, de paso, solicitó que le agregaran dos *croissants* a su cuenta. Reconfortado por ese par de joyas de la panadería francesa, cambió la yerba de la calabaza y recomenzó el ritual.

Un rato después, más por obligación que por genuino interés, retomó la lectura del archivo de Interpol. En esta oportunidad eligió un artículo del historiador Miguel Martorell, autor de *El expolio Nazi: “Han pasado casi ochenta años desde el fin de la Segunda Guerra Mundial y no hay semana que no aparezca alguna noticia sobre reclamaciones de las víctimas del expolio nazi o sus descendientes, a estados o*

*museos de todo el planeta, para recobrar las obras de arte robadas durante la contienda*”.

« ¡Exacto!» —exclamó Domecq—. «Ese es el caso de Anouk Rosenberg y el Matisse que estoy buscando».

Más adelante, Martorell resaltaba la importancia del contrabando de obras de arte expoliadas desde Francia a España.

«Martorell coincide con Rocío. Ambos apuntan a España» —pensó el jubilado, y recordó que Anouk también había destacado la importancia estratégica de los Pirineos y sus pasos clandestinos.

Llevado por un impulso, buscó las posibles referencias cruzadas entre arte expoliado y España. El más mencionado resultó ser el coleccionista y banquero nazi Alois Miedl, quien —en agosto de 1944— se había alojado en San Sebastián, hasta septiembre de ese mismo año, cuando partió hacia Madrid.

« ¡Aleluya!» —exclamó Domecq, al encontrar información tan precisa sobre el nazi contrabandista de cuadros.

Otro dato puntual era que el 12 de julio de 1944 Miedl intentó pasar por Irún con acciones, bonos y títulos que fueron retenidos por la aduana. Este fue su primer encontronazo con la kafkiana burocracia española. Como la Italia fascista o la Alemania nazi, la dictadura franquista intervenía en todos los ámbitos de la actividad económica. Aunque tuviera una fortuna, Miedl no era nadie en España.

Después de esa desastrosa experiencia aduanera, Miedl optó por ingresar valores y cuadros de contrabando.

«La burocracia franquista era muy parecida a la nuestra» —pensó el argentino—. «A veces, es más sencillo no hacer las cosas por derecha».

Preso de una justificada ansiedad, le escribió a Rocío.

«Domecq:

*Estoy de acuerdo con tu propuesta sobre España. Es más, creo que deberíamos comenzar por San Sebastián».*

«Rocío Valland:

*¿Por qué San Sebastián?»* —fue la obvia pregunta de Rocío.

Recién entonces Domecq mostró sus cartas.

«Domecq:

*Alois Miedl estuvo en San Sebastián en 1944. Había cruzado la frontera con una fortuna en cuadros, títulos y acciones que le fueron retenidos por la aduana de Irún».*

«Rocío Valland:

*Entonces deberíamos ir a Irún».*

«Domecq: «OK» —confirmó él.

Con puntualidad de primer mundo, el tren salió de la *Gare Montparnasse*, en París, con destino a Hendaya, en los Pirineos franceses. Ese confortable viaje, de unas cuatro horas y media de duración, era una inmejorable oportunidad para que Rocío y Domecq, sentados uno junto a otro, limaran las asperezas y aclararan los puntos oscuros en su relación.

Como la sangre latina corría por las venas de ambos, el primer compromiso fue controlar sus emociones. Los dos habían vivido lo suficiente como para saber que hay que tomarse el tiempo necesario para calmarse antes de reaccionar.

También era importante reconocer que muchas discusiones se originaban en malinterpretaciones lingüísticas, derivadas de la forma

en que cada uno se expresaba y cómo el otro lo percibía.

El resto eran obviedades, válidas para toda relación, como moderar las quejas y recriminaciones al otro.

Lo cierto fue que —a mitad de camino—, cuando el tren atravesaba *Poitiers*, Rocío y Domecq habían dado por superado ese tema y estaban hablando de otra cosa.

—En este marco de sana camaradería, me gustaría conocer algo más de tu vida —dijo Domecq, con una sonrisa.

Hubo una pausa momentánea entre ellos, y luego Rocío dijo:

—Como tú ya sabes que nací en Irún, estudié en París y trabajé en el *Jeu de Paume*, podría añadir que mis abuelos y mi papá nacieron en Guernica y llegaron a Irún huyendo del bombardeo —resumió casi mecánicamente, como por obligación, hasta que le devolvió la pelota a su compañero de viaje—. ¿Tú y Anouk se conocieron en Buenos Aires? —preguntó ella.

—Sí. Yo buscaba un Renoir para *International Art Recovery* y la dueña me presentó a Anouk.

— ¿Y cómo fue que te contrató? —insistió Rocío, con aparente interés.

—Cuando Anouk tuvo que regresar a Europa, me pidió que cubriera una audiencia en los tribunales porteños por un cuadro en litigio con la galería Wildestein.

Domecq creía haber respondido la pregunta, pero Rocío insistió:

—Cuéntame más. Tenemos un largo viaje por delante.

Sin demasiadas ganas, el periodista jubilado, novelista por vocación y detective por necesidad, bosquejó una síntesis.

—La verdad es que me daba vergüenza presentarme ante

Anouk y decirle que el juez se había jubilado y el expediente iba a quedar cajoneado por tiempo indeterminado. Entonces, me puse a leer la denuncia contra la galería Wildenstein por “*traficar obras que los nazis habían confiscado ilegalmente a Paul Rosenberg*”. Después, me puse a buscar pruebas que pudieran justificar esa acusación y me topé con todo tipo de intrigas y complicidades, que mezclaban contrabando, espías, marchands, coleccionistas, galerías y hasta museos. Entre todo eso, recuerdo haber leído un informe del FBI donde se afirmaba que Argentina era la clave para encontrar gran parte del botín nazi.

## IX. Desde el quirófano

En el quirófano, lista para una nueva cirugía, soportando la innecesaria agresión sonora provocada por el metálico entrecrochar del instrumental quirúrgico y la charla banal entre médicos y asistentes, Anahí Aberanda concibió su plan de venganza.

Sin embargo, a medida que la anestesia general le hacía efecto, fue perdiendo el conocimiento y su cuerpo dejó de responder órdenes.

Sin noción del tiempo transcurrido, después que los profesionales concluyeran la tan necesaria cirugía reparadora, despertó en la sala de recuperación. Tenía la boca reseca y el estómago revuelto, con náuseas. El estado de somnolencia y confusión demoraba la plena recuperación de la conciencia. En vano, intentaba, recordar el plan que un rato antes le había parecido tan claro.

De pronto, sus elucubraciones se paralizaron, porque una cabeza se había asomado por la puerta, dejando entrar la pálida luz del pasillo. En ese mismo instante recordó los atentados y la mudanza preventiva a casa de Domecq. Ahora estaba internada en una clínica, cumpliendo con el período posoperatorio, supuestamente dedicado a la recuperación y el descanso. Pero ella no era una paciente común, era una comisaria cuya vida estaba llena de incertidumbre, preocupación y sed de venganza.

Por suerte, la intrusión duró apenas unos segundos. Quien quiera que hubiese sido, se conformó con dar un vistazo, tal vez para certificar que los números que mostraba el monitor estuvieran dentro del rango de lo razonable.

Una vez pasado el susto, Aberanda intentó recrear mentalmente

los lineamientos básicos de su plan. Más allá del gran impedimento que significaba estar internada, había otro hecho incontrastable: Magister se había hecho humo. Y no era una metáfora. La sede de esa empresa, en Castelar, había sido devorada por las llamas y reducida a escombros, junto con el depósito que compartía con la Galería Wildestein.

Antes de la cirugía, se había comunicado con el juez a cargo de la causa, quien rechazó el pedido de información sobre Magister, porque ella ya no estaba a cargo de la investigación. Furiosa por esa respuesta, Aberanda se negaba a aceptar el “*game over*”. Rendirse no era una opción. No podía bajar los brazos. Necesitaba recuperar su carrera profesional porque tenía dos hijos a cargo y un ex esposo ausente. Debía sacar fuerzas de flaqueza para levantarse y seguir adelante.

La oportuna visita diaria del jefe de piso, le permitió comentar su problemática. Luego de escucharla con atención, el profesional le informó que iba a recomendar la consulta con un psicólogo.

Después del almuerzo, mientras cabeceaba de sueño y aburrimiento, ingresó a su habitación un muchacho de aspecto despreocupado, con cabello largo y desordenado, zapatillas gastadas y las botamangas de los jeans deshilachadas. Como llevaba guardapolvo blanco, la primera impresión de Anahí fue creer que la visitaba un pasante. Nunca hubiera imaginado que se trataba de un terapeuta muy joven, sin barba, sin anteojos y sin pipa.

El licenciado Mola la tuteó y le dijo cosas sensatas, nada que ver con la típica charla teórica que ella había imaginado. La cordial conversación duró hasta que fue interrumpida por el sonido de un

beep. El terapeuta miró el celular y, mientras se retiraba, dijo: «hasta mañana».

El día siguiente, a primera hora, Anahí Aberanda recibió una buena noticia pero condicionada: al mediodía le darían el alta, pero debía volver a las 17 horas, a la sesión con el psicólogo.

Una vez en la calle, Anahí tomó un taxi hasta Morón y pasó la tarde junto a sus hijos, en la casa que alquilaba su madre. Ya de noche, en el ph prestado por Domecq, después de una suave y cuidada ducha evitando mojar las recientes cicatrices, al ver en el espejo empañado por el vapor el puzle de cirugías que cubría su cuerpo, se acordó del Licenciado Mola, a quien había dejado plantado. En realidad no estaba convencida de seguir viéndolo. Por un lado, nunca había creído en la terapia. Por otro, Mola era un pendejo. «Es menor que yo. ¿Qué puede saber de la vida?» —fue la excusa que le sirvió para descalificarlo.

Envuelta en un toallón, panza arriba en la cama, con la mirada perdida, tras una sucesión de destellos borrosos, Aberanda logró ordenar sus ideas y le envió un mensaje al fiscal de la causa, con la misma pregunta que no le había contestado el juez: « ¿Cuál es el nuevo domicilio de Magister?».

Se trataba de una pregunta razonable, ya que -luego de la destrucción total del edificio de Merlo al 2300 la empresa Magister estaba obligada a notificar al juzgado el nuevo domicilio legal.

Como las malas noticias llegan rápido, el fiscal respondió de inmediato, usando el mismo argumento que el juez: «Usted ya no es parte de la investigación y no tiene acceso a la información contenida en la causa judicial».

Privada de la información oficial, Aberanda se vió forzada a buscar otras vías para concretar su venganza contra quienes le habían arruinado la vida.

«Si el verdadero “*Gabrielle et Coco*” no fue entregado en el fallido canje por armas, tiene que seguir estando en manos de la banda que lo robó del museo» —se dijo Aberanda—. «Tengo que agarrar al sucesor de Craigson Benitez con las manos en la masa, en posesión del Renoir original robado, para que la justicia pueda condenarlo. Esa será mi venganza. No necesito matarlo, voy a meterlo en cana hasta el fin de sus días».

### §

Anahí Aberanda se consideraba una mujer ordenada, razonable y pragmática, que en su rol de comisaria pudo haber parecido fría y distante pero que al despojarse de su investidura policial había sido una mujer atractiva, con suficientes encantos como para sacarle información al macho más pintado. Sin embargo, después de las graves quemaduras, y en pleno proceso de cirugías estéticas, estaba obligada a esconder su rostro. Solo le quedaba su voz y su inteligencia, atributos con los que intentaría convencer al liquidador de seguros.

Oscar Rosende, era un hombrecito gris desbordado por la magnitud del siniestro que le había tocado evaluar. La explosión seguida de incendio había devastado casi un cuarto de manzana en Castelar, entre oficinas, casas linderas y depósitos llenos de cajones, que podían haber contenido desde armas hasta obras de arte.

Ahora tenía del otro lado del teléfono a una comisaria que -luego de chapear ante su secretaria, ocultando que no estaba en actividad-

lo presionaba para obtener un dato. Después de un comienzo fallido, Aberanda encontró las frases que todo liquidador quisiera escuchar:

«No se preocupe, señor, no me interesa saber cómo se originó el siniestro, ni qué contenían esos cajones con rótulos sospechosos, ni si el seguro contratado cubre todos estos riesgos, ni mucho menos cuál es el monto de la millonaria indemnización, ni cuándo va a estar disponible el pago. Solo necesito confirmar el nombre del beneficiario de la póliza, es decir: ¿quién va a cobrar el suculento cheque?».

Una vez que Oscar Rosende respondió y confirmó que “Magister Group SA” era la dueña del paquete accionario que incluía el 99,99% de “Magister SA” y de “Wildestein SA”, las empresas propietarias de los inmuebles incendiados en la calle Merlo, la comisaria agradeció en nombre de la policía bonaerense y cortó la comunicación.

Exultante por haber avanzado en su plan, Anahí Aberanda sintió ganas de festejar y decidió pasar a buscar a sus hijos y a la abuela, para llevarlos a comer hamburguesas con papas fritas.

El sencillo plan familiar solo se cumplió parcialmente. En cuanto llegó a casa de su madre y abrazó a sus hijos, Anahí descubrió que tenían fiebre. Entre quejas y protestas, los obligó abañarse. Después, vino la sopa caliente y el puré que reemplazaron a la comida chatarra. La visita domiciliaria del médico se demoró y llegó cuando los chicos dormían tranquilamente. Despertarlos y lograr que se dejaran revisar, fue una lucha digna de una mujer policía. Finalmente, el profesional emitió su diagnóstico. «En época de Covid y neumonías, una angina tradicional es un problema menor».

Para no alejarse de los enfermitos, Anahí decidió pasar otra

noche en la casa de su madre. Si bien el sillón del living no era tan incómodo, el estrés del día no la dejaba dormir. Aprovechando el silencio nocturno, Anahí revisó el estante de la vieja biblioteca donde estaban algunos de los libros de su adolescencia y juventud. Había novelitas de Corin Tellado, mezcladas con textos de Silvina Bulrich, Manuel Puig, Mario Benedetti y Alejandra Pizarnik. Primero pensó en leer algún poema, pero tuvo miedo de engancharse, desempolvar sentimientos y reabrir viejas heridas que la desvelarían aún más.

Después de una nueva visita maternal, tras confirmar que sus hijos dormían tranquilamente, Anahí recordó que no había buscado en el mapa la dirección que le había sonsacado al liquidador de seguro. Luego de un intento fallido, recurrió a *Google maps* y logró visualizar las cuatro esquinas de la intersección de la calle San Nicolás con Gobernador Arias, en Castelar Norte. En una había una vieja estación de servicios convertida en agencia de autos usados, en la otra estaba el bar temático Don Elvis, en la siguiente había un local en venta y en la última esquina había una inmobiliaria que en el primer piso alquilaba oficinas.

« ¡Vamos todavía! » —exclamó Anahí, mientras le enviaba a Domecq un mensaje con la buena noticia.

## X. Frontera francesa

Mientras el tren de alta velocidad atravesaba la campiña francesa, Domecq compartió con Rocío las conclusiones de un informe del FBI, donde se afirmaba que Argentina era la clave para encontrar gran parte del botín nazi.

— ¿Tú quieres decir que...?—intentó interrumpirlo ella.

—Yo no digo nada, solo repito: el FBI denunció una triangulación de arte saqueado, entre Europa, Argentina y el resto del mundo. Aparentemente, se lavaba el origen nazi de las obras pasando primero por Buenos Aires, para luego trasladarlas a Brasil y Estados Unidos. Como Argentina no le declaró la guerra al Eje hasta que faltaba poco para que terminara el conflicto, durante su período “neutral” no hubo controles para las importaciones desde Alemania, incluyendo las obras de arte confiscadas ilegalmente —explicó Domecq.

— ¿Entonces...? —insistió Rocío.

—Cuando descubrí que la sucursal argentina de Wildenstein había importado obras saqueadas, le di intervención a Interpol y a la justicia argentina. Fue entonces que se comprobó la fusión entre Wildenstein y Magister, la empresa de seguridad sospechada del robo al MNBA. Finalmente, se unificaron las causas y se allanó el depósito que esas empresas compartían en Castelar. Por desgracia, una “mano negra” hizo explotar el edificio provocando un incendio que arrasó con vidas y cuadros.

Luego de un incómodo silencio, Domecq cambió de tema.

— ¿Qué más sabés de Alois Mield? —preguntó.

—Hace años investigué la implicación española en el expolio

nazi y en aquel momento surgió la figura de Miedl, el banquero de Hitler y marchand de Goering que se transformó en asesor del generalísimo Franco —comenzó Rocío—. Esto coincide con tus datos sobre este siniestro personaje que habría llegado a San Sebastián, cargado de cuadros y valores mobiliarios, de dudoso origen —concluyó.

—Así es. ¿Te interesa saber cómo Miedl llegó a ser tan inmensamente rico? —propuso él.

— ¡Que sí! Nunca es tarde para aprender algo semejante— respondió ella.

Aprovechando la oportunidad para hacer ostentación de sus últimas lecturas, Domecq se explayó:

—Alois Miedl parece un personaje de ficción digno de una película. Participó de la compra venta de arte para Hitler y Goering, y se enriqueció consiguiendo casi regaladas obras que luego vendería a valores internacionales. Lo pintan como un “individuo carismático, astuto y camaleónico” que se movió con total impunidad en Berlín, París, Ámsterdam, Hendaya, San Sebastián y Madrid.

— ¿Cuál es tu fuente? —preguntó ella, sorprendida por el relato.

—No es Wikipedia, sino Interpol —respondió, sin disimular su incomodidad por la pregunta.

— ¿Interpol Argentina? —insistió Rocío.

—No. Interpol Francia—contestó con un gesto de suficiencia—. En París siguen desclasificando documentos de la Segunda Guerra Mundial generados por los aliados con el objetivo de reconstruir el expolio a partir de los interrogatorios a los nazis y colaboracionistas capturados.

— ¡*Bikaina!* —exclamó en Euskera y agregó—. ¡Qué bien! No recordaba a Interpol en ese rol.

—Según Interpol, este malandra estuvo vinculado con jerarcas nazis, fachistas y franquistas, galeristas, banqueros, mafiosos, contrabandistas y aventureros de diverso pelaje que participaron en el expolio y posterior dispersión de obras de arte —agregó Domecq mientras limpiaba con cuidado los gruesos cristales de sus anteojos

— ¿No se te ha olvidao ninguno? —preguntó ella, con una mueca.

Domecq, sacudió la cabeza, sonrió irónicamente y le siguió el juego: —No encontré mención a la Santa Sede, aunque... —bromeó, antes de continuar—. Miedl había logrado moverse exitosamente en las sombras, pero cuando los aliados intentan averiguar cómo había forjado Goering su colección de arte, aparece el nombre de su proveedor, Alois Miedl, quien -justo en esa época-estaba introduciendo obras de arte en España.

— ¿Hay una lista de esos cuadros? —preguntó ella.

—No. Por eso tenemos que seguir la pista de las miles de obras que pasaron por sus manos y mi esperanza es que en la aduana española hayan quedado registros de 1944.

— ¿En Irún? —preguntó ella.

—En Irún y en Bilbao —respondió y continuó su explicación—. A Irún llegó con su esposa, en dos autos cargados de bultos, pero tengo una pista sobre tres contenedores con pinturas despachados hacia el puerto franco de Bilbao.

— ¿Siguen siendo datos de Interpol?

—Sí... —había comenzado Domecq pero se detuvo, sorprendido

por la belleza del paisaje que el tren dejaba rápidamente atrás.

—Burdeos —explicó Rocío y ambos disfrutaron en silencio la veloz sucesión de viñedos, bodegas, pueblos, iglesias y castillos.

—Entonces, ¿cómo empezó Alois Miedl? —preguntó ella.

—Leí que era un banquero joven inmerso en la hiperinflación desbocada que descoyuntó la economía alemana. En ese ambiente de crisis, inseguridad e incertidumbre, en el que cualquier apuesta parecía razonable Miedl supo especular con un dólar que en enero de 1923 valía 18.000 marcos; en junio 150.000; en agosto 4 millones, en septiembre 160 millones, y llegó a los 1.000 millones...

— ¡Qué locura! Cada vez que escucho hablar de hiperinflación más me cuesta entenderla.

—En cambio los argentinos la mamamos con la leche materna.

—Mejor continúa con tu versión de este facineroso —sugirió Rocío.

—Miedl fue una máquina de hacer dinero. Sin límites éticos o morales, sacó partido de cualquier oportunidad que le permitiera hacer fortuna a partir casi de la nada —concluyó Domecq.

En cuanto el tren llegó a la estación de Hendaya, mientras Rocío tramitaba el alquiler de un auto, Domecq se ocupó del equipaje.

Más allá de las vidriadas puertas corredizas que daban al exterior lo esperaba un paisaje de belleza sobrecogedora. Había nevado durante la noche y los Pirineos totalmente blancos sorprendieron al modesto jubilado que ni siquiera había podido conocer Bariloche en Invierno.

Un breve bocinazo le advirtió a Domecq que esa camioneta roja, con tracción en las cuatro ruedas y equipada con poderosas cubiertas

para la nieve, era la que había elegido su compañera de viaje.

Nacida al pie de la montaña, Rocío estaba acostumbrada a manejar en esos caminos sinuosos, bordeados de árboles o precipicios, según los tramos. La nieve, en vez de preocuparle, le divertía y su rostro se iluminaba. Desde el asiento del acompañante, Domecq apreció ese cambio que la hacía aún más atractiva.

Si bien la distancia entre Hendaya e Irún era de apenas un puñado de kilómetros, tardaron casi una hora porque Rocío se tomó su tiempo para detenerse y mostrarle las nevadas marismas del río Bidasoa y la bella tranquilidad de la bahía de Txingudi.

La tarde se iba desvaneciendo y la ciudad de Irún los recibió con una puesta de sol entre las montañas. La camioneta roja se detuvo frente al Hotel Urdanibia Park y mientras Domecq deslizaba su nueva valija, Rocío le anticipó que la reserva ya estaba hecha y lo esperaban con la habitación caliente. Además, le recomendó la comida típica del restaurant, el bacalao a la vasca, especial para acompañar con un buen vino y dormir toda la noche. Dicho esto, saludó con un gesto a ese hombre alto, delgado y canoso, escudado tras sus gruesos anteojos de montura de carey oscura, y siguió viaje hacia la cercana casa de sus padres.

Luego de registrarse en la amplia recepción, engalanada por una enorme chimenea que crepitaba sin cesar, Domecq llegó a su habitación. Atraído por unos colores entre rojizos y violáceos, se acercó a la ventana y observó que, más allá del parque, el bosque y las montañas, los últimos rayos de sol se filtraban entre las espesas nubes grises

El sorpresivo beep del celular rompió la magia del momento.

Al advertir que era un mensaje de Anahí Aberanda, el detective se preparó para recibir malas noticias. Sin embargo, su amiga parecía estar entusiasmada por haber conseguido la nueva dirección legal de Magister. Estaba en pleno Castelar, en la intersección de San Nicolás con Arias, frente al antiguo lavadero de autos donde solía llevar su coupé roja.

## XI. Parque Leloir

Entusiasmada por haber obtenido la dirección del grupo Magister, Anahí Aberanda se propuso conseguir el nombre del reemplazante del difunto Gustavo Craigson Benitez como nuevo jefe de esa organización. Su primer intento fue en el registro de la propiedad, pero todos los inmuebles de la familia estaban a nombre de la sociedad y no de persona alguna.

Dispuesta a perseverar en su búsqueda, tuvo la buena idea de consultar a la Inspección de Personas Jurídicas. Tal como esperaba, Magister había cumplido con la obligación de notificar tanto el cambio de su dirección legal como el nombre del nuevo presidente del directorio: Santiago Craigson, hijo del presidente anterior.

«Como en todo grupo mafioso, el poder en la “Triple A” es hereditario» —pensó la comisaria.

En otro orden de cosas, los daños producidos por el incendio en el auto de Anahí habían sido de tal magnitud que la compañía de seguros tuvo que activar la cláusula de destrucción total. A partir de ese momento se desencadenó una larga discusión tendiente a determinar la correcta evaluación del monto del siniestro. Como paliativo, ante las razones de salud invocadas por la damnificada, la aseguradora accedió a facilitarle transitoriamente el auto sustituto garantizado en el contrato.

Conduciendo un Fiat 500 blanco, Anahí llegó a la casa de su madre para recoger a sus hijos y llevarlos a pasear en ese pequeño vehículo de techo corredizo. Si bien les había prometido que el paseo incluía almorzar hamburguesas, al dirigirse a Don Elvis la comisaria tenía —además— otra idea en la cabeza.

Luego de estacionar bajo la magra sombra de uno de los pocos árboles que languidecían en la calle San Nicolás, los tres ingresaron al bar que rinde homenaje a Elvis Presley. Sin sacarse el amplio pañuelo que le cubría las cicatrices del cuello, la comisaria eligió una mesa junto al ventanal, que permitía ver hacia Gobernador Arias. Mientras tanto, sus hijos recorrían deslumbrados la excéntrica ambientación de un típico *American Diner* de la década del 50, donde la trompa de un Chevrolet 51 iluminaba las baldosas blancas y negras que conducían hasta una deslumbrante rockola, que había logrado sobrevivir al paso de los años.

Al momento de elegir, los chicos insistieron en la hamburguesa con papas fritas pero Anahí se dio el gusto de pedir las mollejas doradas Don Elvis, preparadas con crema de hongos, verdeo, salsa de soja y parmesano, acompañadas de papas *noisettes*.

Más de una hora después, cuando los chicos se esforzaban por terminar los consabidos helados del postre y su madre ya había pagado la cuenta, una camioneta negra se detuvo frente al edificio de Arias y San Nicolás. En cuanto una persona salió de las oficinas de Magister y subió a la camioneta, la comisaria ordenó a sus hijos que salieran del local y subieran al Fiat.

En un santiamén la familia estuvo a bordo, dispuesta a jugar al seguimiento de la camioneta Mercedes Benz negra con vidrios polarizados. Como el tránsito sobre Gobernador Arias se desplazaba a paso de hombre, al pequeño Fiat no le costó mucho arrancar, doblar en la esquina, acercarse y mantener una distancia prudencial con la poderosa camioneta alemana.

Luego de subir al Acceso Oeste, al detenerse en el peaje de

Ituzaingó, el chofer de la camioneta bajó la ventanilla y Anahí, siempre con el rostro semicubierto por el pañuelo, se puso a la par para intentar ver la cara de los ocupantes. El que conducía era corpulento y llevaba remera y anteojos negros. En cambio el acompañante, era un hombre de mediana edad, bronceado, que lucía una elegante combinación de traje y corbata. Lamentablemente, no le fue posible identificar al tercer pasajero, ubicado atrás. A su vez, el alboroto de los chicos haciendo gestos por la ventanilla trasera del Fiat evitó que los hombres se fijaran en el rostro de Aberanda y justificó la decisión de involucrarlos en el seguimiento.

Después de bajar en Martín Fierro y sortear una serie de obstáculos derivados de la falta de sincronización entre los semáforos, la comisaria logró seguir a la camioneta negra hasta la calle De la Vidalita, en Parque Leloir, donde el vehículo sospechoso traspuso el pesado portón de hierro de la quinta "*Mon Repós*"; una mansión protegida por altos cercos electrizados y cámaras de vigilancia.

Aberanda hizo bajar a sus hijos y les propuso jugar a las estatuas, posando en formas divertidas, mientras ella les sacaba fotos para después compararlas y elegir la pose ganadora.

Aquel atardecer, satisfecha por las buenas imágenes de la mansión que aparecía como fondo en las fotos del juego de las estatuas, Anahí llevó a sus hijos de regreso a la casa de su abuela. Para aprovechar el resto de un día atípico, la comisaria pasó un rato por el gimnasio. Ya en casa de Domecq, tomó una ducha, comió una porción de la tarta preparada por su madre, más una banana y se quedó dormida escuchando las noticias internacionales.

Por la mañana, después de un desayuno variado pero

incompleto, se vistió con el jogging negro, buscó los prismáticos y subió al Fiat. Ya en Parque Leloir, estacionó en la calle De la Vidalita, se puso los anteojos oscuros y —siempre cubierta por el holgado pañuelo— comenzó a caminar en círculos alrededor de la quinta "*Mon Repós*", donde había ingresado el nuevo presidente de Magister.

Durante su recorrido, mezclada entre las otras personas que caminaban como ella, con disimulo, Anahí pasó varias veces frente a la casona de Santiago Craigson, sin poder divisar a persona alguna. La camioneta negra estaba estacionada a la sombra de un frondoso *Ginkgo Biloba* y en el primer piso de la enorme casona había una ventana abierta. Desde lejos, con los prismáticos, descubrió que se trataba de un ambiente en el que había varios cuadros colgados en la pared.

« ¿Alguno será el Renoir original? » —se preguntó Aberanda, pero la respuesta solo podría obtenerla con la cámara de un dron, siempre y cuando tuviera la suerte de encontrar las ventanas suficientemente abiertas como para filmar el interior.

Anahí ya había decidido retirarse, cuando descubrió a una pareja que caminaba por el amplio parque de la mansión. El hombre bronceado, parecía ser el mismo que el día anterior ocupaba el asiento del acompañante en la camioneta Mercedes Benz negra. A su lado había una joven pelirroja que a la comisaria le pareció conocida, pero no logró identificar. Llevada por un impulso, Aberanda cometió el error de fotografiar a la pareja con su celular, sin prestar atención a las cámaras de seguridad que estaban captando su actitud sospechosa. Finalmente, con la tranquilidad propia de la ignorancia, Anahí

Aberanda dio por terminada la incursión.

Ya en su casa, se puso a investigar el precio de los drones y la posibilidad de alquilarlos. Fue entonces cuando encontró la publicidad de la agencia de detectives que había montado un colega, ex comisario de la bonaerense, retirado de la fuerza.

En su página web, “Amoroso & asociados, detectives privados” afirmaban actuar con absoluta reserva, discreción y confidencialidad, utilizando la tecnología más avanzada, incluyendo drones y cámaras de espionaje indetectables. Se ocupaban de infidelidades, fraudes empresariales, empleados desleales y averiguación de paradero.

Al leer “drones” Anahí abrigó la esperanza de que su amigo le pudiera prestar uno para usar en Leloir, y lo llamó. Joaquín Amoroso —titular de la agencia de detectives que llevaba su nombre— prefirió tratar el tema personalmente y la invitó a tomar algo en “Café Martínez” de Castelar.

## §

Con un maquillaje especial, anteojos negros, un amplio pañuelo que le cubría la cabeza hasta los hombros y una liviana camisola de lino con mangas largas, Anahí intentó disimular las quemaduras y las cirugías reparadoras en vías de cicatrización. A pesar de su aspecto inusual, saltaba a la vista la apostura natural, propia de una mujer atractiva, segura de sí misma.

Joaquín Amoroso, rondaba los cincuenta y cinco años, era un morocho macizo, con cabello entrecano y ojos marrones de mirada firme. Tenía cuerpo de deportista, un mentón prominente y un vozarrón ronco que le daba un aire rudo. Era simpático, pero no buen mozo. Vestía de manera sobria, era amable y respetuoso.

Apenas tarde, Anahí llegó al Café Martínez y en una de las primeras mesas encontró a Joaquín. Mientras él se levantaba para saludarla, ella le dio un fugaz beso en la mejilla y se sentó justo enfrente.

— ¿Qué tomás? —preguntó él.

—Un capuchino —respondió ella.

—O los diarios exageraron, o te recuperaste muy rápido, porque quien desconozca lo que te pasó, no lo notaría al verte ahora — arriesgó Joaquín en una osada primera movida de las blancas.

Anahí sonrió para adentro, pero —aparentando indiferencia, respondió: —El tiempo dirá.

Luego de humedecerse los labios, como si se le secase la boca, pero sin perder la iniciativa, expeditivo y directo, el comisario retirado se explayó.

—Vos querías hablarme de drones, pero te voy a plantear algo más amplio, que incluye a los drones —empezó.

— ¿De qué se trata? Contame —respondió ella exagerando su interés.

—Mi agencia ha logrado posicionarse muy bien en el mercado de investigar infidelidades.

— ¿Sos un detective sentimental? —lo toreó ella, impasible.

—No soy melancólico —bromeó él.

—Quise preguntarte si sos un detective especializado en investigaciones sentimentales —aclaró ella, seria.

—Sí. Justo de eso trata mi trabajo y los clientes no dejan de aumentar.

—Argentina potencia. Te felicito.

—Gracias. Pero no todo es color de rosa. Necesito gente apta y no consigo.

Joaquín la miró y al ver que ella permanecía inmutable, continuó.

—Si llegaras a retirarte de la fuerza...—empezó él pero Anahí lo cortó.

—O si me dan de baja por invalidez.

—No importa la causa. Quiero decirte que mi agencia tiene las puertas abiertas para vos.

— ¿Querés ser mi jefe?

— ¡No! Jefe no, socio —propuso Joaquín.

## XII. Comisario Maigret

Sorprendida por la generosa propuesta de Joaquín, ofreciéndole asociarse a su agencia de investigaciones, Aberanda apenas pudo agradecer.

— ¡Gracias! —dijo—. Llegado el momento lo voy a pensar. Pero hoy solo quiero hablar de drones.

—Adelante —respondió él.

—Estoy investigando a los que me hicieron esto —dijo señalándose a sí misma con ambas manos— y necesito un dron.

— ¿Ya sabés quienes fueron?

—Sí. La “Triple A” residual.

— ¿Está activa?

—Sí. Durante un allanamiento a su sede provocaron la explosión que me desfiguró y mató a un colega de Interpol.

— ¿Y el dron...?

—Es para espiar la casona que tienen en Parque Leloir.

— ¿No está vigilada?

— ¡Recontra vigilada! Cerco alto y tupido, cámaras de seguridad de última generación y algunos gorilas.

— ¡Uff!... ¿Y qué debería hacer el dron?

—Necesito espiar por ventanales del primer piso buscando un cuadro.

— ¿Un cuadro?

—Un Renoir original robado del MNBA.

—Debe valer millones de dólares.

—Sí.

— ¿Y no hay recompensa por el cuadro?

—Supongo que sí.

— ¿Suponés?

—No lo confirmé, porque no es mi prioridad.

— ¿Y cuál es tu prioridad?

—Vengarme, atrapando al capo de la “Triple A”.

—Eso es demasiado peligroso para mis drones—dijo Joaquín sin suavizar su vozarrón.

Después de un largo y denso silencio, en mejor tono, él hizo una propuesta.

—Mejor empecemos de nuevo. ¿Qué te parece usar el dron a cambio de un porcentaje de la recompensa?

—Supuesta recompensa. El único que podría estar interesado en recuperar el Renoir original sería la compañía de seguros que pagó el siniestro.

—Que la compañía de seguros haya pagado el siniestro, significa que se convirtió en dueña del Renoir original —afirmó Joaquín Amoroso.

—Supongo.

—Entonces, la aseguradora debería estar dispuesta a pagar una recompensa a quien le devuelva el Renoir.

—Insisto, es muy probable que estés en lo cierto, pero habría que confirmarlo —respondió Aberanda con firmeza.

—De acuerdo —aceptó Joaquín con su mejor sonrisa—. No hablemos más hasta tener la confirmación. Ahora, si me disculpás, tengo que volver a Capital para contarle a una señora que su marido la engaña, con la secretaria.

—Nada nuevo bajo el sol.

## §

Mientras tanto, en Irún, después de un gélido amanecer con temperaturas bajo cero, Domecq esperaba a Rocío en la acogedora recepción del *Hotel Urdanibia Park*.

Dado que ya había desayunado, el detective de Castelar se sentó junto a un enorme ventanal a disfrutar las hermosas imágenes de los Pirineos nevados. En eso estaba, cuando apareció Rocío y lo invitó a trasladarse a otro rincón de la recepción, alejado del calor de la chimenea, donde los esperaba un hombre mayor, corpulento y calvo, que aparentaba unos diez años más que Domecq. Tenía la piel curtida y conservaba puestos unos anteojos negros, a pesar de estar en el interior del edificio. Apenas llevaba por abrigo un colorido chaleco de gruesa lana tejida, debajo del cual sobresalía una sobria camisa negra.

—Si me permiten presentarlos. El comisario Maigret, considerado el primer sabueso de arte de Francia. Y el señor Domecq, detective argentino.

— ¿Argentino? ¡Oh là là! ¡Qué hermoso es el Aconcagua y que buen vino tienen en Mendoza! —dijo el francés con un vozarrón que luchaba para pronunciar la “g” y la “erre”.

Sin levantarse de su asiento, el hombrón estiró la mano a modo de saludo.

— ¡Encantado de conocerlo! Rocío me habló de usted pero no imaginaba encontrarlo aquí —dijo Domecq, mientras estrechaba la vigorosa mano del comisario.

—Rocío es mi vecina preferida y estando con ella me siento más joven —dijo Maigret.

—Somos dos. A mí me pasa lo mismo—intervino Domecq, y Rocío bajó los párpados en un falso gesto de rubor que provocó la risa de los maduros galanes.

Aprovechando el momento de distensión, Rocío le pidió a Maigret que les compartiera su experiencia en la búsqueda de arte robado.

—Para templar la garganta, me gustaría una copita de calvados —dijo el comisario y, mirando al argentino, preguntó—. ¿Lo probó?

Domecq negó con un movimiento de cabeza y el francés le explicó: —Es un licor que se obtiene de la destilación de sidra.

—Entonces lo acompaño.

—Ya pido tres —dijo Rocío.

—Bueno. Les cuento —comenzó Maigret—. A diferencia de esos comisarios de novela policial que se sientan en algún café, a fumar en pipa y resolver enigmas, yo deambulaba por las calles. Me gustaba husmear el rastro de un delincuente como un perro de caza olfatea una presa. Siempre supe escuchar. Siempre intenté averiguar hasta los más pequeños detalles. Así fue que, escuchando y averiguando, descubrí una pista que me permitió recuperar una obra de arte y disfrutar el momento de reintegrarla a sus legítimos dueños. Por eso fue que, al jubilarme de la policía a los sesenta años, me dediqué a esto.

— ¿Cómo fue el tránsito de comisario a recuperador de pinturas? —preguntó Domecq.

—Una vez jubilado, lo primero que hice fue pedir una reunión con Clemens Toussaint, el legendario investigador de arte. De entrada, me dijo que recuperar obras robadas por los nazis era un

trabajo que exigía cualidades de historiador, detective, diplomático y mucha paciencia. Entonces le conté que me había jubilado de comisario y mi paciencia estaba demostrada por mis 35 años de casado. Por suerte, se rió, se entusiasmó y hasta llegó a contarme entretelones de los casos más resonantes.

— ¿Por ejemplo? —preguntó Roció, aprovechando la confianza que tenía con el comisario.

—Durante la guerra fría, cuando Toussaint tenía 25 años y acababa de terminar sus estudios de Historia del Arte, conoció a un señor que en Berlín Oriental ocultaba una colección que incluía obras de Klee y Kandinsky. De común acuerdo, Toussaint logró pasar diez de esos cuadros por el Muro y los vendió. Gracias a ese dinero, los nietos del dueño de los cuadros pudieron ir a Europa Occidental. A Toussaint le pagaron bien y a partir de entonces se dedicó a buscar obras de arte saqueadas en la guerra.

— ¿Y ahora?

—A pesar de su edad, Toussaint sigue inquietando a ciertos personajes del mundo del arte. Reveló la complicidad de museos importantes y galerías de renombre con algunos de los hechos más condenables de la historia. Ahora nadie puede comprar un cuadro sin verificar su procedencia. Quien no pregunta de dónde viene un cuadro, no es inocente. El que prefiere no saber es cómplice. ¿Cómo puede ser que en nombre del placer de mirar un cuadro se cometan crímenes semejantes? ¿Puede negarse un museo a devolver una obra robada, aunque la haya adquirido de buena fe? ¿Qué es, finalmente, esa buena fe? Son algunas de las preguntas con las que Toussaint nos interpela.

— ¿Alguna vez lo amenazaron? —preguntó Domecq.

—Recuperar obras robadas suele resultar peligroso. Hace unos años fui a Japón porque había descubierto una obra robada, pero resultó que el nuevo dueño estaba relacionado con la mafia de Yokohama y tuve que dejar el trabajo. Por su parte, Toussaint, trabajó para un cliente ruso y fue amenazado por el entorno de una galería corrupta, en Moscú. Él también dejó ese trabajo, pero lo divulgó en la prensa aprovechando que tenía buena llegada.

— ¿Y por acá como andamos? —preguntó Rocio.

—Hubo un tiempo en que yo tenía buena prensa. Me dedicaba a atrapar ladrones o criminales y era un ejemplo para la sociedad. En cambio, cuando divulgué el paradero de una obra expoliada y denuncié que el museo que la retenía se negaba a discutir el tema, me quisieron comer crudo, por no respetar a los “intocables”. Reconozco que muchas veces las obras pasaron por tantas manos que el dueño actual pudo haberla comprado de buena fe a otro coleccionista o una galería. En ese caso se le ofrece una compensación. Hay museos y coleccionistas particulares que han devuelto las obras, y muchos que no. Si el poseedor actual de la obra es miembro de una familia nazi, no hay compensación. No se negocia con los criminales —concluyó con vehemencia.

— ¿Hay progresos en la recuperación de obras expoliadas? —preguntó Domecq.

—Cuando cayó el Muro de Berlín, Toussaint era uno de los pocos especialistas que había reunido información suficiente como para avanzar en la recuperación y restitución de obras saqueadas. Desde entonces hubo progresos, pero queda bastante trabajo por

hacer. Además, es posible que al final sólo una parte de las obras robadas sea devuelta a sus dueños legítimos y eso tendrá un significado más simbólico que económico.

—Parece que los tratados internacionales no sirven para mucho —opinó Domecq en tono crítico.

—A principios del siglo XX, el mundo civilizado acordó preservar la herencia cultural aun en caso de guerra. Sin embargo, el saqueo continuó, desde Hitler hasta Stalin, y desde Bosnia hasta Irak y Afganistán. Es cierto, lamentablemente los tratados no se respetan —reconoció el anciano.

— ¿Qué siente al ser conocido como el “sabueso de arte”? —preguntó Rocío.

—Es un término como cualquier otro. Antes me llamaban el “comisario de la gente” porque trabajaba para toda la sociedad. Ahora algunos consideran que trabajo para unas pocas familias damnificadas. En realidad, al “destapar ollas” suelo incomodar a los amantes del *status quo* que prefieren no preguntar si las obras de arte son fruto de robos o crímenes de guerra.

Luego de los comentarios de ocasión, el comisario Maigret sugirió: —Mejor hablemos de lo que los trajo aquí.

— ¿Qué puede decirnos de Alois Miedl? —intervino Rocío.

—Durante el nazismo, era Miedl quien seleccionaba las obras de arte saqueadas que se incorporarían a la colección del mariscal Goering.

—Nuestro viaje a Irún y Bilbao está relacionado con los cuadros que Miedl trajo a España—intervino Domecq.

—Miedl fue banquero de Hitler y marchand de Goering, pero zafó

del juicio de Nüremberg al jurar que no sabía que a los judíos los mataban.

—De no creer —dijo Rocío.

—Con respecto a los cuadros que Miedl trajo a la España de Franco, hay dos registros —continuó Maigret—. Uno en la aduana de Irún por donde llegó con dos autos cargados de cuadros. Pero hay otra constancia de tres cajas conteniendo veintidós pinturas que quedaron retenidas por varios años en el puerto franco de Bilbao —comenzó Maigret.

— ¿Se sabe qué pasó con esos cuadros? —preguntó Rocío.

—Creo que después de cuatro o cinco años el gobierno español los liberó.

— ¿Había algún Matisse entre esos 22 cuadros? —ahora era Domecq el que preguntaba.

—Figuraban obras de *Van Dyck*, *Corots*, *Franz Hals* y *David*, al resto se le perdió la pista— respondió Maigret.

— ¡Nooo! —exclamó Domecq—. De nuevo estamos en foja cero.

Esta reacción no se debía tanto al contenido desalentador de la frase «se perdió la pista», sino al tono fatalista usado por Maigret. Como si descartara la posibilidad de encontrar ese Matisse.

— ¡*Rentzat!* —exclamó Rocío, furiosa con la mala leche de Domecq.

— ¡Hablame en cristiano! —reaccionó el jubilado, harto de la lengua vasca.

### XIII. El espía americano

Aunque la reunión con el comisario Maigret estaba a punto de naufragar, Domecq decidió seguir exprimiendo al franchute hasta que contara cosas realmente importantes. En un último intento por hacerlo reaccionar, el detective de Castelar ensayó un golpe bajo.

—En fin, querida Rocío, lamento mucho haberte hecho venir hasta acá para regresar con las manos vacías—comenzó Domecq—. Si pudiera retroceder en el tiempo me hubiera gustado conocer al comisario Maigret antes de que se retirara definitivamente, cuando estaba activo y nos hubiera podido ayudar —concluyó el zorro bonaerense.

Mientras Rocío intentaba fulminar a Domecq con la mirada, ambos se sobresaltaron por el tronar de una carcajada gutural.

— *¡Touché!* —exclamó Maigret—. No sabía que los argentinos eran tan enrevesados para no llamar a las cosas por su nombre. Por ejemplo: — ¿Podría ayudarnos, Maigret?

Ruborizada de vergüenza y bronca, Rocío se acercó a Maigret y le pidió disculpas por lo que podría haber sido un malentendido lingüístico, dado el particular “frañol” con el que se expresaba su acompañante argentino.

Pero las disculpas no eran necesarias. Maigret había comprendido la jugada de Domecq y lo festejaba como una picardía propia de viejos camaradas que juegan a las cartas por porotos.

—Querida Rocío —ahora era Maigret el que le decía querida— durante los últimos ochenta años miles de personas, desde damnificados hasta investigadores, metieron la nariz en el tema del expolio. Todo está demasiado manoseado, releído y contrastado. Por

lo tanto, salvo un milagro, haciendo más de lo mismo nadie logrará mejores resultados.

— ¿Entonces? —intervino el ansioso Domecq:

—Sugiero olvidarse de los papeles, excepto que fueran desclasificaciones recientes, no divulgadas antes. Yo apuntaría al “boca a boca” y a la memoria de los sobrevivientes, para hurgar en los recuerdos, sin perder la paciencia.

— ¿Y cuál es el lugar indicado? —insistió Domecq, a quien la respuesta le había parecido vaga y ambigua.

—El mercado negro —respondió con naturalidad.

Domecq se quedó con la boca abierta, sin reaccionar, y fue Rocío la que preguntó:

— ¿El mercado negro?

—Sí. Durante la ocupación nazi, los franceses sobrevivieron gracias al mercado negro. Por ahí circulaban los alimentos que no se conseguían en los comercios y por ahí también se canjeaban divisas y objetos valiosos —comenzó Maigret y continuó—. Como en todo mercado negro, había delincuentes. Uno de ellos era el siniestro contrabandista Manfred Katz, un gánster alemán de origen judío, que actuaba en España como agente doble para alemanes e ingleses. Entre los negocios de Katz figuraba el de conseguir compradores para los cuadros que Alois Miedl intentaba vender en España.

Entusiasmada por la posible pista que acaba de mencionar Maigret, Rocío lo invitó a almorzar, pero el anciano no aceptó y agregó que ya le quedaba poco para aportar.

Sin embargo, luego de buscar un dato en su celular sugirió lo siguiente:

—Creo que sería útil averiguar qué se acordó el 12 de abril de 1945, en el Hotel Capitol de Madrid. Allí se reunieron Miedl, el hampón Katz y un espía norteamericano.

—Dios los cría y ellos se juntan —comentó la española.

—Es cierto. Por entonces Madrid era un hervidero de espías y de especuladores que traficaban desde bienes hasta información.

Dicho esto, Maigret se disculpó por tener que retirarse y desplegó un coqueto bastón retráctil con el que logró ponerse de pié.

— ¿De dónde sacó el dato de la reunión en el hotel Capitol de Madrid? —preguntó Domecq.

—De los últimos documentos desclasificados por el pentágono —respondió el comisario mientras lo saludaba con un apretón de mano y se reía, moviendo la cabeza, como si Domecq fuera un caso sin remedio.

Luego, aferrado al brazo de Rocío, Maigret se retiró.

Cuando ella regresó, encontró a Domecq como poseído, tipiando rabiosamente en su notebook.

— ¿Qué pasa contigo? —preguntó sorprendida.

—Desde el sitio de Interpol ingresé al archivo del Departamento de Estado norteamericano.

— ¿Y? —insistió ella.

—Cargué Madrid, 12 de abril de 1945, Hotel Capitol.

— ¿Y? —siguió insistiendo Rocío.

—Ese día, a las 18,30 un tal Theodore Rousseau se reunió con Alois Miedl y Manfred Katz.

— ¿Será el espía que mencionó Maigret? —preguntó ella.

— ¿A ver? "*Teniente Rousseau, el hombre que más cerca*

*estuvo de atrapar a Miedl'* —leyó Domecq y Rocío casi lo abraza.

— ¡Tenemos otra pista! —exclamó la atractiva española.

— ¿Qué te parece si nos premiamos con algo rico? —sugirió Domecq.

— ¿Almorzamos acá y luego seguimos la pista de este cabrón hasta agotar el tema? —propuso ella y Domecq mostró los pulgares hacia arriba.

El detective argentino estaba como frenético porque el Teniente Rousseau era un peso pesado que aparecía por todos lados.

—Escuchá esto —propuso Domecq—. El Teniente Rousseau fue miembro de la «Unidad de Investigación del Arte Expoliado», de la que surgieron los famosos *«Monuments Men»*.

— ¡Los de la peli! —dijo ella.

—Así parece.

Un rato después, al ingresar al restaurante, Domecq volvió a encontrarse con un ambiente rústico, propio de un refugio de montaña, confortable pero muy lejos de la elegancia que predominaba en el resto del hotel.

— ¿Has probado la paella del chef? —preguntó Rocío.

—No. Anoche te hice caso y pedí el bacalao a la vasca. Estaba exquisito pero necesité toda la botella de vino para digerirlo.

—Entonces, acompáñame con una paella.

— ¿Qué trae?

— ¿Qué no trae?, deberías preguntar tú —respondió Rocío—.

La paellera viene con arroz, calamares, mejillones, langostinos, almejas, champiñones, jamón crudo y chorizo colorado. ¡Un espectáculo!—concluyó Rocío, disfrutando por anticipado la

gastronomía de su terruño.

Durante toda la comida solo intercambiaron elogios y merecidas felicitaciones para el chef. Ya de sobremesa, salió el tema de los “*Monuments Men*”.

— ¿Tú recuerdas quiénes acompañaban a Clooney en la peli?  
—preguntó ella.

—El gordo alto de los Picapiedras —fue lo mejor que pudo aportar Domecq.

—Ese es John Goodman. Creo que también estaban Matt Damon y Cate Blanchett en el papel de Rose Vallard.

—Tu famosa pariente del *Jeu de Pomme*.

—Vale.

—Maigret te llamó vecinita... —dijo Domecq, cambiando de tema.

—Así es. Cuando vine a estudiar a París, pasaba muchas horas en la biblioteca y Maigret también iba seguido. Vivíamos en el mismo barrio —resumió ella en un tono que daba a entender que no le interesaba hablar de ese tema.

Al observar que el restaurant se estaba quedando vacío, Domecq sugirió volver a la recepción, pero Rocío recordó que el hotel tenía un salón de estar, cómodo y tranquilo.

Ya instalados junto a otro ventanal con vista a los magníficos Pirineos nevados, Domec sacó su notebook y buscó el informe que habían estado leyendo.

—Acá hay un archivo sobre la Comisión Roberts ¿Interesa? —preguntó Domecq:

—Que sí. Esa comisión fue el punto de partida. Realizó los

primeros intentos para proteger el patrimonio cultural europeo. Para evitar que batallas y bombardeos derivaran en un apocalipsis cultural, la comisión recomendó crear un cuerpo de ejército, integrado por expertos en arte. Su verdadero nombre era Unidad de Monumentos y Bellas Artes y sus integrantes se dedicaron a inventariar las obras de arte saqueadas y tratar de restituir las a sus países de origen —explicó ella.

—Según este informe, antes de la guerra, el teniente Rousseau había estudiado Arte en Harvard y en Francia y después del ataque a Pearl Harbor, se alistó en la marina...

— ¿Hasta dónde quieres llegar? —lo interrumpió Rocío, quien ya conocía esa historia.

—Hasta que se encuentre con Miedl, tal como dijo Maigret —respondió él, molesto por la interrupción, y continuó:

—Rousseau fue asignado a España donde participó en interrogatorios a los nazis y colaboracionistas capturados. Al investigar cómo había forjado Hermann Goering su colección de pinturas Rousseau se cruzó con Miedl, quien acababa de instalarse en San Sebastián, introduciendo obras de arte en España.

— ¿Los tres contenedores que mencionó Maigret? —preguntó Rocío, ante el “*déjà vu*”.

—Así parece. Estamos metidos en un círculo vicioso —dijo Domecq en tono fatalista.

— ¡Ahí va la hostia! —reaccionó Rocío, harta de tanto pesimismo.

— ¿Qué te parece si te vas a disfrutar de la compañía de tu familia y yo termino de leer todo esto y te paso un resumen? —

propuso irritado, para sacársela de encima.

— ¡Hombre! ¡Qué buena idea! —respondió Rocío, tratando de disimular el mal momento y evitar mandar a freir churros a ese vejete que la tenía harta hasta las narices.

#### XIV. Matisse expoliado

Estaba nevando. Frente a uno de los grandes ventanales del hotel, con la mirada perdida en la blancura impoluta, Domecq disfrutaba aquel regalo del cielo.

Sin noción del tiempo transcurrido, en determinado momento, volvió a prestar atención a su notebook y retomó la lectura de un informe recién desclasificado por el Departamento de Estado de Norte América, con la transcripción de lo conversado durante una reunión llevada a cabo en 1945, en el Hotel Capitol, de Madrid. En esa oportunidad, Manfred Katz le habría manifestado al Teniente Rousseau que ya tenía compradores para los veintidós cuadros de Miedl retenidos en Bilbao, entre los que se encontraba una obra de Matisse. Por consiguiente, Domecq se preguntaba: ¿quién compró el Matisse propiedad de Miedl, vendido por Katz, en España?

Dado que Katz era un contrabandista no parecía lógico esperar que hubiera quedado algún registro de esa transacción. Además, al no ser un marchand, Katz carecía de contactos entre los potenciales compradores. « ¿Entonces? » —se preguntaba Domecq cuando llegó Rocío y fue directo al grano:

— ¡Hola! ¿Has avanzado con Katz?

—Hola. Si bien Katz tenía buenas relaciones con algún director del Museo del Prado, durante el franquismo ese museo no incorporó ningún Matisse —respondió Domecq y, a su vez, preguntó—. ¿Y vos qué averiguaste?

—Según el municipio de Irún, en 1947 el contrabandista Katz construyó un depósito no lejos de acá, donde almacenó todo tipo de productos, desde alimentos envasados hasta obras de arte. Si bien

han pasado más de 75 años, como en Europa no acostumbran a demoler edificios antiguos, podríamos ir a dar un vistazo para ver si sobrevivió hasta nuestros días.

Una vez que subieron a la camioneta roja, Rocío se dejó guiar por el GPS. El paisaje era hermoso, y la naturaleza les regaló la imagen de un jabalí con sus crías, cruzando la ruta nevada.

Al llegar al depósito, la pareja de investigadores compartió sonrisas al ver el cartel de “Katz, importaciones y exportaciones”. Como la persiana estaba baja, tocaron timbre y una empleada apareció por una puerta lateral. Era una mujer bajita, vestida de negro, pálida, con rodete y anteojos enormes con armazón metálico

—La empresa está en concurso preventivo y lo único que puedo entregarles es una copia de la notificación del síndico a los acreedores —dicho esto les dio una fotocopia y cerró la puerta.

El texto incluía dos datos importantes: uno malo y uno bueno. Lo malo era que el juicio se llevaba a cabo en Madrid, a más de cuatrocientos kilómetros de distancia de Irún. Lo bueno era que el síndico tenía una oficina en la cercana ciudad de Pamplona. De inmediato, Rocío llamó por teléfono y concertó una reunión para esa misma tarde con la autoridad ejecutiva del concurso preventivo solicitado por la empresa fundada por Katz.

En cuanto cortó la comunicación, Rocío miró a Domecq y le propuso:

— ¿Vamos?

— ¿Ahora?

—Sí. Vamos —insistió ella y él asintió con la cabeza.

Una hora después, luego de recorrer varios tramos de camino de

cornisa cubierto de nieve, a una velocidad que a Domecq le pareció excesiva, llegaron al barrio antiguo de Pamplona.

—Acá, en el Casco Viejo, con un cohetazo explota el San Fermín—comenzó a contar Rocío—. La alegría, el alcohol, el jolgorio, el rojo y el blanco, los cánticos... y los toros —continuó y agregó—. Para nosotros, San Fermín es una fiesta de otra dimensión, digna de ser vivida en un estado de trance, emocionándonos hasta los tuétanos. Es un espectáculo irrepetible, por el hechizo de la música, los jaleos del público, el colorido de los trajes, los gritos de los corredores y los mugidos con que los toros expresan su dolor y su furia. Un juego de locura, crueldad, vida y muerte— concluyó.

— ¿Se celebra en julio, no? —preguntó Domecq.

— ¡Sí! El siete de julio —respondió ella.

— ¿Vos participaste?

— ¡Por supuesto, hombre! Como vasca que me precio de serlo.

—Contame tu experiencia.

—Por esta calle empedrada, teníamos que correr delante de los toros, guiándolos desde los corrales de Santo Domingo hasta la Plaza donde serían lidiados. Hay que tener especial cuidado en el primer tramo, es peligroso porque las bestias están frescas y corren rápido. Al correr cuesta arriba, con sus manos cortas y patas largas, los toros cogen más impulso, adquieren mayor velocidad y acortan las distancias —recordó Rocío con pasión, reviviendo la emoción de aquel momento.

— ¿Vos tenías tu táctica o plan de carrera?

—Mi padre me había dicho algo así, como: «Recordad que estos animales corren que se las pelan, es imposible ganarles ni aguantarles

mucho tiempo, no os confiéis en vuestras pretensiones atléticas. La cosa consiste en empezar a correr, primero despacio, después a toda leche, antes de que lleguen y aguantar delante de ellos, más o menos cerca según vuestras ganas de jugaros el trasero. Como recurso extremo, podéis apartaros de su trayectoria, contra la pared o saltando una valla, si la hubiera cerca».

— ¿Lograste completar el recorrido?

— ¡No! Resbalé en el empedrado húmedo, me asusté y salté la valla para quedar a salvo. Tengo que volver a intentarlo

Luego de un rato de bromas y risas compartidas, Rocío dijo:

—La oficina tiene que estar cerca.

El síndico era un hombre muy mayor, calvo pero con el cabello gris largo en la nuca, patillas y cejas. Su rostro apergaminado lucía una sonrisa formal. Llevaba un traje negro, brillante de tantos planchados, con camisa blanca y corbata oscura, lisa.

Ya sentados frente a la autoridad del concurso preventivo, Rocío tomó la palabra y explicó el motivo de la consulta. Para desilusión de los investigadores, el funcionario respondió que había realizado un minucioso inventario y no quedaba ningún cuadro en los depósitos de la empresa concursada. Sin embargo, había un dato que podía interesarles.

—Estoy esperando una respuesta importante —dijo el síndico—. La empresa Katz no se declaró en quiebra porque tiene registrado un millonario crédito a su favor, que le permitiría cancelar todas sus deudas. El supuesto deudor, que todavía no reconoció su deuda, es el *Museo Nacional Thyssen-Bornemisza*, de Madrid.

— ¿Un Museo? —intervino Domecq—. ¿Es posible conocer el

origen de esa cuenta a cobrar?

—Por supuesto. Es una factura muy vieja, por la venta de un valioso cuadro. Si bien el museo había pagado el 50 % por adelantado, nunca pagó el resto alegando que dudaba de la autenticidad de esa obra de arte moderno —respondió el síndico.

— ¿Se conocen datos del cuadro? —insistió Domecq.

—“Mujer sentada”, de Henry Matisse.

En una explosión de alegría, al escuchar la respuesta, Domecq casi abraza a Rocío pero ella retrocedió y solo ofreció la palma de su mano, para entrechocarla. La alegría estaba justificada. Después de seguir tantas pistas falsas, por fin habían encontrado un Matisse con nombre similar al que buscaba Anouk.

En cuanto abandonaron la oficina del síndico, los investigadores decidieron festejar en un bar cañas y tapas. Para sorpresa de Domecq, el establecimiento mantenía la tradición de acompañar la bebida con una tapa gratis.

Luego de terminar la primera cerveza, Rocío propuso notificar a Anouk, pero sin alharaca.

—Algo breve como: «Buenas noticias. En 1949 el contrabandista Manfred Katz vendió al *Museo Nacional Thyssen-Bornemisza*, de Madrid, un cuadro de H. Matisse, titulado “Mujer sentada”. Falta confirmar si es la pintura que buscas» —propuso ella.

Domecq estuvo de acuerdo y Rocío envió el mensaje. A partir de ese momento, la pareja pudo dedicarse a degustar la amplia variedad de tapas y pinchos vascos bien regados con cerveza tirada.

Al salir del bar, el tiempo había empezado a cambiar y el viento arrastraba negros nubarrones que presagiaban tormenta. Quizás para

llegar a Irún lo antes posible, o tal vez con el juicio afectado por el alcohol, Rocío manejó a una velocidad muy superior a la aconsejable. La pesada camioneta roja zigzagueó velozmente por un camino sinuoso y estrecho, bordeado de árboles y profundos precipicios. La visibilidad se reducía a medida que el viento sacudía las ramas y desprendía la nieve acumulada que caía sobre el parabrisas. En una curva traicionera, cuando una rueda pisó el hielo y perdió tracción, el vehículo se deslizó peligrosamente hacía el precipicio. Sin margen para el error, en cuanto Rocío logró controlar la situación, el aterrorizado Domecq la puteó de arriba a abajo, con alma y vida. Desencajado, reconoció que odiaba el maldito momento en que la había conocido

Finalmente, después de la terrible experiencia, al llegar al Urdanibia Park, Domecq bajó temblando del vehículo e ingresó al hotel sin despedirse de Rocío y deseando no volver a verla.

## XV. Café Le Procope

Ya de regreso al confortable Urdanibia Park, después de una ducha reparadora, Domecq pidió que le llevaran la cena a la habitación. Eligió algo liviano, un crêpe salado, queso y frutas.

Antes de comenzar a bosquejar el informe final para presentarle a Anouk, Domecq revisó su celular y encontró un mensaje de Anahí Aberanda. Mientras cruzaba los dedos, lo abrió y leyó con atención.

Por fortuna, el texto trasuntaba buena onda. Además de haber conseguido la nueva dirección de Magister en Castelar, la comisaria estaba negociando la posible asociación con un colega que tenía una agencia de detectives especializada en seguimientos, con drones y cámaras de última tecnología.

Contento por su amiga pero temeroso de las posibles dobles intenciones del futuro socio, Domecq levantó la vista y miró por la ventana. La noche caía sobre los Pirineos nevados y las estrellas iban apareciendo en el firmamento.

Antes de acostarse comenzó a organizar sus recorridos para los próximos cuatro días libres por París, esa ciudad tan amiga y tan ajena. Sacó una agenda que su difunta esposa le había regalado y al tocar las suaves tapas de cuero, pensó en Leonor.

Como cualquier turista, Domecq quería ver las obras de reconstrucción de *Nôtre Dame* a cuatro años del devastador incendio. Además, se proponía disfrutar de un breve crucero por el Sena, preferentemente al atardecer, en los famosos *Bateaux Mouches*. También quería aprovechar la oportunidad de subir a la *Tour Eiffel* y al Arco de Triunfo. Y, por supuesto, no pensaba privarse de unas largas visitas a los Museos del Louvre y de Orsay.

Pero, como hombre de letras, Domecq consideraba a París como una de las ciudades más literarias del mundo, inmortalizada por grandes clásicos como Victor Hugo y Balzac, entre otros. Por eso, se propuso recorrer las calles que pisaron escritores bohemios, descubrir los hoteles y pensiones donde vivieron y sentarse a tomar algo en los cafés donde charlaban durante horas sobre el don de la palabra y el arte de transmitir ideas y pensamientos. Para aprovechar su tiempo, buscó una *app* de París que ofrecía recorridos por cafés, bibliotecas y museos dedicados a los autores más representativos. Para el primer día eligió volver a pasear por la orilla izquierda del Sena, es decir la *Rive Gauche* intelectual, antigua y bohemia, la hermana rebelde de la orilla derecha, más inclinada al lujo y al comercio. Entre otros rincones, intentaría rastrear los pasos de Julio Cortázar, los acordes desacompañados del jazz, las librerías de viejo y el ambiente de los cafés, como *Les Deux margots* y el *Café de Flore*.

Después de un desayuno con exquisitos *croissants*, Domecq se concentró en la redacción del informe final sobre la búsqueda del Matisse. Para todo investigador, la presentación de los resultados de su trabajo suele ser un punto delicado, y en su caso se complicaba por su amistad con Anouk. Ella lo había contratado sin exigirle nada. Solo le había sugerido algunos cursos de acción que él había investigado a conciencia, logrando avances significativos pero sin descubrir una pista firme y definitiva.

Estaba en un dilema. La mera descripción de la realidad podría ser interpretada como un fracaso, pero adornar sus logros implicaría faltar a la verdad, un pecado inadmisibles para alguien como Domecq.

Fue por eso que aquella mañana, antes de regresar a París,

decidió adelantar solo un escueto informe, conciso y concreto, apostando a que Anouk le daría la oportunidad de explayarse en una charla cara a cara.

«Domecq:

*Hola Anouk, Comment ça va? Te adelanto un breve resumen de mi investigación en espera de una reunión para ampliarlo personalmente.*

*Cariños».*

*Pista 1. Manfred Katz,*

*En 1949, este contrabandista vendió al Museo Nacional Thyssen-Bornemisza, de Madrid un Matisse introducido en España por Alois Miedl. Como ya te anticipamos, se trata de la obra “Mujer sentada” y es nuestra pista más firme.*

*Pista 2. Francisco Cambó.*

*En 1947, este acaudalado empresario catalán se radicó en Argentina, llevando su colección de cuadros que incluía obras de Botticelli, Rubens, Tiziano, Correggio y Tintoretto, entre otras. A partir de entonces, este coleccionista compulsivo comenzó a comprar pinturas en casas de remates porteñas que importaban obras provenientes del expolio nazi. Después de la muerte de Cambó, su viuda intentó embarcar ilegalmente los cuadros hacia España pero fue descubierta por la aduana argentina. A partir de ese momento se pierde la pista de los cuadros que conformaban la famosa colección Cambó, entre las que se encontraban algunas obras de Matisse.*

*Pista 3. Theodore Fischer,*

*Dada su relación con Joseph Goebbels, Fischer se convirtió en el receptor del mayor número de cuadros saqueados por los nazis incluyendo obras de Gauguin, Picasso, Matisse, Paul Klee y muchos*

otros. En 1957, Theodore Fischer muere sin revelar dónde había escondido las obras de arte que conservaba en su poder.

*Pista 4. Alois Miedl*

*Este banquero alemán, marchand de Goering, fue uno de los protagonistas del expolio nazi que encontró refugio en España donde introdujo de contrabando un número indeterminado de pinturas cuyo paradero aún hoy se desconoce.*

*Pista 5. Kajetan Mühlmann,*

*Considerado el mayor saqueador de arte en la historia, Mühlmann desempeñó un papel importante en el expolio de arte nazi en Polonia, Países Bajos y Francia. En 1945, Mühlmann fue apresado por los estadounidenses pero logró escapar y nunca fue recapturado. Al confiscar sus propiedades solo encontraron unas pocas obras de arte y las restantes nunca fueron encontradas.*

*Pista 6: Karl Buchholz*

*En la década de los treinta, Buchholz dirigía una galería de arte en Berlín donde compró cuadros a muy bajo precio, aprovechándose de la necesidad de los judíos de huir de la persecución nazi. Según la CIA, en 1943, Buchholz trasladó a Lisboa pinturas de Picasso, Matisse y Rembrandt, que vendió posteriormente, con enormes ganancias, en Nueva York y Suiza.*

Aquella luminosa mañana, mientras recorría París con ojos de turista, Domecq pensaba en la reunión acordada con Anouk Rosenberg. Si bien la razón formal era entregar el informe y rendición de cuentas de sus investigaciones, él fantaseaba con una glamorosa despedida, con champagne junto a la chimenea.

Sin embargo, la hora fijada por Anouk lo decepcionó. No sería

una cena, ni siquiera un almuerzo, lo había citado a las 15,30, un horario propio de trámites burocráticos.

Pero la peor noticia llegaría un poco más tarde. Con un breve mensaje, Anouk se disculpó por la cancelación de la reunión debido a un urgente vuelo a Suiza. A pesar del pedido de disculpas, Domecq tomó a mal que la mujer que lo había contratado hubiera recurrido a la ambigua frase «seguimos en contacto», evitando mencionar específicamente al trabajo que él había realizado. Cuando ya empezaba a pensar a alguna maniobra de desprestigio en su contra realizada por la perversa Rocío, se propuso esperar antes de sacar conclusiones.

A la mañana siguiente, como su vuelo era por la noche y tenía todo el día libre, Domecq invitó a Ariel Tello a tomar un café. El funcionario de Interpol aceptó de buen grado y sugirió reunirse en *Le Procope*, considerado el café más antiguo del mundo, abierto en 1686 por el italiano *Procopio dei Coltelli*. A lo largo de los años, este lugar atrajo a los intelectuales como *Voltaire*, *Rousseau*, *Diderot*, *Paul Verlaine* *Víctor Hugo* y *Balzac* que llegaban en busca de la especialidad de la casa: el café con crema helada.

Ya sentados uno junto al otro, ambos mirando hacia la *Rue de l'Ancienne Comédie*, Domecq agradeció la colaboración prestada por su compatriota. Fue entonces cuando Ariel Tello, le dio un giro impensado a la conversación.

—Como estás trabajando en la recuperación de arte expoliado quisiera recordarte el triste papel que cumplió nuestro país en el lavado de obras de arte saqueadas durante el nazismo, para reinsertarlas —ya blanqueadas— en el mercado internacional —propuso

Tello.

—Leí lo que Feliciano escribió sobre el tema, pero me encantaría conocer más —respondió.

—Mientras el genocidio, saqueo y tráfico de arte era moneda corriente en Europa, Argentina fue uno de los países más utilizados para mover las obras confiscadas por los nazis. Incluso hubo argentinos que en plena guerra, fueron a ciudades bombardeadas a comprar arte. Por lo tanto, es lógico pensar que en nuestro país pueden estar las claves para encontrar un enorme botín —afirmó el funcionario de Interpol.

— ¿No es otro mito, como los submarinos con oro nazi y el bunker de Hitler en la Patagonia? —preguntó el desconfiado Domecq.

— La palabra mito fue instalada por los que trabajaron para que estas cosas no se supiesen nunca.

— ¿Wildenstein? —arriesgó el detective de Castelar.

—Para que no regreses con las manos vacías, te voy a contar el qué y el cómo. Pero para acusar con nombre y apellido necesito pruebas que todavía no tengo. Lo mejor sería que escuches y saques tus propias conclusiones —respondió Tello.

## XVI. Intrusión fatal

Sentados frente a frente en una de las mesas del café más antiguo del mundo, Ariel Tello le explicó a Domecq detalles del lamentable protagonismo de nuestro país en el tráfico de arte expoliado por los nazis.

—En Argentina, durante décadas, se viene denunciando la presencia y posterior desaparición de valiosas obras de arte, pero nunca se terminó de probar qué pasó con ellas. Pregunto: ¿dónde están los cientos o miles de obras de arte que se exhibieron en nuestro país durante la posguerra y luego desaparecieron?

—Difícil que el chanco chifle —dijo Domecq y ambos rieron.

—Reconozco que es difícil probar que un cuadro haya pasado ilegalmente por el país, porque no hubo papeles y muchos de los que sabían algo ya murieron. Pero en la posguerra había miedo a tocar este tema y eso ya no existe. Los involucrados ya no son peligrosos y no hay razón para seguir ocultando información.

— ¿Y dónde buscarías? —preguntó Domecq.

—En los archivos desclasificados por los organismos internacionales, aunque sean de acceso complejo. Por si te interesaba, traje un pendrive con la lista de denuncias efectuadas por Interpol y que la justicia argentina no investigó.

— ¿No habrán prescrito?

—Solo las que no están vinculadas a delitos imprescriptibles como los de lesa humanidad —respondió Tello y agregó—. Algunos de esos documentos pueden ser discutidos pero el conjunto de la información es de suma importancia para la historia del arte.

— ¡Gracias, Ariel!

—Lo único que te pido es que no menciones que tu fuente es la mismísima Interpol.

El resto de la charla derivó a las saudades de Ariel Tello, luego de cuatro años sin pisar suelo porteño. Eso sí, seguía todos los partidos de San Lorenzo de Almagro.

Esa noche, una vez que el Taxi lo dejó en la terminal 2E del aeropuerto Charles de Gaulle, Domecq solo deseaba estar sentado en su butaca, cerrar los ojos y dormir durante todo el vuelo. Sin embargo lo esperaba una sorpresa. Desde la pandemia habían eliminado los mostradores para hacer el *Check-in* y cada pasajero debía pesar sus valijas e imprimir el boarding pass. Como las máquinas solo tenían indicaciones en Inglés y Francés, y no había un mísero empleado a quien preguntar, el pobre Domecq veía correr el reloj sin dar pie con bola. Finalmente, una adolescente con la camiseta de Messi le preguntó:

— ¿Quiere que le ayude abuelo?

Y Domecq no solo aceptó sino que agradeció con toda su alma.

Ya sentado junto a la ventanilla, le rogó a su vejiga que aguantara lo más posible para no tener que molestar a sus vecinos de asiento, una pareja de obesos que el Destino le había deparado. Se abrochó el cinturón y esperó que la nave comenzara a rodar. El Boeing 747 avanzó y se ubicó en la fila, esperando su turno. Una vez en la pista, el capitán aceleró a fondo y el avión se elevó en el aire.

El sueño tardó en llegar y Domecq decidió abrir su notebook. Activó el modo avión y conectó el pendrive que le había dado Ariel Tello. Después de un día agitado, sus neuronas no estaban en condiciones de almacenar nuevos nombres y fechas, por lo tanto se

limitó a leer solo la introducción.

*«Los nazis aspiraban tanto el exterminio del adversario como al dominio cultural, por eso recurrieron al saqueo sistemático. Como secuela, en medio de la matanza y destrucción hubo gente que hizo buenos negocios con el tráfico ilícito de obras de arte. Gracias a complicidades silenciadas, algunos países como Argentina fueron utilizados como plataformas del tráfico de obras de arte arrancadas con violencia o compradas a precio vil. Las obras eran enviadas a este país sudamericano y, luego de inventar una falsa procedencia en base a supuestos propietarios anteriores, los vendían al mejor postor. Todo era bastante fácil, poco riesgo y con mucha riqueza a ganar».*

Agobiado por la lectura, vencido por el cansancio y el estrés, Domecq guardó el pendrive, apagó la notebook, reclinó su asiento, cerró los ojos, se quedó dormido y soñó que algo extraño sucedía en su todavía lejana casa de Castelar.

## §

Al salir del Café Martínez, satisfecha por los resultados de la reunión, Anahí se despidió de Joaquín Amoroso y caminó por Arias hacia Carlos Casares para retirar el Fiat que había dejado en el estacionamiento de la cortada. En el trayecto, cambió de idea y pasó primero por La Española para comprar medialunas.

Llegó a la casa que le prestaba Domecq cuando ya era de noche. Entró, dejó el bolso sobre la mesa, se sacó los zapatos y sin cambiarse, relleno las medialunas con jamón y queso, las horneó y las acompañó con una lata de cerveza. Además, aprovechó para tomar el antidepresivo que le había recetado el psiquiatra y que podría ayudarla a superar los trastornos del estrés postraumático. Ante la

larga lista de efectos secundarios desagradables que acompañaban a ese medicamento, Anahí se dijo que difícilmente podrían ser peores que lo que estaba viviendo desde la trágica explosión e incendio que la sorprendió en pleno allanamiento.

Luego de esa cena frugal, se dio una larga ducha. Al terminar de secarse, descalza y con las tetas al aire, evitó los espejos, caminó hasta el dormitorio y se tiró sobre la cama, sin imaginar que iba a quedarse dormida.

Cuando un ruido interrumpió su sueño, Anahí entreabrió los ojos pero no llegó a incorporarse porque un golpe se estrelló en su cara. Mareada, como si la habitación girara a su alrededor, el cuerpo no le respondía y apenas podía respirar. De repente la cubrió una espesa neblina e intuyó que le habían colocado una capucha. Intentó rebelarse lanzando manotazos a tontas y locas, pero un nuevo golpe la paralizó. Después de perder el conocimiento, muy de a poco fue recuperando los sentidos. Además del dolor en la zona golpeada, despertó con la sensación de que había algo diferente. No le llevó mucho tiempo darse cuenta de que ahora sus manos estaban atadas a la espalda. Tumbada y vulnerable, sabiéndose desnuda, temió lo peor. Tenía miedo, un miedo conocido y olvidado. A la oscuridad claustrofóbica que la envolvía, se sumaba la garganta seca y áspera. Se pasó la lengua por los labios y sintió gusto a sangre. Desesperada, quería gritar pidiendo ayuda pero sabía que nadie la escucharía. Su respiración se agitó y el ritmo del pulso empezó a subir. Sudaba miedo y su cuerpo se sacudía por espasmos y estremecimientos involuntarios, imposibles de controlar. Mientras trataba de salir de la confusión mental, la comisaria comprendió que tenía que dominar el

pánico, pero necesitaba un tremendo esfuerzo para lograr que sus manos no temblaran y su cuerpo dejara de sacudirse. Arrastrada hacia una negra agonía Anahí pensó en sus hijos y en la virgen a la que le rezaba su madre. Para mantenerse con vida, tenía que actuar con inteligencia. Quería arrancarse la capucha para ver a su agresor, pero con las manos atadas a la espalda era imposible. Respiró hondo y trató de prestar atención a una conversación entre sus captores: « ¿Serán dos o más? » —se preguntó. Unos segundos después cambió de opinión, ya no creía que hubiera dos personas sino una sola, hablando por teléfono, lejos de ella.

Al terminar la conversación resonaron unas pisadas como de sórdidos borcegos.

— ¡Ehhh! Despertate! —sonó un bozarrón espeso y temible al tiempo que el cuerpo de Anahí se estremecía de dolor por una patada en la planta de uno de sus pies.

Instintivamente, ella encogió y apretó las piernas intentando proteger su pubis desnudo.

— ¿Qué buscabas en Leloir? —preguntó con voz aguardentosa.

Como ella se demoró en contestar, una terrible patada en los riñones le avisó que la cosa iba en serio.

— ¿A quién buscabas en la quinta "*Mon Repós*"? —rugió en tono amenazante.

— ¡A nadie, yo... Ahhhhhhhhyyyy!

Su mentira fue interrumpida por una trompada sobre su rostro encapuchado.

Al percibir la sangre en su boca, Anahí comprendió que había equivocado el camino y ensayó una media verdad.

—Busco a Gustavo Craigson Benitez—respondió con voz entrecortada por el dolor.

— ¿Para qué? —insistió.

—Tenía que pagarme pero desapareció —siguió diciendo verdades a medias.

—Está muerto —dijo lacónicamente.

— ¿Craigson Benitez?

—Sí.

— ¿Y quién se hace cargo de sus deudas? —arriesgó la comisaria.

— ¿Qué deudas? —se interesó el intruso.

Entonces la comisaria decidió avanzar con su mentira.

—La recompensa por destruir pruebas.

— ¿De qué carajo hablás? —empezó a hartarse el misterioso agresor.

A pesar de que la reacción no era la esperada, a falta de otra estrategia, Anahí continuó inventando una historia.

—Craigson Benitez quería quemar pruebas del robo al MNBA sin dejar pistas y yo hice que allanaran el depósito para que ardiera justo delante los ojos del fiscal, la cana y el periodismo.

— ¿Qué depósito? —de nuevo parecía interesado en el relato

—El de Merlo al 2300, en Castelar Norte —dijo la comisaria, jugando su carta más brava, porque en ese depósito había aparecido el cadáver del propio Gustavo Craigson Benitez.

La voz ronca tardó en responder y Anahí se preparó para recibir una nueva golpiza.

Sin embargo, a medida que pasaban los segundos, comenzó a

imaginar que sus mentiras podrían haber confundido al intruso y ahora necesitaba confirmar sus órdenes.

De pronto, el silencio nocturno se quebró por la frenada de un auto que se detuvo justo en la puerta de la casa de Domecq. Además de voces lejanas Anahí pudo escuchar el ruido de un baúl que se abría y cerraba. Aterrorizada, pensó lo peor. Iban a llevársela para rendir cuentas ante el verdadero interesado en saber a quién espiaba en Leloir.

El miedo aumentó cuando el ruido de algo pesado que era arrastrado se acercó hasta detenerse junto a la puerta de entrada y una llave abrió la cerradura.

Desesperada, Anahí creía haber acertado. Llegaba alguien más y no necesitaba violentar la puerta porque tenía las llaves.

La pobre comisaria intentaba mantenerse en silencio, pero escuchó algo que la hizo gritar con todas sus fuerzas.

## XVII. Espionaje

En plena noche, el dueño de casa bajó del taxi que lo había traído desde el aeropuerto de Ezeiza. El tachero cobró el viaje, abrió el baúl, entregó el equipaje y se despidió. El pasajero respondió el saludo y arrastró la valija hasta la puerta de su casa. Sacó la llave de su bolsillo y abrió. Al encender la luz quedó paralizado por lo que vio. En la sala de estar, sobre la alfombra, había una mujer desnuda. Era un cuerpo joven y esbelto... ¡pero tenía una capucha y las manos atadas a la espalda!

En una fracción de segundo la fantasía sexual se convirtió en drama y un grito de angustia escapó de su garganta.

— ¡¿Anahí?!

— ¡¿Domecq?! —gritó ella.

Tras un instante de estupor, Domecq tapó a su amiga con el toallón que había junto al cuerpo. De inmediato abrió un cajón del aparador y sacó un cuchillo para cortar las ligaduras.

Apenas sintió las manos libres, Anahí se levantó, abrazó a Domecq y corrió desesperadamente hacia el baño. Al rato, salió envuelta en una salida de baño, abrió la heladera y trató de mitigar la sed. Fue en ese preciso momento, al ver la puerta de la cocina violentada, cuando la comisaria descubrió por dónde había ingresado el intruso. De inmediato llamó a Domecq y le mostró los daños. El veterano detective encendió la luz del patio trasero, se asomó con cautela y descubrió algo que lo aterrorizó. Un enorme y extraño bulto estaba atravesado por las filosas puntas de la reja de seguridad del edificio vecino. Cuando comprendió que se trataba de un cuerpo humano intentó acercarse para ayudar al pobre desgraciado pero un

grito de Aberanda lo frenó:

— ¡Nooo! ¡No te acerques, está armado! —y ante la duda de Domecq, ella agregó—. Es la bestia que estaba por violarme —y bajando el dramatismo de su voz, concluyó—.Dejá que ya llamo al comando.

Mientras el desconocido se desangraba, Domecq seguía paralizado, dudando si debía obedecer o no a su amiga comisaria.

Convencida de que hacía lo correcto, Aberanda hizo el llamado y corrió al dormitorio para vestirse y estar presentable cuando comenzara el desfile de ambulancias, patrulleros y fiscales.

Un buen rato después, cuando la policía bonaerense ya revisaba la trágica escena en búsqueda de evidencias físicas, la comisaria Aberanda habló con su colega a cargo del operativo y juntos convencieron al fiscal del caso, para que la dejaran ir a recuperarse en casa de su madre, junto a sus hijos, con el compromiso de presentarse a declarar la mañana siguiente, en los Tribunales de Morón.

En cambio, al pobre Domecq lo esperaba una noche interminable. Su casa se había convertido en escena de crimen y centro de operaciones de policías, investigadores, médicos forenses y funcionarios judiciales, mientras que —detrás de la cinta amarilla— los reporteros se arremolinaban para ametrallar con ráfagas de flashes, dejando a Domecq públicamente expuesto.

Cuando retiraron el cuerpo del infortunado intruso, los zorzales ya le cantaban al amanecer.

« ¡Al fin solo! » —pensó Domecq, ilusionándose con un merecido y muy necesario descanso. Pero estaba muy equivocado. Había

olvidado las nefastas consecuencias del *jet lag*. Después del vuelo transoceánico, el reloj interno de su cuerpo no estaba sincronizado con el huso horario local.

Para colmos, su casa había quedado patas para arriba y su gato había desaparecido. El caos se había adueñado del lugar. Una manada había entrado, pisoteado, revisado, fotografiado, revuelto, fumado, tomado agua y preparado café, para retirarse dejando a sus espaldas un desorden absoluto.

Anahí tampoco había sido la excepción. Prácticamente había huido dejando desparramada la gran mayoría de las pertenencias que había traído al mudarse transitoriamente a esa casa.

Sin embargo, para Domecq lo peor era no tener la más puta idea de lo que había pasado. Solo tenía una serie de flashes que explotaban en sus neuronas.

Al abrir la puerta se había encontrado con una mujer desnuda tirada sobre la alfombra. Era un cuerpo joven y hermoso. Cuando superó el hechizo provocado por la sensual imagen, recordó que le había prestado el ph a su amiga comisaria. Fue recién entonces cuando gritó su nombre y ella respondió. Si bien él se acercó presuroso al cuerpo, titubeó al tapar aquel pubis desnudo. A partir del momento que la cubrió, le sacó la capucha y cortó las ataduras de las muñecas, todo sucedió vertiginosamente. Pero antes él se había permitido mirarla sin pudor. ¿Acaso se había extralimitado más allá de la natural parálisis ante la inesperada escena? Pero lo más preocupante era si Anahí, a pesar de estar encapuchada, había percibido su lasciva mirada.

A la mañana siguiente, tal como se había comprometido, Aberanda se presentó ante el fiscal y narró lo sucedido la noche anterior, en casa de Domecq. En esta oportunidad, la comisaria volvió a recaer en las verdades a medias. Contó con lujo de detalles, desde el momento en que el intruso la despertó, hasta que le puso la capucha. Sin embargo, se saltó el interrogatorio y empalmó la primera parte de su relato con la milagrosa aparición de Domecq. Se mostró sorprendida cuando le informaron la identidad del occiso en el trágico accidente de la reja. Era un ciudadano peruano que había ingresado por la Triple Frontera. Finalmente, la comisaria Anahí Aberanda se retiró sin haber mencionado a la “Triple A”.

### §

Joaquín Amoroso era un detective privado que investigaba asuntos a los cuales la policía no les prestaba atención. Vivía en un antiguo departamento ubicado en San Telmo, donde también tenía la sede de su agencia de investigaciones. Desde su balcón podía disfrutar de una amplia vista de la Plaza Dorrego y su tradicional mercado de pulgas. Era un barrio bohemio de día y peligroso de noche. Repleto de anticuarios, restaurantes y artistas callejeros con espectáculos de tango que atraían a los turistas. También había punguistas, arrebataadores y motochorros.

A diferencia de tantos compatriotas, Amoroso no se quejaba de su trabajo, le gustaba lo que hacía y disfrutaba la libertad de no tener que rendir cuentas a un superior jerárquico. Además, aprovechaba su abundante tiempo libre para caminar por Buenos Aires o leer novelas de Raymond Chandler.

Su última pesquisa había sido atípica. Una ricachona lo había

contratado para averiguar si su marido la engañaba. Nada nuevo, salvo que el tipo sospechado tenía una vitalidad tremenda y el detective se vio obligado a realizar un seguimiento extenuante. Seguir a una persona solía ser una actividad tediosa, pero en este caso resultó muy entretenida. En vez de verse obligado a permanecer sentado varias horas frente a un edificio, en esta oportunidad siguió al investigado hasta un restaurant de Puerto Madero, donde Amoroso se permitió una comida mejor a la habitual. Después tuvo que seguirlo hasta el Campo Hípico donde presencié un partido de polo y recién al caer la tarde el don Juan y su bella acompañante recalaron en un costoso hotel. Al día siguiente, el detective se las ingenió para seguir al sospechado por el endemoniado tránsito porteño hasta sus oficinas en pleno microcentro. Quiso el azar que frente a esas oficinas hubiera un excelente lugar para esperar. Se trataba de una cafetería que servía un exquisito café colombiano. Antes del mediodía el *bon vivant* abandonó su trabajo y se dirigió al Buenos Aires *Lawn Tennis Club*, donde junto a la misma rubia del día anterior jugó un partido de dobles mixto. Luego del match, la pareja compartió un frugal almuerzo en el idílico restaurant del Jardín Japonés, donde Amoroso logró amigarse con el *sushi* y otras delicias del arte culinario del lejano oriente. Después de comer, la pareja permaneció disfrutando de ese oasis hasta que terminaron la tarde en el mismo hotel del día anterior.

Tras dos días de seguimiento, Amoroso no solo había comprobado el supuesto amorío sino que además había descubierto que esos tortolitos sabían disfrutar plenamente de la vida. El sospechoso había logrado un difícil equilibrio, gozar de la compañía de una de las mujeres más hermosas de Buenos Aires sin desatender

sus exitosas obligaciones laborales.

Llegado el momento del informe a la clienta, luego de una intensa lucha interna para vencer la propia envidia, el detective Joaquín Amoroso consideró que sería injusto arruinarle la vida a un hombre tan vital, sin más vicios que haberse enamorado de alguien que no era su esposa. Por eso, las conclusiones que acompañaron a su factura de honorarios fue tan breve como contundente: «Señora, su marido lleva una vida ejemplar».

Cuando debatía consigo mismo si en su caso era aplicable la frase de Chandler «*Todos los tipos duros son irremisiblemente tiernos de corazón*», sonó el teléfono y se sorprendió de escuchar la voz de su vieja amiga la comisaria Anahí Aberanda. Como ella estaba interesada en alquilarle alguno de sus drones, Amoroso aprovechó para darse el gusto de invitarla a tomar un café.

Ya reunidos en Castelar, el detective aceptó espiar a los Craigson a cambio de un porcentaje de la recompensa que la comisaria podría llegar a cobrar en caso de encontrar el Renoir original, robado del MNBA y reemplazado por una falsificación en el incendio del depósito de Magister.

A la mañana siguiente, Joaquín Amoroso condujo su camioneta Jeep por la Au 25 de Mayo y el Acceso Oeste hasta Ituzaingo. Bajó en Martín Fierro y se dirigió a Parque Leloir.

Luego de estacionar a la sombra de uno de los centenarios eucaliptus plantados por el francés Thays, Amoroso caminó por De la Vidalita, una coqueta callecita bordeada de cercos vivos, flores, pájaros y perros de vigilancia. Cuando divisó la quinta "*Mon Repós*",

fotografiada por Aberanda, buscó un lugar adecuado para activar su dron e inspeccionar la propiedad registrada a nombre de Magister SA.

El detective había traído un dron con cámara de alta resolución y un moderno control remoto que incorporaba las últimas mejoras tecnológicas en materia de vuelo seguro. Por tratarse de un modelo cuadricóptero, lograba mantener la estabilidad, la dirección y el movimiento mediante cuatro rotores, dos que giraban en sentido de las manecillas del reloj y los otros dos en sentido contrario. Una vez que encontró un lugar adecuado para despegar, lejos de las líneas eléctricas y de las obstrucciones naturales, Joaquín Amoroso intentó tomar fotos y grabar videos, tanto del exterior de la mansión como de su interior, si fuera posible.

Cuando consideró que las condiciones estaban dadas, Amoroso movió el *joystick* izquierdo para adelante, suavemente, al tiempo que controlaba la elevación y la orientación. Luego, conforme con la altitud lograda utilizó el *joystick* derecho para acelerar. La grabación de las primeras dos vueltas alrededor de la casona fueron satisfactorias, sin embargo al no haber ninguna ventana abierta, no pudo tomar imágenes del interior, necesarias para buscar el cuadro que desvelaba a Aberanda. Una vez que completó esa incursión de reconocimiento, hizo descender el dron y lo guardó en el baúl de su Jeep.

De pronto, mientras intentaba sentarse frente al volante y todavía no había cerrado la puerta delantera del vehículo, una manaza se le apoyó en el hombro y un desconocido, enorme y bizco, lo increpó a boca de jarro:

— ¿Qué mierda hacés con ese dron?

## XVIII. Golpe a golpe

En pleno Parque Leloir, mientras espiaba con un dron, Joaquín Amoroso fue sorprendido por uno de los custodios que trabajaban para Magister.

— ¿Qué mierda hacés con ese dron?

—Estoy practicando –mintió Amoroso.

— ¿A ver? Mostrame qué filmaste.

—Tengo todo en el baúl —dijo Joaquín intentando desalentarlo.

— ¡Abrilo! –resonó la orden.

— ¿Sos cana? –improvisó, pero el grandote lo apartó de un empujón y abrió el baúl.

Cuando el desconocido se inclinó hacia el interior, para asir el dron, Joaquín Amoroso aprovechó para bajar la puerta del baúl con todas sus fuerzas y aplicarle un tremendo golpe en la nuca seguido de una certera patada en los riñones. De inmediato, corrió hacia el asiento delantero e intentó arrancar. Pero, a pesar de su agilidad, antes de que lograra poner el motor en marcha el custodio lo agarró del cuello y lo arrastró fuera del vehículo. Pese a la desventaja física, el detective Amoroso no tenía otra opción que responder al ataque. Instintivamente, le dio un cabezazo en la nariz y giró para volver al volante. Pero el bizco reaccionó rápido y le aplicó un golpe en la sien que lo hizo trastabillar y caer al piso. Aún aturdido, logró reponerse lo suficiente como para esquivar un puño que se dirigía a su cara. Aprovechando el instante en que el patovica había quedado mal parado Joaquín Amoroso arrojó un puñetazo pero el otro respondió con un codazo en el vientre que lo dobló en dos. Al verlo caído, el

gorila trató de patearlo pero su pie chocó furiosamente contra la puerta del Jeep que Amoroso utilizó primero como escudo y luego como maza contra los genitales. Con el hombrón en el suelo, quebrado de dolor, el detective atinó a arrancar la camioneta y huir. Si bien trataba de evitar el menor movimiento posible, cada sacudida de la camioneta estremecía de dolor todo su cuerpo.

Molido a golpes, Joaquín Amoroso llegó a su departamento en San Telmo, se tiró un rato en la cama, mirando el cielorraso, esperando que los órganos se reacomodaran en su cuerpo. Luego de un baño de inmersión, mientras apoyaba la bolsa con hielo en distintos lugares del cuerpo, Amoroso se comunicó con Aberanda para alertarla sobre el fracaso del dron espía.

Fue recién entonces cuando el detective se enteró que la comisaria había sido atacada, la noche anterior, en la casa de Domecq, por un agresor que al huir tuvo una muerte insólita, al quedar ensartado en las rejas del cerco perimetral.

Dada la violenta agresión, supuestamente organizada por la “Triple A”, Amoroso intentó convencer a Aberanda de la imperiosa necesidad de replantear su plan de venganza. Pero ella no solo se negó sino que le cortó la comunicación.

Como intuía que el comportamiento irracional de su amiga era consecuencia del traumático episodio del que había sido víctima la noche anterior, decidió ir a hablarle personalmente.

Ese mediodía, el tránsito por las calles del centro de Morón era tan caótico como de costumbre y Joaquín Amoroso prefirió dejar su Jeep en la primera playa de estacionamiento que encontró y continuar a pie. Una vez frente al edificio de departamentos, se anunció por el

portero eléctrico y la sorprendida Aberanda le permitió pasar. Ya frente a la puerta identificada como “3 C”, el visitante tocó el timbre y la dueña de casa abrió y lo increpó con dureza:

— ¿A qué viniste?

—A conversar —respondió en tono afectuoso y preguntó—.

¿Puedo pasar?

Sin emitir palabra, Anahí se hizo a un lado y le permitió ingresar al comedor donde encontró a Domecq.

Los hombres ya se conocían pero se saludaron con cierto resquemor al ignorar qué papel jugaba el otro en ese inesperado trío.

—Si se pusieron de acuerdo para convencerme están perdiendo el tiempo. No voy a renunciar a mi venganza —manifestó Aberanda poniéndole límites a la reunión.

—Pero...—intentó hablar Domecq y ella lo frenó alzando la voz.

— ¡Nada de peros!

—Pensá en tus hijos —volvió a interrumpirla el jubilado.

—Mis hijos y mi mamá ya están camino a Corrientes.

— ¿A Corrientes? —ahora era Joaquín quien preguntaba.

— ¡Sí! A Mocoetá. A la chacra de mi familia, bien lejos de acá.

— ¿Y vos? —insistió Joaquín.

— ¡Yo tengo que cumplir mi venganza! —contestó, en medio de una explosión de rabia.

Fue entonces cuando Domecq propuso una alternativa intermedia y la discusión tuvo un giro inesperado.

—De acuerdo. Vamos a ir contra la “Triple A” —afirmó el jubilado sorprendiendo a sus interlocutores, antes de agregar— Pero tenemos que ser más inteligentes que ellos.

— ¿Cómo? —lo interpeló ella.

—Tu agresor la tuvo fácil. Pudo atraparte indefensa en mi casa. Pero ahora tenés que desaparecer...

— ¡No! No voy retroceder —lo interrumpió Anahí a voz de cuello

—Una retirada táctica no es retroceder —ahora era Domecq el que subía el tono de voz—. Propongo que desaparezcas hasta que puedas atacarlos con éxito.

—Es lo mismo que quería proponer yo —intervino el tercero en discordia.

Luego de un tenso silencio, mientras caminaba como un león enjaulado, Anahí adoptó una actitud desafiante.

— ¿A ver? ¿Qué proponen?

—Mi departamento en San Telmo está a tu disposición —se apuró a ofrecer el detective Amoroso, sin aclarar que eso implicaba convivir con él.

En un intento por bloquear el ofrecimiento de Joaquín, Domecq se adelantó a la respuesta de Aberanda y formuló su propuesta:

—Creo que lo mejor es esconderte en un lugar tranquilo, en medio del campo. Conozco una chacra en Pontevedra, a solo media hora de acá. Tiene dos casas, en una vive un casero jubilado pero la otra está vacía —comenzó Domecq y sin dejar que lo interrumpieran continuó—. No solo es un buen escondite sino que además es una propiedad difícil de atacar y fácil de defender.

—En materia de seguridad mi departamento cuenta con todo tipo de alarmas y cámaras de vigilancia —intervino Joaquín.

—Tus sistemas de vigilancia serían todavía más útiles en la chacra de Pontevedra —argumentó Domecq sospechando segundas

intenciones en la cohabitación propuesta por Amoroso.

La comisaria interrumpió su anodino caminar por la habitación y se quedó observando detenidamente a sus interlocutores. Primero a Domecq y luego a Joaquín. Mientras uno la miraba como a una amiga, el otro la deseaba como mujer. Entonces, para cortar por lo sano, tomó una decisión:

—Mejor en el campo.

Sin esperar un segundo, Domecq puso en marcha el operativo mudanza.

— ¿Viniste en auto? —le preguntó a Joaquín y como este respondió con un movimiento afirmativo, Domecq se dirigió a Aberanda y la apuró—. Vamos, prepará el bolsito y te mudamos ya.

— ¿Ahora? —preguntó tomada por sorpresa.

— ¡Sí! Cada minuto cuenta. Tus agresores no descansan. Anoche fallaron y zafaste, pero lo mejor será no darles una segunda oportunidad.

Mientras esperaban que la comisaria Aberanda juntara lo mínimo indispensable para mudarse al campo, Joaquín Amoroso miró fijo a Domecq y le preguntó:

— ¿De dónde conocés al jubilado de Pontevedra?

—Don Anselmo Semino trabajaba en el museo de Bellas Artes y fue testigo presencial del robo de cuadros, en 1980. Cuando me contrataron para buscar un Renoir, que integraba el lote de cuadros robados de ese museo, entrevisté a Semino en Pontevedra — respondió Domecq.

— ¿Eso es suficiente como para confiarle la vida de Anahí? — fue la agresiva pregunta que efectuó Joaquín.

—Don Anselmo fue el primero que se animó a acusar a Aníbal Gordon y su banda de paramilitares como responsables del robo. Después que él se arriesgara a confiarme una información tan peligrosa, quedé muy agradecido, comencé a frecuentarlo y forjamos una amistad.

Joaquín Amoroso estaba por formular otra pregunta cuando apareció Anahí, vestida con ropa sencilla y llevando los dos bolsos que la acompañarían al cercano exilio.

Una vez que guardaron el ligero equipaje en el baúl del Jeep, la comisaria se ubicó en el asiento trasero dejando que Domecq ocupara la butaca del acompañante y pudiera indicarle el camino a Joaquín.

Primero cargaron nafta y luego pasaron por *La Española* donde Domecq bajó a comprar los bizcochos con grasa que tanto le gustaban a don Anselmo. Después de cruzar las vías del tren Sarmiento, el Jeep avanzó por Blas Parera bordeando la Reserva Natural de Morón, atravesó la localidad de Libertad y llegó a Pontevedra. Tras cruzar el pueblo debieron continuar a marcha lenta debido al mal estado de la ruta provincial. Luego de recorrer cuatro kilómetros encontraron el cartel que anunciaba “Soguería Semino”.

Apenas se detuvo el vehículo, Domecq se bajó y, sin preocuparse por los dos perrazos que se le acercaban ladrando y moviendo la cola, abrazó al viejo de boina, bombacha y alpargatas, de mediana estatura, flaco y con la piel muy curtida.

— ¡Don Anselmo! —dijo el porteño, mientras el anfitrión se sacaba la boina a modo de saludo.

— ¡A cucha! —sonó de pronto la voz cascada del paisano y los perros se volvieron para la casa, con la cola entre las patas.

Recién entonces, Anahí y Joaquín se animaron a bajar del Jeep.

Una vez que hizo las presentaciones, mientras le entregaba la bolsa con bizcochos, Domecq pidió disculpas al anfitrión por haberle hecho semejante pedido y casi sin anticipación.

—Al contrario. Estoy encantado por la visita de la señora y espero que no se aburra porque yo suelo hablar solo con los perros.

Aprovechando el momento de distención, Domecq y Joaquín decidieron retirarse para desandar el camino y verificar que no los hubieran seguido.

## XIX. Pontevedra

Después de dejar a Anahí Aberanda en la chacra de Pontevedra, Domecq y Joaquín se detuvieron a almorzar en la localidad de Libertad. Optaron por una parrilla al aire libre, donde eligieron una mesa aislada, para poder conversar tranquilos.

—Así que antes de ser detective eras comisario —preguntó Domecq.

—Sí. ¿Y vos?

—Yo me jubilé de periodista, escribí alguna novela y empecé a buscar obras de arte desaparecidas.

— ¿Gracias a vos Anahí se quemó viva?

Antes de responder a la agresión, Domecq pensó en su amiga comisaria y en la necesidad de estar los tres unidos para enfrentar a sus enemigos. Entonces, contó hasta diez y sin alterar el tono de su voz respondió con otra pregunta:

— ¿Eso dijo Aberanda?

—Lo digo yo. Para ganar una recompensa la arrastraste al incendio —insistió con la mala onda.

—Estás muy equivocado —respondió el jubilado con firmeza—. Anahí no perseguía una recompensa sino hacer justicia. Y lo mismo vale para el agente Rossini de Interpol. De los tres, el único cazarecompensas fui yo. Los otros dos arriesgaron sus vidas en cumpliendo del deber.

La oportuna llegada del dueño del local haciendo ostentación de la generosa parrillada que les estaba por servir, interrumpió el áspero diálogo.

Ambos comieron bastante pero en silencio, saltaron el postre,

tomaron café y compartieron la cuenta “a la romana”. Antes de levantarse de la mesa el jubilado rompió el hielo:

—Si podés, llevale algún sistema de vigilancia a la piba, aunque a mí también me haría falta —sugirió con espíritu componedor.

—*Yes sir* —contestó Joaquín, de mal tono, incómodo por el rol protagónico que asumía Domecq:

Consciente de que su amiga estaba en peligro y no era momento para egos, el jubilado intentó aflojar la tensión.

—Si algo mío te molestó, fue sin intención y me disculpo. Pero Anahí nos necesita a los dos.

Joaquín lo miró fijo al tiempo que encendía un cigarrillo y caminaba hacia el Jeep.

Interpretando su silencio como una aceptación de las disculpas, Domecq avanzó con un par de preguntas:

—En base a tu experiencia profesional: ¿cómo podemos proteger a Anahí? ¿Por dónde tenemos que empezar?

Joaquín Amoroso se llevó el cigarrillo a los labios y luego de la primera bocanada, respondió:

— ¿Qué pregunta? A diferencia de las novelas policiales en la vida real no hay decálogos, principios, ni consejos de sabios o detectives expertos —respondió Joaquín apelando al sentido común—. Como dicen ustedes, estamos ante una hoja en blanco, con más dudas que certezas. La “Triple A” es de temer. Aunque no tenga el mismo poder que durante la Dictadura, ya le demostró a Anahí que son capaces de cosas terribles. También conocen tu casa y con los datos de mi Jeep pronto van a ubicarme, pero no tiene sentido presentarnos a la justicia con las manos vacías. Tenemos que abrir los

ojos y esperar el momento justo para contragolpear.

—Hay esperas activas o pasivas, supongo que no sugerís esperar con los brazos cruzados —dijo Domecq.

— ¡Por supuesto! —respondió Amoroso mientras desactivaba la alarma de la camioneta—. Tenemos que aprovechar el tiempo para investigar por nuestra su cuenta y con nuestros medios. Ellos tienen la fuerza, pero también deben tener sus flancos débiles y debemos descubrirlos —arengó el ex comisario, disfrutando el rol que ahora le delegaba Domecq.

— ¿Qué opinás del peruano que atacó a Anahi y murió al intentar huir? —preguntó a boca de jarro, cuando Joaquín ya ponía el vehículo en marcha.

—La Triple Frontera es un agujero descontrolado por donde pasa de todo, hasta sicarios que se ofrecen al mejor postor. Sin embargo las propias bandas narcos tienen un ojo puesto ahí, para cubrirse las espaldas y evitar sorpresas desagradables —comenzó el ex comisario—. Con esto quiero decir que siempre alguien sabe algo y hay que ingeniarse para encontrarlo.

—Supongo que seguirás teniendo contactos dentro y fuera de la policía.

— ¡Por Supuesto! Todos los detectives privados tienen informantes, pero además yo conservo un par de amigos de fierro.

Sin que la conversación avanzara en aspectos sustanciales, el Jeep llegó a Castelar, los hombres se saludaron y Domecq descendió frente a su ph sin imaginar lo que lo esperaba.

Como un flash revivió las últimas 24 horas. Desde el estrés padecido durante el kafkiano trámite para abordar el avión en París,

hasta la incomodidad de la clase económica al estar sentado junto a un par de obesos y –de yapa- la desesperante demora en Ezeiza, primero en Migraciones y luego para recuperar su valija. Como si eso fuera poco, al llegar a casa se había encontrado con una mujer desnuda y encapuchada, más un cadáver desangrándose, ensartado en las rejas.

En cambio, esa tarde, al bajar del Jeep, Domecq tuvo la grata sorpresa de encontrarse con el gato de su querida Leonor, que había reaparecido y lo esperaba en la entrada de su casa, sobre el gastado felpudo de bienvenida. Se agachó junto a Negro y le habló sin tocarlo hasta que el felino le respondió con un movimiento cansino con su cola. Estaba prolijo y reluciente, sin dudas, su vecina Renata lo había estado cuidando como la mejor.

Una vez que entró a su casa, Domecq puso música de Piazzola y revisó los mensajes sin leer acumulados en su celular. Había uno de Anouk. La francesa pedía disculpas por la demora en responder y le informaba que sus abogados habían iniciado acciones contra el *Museo Nacional Thyssen-Bornemisza*, de Madrid, por supuesta apropiación indebida del cuadro de H. Matisse, titulado “Mujer sentada”.

« ¡Era hora! Parece que el viaje a Irún no fue al pedo» —pensó Domecq mientras comenzaba a disfrutar el placentero ritual de fumar en su pipa Peterson. Abrió la palma de la mano y volcó el tabaco que iba a utilizar. Lo frotó entre ambas manos, dejando caer sobre una hoja de papel las hebras que se iban soltando. Cargó la pipa con el tabaco que había caído en la hoja, lo prensó hasta completar un tercio de la capacidad del hornillo y la encendió con fósforos. Al percibir el agradable aroma, comenzó unas inspiraciones suaves para evitar que

el humo le llegara muy caliente a la boca. Finalmente, al experimentar el placer proporcionado por el bouquet del buen tabaco, murmuró:  
« ¡Esto es vida!».

## XX. La taberna de Moe

Joaquín Amoroso vivía en San Telmo, pero amaba su Ituzaingó natal. En algún momento había pensado en una permuta, pero ese apacible rincón del Oeste estaba de moda y se habían disparado los precios de las propiedades.

Aquella tarde, mientras unas deshilachadas nubes grises aparecían en el horizonte, el detective Amoroso conducía su Jeep por la transitada Santa Rosa, frontera entre Ituzaingó y Castelar. A pesar del calor, no mermaba la cantidad de vehículos que iban y venían por esa avenida que dejó de ser residencial para transformarse en polo gastronómico.

Al llegar a la esquina de Chilavert, en el centro del “Condado *Border*” creado por el arquitecto y artista Rubén Díaz, el tránsito se hizo aún más lento porque los automovilistas aminoraban su marcha para apreciar cómo Germán Murat le daba los últimos pincelazos a su mural “Estación *Springfield*”. Poco después, Joaquín estacionó, descendió de la camioneta y entró a la mítica taberna “*Moe’s*”.

Tras saludar al dueño con un leve movimiento de cabeza, el detective Amoroso disfrutó por unos instantes la fantasía de estar inmerso en el mundo de los *Simpson*, donde no faltaba una réplica del teléfono donde el pobre *Moe* recibe las bromas pesadas de *Bart*.

En un rincón del bar temático más convocante de la zona oeste, Joaquín esperaba a Elsie Martin, quien fuera su vecinita durante la idílica infancia en ese barrio casi pastoril hoy convertido en una pujante urbe, sembrada de altos edificios y embellecida con la torre Eiffel, el Arco de Triunfo y el flamante Coliseo.

Con un previsible retraso, Elsie ingresó a *Moe’s*, lugar que

conocía muy bien ya que nunca se había mudado de Ituzaingó.

Tan rubia y tan blanca, con ojos casi verdes y una mirada entre astuta e inocente, con el pelo suelto y las curvas justas pero acentuadas en las caderas, a sus casi cincuenta abriles, Elsie seguía siendo magnética y sensual.

Joaquín la miró con paciencia. Llevaba mucho tiempo esperando la ocasión de volver a verla, para encontrarse de nuevo con sus ojos y confirmar su color

Por su parte, en cuanto ubicó a Joaquín, ella se acercó caminando relajada, con una expresión serena y casi sonriente, dejándose mirar.

Una vez sentados frente a frente, se observaron como si quisieran reconocerse y reencontrarse. En silencio, sostuvieron la mirada, hasta que ese hombre inteligente, entendió que nunca lograría conquistar a semejante mujer, porque ella era de las que preferían elegir, en lugar de ser elegida.

—Siento llegar tarde —dijo Elsie, sin demasiada convicción.

—No pasa nada —mintió él, porque sí pasaba. Ella estaba más linda que nunca y su rostro brillaba sin motivo aparente. En realidad había una razón inquietante. Antes de salir, ella se había pintado los labios en un tono casi invisible y había buscado el mismo efecto al pintarse los ojos.

— ¿Entonces?—le preguntó a ese amigo simpático y divertido, que de vez en cuando intentaba seducirla.

—Necesito tu ayuda —dijo Joaquín, resignado a considerar la presencia de Elsie como un regalo intangible.

—Te escucho.

—Como sos gestora...

—Mandataria —lo corrigió ella con falso enojo—. Soy una profesional que asegura a sus clientes información segura y confiable.

—*Ok baby* —intentó él una salida simpática—. Necesito información que una profesional como vos podría obtener en el Registro de Propiedad Automotor.

— ¿Quién es el cónyuge infiel, él o ella?

—Ojalá fuera uno de mis casos. Ahora estoy tratando de ayudar a una colega que está en la mira de la “Triple A”.

—Tené cuidado Joaquín. Esos tipos son más peligrosos que una manada de cornudos —intentó prevenirlo.

—Gracias linda, pero hierba mala nunca...—y sin terminar el refrán, sacó el celular y agregó—. Te estoy mandando las patentes de un auto, una camioneta y una moto. Por favor, me vendrían bien todos los datos posibles, desde los propietarios actuales a los anteriores, también domicilios y cualquier información adicional que me permita conocer más a esta gente.

— ¿Eso es todo? —ronroneó ella fingiendo desilusión.

Fue recién entonces cuando Joaquín dejó de lado el rol de detective para intentar suerte con el de galán.

A la mañana siguiente, solo en su departamento de San Telmo, mientras fumaba en el balcón sobre la Plaza Dorrego, Joaquín recibió un escueto mensaje.

*«Elsie Martin:*

*Adjunto lo que pediste. Tengo más. Bss».*

Tras un instante de distracción, por la abreviatura “bss”, Joaquín evitó descifrar qué había querido decir Elsie con “Tengo más” y abrió

el archivo.

El breve informe comenzaba con los datos de una moto BMW 1200, patente (R944ARO) registrada a nombre de Malinka Lorenzo, domiciliada en Tuyutí 6969, Liniers (CABA). El siguiente era un Audi A4, blanco, patente (AR714RA), propiedad de Monserrat Cambó, domiciliada en Avenida Alvear 4654, Recoleta (CABA). Por último la camioneta Mercedes Benz Vito, negra, pertenecía a Magister SA, con domicilio legal en la calle De la Vidalita, sn, Parque Leloir, Ituzaingó, Provincia de Buenos Aires.

Tras la lectura del informe, una intensa curiosidad invadió a Joaquín. Esos tres vehículos habían ingresado el mismo día a la quinta "*Mon Repós*", en Parque Leloir, pero solo una estaba registrada a nombre de Magister SA. Entonces, ¿quiénes serían, las otras dos mujeres, propietarias una del Audi y otra de la moto BMW?

Su primera reacción fue llamar a Aberanda. Sin embargo, ante la posibilidad de que estuviera descansando, Joaquín optó por no molestarla. Por otra parte, llamar a Domecq tampoco le pareció una buena idea, porque ese viejo era capaz de intentar lucirse ante Anahí con la información que él acababa de conseguir.

Sin un plan, releyó los pocos datos recibidos. La mujer de Recoleta, dado el número de su DNI, era mayor que él. En cambio, la dueña de la moto BMW tenía el número de DNI correspondiente a una persona joven. Se trataba de dos mujeres de edades muy distintas, que, en sus propios vehículos, habían ingresado, por separado, a la quinta "*Mon Repós*", sede de Magister en Leloir. ¿Y?...

Sin poder avanzar, recurrió a otro de sus contactos, Se trataba de Doris, una empleada del Registro Nacional de las Personas,

solterona, de cabello platinado, culo grande y patas flacas, pero más buena que Bambi, a quien Joaquín le mandó un *WhatsApp*, con la consulta sobre ambos DNI.

Si bien las redes informáticas y las bases de datos disponibles facilitaban la tarea de Doris, nada la estimulaba tanto como quedar bien con ese ex comisario, macizo, pintón y simpático. Por lo tanto, no tardó en responderle.

Montserrat Cambó, dueña del Audi, tenía 69 años, era viuda, tenía pasaporte y lo había ido renovando periódicamente. Malinka Lorenzo, titular de la moto, tenía 33 años, era soltera y acababa de tramitar su pasaporte.

A pesar de contar con más datos, Joaquín seguía sin poder vincular a ninguna de esas mujeres con su investigación. Por lo tanto, aunque no le gustaba mostrarse tan dependiente de ella, Joaquín reconoció que necesitaba más ayuda de Elsie Martin.

*«Amoroso:*

*Hola linda, necesito contratar tus servicios profesionales: un informe completo de cada una de las dos mujeres que mencionaste. Honorarios a convenir».*

Tras unos segundos de duda, agregó: *«bss»*.

Dispuesto a aprovechar el resto de la mañana corriendo por la Costanera Sur, comenzó a cambiarse de ropa. Mientras levantaba el cierre del short de *jogging* el espejo le devolvió la imagen de un cuerpo con músculos todavía firmes, típicos de un viejo que sigue en la pelea.

Ya cerca de la fuente de Lola Mora, estacionó el jeep y le advirtió al “trapito” que si al volver encontraba todo bien le iba a dar

una buena propina. Pero en caso contrario lo iba a buscar hasta debajo de la cama para romperle el orto a patadas.

Más relajado, comenzó a trotar y recién después de casi media hora aceptó el desafío semanal de bajar a la Reserva Ecológica, su lugar preferido para correr. Al ingresar, volvió a imaginar que huía de Buenos Aires y retornaba al Ituzaingó pueblerino de la década del setenta, donde correr rodeado de naturaleza, escuchando el canto de los pájaros, era su mayor placer, solo comparable a los picados en el potrero hasta que caía la noche y ya no se veía la pelota.

Como el terreno de la Reserva era desparejo, no se podía mantener la velocidad de forma constante, pero de tanto repetirlo Joaquín había logrado mentalizar varios circuitos de diferente distancia y dificultad, con subidas y bajadas.

Una hora después regresó junto al jeep y encontró al “trapito” firme como granadero. En vez de darle propina Joaquín compró dos choripanes y dos gaseosas y lo invitó a comer, sentados en el murallón, mirando al río semioculto por los camalotes.

## XXI. Malinka

Al regresar a San Telmo, Joaquín Amoroso dejó el auto en la playa de estacionamiento, entró a su departamento, tiró el equipo deportivo dentro del lavarropas y se dio una ducha interminable.

A pesar del choripan tenía hambre, entonces se preparó fideos con manteca y se los devoró sin sacarlos de la cacerola. Con el vaso de Malbec por la mitad, se sentó junto a la Pc, entró a *WhatsApp Web* y abrió la respuesta de Elsie, que incluía un adelanto de su informe.

En cuanto comenzó a leerlo, Joaquín comprobó que su amiga no le había fallado. Si bien solo se trataba de antecedentes policiales, incluían datos explosivos como los que él ansiaba encontrar.

Montserrat Cambó, propietaria del Audi blanco, era la viuda de Gustavo Craigson Benitez (ex presidente de Magister SA) y madre de Santiago Craigson (actual presidente del mismo grupo empresario).

Malinka Lorenzo, dueña de la moto BMW 1200, era nieta de Ernesto Lorenzo, uno de los fundadores de la organización paramilitar “Triple A” y mano derecha del temible Aníbal Gordon, muerto en la cárcel, cumpliendo una codena perpetua por crímenes de lesa humanidad.

Como nota al pie, Elsie arriesgaba que Malinka habría sido una colaboradora muy cercana al difunto Craigson Benitez.

A su vez, Montserrat Cambó era una reconocida aristócrata y mecenas, descendiente de una poderosa dinastía de magnates catalanes. Dado que siempre se había manifestado al margen de las actividades de su esposo, el periodismo se preguntaba si habría llegado el momento de blanquear, en el juicio sucesorio, el “botín de guerra” que administraba el difunto.

En cambio, la joven Malinka Lorenzo era un personaje ignoto, había dedicado años a cuidar a su abuelo para luego incorporarse como empleada en el depósito de Magister, en Castelar. Se ignoraba a qué se dedicaba en la actualidad, luego del incendio del edificio donde trabajaba, aunque se la vinculaba al tráfico de arte.

Joaquín terminó de leer el informe preliminar sobre Malinka Lorenzo y algunas palabras le quedaron repiqueteando en la cabeza, como si Elsie las hubiera incluido como señuelo, para que él se interesara, mordiera el anzuelo y le pidiera más y más información. Concretamente, lo de “personaje ignoto vinculado al tráfico de arte” tenía la atracción de un agujero negro a la que era imposible resistirse.

### §

En cuanto Elsie Martin recibió el nuevo pedido del detective galán, pidiéndole más información, ella reaccionó como *la araña que percibe las vibraciones de un nuevo insecto atrapado en su telaraña*. Envalentonada, le mando una osada respuesta:

«*Elsie Martin:*

*La respuesta va a ser oral y en un boliche. Bss».*

A la hora acordada, en la puerta de “*Over forty*”, frente a un patovica más grande, más joven y más morocho que él, Joaquín Amoroso mostró el QR que Elsie le había enviado a su celular y no solo lo dejaron pasar sino que también le señalaron por dónde se accedía al VIP. Adentro todo era ruido, humo y luces psicodélicas. De acuerdo a lo acordado, se dirigió al bar y se sentó en un taburete, resignado a esperar. Como todos los que lo rodeaban tomaban bebidas blancas, pidió un *Gin Tonic*.

Cuando la demora ya se le hacía insoportable llegó ella, vestida para

matar. Toda de negro, con el cabello rubio y sus ojos verdes más transparentes que nunca. Los pantalones de cuero eran todo lo ajustados posible y la blusa de seda tenía unos breteles demasiado delgados para sostener un escote tan profundo.

Cuando Joaquín intentó saludarla con un piquito, ella lo recibió con un beso en la mejilla, leve pero estremecedor como el perfume que había usado para la ocasión. En contra de lo imaginado por el caballero, la dama solo quería bailar, escuchar música, beber y divertirse como una joven sin compromiso.

Joaquín le siguió el juego. Bailó durante toda la noche y se divirtió a la par de ella. Recién a la mañana siguiente, cuando él le llevó el desayuno a la cama, Elsie —apenas cubierta con una camisa de hombre sin abrochar— le propuso:

—Hablemos de trabajo...

— ¿De trabajo? —ronroneó él, cachondo, mientras se le acercaba en la cama.

— ¡Pará! Ya di vuelta la hoja —dijo Elsie con firmeza—. Si no querés escuchar lo que averigüé de Malinka, te lo mando por escrito, junto con la factura de honorarios.

— Está bien, está bien...

— ¿Te acordás algo de mis mensajes?

— ¡Por supuesto! Palabra por palabra —exageró.

— ¿A ver? Haceme un resumen.

—La treintañera que ingresó a la casona de Magister se llama Malinka Lorenzo, vive en Liniers y es dueña de la moto BMW con la que aparece en nuestras cámaras. Además, es nieta de un jerarca de

la “Triple A” y, de yapa, está vinculada con el tráfico de obras de arte.

—Muy bien. Parece que tus neuronas todavía funcionan — bromeó ella.

— ¿Y qué más sabés de esta piba?

—Un dato de color es que tuvo un romance con Bruno Rossini, el agente de Interpol que murió en la explosión del depósito en Castelar.

— ¿El amigo de la comisaria Aberanda?

—Sí. Pobre pibe...

— ¿Y qué es eso del tráfico de arte? —preguntó Joaquín, ya metido en el tema.

—Parece que el difunto Craigson Benitez la contrató como empleada de Magister porque Malinka había estudiado Bellas Artes y estaba vinculada a gente de ese ambiente.

—Tiene sentido, ya que el viejo Craigson atesoraba los cuadros robados del MNBA y tal vez quería desprenderse de alguno.

— ¿Y si en vez de desprenderse de un original quería lucrar con una falsificación? —dijo Elsie, levantando las cejas en un mohín encantador.

— ¿Te referís al Renoir que se chamuscó en el incendio?

— Sí, pero no solo ese. Te recuerdo que de los 16 cuadros robados, además del Renoir quemado, solo tres fueron recuperados en Taiwan. Faltan otros doce.

—Pará, pará. Todo eso tiene lógica, siempre y cuando exista una organización poderosa y capaz de concretar una estafa millonaria en dólares. Pero no creo que a Craigson Benitez le bastara la ayuda de Malinka para organizar semejante maniobra —argumentó Joaquín.

—Coincido con vos, pero nunca sugerí que Malinka fuera la mujer maravilla, simplemente mencioné que estaría vinculada con el mundo del arte —respondió Elsie, y cambiando de tono preguntó —.Si te interesa, entro en detalles lo contrario me visto y me voy.

— ¡No! No te vayas. Seguí, seguí que me interesa mucho —pidió con convicción y picardía.

—Ya sabés que el arte falso mueve millones de dólares en todo el mundo, pero tal vez no sepas que famosos museos, como el Louvre o el MET de Nueva York, fueron engañados. Ahora bien, según los expertos, aún las falsificaciones técnicamente perfectas tienen un punto débil que es la trazabilidad de la procedencia, es decir la historia de los propietarios de una obra, desde que el artista la pintó, siguiendo por cada uno de los sucesivos dueños hasta llegar al propietario actual.

La trazabilidad debería ser una barrera infranqueable entre lo auténtico y lo falso, pero en la práctica depende del criterio de los expertos, que no son infalibles. Resumiendo, falsificar la procedencia de una obra de arte es un gran negocio y parece que tu motoquera está metida en eso—redondeó Elsie.

— ¿Qué es lo que hace?

—Todavía no sé qué hace, pero debe hacerlo bien porque su jefe la tenía bien remunerada. Además, averiguarlo es tu trabajo. El detective sos vos, no yo —concluyó y cambiando de tema agregó—. Me tengo que ir.

— ¡¿Ya?! —exclamó desilusionado el dueño de casa.

—Sí. Me ducho y me voy.

— ¿Y cuándo...? —intentó preguntar el siempre ansioso galán,

pero ella lo cortó.

—No sé. Yo vivo un día a la vez —y mientras le tiraba un besito con la mano corrió hacia el baño con esa camisa desabrochada que no lograba taparle demasiado.

## XXII. Casuarinas centenarias

En Pontevedra, bajo la sombra de centenarias casuarinas, mientras disfrutaban de una larga mateada acompañada con bizcochos de grasa, el anfitrión y la huésped compartían sus historias. Anahí habló de sus hijos, de su profesión y del terrible incendio, pero omitió los trágicos acontecimientos de la noche anterior. Por su parte, don Anselmo habló de su pasión por los caballos y de su habilidad para sobar tientos, trenzar lazos, reparar monturas, cabezadas y riendas.

En un alto de la mateada, Anselmo le mostró la antigua casa de los patrones de la chacra y que él mantenía en buen estado. Tras un breve recorrido, Anahí eligió una pieza pequeña pero luminosa, con una cama de una plaza. Sin demasiado esmero, extendió las sábanas que había traído en uno de sus bolsos y decidió acostarse al atardecer, sin cenar. No era para menos. La noche anterior había estado maniatada y encapuchada, desnuda, al borde de la violación o la muerte. Ahora necesitaba dormir y tratar de descansar. No era momento para pensar en venganza.

Cuando cabalgaba en un caballo negro sobre un tablero de ajedrez, un rayo de luz la despertó. Sobresaltada, Anahí abrió los ojos y se tranquilizó al descubrir que se trataba del sol que penetraba entre los viejos postillones del ventanal sin cortinas.

Llevada por una irrefrenable necesidad de ir al baño, caminó descalza sobre el piso de cemento alisado. Luego de lavarse con el agua helaba que subía del pozo, regresó a la habitación y abrió la

ventana. Mientras divisaba las casuarinas y más allá los maizales, intentó descifrar los trinos que se sumaban a los habituales de horneros, zorzales, torcazas y chingolos. ¿Serían jilgueros, cabecitas negras o cardenales?

Con la misma ropa que la noche anterior y con el cabello recogido, abrió la puerta y se dejó llevar por el aroma del pan recién horneado. Sin pronunciar palabra, pero con una cálida sonrisa, don Anselmo la recibió con un pedazo de pan con chicharrón y le cebó un mate con toques mágicos, con esos yuyos que solo la gente de campo conoce y guarda en secreto

Despatarrados sobre el piso de tierra, los perros la ignoraban, como a las casuarinas o los aromos. Más alejados, una yegua y su potrillo se espantaban las moscas revoleando las colas. Mientras el tardío canto de un gallo alteraba el placentero murmullo pastoril, la música de Mozart le avisó que tenía un llamado.

La comisaria se levantó sin hacer comentarios y se alejó hasta que el rostro se le iluminó al escuchar la vocecita de su hijo mayor. A partir de ese momento, gracias al milagro de la tecnología, madre e hijos pudieron verse las caras, hasta que los niños prefirieron que les mostrara los caballos, las gallinas y los perros.

Sin necesidad de respetar horarios, madre, hijos y también la abuela, se sacaron las ganas de hablar de cosas lindas, hasta que el más pequeño preguntó: « ¿Cuándo volvés, má?» y se rompió la mágica atemporalidad.

Finalizada la comunicación, Anahí buscó con los ojos a don Anselmo y lo descubrió a lo lejos, bombeando agua para el bebedero de los caballos. Por un instante recorrió la chacra con ojos de niña

criada en un lugar parecido pero junto al gran río, por entonces poblado de todo tipo de peces.

Era un día luminoso, sin nubes y el sol del mediodía resultaba enceguecedor. Ni los anteojos oscuros, ni el viejo sombrero de paja encontrado en un perchero, parecían suficientes para proteger su vista y su piel dañada. Sin salir de la sombra protectora de las casuarinas, usando las manos a modo de visera, Anahí pudo ver que más allá de la tranquera todavía se veían las huellas dejadas por el Jeep en que había llegado.

Al mirar en dirección contraria, descubrió la huerta. Entonces, luego de volver a colocarse el protector solar, aprovechó la leve sombra de una parra y se acercó a recoger los ingredientes necesarios para preparar una buena ensalada de verduras recién cosechadas. En eso estaba cuando reapareció Mozart. Era un largo mensaje de voz de Joaquín Amoroso. Luego de preguntarle por su salud, por su estado de ánimo y por su adaptación a la vida rural, el detective le informaba que había logrado instalar una cámara de videovigilancia, en Parque Leloir, disimulada junto a otro aparato similar colocado por la asociación de vecinos.

Lo que entusiasmaba a Joaquín era que esa cámara no solo captaba la imagen del portón de ingreso al jardín delantero, sino también la puerta de entrada al interior de la mansión de los jerarcas de Magister.

Además, gracias a un moderno software, todo lo que la cámara *domo* grababa durante las 24 horas podía ser visto en forma remota, en directo o en diferido, desde los celulares, *tablets* o computadoras, tanto de Joaquín como de Anahí,

El mensaje de Joaquín Amoroso concluía con una humorada: *«Si te aburre vivir como la familia Ingalls, podés dedicarte al “Home Office” y trabajar de detective desde esa chacra en Pontevedra, revisando las grabaciones»*.

Movida por la ansiedad, la comisaria siguió las instrucciones que le había enviado su amigo hasta que, por prueba y error, logró que en la pantalla de su *tablet* apareciera –en tiempo real- la imagen de la quinta "Mon Repós", domicilio de Santiago Craigson, actual presidente de siniestra Magister SA.

Lo primero que la sorprendió fue la calidad de las imágenes. Sin duda, la cámara instalada por su amigo estaba provista de un excelente lente y de un muy buen procesador de videos.

Llevada por el entusiasmo, se sentó bajo el tupido follaje de un roble. A partir de ese momento se concentró en espiar la quinta de los Craigson en tiempo real. Después de un largo rato sin novedades la comisaria consideró que esa tarea podía esperar, en cambio el olorcito a asado le estaba avisando que debía preparar la ensalada, con un poco de todo pero sin condimentarla hasta conocer las preferencias del dueño de casa.

Por su parte, bien temprano, don Anselmo había sacrificado uno de sus pollos de campo, alimentados en forma natural a base de granos y libre pastoreo, sin ninguna droga para acelerar el crecimiento. Luego de desplumarlo, limpiarlo y eviscerarlo, le había hecho un corte horizontal que mantenía unidos la pechuga y los muslos, en forma de rana. Una vez controlado el fuego, había puesto el pollo sobre las brasas con la piel hacia arriba, para luego darlo vuelta. Así fue que, al acercarse a la parrilla, Anahí comprobó que la

carcasa interior ya estaba asada. Justo entonces, apareció el viejo gaucho y le pidió que cortara más limones al medio, para seguir rociando la carne por completo.

Finalmente, cuando don Anselmo comprobó que la piel estaba dorada y crocante, cortó los dos muslos. Uno se lo dio a Anahi, para que lo comiera con la mano, agarrándolo con un pedazo de pan, para no quemarse los dedos. Maravillada por semejante manjar, Anahí Aberanda pensó que solo faltaba el Malbec.

### XXIII. Universidad de Morón

Después de muchos años sin visitar la Universidad de Morón a Jorge Domecq lo invadía la nostalgia por ver de nuevo aquellas aulas.

Había sido invitado al evento organizado por *Castelar Digital* para celebrar la obtención de un premio internacional. A pesar del calor agobiante, el salón estaba casi repleto y la exitosa convocatoria contaba con la cobertura periodística de medios gráficos, radiales y televisivos.

Nada más entrar al gran hall de la universidad, una representante de la televisión local se acercó a Domecq y le solicitó una entrevista para hablar de sus novelas. Halagado, el veterano periodista, escritor y detective, aceptó llevarla a cabo en cuanto finalizara el acto.

Un par de horas después, frente a frente, en un tranquilo rincón del claustro universitario, a Domecq le llamó la atención que la propia entrevistadora se ocupara también de filmar con su celular, en lugar de contar con la colaboración de un *cameraman*. Pero la mayor sorpresa tuvo lugar cuando esa joven con anteojos oscuros y gorra de beisbol negra calzada hasta las orejas, en vez de hablar de los textos ya publicados, le preguntó por una supuesta novela en curso, sobre el Renoir robado del MNBA, en 1980, dañado en el incendio donde murió un agente de Interpol y habría sufrido lesiones una comisaria.

Sin punto intermedio, Domecq pasó del halago a la furia. Su interlocutora no lo estaba entrevistando sino marcándole la cancha. Fue entonces cuando le exigió que mostrara la credencial y la supuesta periodista optó por retirarse sin dar explicaciones, no sin

antes dejarle un teléfono celular.

Atónito, Domecq padecía una justificada conmoción. Como buen detective no solo había olfateado la amenaza sino que por deformación profesional intentaba descifrar la intriga detrás de aquella falsa entrevista televisiva y el misterioso celular que habían dejado en sus manos. En otra oportunidad hubiera consultado a la comisaria Aberanda pero en ese momento ella estaba escondida en Pontevedra, tratando de proteger su vida, y Joaquín Amoroso todavía no se había ganado toda su confianza. Estaba solo.

Entonces, el instinto de conservación lo indujo a ser precavido. Si bien tenía previsto cenar en “Tarzán” y luego regresar caminando, dada la amenaza sufrida, decidió que era más seguro llamar a un remisero conocido para volver directamente a su casa.

Tal como había sucedido la noche anterior, al abrir la puerta de entrada se encontró con Negro, que lo esperaba acostado sobre el felpudo. Para evitar los maullidos de queja el jubilado se dirigió directamente a la cocina y buscó el alimento balanceado. Luego de verterlo en el consabido plato plástico, lo humedeció con un poco de caldo que quedaba en la heladera y depositó el recipiente sobre el piso de la cocina, en espera de que el comensal se dignara probarlo.

Una vez cumplida su obligación alimentaria, cuando ya se aprestaba para una ducha caliente, sonó el misterioso celular que le habían dejado. Intrigado, caminó descalzo y semidesnudo hasta la mesa del comedor donde resonaba la chicharra del maldito aparato.

— ¿Hola? —atendió ansioso.

—Buenas noches señor Domecq —lo saludó una voz de hombre educado.

— ¿Quién habla? —preguntó con recelo.

—Mi nombre no tiene importancia, pero tengo cierta información que usted quisiera conocer...

— ¿Cuál? —lo interrumpió Domecq, llevado por la curiosidad.

—Déjeme hablar, por favor. Se trata de un tema delicado que prefiero tratar personalmente —dijo la voz.

—Dudo que merezca la pena

— ¡Por supuesto que sí!

—Entonces, ¿de qué se trata? —insistió el jubilado.

—Si me disculpa, creo que esta conversación está durando demasiado y usted debe estar deseando irse a dormir. Dejemos esto aquí y mañana vuelvo a llamarlo. ¡Buenas noches! —saludó y cortó.

— ¡Hola! Hola! —insistió Domecq mientras intentaba en vano devolver la llamada a ese número bloqueado.

Aquella noche, el pobre viejo no pudo conciliar el sueño. Ni la larga ducha, ni el té relajante lograron que pegara un ojo. Por mucho que se esforzaba, sólo podía pensar en la misteriosa llamada telefónica.

Ya los zorzales anticipaban el amanecer cuando decidió levantarse y poner agua a calentar. Luego, con el termo, el equipo de mate y un paquete de bizcochos, se dirigió a la sala de estar, puso “Adiós Nonino” y se apoltronó en un sillón.

Cerca del mediodía lo despertó la chicharra del celular descartable.

— Hola —dijo sin poder disimular su somnolencia:

—Buenos días señor Domecq —lo saludó la misma voz—. Lo invito a comer un plato de pastas, así nos conocernos y de paso le

comparto cierta información importante para usted.

— ¿Cuál? —explotó Domecq.

Sin responder, siempre en tono calmo, el hombre agregó —. Si le parece bien, a las trece lo paso a buscar por su casa, en Larralde e Italia.

— ¿Cómo conoce mi dirección? —preguntó indignado.

—Soy un hombre informado...

—Pero... ¿Quién es usted? —insistió en vano.

Sin responderle, la voz agregó: —A las trece mi Audi blanco estará en la puerta de su casa. Cortó.

Cinco minutos antes de la hora acordada, vestido con una camisa blanca, jeans y zapatillas negras, mientras esperaba, Domecq aprovechó para limpiar los gruesos cristales de sus anteojos.

A las trece en punto, sin tocar bocina, un impecable Audi blanco, con vidrios polarizados estacionó frente a la casa. Cuando el conductor abrió la puerta del acompañante, Domecq se acercó al auto y subió. Entonces, una voz ronca muy distinta a la escuchada por teléfono, sin saludarlo, dijo: —Mi patrón le pide que se ponga esto.

El musculoso chofer, de cabello corto y mentón grande, extendió su manaza y le ofreció unos anteojos mucho más oscuros que los normales.

— ¿Por qué? —se rehusó el jubilado.

—Es esto o una capucha.

— ¿Y si no quiero?

—Entonces se baja y se banca las consecuencias —respondió amenazante.

Después de un instante de duda, la curiosidad pudo más.

Domecq se sacó sus pesados lentes recetados y se puso unas gafas opacas que bloqueaban la visión.

—Póngase el cinturón —dijo el chofer en tono autoritario y arrancó.

Atento a los movimientos del auto, Domecq creyó que habían ingresado a la autopista del Oeste para luego retomar en sentido contrario.

— ¿Adónde vamos? —preguntó, pero el conductor no respondió.

— ¿Adónde vamos? —insistió.

—Por la autopista —dijo al fin y Domecq comprendió que era inútil hacer preguntas.

El viaje tuvo una duración incierta porque el chófer se empeñó en realizar distintas maniobras para despistar al pasajero. Finalmente, el Audi se detuvo. Se escuchó el ruido de un portón al abrirse y el auto avanzó hasta detenerse en algún lugar oscuro, donde se apagó el motor.

La puerta se abrió y una manaza le ayudó a descender. Recién entonces, el grandote le sacó los anteojos oscuros y —tras colocarse los recetados— Domecq pudo confirmar lo que ya le había anticipado su olfato. Estaba en un establo y empezó a arrepentirse de haber aceptado tan absurda y extraña invitación.

El chofer le pidió que lo siguiera y, tras recorrer un pasillo cubierto, ingresaron a lo que parecía una cocina de campo. Un lugar amplio y rústico, pero muy bien mantenido y amoblado.

—Apague el celular y siéntese —dijo el patovica, señalando una mesa preparada para dos comensales.

Domecq obedeció y, casi al mismo tiempo, se abrió una puerta

vaivén y apareció un hombre joven, de unos treinta y cinco años, vestido con un elegante atuendo de montar, coronado por unas costosas botas de equitación.

—Bienvenido, señor Domecq. Le agradezco enormemente que haya aceptado mi invitación. Mi nombre es Tiago —dijo el anfitrión y le extendió la mano al invitado forzoso, quien asumió que debía tratarse de un nombre falso.

—Me precio de estar bien informado en materia de arte y tengo conocimiento de sus investigaciones, tanto acá como en Europa— comenzó y se detuvo a esperar que el chofer les sirviera dos platos con tallarines caseros y se retirara. Una vez que quedaron solos, el dueño de casa sirvió el vino y continuó.

—En realidad el experto en arte era mi padre y estoy tratando de cumplirle una promesa —comenzó Tiago—. Él murió hace unos meses y me había hecho prometer que pondría todos mis esfuerzos para recuperar una obra de arte desaparecida.

— ¿Nada más ni nada menos? —lo interrumpió Domecq mientras esbozaba una sonrisita irónica indicándole que no sería tan fácil engañarlo.

— Mi padre se refería, concretamente, al Renoir que usted buscó para Ximena Barrantes —precisó el joven.

— ¡¿Cómo?! —exclamó Domecq mientras vaciaba su copa de vino para contrarrestar el sudor frío que comenzaba a sentir en la espalda.

—Tiempo al tiempo —dijo Tiago, satisfecho por haber captado la atención.

— ¿Por qué tanto secreto y tantas precauciones?—insistió

Domecq.

—El fiscal que está investigando la muerte de mi padre decidió intervenir los teléfonos de toda nuestra familia y también vigilan nuestras casas, por lo tanto —hasta que todo se aclare— prefiero estar fuera del radar de la justicia,

— ¿Cómo se llamaba su padre?

—Gustavo —contestó Tiago.

« ¿Gustavo qué? » —se preguntó Domecq, sin animarse a mencionar el apellido que tenía en la punta de la lengua.

—Para comenzar necesito que me cuente una cosa. ¿Qué sabe de la pintura de Renoir que usted buscaba y se quemó en el incendio de Castelar? —preguntó Tiago.

Ante la inesperada pregunta, Domecq se tomó un tiempo para responder.

—El “*Gabrielle et Coco*” pintado por Renoir, estaba expuesto en la sala Santamarina del Museo Nacional de Bellas Artes, pero en la Navidad de 1980 fue robado. Recién hace unos meses reapareció entre los restos del incendio que tuvo lugar en la calle Merlo al 2300 — fue la explicación, deliberadamente parcial, de Domecq.

— ¿Usted conoce la opinión de la casa de subastas Sotheby’s?

— Sí —respondió Domecq—. Ellos afirman que el cuadro quemado era una falsificación.

— ¿Entonces?

—Entonces, para ellos el “*Gabrielle et Coco*”, de Renoir, sigue desaparecido.

—Exactamente. Usted lo ha dicho —festejó Tiago antes de hacer una última pregunta—. Teniendo en cuenta que usted es un detective

experto en arte desaparecido: ¿Tiene alguna pista sobre dónde está ese Renoir original?

Un imprevisto bloqueo mental demoró la respuesta del pobre Domecq. Al no tener certeza de quién era verdaderamente su interlocutor, lo mejor era hacerse el boludo.

— No —respondió.

— ¿No? —lo interrogó Tiago.

—No. Tal vez el que se quemó era el original —dijo, al filo de la estupidez.

— ¡Qué lástima! —exclamó Tiago—. En un principio pensé que podríamos hacer buenos negocios juntos. En fin, gracias. Mi chofer lo llevará de regreso a Castelar —terminó la conversación y sin darle la mano a Domecq, se retiró.

El patovica lo guió hasta el Audi, le abrió la puerta del lado del acompañante, le hizo una seña para que se sentara y volvió a extenderle la manaza con los ridículos anteojos para ciego.

El viaje de regreso fue un poco más rápido que el de ida. Al llegar a Italia y Larralde, el chofer le retiró los anteojos opacos y Domecq se puso sus lentes recetados.

Sin intercambiar palabras, ni saludos. Domecq bajó del Audi blanco y trató de memorizar el número de la patente pero estaba demasiado salpicada de barro.

## XXIV. Tiroteo rural

Joaquín Amoroso y Jorge Domecq tenían algo en común: como detectives, compartían el genético instinto del cazador. Ambos disfrutaban la obsesión por buscar huellas, perseguir sospechosos y desentrañar misterios. Además, sabían que era más eficaz cazar en equipo que en soledad. Por eso, a pesar de sus diferencias personales, habían aceptado encontrarse para coordinar los esfuerzos que estaban llevando a cabo individualmente.

Como Aberanda estaba recluida en Pontevedra, ese fue el obligado lugar de reunión. Cuando Joaquín y Domecq, bajaron del jeep, rodeados por los perros de don Anselmo, la comisaria ya había ubicado tres sillas bajo la leve sombra de las casuarinas.

Sin extenderse en saludos y temas menores, Anahí miró a Domecq y le informó que gracias a las cámaras puestas por Joaquín en Parque Leloir, habían podido identificar a tres vehículos que ingresaron a la quinta “*Mon repos*”. Se trataba de una camioneta de la propia empresa, un Audi propiedad de la viuda de Craigson Benitez y una moto BMW perteneciente a Malinka la empleada de Magister que fuera pareja de Bruno Rossini.

Lejos de sorprenderse por las noticias, casi con naturalidad, Domecq contó que había tenido una charla personal con un tal Tiago, quien podría ser Santiago Craigson, actual presidente de Magister e hijo del difunto Gustavo Craigson Benitez.

— ¿Quién?

— ¿Cómo?

Se superpusieron las preguntas de Anahí y Joaquín.

—Pasaron a buscarme por mi casa y, con los ojos tapados, me

llevaron hasta donde me esperaba Tiago —comenzó Domecq y generó aún más preguntas.

— ¿Te secuestraron? —preguntó Joaquín, sin disimular que dudaba de la veracidad de la historia.

—No. No fui contra mi voluntad, pero sí bajo amenazas.

— ¿Qué quería? —preguntó la pragmática comisaria.

Convertido en el centro de atención, recurriendo a su atrapante lenguaje de novelista, Domecq relató lo sucedido. Comenzó en la Universidad de Morón, con la misteriosa periodista que le entregó el celular descartable, y continuó con la llamada telefónica de quien más tarde se presentaría como Tiago.

Luego, describió las manazas del chofer patovica y los lentes ciegos como opción a la tradicional capucha usada en secuestros. Tampoco olvidó la descripción del establo y la sorpresa del plato de pastas. Finalmente, intentó repetir textualmente la conversación con Tiago, quien había afirmado estar al tanto de las investigaciones de Domecq en materia de obras de arte desaparecidas. El tema le interesaba muy especialmente porque le había hecho una promesa póstuma a su padre, consistente en recuperar el Renoir desaparecido después de ser robado del MNBA.

— ¿El tipo tenía toda esa información o...?

— ¡Por supuesto! ¿O creés que estoy inventando? —en mal tono, Domecq interrumpió al incrédulo Joaquín.

— ¿Y cómo terminó todo? —intervino Anahí, para sortear el entredicho.

— Me preguntó qué sabía del “*Gabrielle et Coco*” que se quemó en el incendio de Castelar y si creía que pudo tratarse de una

falsificación.

— ¿Y...? —ahora era Joaquín el interesado.

—Me hice el boludo y dije que no tenía ni idea.

— ¿Cómo reaccionó? —insistió.

—Dijo que lo desilusioné y me mandó de regreso a casa.

A partir de ese momento, Anahí, Domecq y Joaquín intentaron armar el extraño rompecabezas que incluía desde el violento ataque a la comisaria hasta el cuidado secuestro del periodista jubilado. Entre distintas hipótesis, el único consenso fue que se trataba de dos *modus operandi* tan diferente que hasta parecían antagónicos. Costaba imaginar que el gentil Tiago hubiera ordenado la espantosa agresión a la comisaria.

Cuando Joaquín sugirió que el atacante de Aberanda podría haberse extralimitado de las órdenes recibidas, ella le recordó que ese maldito sicario consultaba por teléfono los pasos a seguir.

Por su parte, Domecq insistió en que lo único cierto era que Tiago en persona se había ocupado de interrogarlo, sin recurrir a la violencia. Por lo tanto, la bestia que atacó a Anahí bien podía responder a otra persona. ¿Pero, a quién?

Fue entonces que Joaquín mostró las imágenes captadas por las cámaras de vigilancia y Domecq pudo confirmar que Tiago era Santiago Craigson y que Malinka era la ya conocida amiga de Rossini, Sin embargo, los tres se quedaron con las ganas de ver una imagen de la viuda de Craigson Benitez y madre de Santiago. Tal vez vivía en otro lado o estaba enferma, o de viaje. Tampoco parecía creíble que una señora mayor contratara un sicario para que ejerciera la fuerza hasta el límite de la violación.

Otra hipótesis consistía en suponer que algún otro miembro de Magister había ordenando el ataque a Anahí, pero la realidad mostraba que no había el más mínimo indicio en ese sentido.

La única coincidencia entre Domecq y Joaquín era que consideraban posible que el chofer de Tiago pudiera ser el mismo patovica que agredió a Joaquín cuando espiaba con su dron en Parque Leloir.

Finalmente, antes del mediodía, la reunión terminó sin conclusiones. Joaquín y Anahí seguirían controlando las cámaras de vigilancia colocadas frente a la quinta de Magister. Por su parte, Domecq intentaría contactar a Malinka.

## §

Como los románticos y los astrónomos, Anahí Aberanda gozaba observando el cielo por las noches. Por eso no desaprovechó la oportunidad de estar en medio del campo donde la luz de la ciudad y la contaminación ambiental no enturbiaban la vista. Mientras disfrutaba buscando estrellas fugaces, como de niña en Corrientes, sacó fotos del cielo y se las envió a sus hijos.

Después de un buen rato, regresó a su refugio en la casa colonial. Estaba sola. Don Anselmo había aprovechado que ella le cuidaba los animales para ir a visitar a un pariente enfermo.

En la rústica cocina comedor Anahí recalentó el asado sobrante del mediodía, se sirvió agua de pozo y se puso a mirar fotos familiares archivadas en su notebook.

De pronto, el silencio de la noche estalló con el ladrido de los perros. Tal vez habían visto una rata o una comadreja, pero como el ruido de cadenas indicaba que estaban furiosos, apagó la luz de la

pieza y buscó su pistola Bersa reglamentaria.

« ¿Será posible que nuestros enemigos nos hubieran seguido hasta esta remota chacra en Pontevedra?» —se preguntó alarmada.

De pronto, la sorprendió el estruendo de una serie de disparos que impactaban contra el frente de la casa y destruían las cámaras de vigilancia instaladas por Joaquín Amoroso. El oído entrenado de la comisaria distinguió, al menos, dos armas: un revolver y una escopeta, tal vez de caño recortado. Sin perder un segundo llamó al 911 aunque no esperaba que llegaran antes de media hora o más aún. También llamó a Joaquín, por las dudas. « ¡Atrincherate!» —exclamó él—. « ¡Atrincherate y cuidá las balas! Aprovechá las imágenes de las cámaras de seguridad para no disparar sin estar segura de acertar» —continuó hablando el detective sentimental sin saber que las cámaras de vigilancia habían sido destruidas.

Por su parte, al comprender que sus atacantes no eran improvisados, la comisaria se preguntó si también serían mercenarios de la Triple Frontera, como el que murió después de agredirla en casa de Domecq.

Instintivamente evaluó las debilidades y fortalezas de su posición. Las sólidas paredes coloniales convertían a la casa en un bunker. La robusta madera de la puerta de entrada era de un espesor propio de otra época y las ventanas, además de postigones de madera, contaban con gruesas rejas de hierro forjado. Por suerte, no había puerta trasera.

Después de los primeros disparos la escena retomó su quietud habitual, solo alterada por los incansables ladridos de los perros.

Con todos sus sentidos Anahí interpelaba el silencio reinante y

procesaba cada sonido. Descartó una retirada de los atacantes porque se encontraban en una situación ideal. La tenían encerrada en una ratonera, con una sola puerta para entrar o salir, Además, ella estaba sola, en medio de la nada, lejos de cualquier ayuda potencial.

Impaciente, en plena oscuridad, Anahí se acercó a una ventana y miró por una rendija entre los postigos. No se veía nada. Los agresores podían estar recargando sus armas o acercándose sigilosamente para vulnerar la única puerta que los separaba de su presa.

Aprovechando el alto al fuego, Anahí se esforzó para arrastrar y volcar la mesa de madera, de modo que la pesada tabla quedara vertical, apoyada contra la puerta de entrada que ya mostraba orificios de bala.

Después corrió la cama y las sillas y las ubicó de forma que dificultaran el ingreso y demoraran a los agresores mientras ella, bien protegida, cuerpo a tierra, podría intentar un contraataque. En eso estaba cuando se reanudó el tiroteo y por los nuevos agujeros de la puerta comenzaron a filtrarse las luces largas de los faros de algún vehículo que intentaba encandilarla y dificultar sus réplicas.

A partir de ese instante, se desató una balacera infernal. Con un estrépito furioso, decenas de balas destrozaron el frente de la antigua vivienda. Los escombros, el polvo y las astillas volaban como si la fachada fuera de utilería. Las balas también perforaron la madera de los postigos provocando el estallido de los vidrios de las ventanas.

Usando la mesa como escudo, la comisaria aprovechó uno de los agujeros de la puerta para apuntar al bulto más cercano. Su certero balazo levantó en vilo al atacante y lo arrojó fulminado de

espaldas contra el pasto, con los ojos sin vida mirando el cielo estrellado.

En medio de un brutal descontrol, los gritos con insultos y órdenes se superponían al abrir y cerrar de puertas de un auto. De pronto los faros dejaron de apuntar hacia el refugio de la comisaria y el ruido del motor se fue alejando en la noche. Los perros, por fin, dejaron de ladrar.

Atónita, inmersa en un estado de zozobra general, Anahí permaneció largo rato sentada en el piso de cemento alisado, pensando en sus hijos. Recién cuando escuchó las sirenas de un patrullero que se acercaba, le envió a Joaquín un lacónico mensaje: «Zafé».

## XXV. Fiscal Rufiani

Era una mañana gris en Pontevedra. Recostado en la tranquera, Joaquín se llevó otro cigarrillo a la boca. Antes de encenderlo, contempló a Domecq que descendía de un auto con chofer, probablemente un Uber. El propio Joaquín, a pedido de Anahí, le había avisado del ataque a balazos.

A boca de jarro, sin mediar saludo, Domecq lo increpó:

— ¿Qué carajo pasó? ¿No habías puesto tus cámaras?

Convencido de que ninguna palabra suya lograría cambiar la agresiva actitud del jubilado, Joaquín prefirió mentir: — Ella te está esperando—dijo.

Bajo la lánguida sombra de las casuarinas, sentados frente a frente, el fiscal Rufiani hablaba con la comisaria Aberanda. Cuando Domecq se acercó para saludarla, Rufiani -con un gesto de autoridad- le pidió que se alejara.

El fiscal y la comisaria no eran amigos ni mucho menos, pero habían trabajado juntos y se respetaban mutuamente.

En tono profesional, como si ella no hubiera sido la víctima, Anahí Aberanda estaba describiendo el ataque: «Todo empezó alrededor de las diez de la noche. El dueño de la chacra había ido a visitar a un familiar enfermo y yo estaba sola. Creo que fueron más de cincuenta disparos, realizados por dos o tres personas, armados con un revólver, una escopeta y algo más. A uno se lo llevaron herido, debe haber rastros de sangre. Estaba oscuro, no pude verlos, creo que tenían un solo vehículo, que también puede tener impactos de bala».

— ¿Qué hacía usted en este lugar? —preguntó el fiscal.

—Quise alejarme de Castelar, debido a un ataque previo.

— ¿Cuál ataque?

Cansada de repetir la misma historia, Anahí Aberanda tiró la pelota afuera: —Su colega, el fiscal Curinao, tiene esa causa. Pregúntele a él.

Molesto por la respuesta, después de un instante de vacilación, el doctor Rufiani continuó preguntando.

— ¿Quiénes conocían su traslado a este lugar?

—Domecq y Amoroso —respondió con un suspiro de cansancio.

— ¿Confía en ellos?

— ¡Por supuesto! Son amigos míos —reaccionó.

— ¿Y cómo pudieron encontrarla los atacantes?

—Supongo que siguieron al Jeep de Amoroso cuando vino ayer.

— ¿A qué vino?

—Yo le pedí que viniera con Domecq.

— ¿Por qué la atacaron? —preguntó el fiscal con un tono propio de un interrogatorio policial.

—No sé—respondió con fastidio.

— ¿Su olfato policial no le dice nada? —insistió el fiscal.

—Después del atentado en Castelar declaré ante su colega Curinao que el agresor me había preguntado a quién espiaba yo en Leloir. Tal vez le sirva como respuesta.

— ¿Usted espiaba a alguien en Parque Leloir?

—Estaba vigilando la casa de los Craigson —respondió con una verdad a medias.

— ¿Y por qué vigilaba esa propiedad?

—Estaba buscando un cuadro —continuó respondiendo a

cuentagotas.

— ¿Usted cree que el ataque se debe a que estuvo vigilando la casa de los Craigson en busca de un cuadro?

— ¡Sí!

— ¿Usted está acusando a la familia Craigson de haber atentado contra su vida?

— ¡No! Yo no acusé a nadie —respondió tajante la comisaria Aberanda.

—Le repito la pregunta. Textual: — ¿Usted cree que el ataque se debe a que estuvo vigilando la casa de los Craigson en busca de un cuadro? ¿Sí o no?

— ¡Sí!

— ¿Entonces...?

—En la casa que yo vigilaba viven los Craigson—comenzó de mala gana— pero la propiedad está a nombre de Magister SA, la empresa que maneja el botín de la guerra sucia, incluidos los cuadros robados al MNBA, entre los que se encontraba el Renoir que estoy buscando.

— ¿Entonces, de quién sospecha? —continuó presionando el fiscal.

— ¡Entonces, nada! ¡Basta por hoy! Yo soy la víctima y no la acusada, por lo tanto este interrogatorio está fuera de lugar. No voy a agregar una palabra más hasta que...

—No se caliente comisaria —la interrumpió el fiscal en tono cómplice— solo estoy haciendo mi trabajo. Le recuerdo que estamos hablando “*off de record*”. En cambio, cuando reciba mi citación formal, deberá presentarse en los tribunales de Morón y todo lo que diga allí

quedará grabado y a disposición de demasiada gente.

Por un instante, Anahí Aberanda estuvo a punto de hacerle el gesto de “*fuck you*”, pero se contuvo.

— ¿Me puede repetir la pregunta? —pidió con una falsa sonrisa.

—Le había preguntado de quién sospecha. En otras palabras: ¿Quién imagina usted que está detrás de estos dos atentados en su contra, uno en Castelar y otro acá, en Pontevedra?

— Imagino, aunque no puedo demostrarlo, que detrás de estos dos atentados está la misma “mano negra” que hizo explotar el depósito que yo estaba allanando en la calle Merlo al 2300 de Castelar Norte —explicó Aberanda tratando de disimular su hartazgo.

—Suponiendo que tiene razón y los tres atentados están relacionados entre sí ¿a quién cree que pertenece esa “mano negra”?

—Según el expediente de su colega Curinao, en su afán de destruir pruebas, Craigson Benitez hizo detonar una bomba “cazabobos” pero el fuego se desmadró y el cazador terminó cazado.

—No entiendo —argumentó el fiscal Rufiani para poder escarbar más—. Si Craigson murió en aquel incendio, ¿cómo es que su “mano negra” sigue atentando contra usted?

Moviendo la cabeza de lado a lado, en señal de hartazgo, la comisaria se desahogó.

—Dado que usted me pregunta “*off de record*” le voy a contestar “*off de record*”: lo lógico sería sospechar de los sucesores de Craigson Benitez. Tanto de los herederos formales, como de quienes lo reemplazaron en el manejo de la plata sucia.

— ¿Nombres?

—Santiago Craigson no solo heredó gran parte de la fortuna de

su padre sino también la presidencia de “Magister SA, que como usted debe saber es la fachada legal de la “Triple A”.

—Entonces, ¿Santiago Craigson es el nuevo jefe de esa organización paramilitar?

— ¡Yo no dije eso! Deje de jugar conmigo y escuche bien. Santiago preside la fachada legal, de ahí a que sea el verdadero jefe de toda la organización hay una brecha sideral.

— ¿Y entonces quién...?—intentó repreguntar el fiscal pero ella lo interrumpió de mala manera.

— ¡No tengo la más puta idea! Yo solo soy la víctima, y ahora me voy, porque me están esperando. Chaucito —lo saludó con una mezcla de ironía y agobio.

Una vez abortada su ríspida declaración preliminar ante el fiscal. con justificado malhumor, Anahí caminó hasta donde la esperaban Domecq y Joaquín.

—Quiero irme a casa —pidió en tono imperativo.

— ¿Ahora? —preguntó Joaquín.

— ¡Sí, ya! —respondió ella, justificadamente quisquillosa y voluble.

—Creo que es mejor que te quedés acá...—había comenzado a sugerir Joaquín cuando ella lo interrumpió con furia.

— ¿Acá? ¿Para que me cagen a tiros?

—Puedo llamar a mis vigiladores y poner más cámaras...

— ¿Cámaras? —lo increpó mirándolo con bronca —. ¿Esa basura que no me sirvió para nada?

Viendo la postura irreductible de la comisaria, el detective Amoroso hizo otra propuesta:

—Te ofrezco mi departamento.

— ¿En San Telmo? Pero si mañana tengo que presentarme en los tribunales de Morón.

—Si te parece —comenzó Domecq en tono suave y prudente— mi casa siempre está a tu disposición.

— ¿Tu casa? ¿Es una broma? ¿Para que me violen y me maten? No, no y no. Por hacerles caso a ustedes estuve dos veces al filo de la muerte. ¡Basta! Quiero estar en mi departamento y sola. Voy a subirme a un patrullero que me llevará a casa, donde la fiscalía ya dispuso una custodia permanente, tanto hoy en mi domicilio como mañana en el trayecto hasta tribunales.

Dicho esto, furiosa contra el mundo, la comisaria Aberanda dio media vuelta y se dirigió hacía la camioneta de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, asignado a su custodia, que acababa de llegar para trasladarla hasta su departamento en Morón.

Después de ser cagados a pedos por su amiga, Domecq y Joaquín se sentaron en el Jeep a esperar el regreso del pobre don Anselmo, a quien le habían enviado un escueto mensaje con información sobre el tiroteo acaecido en su chacra.

El tren Sarmiento había llegado a la estación Ituzaingó con demoras y el posterior servicio de ómnibus a Pontevedra se prestaba en forma condicional, supeditado a una protesta de choferes por la muerte de un compañero, baleado por motochorros.

Agobiado por tantos contratiempos, luego de caminar a pleno sol el buen trecho de tierra que separaba a su chacra de la parada de colectivos, don Anselmo Semino empujó la tranquera y miró con inmenso reproche a su amigo Domecq.

— ¿Qué pasó? ¿Por qué no me alertaste de que esto podía pasar? ¿Cómo están mis animales? —no cesaba de increparlo mientras acariciaban a sus dos perrazos que se desvivían por demostrar la alegría por el reencuentro con su querido patrón.

El pobre Domecq intentó abrazarlo, pero el chúcaro paisano lo esquivó como si tuviera sarna y se dirigió a mirar los daños sufridos por la vieja casa familiar. La imagen era de terror, parecía el escenario de un western luego de la más violenta escena de tiroteo. Los balazos habían perforado el adobe del frente y provocado grandes desprendimientos en las paredes. El noble portón de madera era una historia aparte y al verlo convertido en astillas el viejo paisano se quebró. Como un flash revivió los hermosos momentos pasados bajo el alero que protegía del sol a esa puerta ahora destrozada por la lluvia de balas.

— ¡Andate! Por favor, andate —lo interrumpió don Anselmo cuando Domecq intentaba convencerlo de que se haría cargo de la reparación necesaria para que todo quedara como antes—. ¡Andate ya!

## XXVI. Castelar Digital

Dolido por la reacción de don Anselmo, Domecq se subió al Jeep donde lo esperaba Joaquín para regresar a Castelar.

En silencio, ambos rumiaban sus propias cuitas. Joaquín estaba molesto por el maltrato que Anahí le había propinado. Era injusto que lo culpara por lo sucedido en Pontevedra cuando había sido Domecq quien propuso usar esa maldita chacra como guarida. Además, sus cuestionadas cámaras habían funcionado correctamente hasta que las destruyeron a balazos, como hubiera sido destruido cualquier otro dispositivo de vigilancia. Anahí parecía olvidar que todo había comenzado cuando ella lo llamó para pedirle prestado un dron para espiar a Magister. A partir de aquel pedido de ayuda, él se había involucrado al punto de recibir una paliza. Había corrido en ayuda de Anahí, pensando que seguía siendo la mujer que siempre le había gustado, pero el trágico incendio le había cambiado el carácter, para mal. Por suerte, su relación con Elsie iba viento en popa, y si tenía que elegir entre ambas, ya no tenía dudas. Por lo tanto, si Anahí lo quería lejos, él acataría sin chistar.

Domecq tenía preocupaciones más serias. Por ayudar a Anahí en su plan de venganza, había sido secuestrado. Además, ahora estaba en el ojo de la justicia. Resultaba sospechoso que el primer ataque contra Aberanda hubiera tenido lugar en la propia casa de Domecq y el segundo en una chacra también proporcionada por él. Por esta llamativa coincidencia, el fiscal Rufiani lo había citado a declarar en los Tribunales de Morón.

Al llegar frente a su casa, Domecq saludó a Joaquín, descendió del Jeep y con previsible inquietud abrió la puerta de entrada y esperó que la aparición de Negro le confirmara que todo estaba en orden.

Aturdido por la dramática sucesión de atentados, el periodista jubilado intentó desahogarse compartiendo un largo mensaje de voz para su amigo de *Castelar Digital*, quien –esa misma noche- publicó la siguiente síntesis:

#### **CASTELAR DIGITAL**

##### **Secuela de atentados**

**El mes pasado, en este mismo espacio, informamos el atentado vandálico con bombas incendiarias contra el automóvil particular de la comisaria Anahí Aberanda.**

**Más recientemente, la misma comisaria de la policía bonaerense fue atacada mientras descansaba en una casa de Castelar.**

**Pero la gota que rebalsó el vaso fue el tiroteo, en Pontevedra, contra la chacra donde la comisaria Aberanda se había refugiado**

**A pesar del secreto del sumario, nuestra redacción puede anticipar que las declaraciones testimoniales de este caso comenzarán mañana en los Tribunales de Morón.**

**Gabriel Colonna**

#### §

Después de tanto calor, la tormenta llegó rápido y el viento del sudeste arreó los nubarrones hacia el oeste del conurbano. Cuando empezaron a caer las primeras gotas, Domecq ya descendía del remise, frente a la sede judicial.

La rápida difusión de la noticia había contribuido a que una

inusual cantidad de medios de comunicación estuvieran presentes en Morón al momento de comenzar las declaraciones testimoniales solicitadas por la Fiscalía.

Con tiempo de sobra, y sin hacer comentarios, el jubilado subió lentamente las escaleras y se anunció ante la secretaria del fiscal Rufiani, pero no por mucho madrugar lo iban a atender más temprano. Recién cuarenta minutos después de la hora fijada en la citación, el fiscal lo hizo pasar.

Siempre predispuesto a pensar mal, a Domecq le pareció sospechoso que ese cuestionado fiscal hubiera decidido que la reunión iba a ser a solas, sin testigos y grabada en un celular común y corriente. Rufiani era un hombre de mediana edad, obeso, obsesionado por una precoz calvicie que trataba de disimular con un ridículo flequillo, cortado con tijeras, a lo “Balá”.

Una vez que estuvieron sentados frente a frente, el fiscal preguntó: —Por favor, diga su nombre y domicilio.

—Jorge Domecq, domiciliado en Italia 1499, esquina Larralde, Castelar.

— ¿Por qué la comisaria Anahí Aberanda estaba en su casa el día que la atacaron?

—Como ella había recibido amenazas y yo estaba de viaje, le propuse alojarse en mi casa, por unos días.

— ¿Qué encontró al regresar?

—La comisaria estaba en el suelo, encapuchada y con las manos atadas a la espalda.

— ¿Y usted qué hizo?

—Corrí a tajarla, le saqué la capucha y la desaté.

— ¿Taparla?

—Sí, porque estaba desnuda.

— ¿Y cuando mató al atacante?— preguntó el fiscal, cambiando el enfoque de manera radical.

— ¡Yo no maté a nadie! Al escapar, el intruso saltó las rejas y se ensartó.

— ¿Usted no lo agarró o lo empujó?

— ¡No! Cuando lo vi ya estaba atravesado por las rejas.

— ¿Estaba vivo? —insistió el fiscal con tono firme.

—No sé.

— Entonces, pudo estar vivo.

—Tal vez.

— ¿Sí o no?

— ¡No lo sé! Pudo estar vivo o pudo estar muerto —reaccionó Domecq.

— ¿Usted llamó a una ambulancia?

—Es que no sabía si...

— ¿Llamó, sí o no? —lo interrumpió con dureza.

—Yo no, pero ella llamó.

— ¿Sabe que puede ser acusado de abandono de persona?

—Cuando llegó la ambulancia estaba muerto —afirmó Domecq.

—Es cierto. La ambulancia llegó más de una hora después y lo encontró muerto. Pero pudo estar vivo cuando usted lo encontró y al no pedir auxilio el herido murió en el transcurso de esa hora.

—Son conjeturas.

—Eso lo evaluará el señor Juez. Ahora, pasemos al atentado de ayer. ¿Es cierto que la comisaria Aberanda se refugió en esa casa de

Pontevedra porque usted se lo sugirió?

—Sí.

— ¿No le parece llamativo que los dos ataques contra la comisaria hayan tenido lugar en casas que le había proporcionado usted?

—Lo llamativo es que los atacantes tengan conocimiento de cada movimiento de Aberanda —argumentó Domecq.

—Es cierto. Parece que los atacantes conocían lo mismo que usted.

— ¿Qué insinúa?

—Señor Domecq, yo no insinúo nada. Como fiscal estoy tratando de describir los hechos en base a su declaración. ¿Estamos de acuerdo? —lo retó sin miramientos.

—De acuerdo, doctor —respondió bajando el tono de voz.

—Además de usted, ¿quién más sabía que Aberanda estaba en su casa de Castelar?

—Durante mi viaje, mi vecina Renata cuidaba la casa. Cuando Aberanda aceptó alojarse ahí, Renata le entregó las llaves.

—Ahora, la misma pregunta con respecto al segundo atentado. ¿Quién más sabía que Aberanda estaba en esa chacra de Pontevedra?

—Lo decidimos entre Aberanda, Joaquín Amoroso y yo. Le pedí permiso al dueño de la propiedad, Anselmo Semino, y aceptó.

— ¿Semino es amigo suyo?

—Sí.

—En la conversación preliminar con la comisaria Aberanda, en el día de ayer, me pareció entender que usted fue víctima de un

secuestro pero no lo denunció. ¿Es así?

—Algo así, pero yo no lo llamaría secuestro.

— ¿Y cómo lo llamaría?

—Coacción o algo similar.

—Una coacción también puede ser delito. ¿Por qué no lo denunció?

—Me pareció un hecho que carecía de la gravedad necesaria como para molestar a los organismos de seguridad —ironizó Domecq.

—Le pido que me relate lo sucedido, para que yo pueda sacar mis propias conclusiones sobre la gravedad del hecho.

—Durante un evento en la Universidad de Morón me entregaron un celular...

— ¿Quién? —lo interrumpió el fiscal.

—Una desconocida.

— ¿Y usted lo aceptó?

—Sí. Soy novelista y me intrigó la posible trama.

— ¿Lo llamaron a ese móvil?

—Sí. Un hombre muy educado que quería hablar personalmente y mandaba a su chofer a buscarme.

— ¿Y usted aceptó sin más preguntas?

—Si doctor, como ya dije: soy novelista.

— ¿Entonces? —preguntó el fiscal sin disimular su incomodidad.

—Pasaron a buscarme por mi casa y, con los ojos tapados, me llevaron...

— ¡Eso es un secuestro!

—Es que no fui contra mi voluntad....Acepté subir a un Audi y cuando llegué a una caballeriza me recibió el hombre que me había

llamado y dijo llamarse Tiago.

— ¿Santiago Craigson?

—Así parece.

— ¿Y qué quería?

—Dijo que le había prometido a su padre recuperar una obra de arte perdida y sabía que yo estaba investigando ese tema.

Luego de un instante de silencio durante el cual se preguntó si ese viejo decía la verdad o estaba pergeñando otra de sus ficciones literarias, el fiscal preguntó: — ¿Usted está al tanto de que su amiga Aberanda sospecha que los Craigson están detrás de los ataques que sufrió?

—Sí, doctor:

— ¿No le parece posible que el cuasisequestro padecido por usted, y aparentemente ordenado por Santiago Craigson, pudiera haber tenido como objetivo sonsacarle información para usarla contra la comisaria Aberanda? —preguntó Rufiani yendo a fondo.

—No lo descarto, pero no soy tan tonto como para hacerle el juego —respondió Domecq.

—Usted dijo que Tiago quería hablarle de cuadros, ¿mencionó el Renoir que busca Aberanda?

—En realidad, Tiago mencionó el Renoir que yo estuve buscando...

— ¿No es el mismo? —lo cortó tajante.

—Yo investigaba un Renoir que se quemó en el incendio de Magister. Por su parte, Aberanda cree que el cuadro quemado era una falsificación y sigue buscando el supuesto original —dijo Domecq, sin notar la inconveniencia de esa respuesta.

— ¿Usted cobró alguna recompensa por encontrar el cuadro, aunque estuviera quemado?

—Sí.

— ¿Y si Aberanda estuviera en lo cierto y encontrara el Renoir original, podría reclamar una recompensa?

—Ella cree que sí.

— ¡Entonces tenemos un móvil! —exclamó el fiscal Rufiani.

— ¿Un móvil?

—Sí. Todo delito tiene un móvil. La mayoría son económicos. Y usted tiene un móvil económico para atentar contra la comisaria Aberanda....

— ¡Pero...!

— ¡No me interrumpa! —ordenó el fiscal, levantando la voz. Usted no solo tiene un móvil para atacar a Aberanda, sino que en ese móvil coincide con los Craigson y juntos podrían llegar a actuar en complicidad.

— ¡Es absurdo!

—Eso lo decidirá su Señoría el Juez Draco. Yo acabo de dar por terminada esta declaración testimonial.

Mientras se retiraba furioso, Domecq alcanzó a ver que Joaquín Amoroso era el siguiente citado a declarar, pero cuando intentó hablarle un agente de seguridad se lo impidió.

«Maldito fiscal» —masculló el pobre jubilado, que se sentía víctima de una acusación infame. Pero, ¿por qué?

## XXVII. Tribunal de Morón

Joaquín Amoroso había llegado a Tribunales de Morón justo a la hora fijada en la citación, pero tuvo que esperar un largo rato hasta que lo recibiera el fiscal Rufiani.

Una vez que lo hizo pasar, luego de preguntarle nombre y dirección, el fiscal intentó que Amoroso confirmara, o no, la reciente declaración de Domecq.

— ¿Fue idea suya que la comisaria Anahí Aberanda se alojara en la chacra de Pontevedra? —comenzó Rufiani.

— ¡No! Yo ofrecí mi departamento en San Telmo, pero Domecq convenció a Aberanda que era mejor esconderse en esa casa de campo.

— ¿Esconderse de quién?

—De los que la atacaron en la casa de Domecq.

—Esperaba una mejor respuesta de un comisario retirado como usted. Le repito la pregunta. ¿Esconderse de quién?

—La persona que la atacó quería saber a quién estaba espiando ella en Parque Leloir—agregó Amoroso.

— ¿Usted sabe a quién estaba espiando la comisaria Aberanda?

—Sí. Me pidió un dron para vigilar la casa de los Craigson.

— ¿Los mismos Craigson que secuestraron a Domecq? —fue la artera pregunta del fiscal.

—En principio no sé si fue un secuestro. Tampoco tengo certezas de que Craigson junior haya tenido esa reunión con Domecq — contestó con una mezcla de celos y resentimiento.

— ¿Usted duda de los dichos de Domecq?

—Es una persona mayor y, además, escritor de ficciones.

—No entiendo. ¿Podría ser más claro, por favor? —insistió el fiscal.

—Domecq está acostumbrado a fabular y a su edad podría mezclar ficción con realidad.

Semejante respuesta le dio al fiscal Rufiani la oportunidad para ir a fondo.

—En materia de fábulas, alguien podría argumentar que Domecq, deliberadamente, convenció a Aberanda para que se alojara en su casa de Castelar y luego del fallido atentado le propuso mudarse a una casa aislada en el campo y por lo tanto vulnerable. ¿Qué opina de ese argumento?

—Es verosímil, pero no creo que sea real.

— ¿Usted cree que Domecq tuvo intención de hacerle daño a Aberanda?

—No, para nada. A lo sumo pudo intentar asustarla.

— ¿Asustarla? ¿Por qué querría asustarla?

—Para que dejara de buscar un Renoir original que demostraría que Domecq cobró indebidamente una recompensa por encontrar una falsificación —argumentó.

— ¿Por qué Domecq se conformaría con asustarla pudiendo eliminarla?

Recién al escuchar esta pregunta, el comisario retirado comprendió que se estaba dejando llevar al juego propuesto por el fiscal. Entonces, retrocedió en chancletas.

—Es cierto que la confusión mental se da en muchos ancianos, pero ambos sabemos, usted como fiscal y yo como comisario, que para convertirse en asesino se necesita mucho más que confusión

mental. Por lo tanto, quiero que quede claro que ninguno de mis dichos tienen la intención de incriminar al señor Domecq.

Mientras simulaba confirmar la calidad de la grabación en curso, el fiscal decidió cambiar el frente de ataque.

— ¿Es cierto que en caso de que Aberanda logre rescatar el Renoir original usted compartiría la recompensa que ella pueda ganar?

—No es tan sencillo, ni tan directo. Esa supuesta recompensa le permitiría a Aberanda resarcirme los daños sufridos por mi dron durante la vigilancia que ella solicitó.

— ¿Entre Domecq y usted podría haber cierta rivalidad sentimental?

Luego de tomarse un tiempo para mirar con cara de incredulidad a su interlocutor, el comisario retirado —ya decidido a no seguir siendo usado— respondió: —Ese es un buen chiste, doctor. Tiene usted gran sentido del humor. ¿Terminamos?

El astuto fiscal, aceptó las reglas del juego y dio por finalizada la declaración testimonial.

« Nada mal —pensó el fiscal Rufiani—. Y ahora puedo sonsacarle algo más al paisano de Pontevedra».

Aquella lluviosa mañana de diciembre, la tercera persona citada a prestar declaración testimonial fue Anselmo Semino. Con boina y sin paraguas, al subir las escalinatas de los tribunales y ser asediado por los periodistas, el chúcaro paisano estuvo a punto de pegar media vuelta y regresar de inmediato a sus pagos.

Finalmente, un vetusto sentido del deber lo indujo a cumplir con su obligación y sentarse a esperar que lo llamaran a declarar, mientras sacudía la boina mojada.

Una vez que respondió cuál era su nombre y domicilio, el paisano se sorprendió por la siguiente pregunta: — ¿Por qué arriesgó su casa al permitir que fuera usada como guarida?

—No entiendo —respondió con picardía, fingiendo un gesto de bobo impropio de alguien lúcido como él.

— ¿Cómo lo convenció Domecq a dar refugio a la comisaria Aberanda? —repreguntó el fiscal Rufiani.

— ¿Convencerme de qué? Me pidió un favor y dije que sí.

— ¿Usted no preguntó de qué se trataba el favor?

—No señor. No era necesario. Somos amigos. Cuando le dije que sí, me contó que una amiga suya necesitaba pasar unos días en mi chacra.

— ¿Usted no preguntó de quién se trataba y por qué quería refugiarse en su casa?

—No señor. Menos pregunta Dios y perdona. Además, fue un placer tener la compañía de la señora Anahí. Es una mujer de tierra adentro, como yo. Le gusta el campo, los pájaros y los animales. ¡Y la huerta! ¿Sabe que...?

—Está bien. Pasemos a otra pregunta: ¿Cómo se enteró del tiroteo y qué le dijeron después?

—Domecq me mensajeó la mala noticia. Yo estaba en Mercedes, en lo de mi hermano Juancho porque su nieto se había caído de un potro y estaba jodido. Ahí nomás, al enterarme me volví pa las casas. Llegué recaliente con Domecq y le dije que se rajara sin decir palabra. Después estuve hablando con los policías de la científica. Muy buena gente. Me contaron lo que pasó y me dio pena por la pobre señora Anahí. Lo mal que la habrá pasado. Sola, en

medio de la nada, atacada a balazos por unos energúmenos. Eran tres y no dos como pensaba la científica hasta que les mostré las huellas y les expliqué. Entre todos encontramos 63 cápsulas servidas, de distinto calibre, unas eran de....

—Está bien señor Semino. Es suficiente —lo cortó el fiscal.

— ¿Nada más? Yo pensé que le interesaban otros datos importantes. Yo fui rastreador y buscando huellas en la tierra soy mejor que los de la policía científica. Yo sé qué tipo de calzado usaban los delincuentes y qué número. Además, qué tipo de neumáticos y...

—Suficiente, señor Semino. Ya di por concluida la declaración testimonial.

— ¿Qué lástima doctor! Venir de tan lejos para tan poco. Pero usted sabrá. Por algo es fiscal ¿Y abogado también, no es cierto? — disfrutaba el paisano chicaneando al “léido” Rufiani, quien solo quería sacárselo de encima de una buena vez.

## XXVIII. Comisaria Aberanda

Toda de blanco, con sus sinuosas curvas enfundadas en un pantalón elastizado combinado con una blusa de manga larga y un amplio pañuelo atado al cuello, escondida detrás de sus anteojos negros, la comisaria Anahí Aberanda ingresó a los Tribunales de Morón.

En cuanto los periodistas y reporteros la descubrieron, de inmediato la rodearon y comenzaron a asediarla con preguntas. Fue entonces cuando los agentes de custodia asignados a la Fiscalía le permitieron pasar a una salita privada y esperar su turno.

Ya frente al fiscal Rufiani, luego de indicar su nombre, al tener que informar su domicilio, Anahí se permitió una broma: paradero desconocido. En realidad no había sido una reacción espontánea, sino algo premeditado. Estaba preocupada por la actitud del fiscal y quería empatizar con él, para prevenir roces perjudiciales. Ya en la declaración preliminar realizada el día anterior, en Pontevedra, el fiscal había actuado en forma tendenciosa, pero esa misma mañana, según el mensaje enviado por Domec, Rufiani había querido inculparlo, conjeturando hipotéticos delitos que el pobre jubilado ni siquiera había imaginado.

Con la misma tesitura, en vez de introducir el tema en forma gradual, el fiscal Rufiani sorprendió a la comisaria Aberanda con una pregunta innecesariamente agresiva: —Con respecto al intruso que murió atravesado por las rejas, quisiera saber quién lo mató: ¿Domec o usted?

— ¡Ninguno de los dos! —reaccionó Aberanda y agregó—. En realidad, nadie mató a nadie. Fue un accidente. Cuando el atacante

escuchó que llegaba alguien y abría la puerta, huyó. Supongo que en el apuro, al saltar la reja, calculó mal y se ensartó mortalmente.

— ¿Domecq no lo agarró o lo empujó?

—No. Cuando me asomé, Domecq estaba paralizado junto a la puerta de la cocina y el intruso estaba a varios metros de distancia, inerte.

— ¿Cuándo usted salió de la cocina encontró a Domecq mirando a un atacante inmóvil?

—Sí.

—Entonces, antes de que usted saliera, Domecq pudo haberlo empujado contra las rejas, provocándole la muerte —insistió el fiscal.

—No doctor. No creo que haya habido tiempo material para que lo tocara sin que yo lo viera, ya que salí detrás de él.

—No es lo mismo que usted dijo antes.

—No me estoy contradiciendo si es lo que quiere decirme.

— ¿Escuchamos la grabación?—propuso el fiscal.

—Prefiero repetir el mismo concepto pero con otras palabras, tratando de ser más clara: una vez que Domecq me liberó de las ataduras, descubrimos que la puerta de la cocina estaba violentada, supuestamente por el atacante. Juntos salimos al patio y Domecq, que me precedía, se quedó paralizado. Recién entonces presté atención y en la oscuridad descubrí a ese hombre ensartado en la reja.

— ¿Estaba vivo?

—Estaba inerte. Supongo que ya había muerto.

— ¿Usted o Domecq llamaron a la ambulancia?

—Yo notifiqué el ataque a nuestro comando en la departamental Morón.

— ¿Como policía, usted no debía comprobar si el accidentado estaba con vida?

—Usted llama accidentado al hijo de puta que me cagó a golpes estando yo maniatada, encapuchada y desnuda. La verdad es que no se me pasó por la cabeza ayudarlo. ¿Acaso, me va a acusar de no poner la otra mejilla?

—No comisaria. Pero tanto a Domecq como a usted les voy a iniciar una causa por abandono de persona.

Furiosa, Aberanda se mordió la lengua para no putear al fiscal. Inmutable, luego de ofrecerle agua y ser rechazado por la comisaria con un gesto despectivo, Rufiani cambió el flanco de ataque.

—De acuerdo con las otras declaraciones testimoniales, usted y Domecq se están disputando la recompensa por un Renoir. ¿Es así?

—No. No estamos disputándonos nada. Domecq cobró una recompensa por encontrar un cuadro. Yo creo que se trataba de una falsificación y estoy buscando el original.

—Pero si usted encuentra el original, quedaría demostrado que Domecq cobró una recompensa por encontrar una falsificación y no el original. Supongo que debería devolver lo cobrado.

—Creo que está usted mal informado, señor fiscal. Le sugiero chequear esa información porque no es correcta. En el mercado del arte hay muchos más jugadores que los que usted imagina.

Por primera vez el fiscal Rufiani, acababa de perder la iniciativa.

— ¿Me puedo retirar? —lo apuró Aberanda, pero el fiscal se rehízo a tiempo.

—No. Todavía tengo más preguntas. ¿Usted cree posible que Domecq haya intentado asustarla o hacerle daño mediante terceros?

— ¡¿Perdón?! —exclamó Aberanda exagerando el gesto de asombro.

—Domecq es el único que conocía dónde iba a estar usted al momento de cada uno de los atentados, además tenía un móvil económico para intentar sacarla de su camino.

— ¿En serio? ¿Usted sospecha de ese viejito que es más bueno que Lassie?...jajaja—fingió una risa irónica.

—No sé por qué se ríe. Usted me dijo que sospecha de Magister y Domecq tuvo una extraña reunión con el presidente de esa empresa.

—Ese es un buen punto. Parece que a Domecq intentaron sacarle por las buenas la misma información que a mí me exigieron por las malas.

— ¿A qué información se refiere? —preguntó el fiscal sin disimular su interés por esa respuesta.

—El intruso que me atacó en casa de Domecq quería saber qué investigaba yo en Leloir.

— ¿Y?

—Yo dije que buscaba a Gustavo Craigson Benitez, aunque ya sabía que estaba muerto.

— ¿Cuál era la verdadera razón para violar la privacidad de la familia Craigson espiando lo que sucedía en su casa en Parque Leloir?

—Yo buscaba el Renoir original y era muy probable que estuviera guardado en esa casa, que es propiedad de Magister y está habitada por la familia Craigson.

—Ayer, en la entrevista preliminar usted dijo sospechar que los Craigson promovieron los atentados contra su vida. ¿Por qué harían

semejante cosa?

—Ellos me conocen bien —comenzó la comisaria, en tono firme y pausado—. Hace unos meses allané el depósito de Magister donde estaba guardado el Renoir “*Gabrielle et Coco*”, robado al MNBA. Para evitar que esa y otras pruebas salieran a la luz tuvieron que detonar bombas incendiarias que causaron pérdidas millonarias. Por lo tanto, creo que ahora quieren frenarme antes que allane esa casa en Leloir, u otra.

— ¿Otra propiedad? ¿Cuál?—se interesó el fiscal Rufiani.

Alertada por la ávida mirada del fiscal, ansioso por escuchar esa respuesta, la comisaria decidió dejarlo con las ganas.

—Hasta ahora no detecté ningún otro domicilio, pero seguramente un grupo tan poderoso debe tener más lugares donde esconder cosas.

Evidentemente molesto por la respuesta, Rufiani decidió apretar por otro lado.

— ¿Por qué mató al atacante, en Pontevedra?

— ¿Maté? ¿Lo encontraron muerto? ¿Quién era? ¿Quién lo mandó? —sorprendida por ese golpe inesperado, la comisaria reaccionó con una seguidilla de preguntas que el fiscal no quería o no podía contestar.

—Encontraron un cuerpo que podría corresponder al atacante. Pero mi pregunta es ¿por qué lo mató?, ¿por qué tiró a matar?

—Solo me defendí con unos pocos disparos contra medio centenar de balazos.

— ¿Usted cumplió con los pasos reglamentarios?, ¿Se presentó como policía? ¿Dio la voz de alto?, etc, etc.

—Era de noche y los faros de un auto me encandilaban, luego de soportar decenas de impactos sobre puertas, ventanas y paredes, tiré un par de veces, al bulto —se defendió la comisaria.

—Como comprenderá, tengo que abrirle otro expediente más —pontificó Rufiani.

Harta, Anahí volvió a insistir en su pedido: — ¿Puedo retirarme?

El fiscal se tomó su tiempo para pensarlo hasta que en tono condescendiente, dijo: —Puede retirarse pero no se aleje demasiado de esta sede judicial porque pronto volveremos a citarla.

Furiosa, puteando para sus adentros, la comisaria Anahí Aberanda se retiró de la sala, cruzó los pasillos sin responder las preguntas de los noteros y subió al patrullero que la esperaba.

Entonces, solo, en la tranquilidad de su despacho, el fiscal Rufiani colgó el saco en el perchero, se aflojó la corbata y desabrochó el botón del cuello de su camisa. Se repantigó en su sillón, abrió un cajón del escritorio y sacó una botella y un vaso. Se sirvió un whisky importado muy difícil de conseguir y comenzó a escuchar la grabación con la reciente declaración testimonial de la comisaria Aberanda.

Luego de pedirle a su secretaria que no permitiera que nadie lo molestara, llamó a su madrina.

Tras confirmar que estaba utilizando una línea segura, teóricamente inaccesible a las escuchas telefónicas, doña Monserrat Cambó preguntó:

— ¿Qué averiguaste?

—Lo más importante es que podés quedarte tranquila —anticipó el fiscal Rufiani.

## XXIX. El legado Cambó

Cierta mañana, mientras se servía el primer whisky del día, Doña Monserrat Cambó, viuda de Craigson Benitez, recibió un auspicioso llamado de su ahijado, el fiscal Rufiani, quien le aseguró que no debía preocuparse por los ataques fallidos contra la comisaria Anahí Aberanda.

— ¿Por qué no tendría que preocuparme? —preguntó Monserrat.

—Porque los “tres mosqueteros” están perdidos como turco en la neblina. Además, sospechan entre sí.

— ¡Habla claro! —exigió la mujer.

—Aberanda y Amoroso espiaban la casa de tu familia en Leloir en busca de un Renoir.

— ¿El que se quemó en Castelar?

—Ese mismo. Además, ella cree que los ataques que sufrió están vinculados con “los Craigson” y con la mano negra que incendió el depósito de Magister.

—Esa mano negra era la Gustavo y está muerto —intervino Monserrat Cambó.

—La comisaria lo sabe bien porque estuvo ahí. Pero lo importante es que no te tiene en la mira. Ella sospechaba de Santiaguito, porque preside Magister, pero luego comprendió que eso no era suficiente para considerarlo el verdadero jefe de la organización. En resumen, no tiene pistas firmes.

—Mejor así. ¿Y Domecq?

—Ese tercer mosquetero tiene intereses contrapuestos. El propio Amoroso cree que Domecq pudo haber intentado asustar a Aberanda

porque no le conviene que avance y destape la falsificación del Renoir—respondió Rufiani.

— ¿Algo más?

—Voy a hablar con el fiscal Curinao para que me ceda la causa del otro ataque a la comisaria Aberanda.

—Buena idea. Gracias querido. Manteneme informada.

—De nada madrina. Quería pedirte... —pero Rufiani no pudo terminar la frase porque su madrina ya había cortado la comunicación.

### §

Aquella mañana, Domecq había remoloneado un buen rato en la cama. Lo necesitaba y lo merecía. Los días previos habían sido terribles. Primero, los ataques a Anahí en su casa y en Pontevedra, y después la extenuante declaración testimonial, durante la cual el fiscal Rufiani había intentado incriminarlo.

Finalmente, con esperanza de un día mejor, optó por levantarse. Se calzó las pantuflas, fue a la cocina, puso a calentar el agua para el mate, seleccionó «Libertango» y mientras escuchaba a Piazzola comenzó a revisar los mensajes sin leer. Para su sorpresa, tenía novedades de Anouk. La aristócrata francesa no solo se había dignado escribirle sino que lo felicitaba.

*«Anouk Rosenberg:*

*Bonjour, comment allez-vous? Felicidades por el informe. Mis abogados siguen avanzando contra el Museo Nacional Thyssen-Bornemisza. Además, la pista Cambó también parece muy interesante. Creo que tu podrías seguir investigando el Matisse retenido en la aduana argentina. Mi asistente habló con la nieta de Cambó y aceptó recibirte, en carácter de colaborador de*

*nuestra Fundación. À bientôt».*

Si bien a todos nos gusta ser reconocidos por nuestro trabajo, este septuagenario apreció la felicitación como una verdadera caricia para su alma. Motivado por el mimo, decidió aprovechar la sugerencia de Anouk para retomar la búsqueda del Matisse y, además, tomar distancia de las críticas de Aberanda.

Como paso preliminar, buscó su informe de la semana anterior y releyó minuciosamente la «Pista Cambó», resaltando párrafos y agregando notas al margen. La información había surgido de un documento de la CIA, donde se acusaba a Francisco Cambó de apoderarse de obras de arte confiscadas por los alemanes.

*“ Francisco Cambó (1876-1947) considerado uno de los más importantes coleccionistas de arte de España, estuvo vinculado a grandes multinacionales del sector eléctrico y alcanzó la presidencia de la Compañía Hispano Americana de Electricidad (CHADE). En Argentina, durante la “Década Infame”, esta empresa, pantalla de capitales nazis, protagonizó una serie de casos de corrupción. En 1943, una comisión investigadora, encontró pruebas de soborno y de evasión de impuestos, y posibilitó la detención de altos directivos de la compañía presidida por Cambó. Finalmente el asunto fue solucionado por el tradicional procedimiento de financiar en secreto una campaña electoral: en este caso la de Juan Domingo Perón. Durante su auto-exilio en Buenos Aires, Cambó se casó con Mercé Mallol i Codina, con quien ya tenía una hija, Helena, nacida en 1929. A su vez, en 1952, su hija Helena Cambó dio a luz a la única nieta de Francisco: Monserrat.*

«La nieta de Cambó es la viuda de Craigson Benitez y la madre

de Santiago» —confirmó Domecq sus presunciones—. «Todo tiene que ver con todo».

Según la CIA, en 1947, cuando muere Cambó y su viuda intenta embarcar ilegalmente los cuadros hacia España, fue descubierta por la aduana argentina y se abortó la expatriación. Recién en 1954, disimulados entre muebles y enseres, algunos de esos cuadros regresaron a España, en cambio se pierde la pista de las restantes obras que conformaban la famosa colección Cambó, entre las que se encontraban algunas pinturas de Matisse.

Satisfecho con sus lecturas preliminares, Domecq llamó al teléfono de contacto informado por Anouk y concertó una entrevista con la señora Monserrat Cambó, esa misma tarde, a las 17 horas, en Avenida Alvear 4654, CABA.

Domecq acababa de leer las biografías de Francisco Cambó, su esposa Mercé y su hija Helena, pero de su nieta Monserrat -que era con quien iba a reunirse- solo sabía que era viuda y madre. Intentó entonces consultar otras fuentes y encontró información contradictoria. Monserrat Cambó, nacida en 1952, luego de una juventud plena de viajes y placeres, se había casado con Gustavo Craigson Benitez, hombre fuerte durante la Dictadura Militar, administrador del botín de la guerra sucia, fallecido en la trágica explosión e incendio del depósito de Magister en Castelar.

Desde entonces, Monserrat se había alejado de la vida social y se mantenía recluida en su casa de avenida Alvear o en la quinta "*Mon Repós*"; en Parque Leloir, heredada por su hijo. Sin embargo, según las malas lenguas, Monserrat disfrutaba ejerciendo el poder en las sombras.

Después de almorzar un pedazo de tarta recalentada, complementada por una banana y el infaltable Malbec, Domecq se afeitó, se vistió y -con el blazer en la mano- caminó hasta la parada de la combi en Sarmiento e Italia. Mientras disfrutaba el aire acondicionado de ese privilegiado medio de transporte, el novelista jubilado pensó en qué jugarreta le depararía el Destino en esa reunión coordinada por Anouk para hablar de un Matisse nada menos que con la siniestra familia Craigson, quienes no habían dudado en matar para conservar un Renoir.

Al llegar a la terminal de Obelisco, Domecq pasó del bus al subte. Bajó en Callao y caminó hasta avenida Alvear 4654. Se detuvo un instante en la vereda para admirar el soberbio edificio, gemelo del palacio Ortiz Basualdo. En cuanto atravesó el pórtico circular de la entrada lo detuvo un guardia de seguridad que le pidió documentos. Una vez que confirmó con sus registros, lo invitó a ingresar por la puerta existente en la base del torreón de esquina donde encontraría un ascensor para subir al segundo piso. Allí lo esperaba una mujer, también con pinta de cana, que lo acompañó a lo largo de un pasillo de mármol polícromo y lo dejó en un pequeño ambiente revestido de cuadros y en el que solo había una pequeña mesa ratona y dos sillones. En uno de ellos estaba sentada una mujer que aparentaba unos sesenta y cinco años, fuerte, de cabello negro pero con un llamativo mechón blanco. Tenía ojos grises de mirada fría y penetrante. No habría sido fea, pero el paso de los años le había hecho mella.

En contra de lo esperado a esa hora de la tarde, doña Monserrat no le ofreció té ni café sino que con voz ronca le preguntó: — ¿Me

acompaña con un whisky?

En un alarde de espontaneidad, para no parecer un tilingo, el jubilado aceptó con gusto.

La charla no transitó por donde Domecq esperaba porque a Monserrat le encantaba pasar de un tema a otro, pero siempre de buen tono, como si estuviera cómoda interrogando a ese viejo miope escondido detrás de semejantes anteojos. Cada vez que Domecq sacaba el tema de los Matisse de Cambó, ella hablaba de las bellezas del París de su infancia y que Domecq recién ahora había podido conocer. Finalmente, encontraron un tema que le interesaba a ambos: la familia Rosenberg. A Monserrat le costaba creer que un jubilado insignificante como Domecq pudiera hablar de igual a igual con Anouk Rosenberg, la aristócrata francesa a quien ella había invitado a su casa durante el último viaje a Buenos Aires y ni siquiera había recibido respuesta. En ese punto de la conversación, Domecq le encontró la vuelta a su interlocutora.

—Los descendientes de Paul Rosenberg están muy interesados en recuperar una pintura en la que Matisse retrató a dos miembros de su familia y sospechan que podría tratarse de uno de los cuadros que integraban la colección Cambó.

— ¿Y? — dijo ella aunque pensó « ¿Y a mí qué me importa? ».

—De confirmarse esta hipótesis, Anouk estaría dispuesta a venir a negociar personalmente con usted la forma de recuperar esa pintura, tal vez mediante un canje por otras obras de arte de mayor valor — mintió Domecq fabulando como en sus ficciones.

Sin poder disimular su interés, doña Monserrat lo ninguneó con un pedido: —Antes de mover un dedo quiero una confirmación

personal de Anouk Rosenberg.

Acorralado, Domecq no tuvo otra opción que enviarle un mensaje a Anouk y cruzar los dedos, esperando una respuesta acorde a las circunstancias.

### XXX. Doña Monserrat

Presionado por la viuda de Craigson Benitez, Domecq se comunicó con Anouk Rosenberg.

*«Domecq:*

*Hola Anouk, estoy con la señora Monserrat Cambó, quien solicita un mensaje tuyo avalando mis consultas sobre las pinturas de Matisse. Cariños».*

En la duda entre retirarse o ganar tiempo sacando otro tema, Domecq casi comete el error de mencionar el espinoso tema del Renoir y los ataques sufridos por Anahí, pero antes de que pudiera abrir la boca lo sorprendió el sonido de su celular, anunciando la llegada de la respuesta desde París.

*«Anouk Rosenberg:*

*Madame, je confirme que M. Domecq agit en mon nom. Mes salutations».*

Más que el contenido del mensaje, a la poderosa Monserrat Cambó le sorprendió que la rica heredera francesa hubiera respondido al toque. Evidentemente, Anouk seguía de cerca las actuaciones de este jubilado que ya empezaba a parecerle menos insignificante que cuando lo recibió. Recién entonces doña Monserrat preguntó:

— ¿Cuáles son las especificaciones del cuadro que buscan?

Evitando meter la pata, Domecq buscó los datos en su celular, los leyó en voz alta y luego ofreció enviárselos por WhatsApp.

—Se trata de un oleo sobre lienzo, de 25 x 48 cm, pintado por Henri Matisse en 1926 y que muestra a una mujer sentada en una silla sosteniendo a una niña, quienes serían la esposa y la hija de Paul Rosenberg.

—De acuerdo, le voy a pasar los datos a mi asesora artística,

Malinka Lorenzo, quien seguramente lo llamará.

« ¡Malinka! » —se sobresaltó Domecq al escuchar ese nombre, pero hizo un esfuerzo para cambiar de tema:

—Usted es nieta de Francisco Cambó pero no recuerdo ninguna manifestación pública suya sobre el “legado Cambó” —comenzó Domecq.

—Ser la heredera de semejante colección de arte, es un honor pero obliga a una elección radical. O le dedica la vida a tiempo completo o toma distancia. Yo elegí la segunda opción.

—Sin embargo, su esposo se vinculó con el mundo del arte.

—Es cierto pero solo en parte. Para Gustavo el arte era solo otro rubro de negocios —respondió Monserrat—. Es más, una experta de su confianza estuvo leyendo cartas de mi abuelo y le pidió permiso para profundizar una investigación, pero mi esposo se negó, sin siquiera consultarme. Yo me enteré hace poco, cuando él ya había muerto.

— ¿Y qué va a hacer usted al respecto?

—Ya di luz verde para investigar, con el compromiso de que debo ser la primera en enterarme de los resultados.

—Si a usted le parece bien —empezó Domecq, seleccionando las palabras— podría pasarle a esa asesora los datos del Matisse que busca la familia Rosenberg.

—Ya lo había pensado—dijo con aire de superioridad.

—Gracias. Otro tema. ¿La compra de la galería Wildenstein por parte de su esposo fue solo un negocio más?

— Sí —respondió tajante.

—Según tengo entendido, antes de la ocupación de Francia,

Paul Rosenberg estuvo asociado con Georges Wildenstein, de quien se distanció al descubrir que traficaba obras de arte de dudoso origen. Además, según informes de inteligencia yankee, la sucursal porteña de la Galería Wildenstein habría vendido obras de arte certificando que habían pertenecido a la colección Rosenberg —fue la larga introducción de Domecq—. La pregunta es si cuando Magister adquirió la Galería Wildenstein encontraron alguna documentación remanente, como las certificaciones que acabo de mencionar.

— ¡No tengo idea! Pero así como le digo esto, no tengo inconvenientes en reconocer que mi abuelo conoció a Georges Wildenstein.

—No lo sabía, aunque era probable —opinó Domecq, antes de sugerir—. Tal vez su experta en arte pueda buscar alguna posible correspondencia entre ambos.

—Tal vez —dijo doña Monserrat, marcando la cancha, y agregó—. Aunque en aquellos tiempos de agentes dobles, alguien podía firmar algo con la mano derecha y después borrarlo con la izquierda.

— Hablando de agentes dobles, hay quienes acusan a Georges Wildenstein no solo por revender obras saqueadas sino, además, espiar para los nazis...

— ¿Quién no? —fue la lacónica interrupción de Monserrat Cambó—. Y hablando de ovejas negras, mi abuelo contaba que hasta miembros del ejército norteamericano se aprovecharon negociando cuadros confiscados por los alemanes. Concretamente, los yankees se ofrecían a traer a América cuadros importantes, a cambio de varias decenas de miles de dólares.

«Buen negocio para ambas partes» —pensó él, sin osar abrir la boca.

Ante la sorpresa de Domecq, doña Monserrat tiró una bomba.

— ¿Su amiga Rosenberg nunca le mencionó la posibilidad de que el Matisse que busca pueda estar escondido en algún lugar del Museo del Louvre?

— ¡¿En el Museo del Louvre?! —exclamó Domecq arqueando sus tupidas cejas.

—Si quiere sacarse las dudas, pregúntele a Anouk por qué la Justicia Francesa nunca ha sido autorizada a ver los depósitos del Louvre en su totalidad —insistió ella.

— ¡Por supuesto que voy a preguntar!

—Además de la corrupción estatal, parece que también hubo relajación en el control de procedencia por parte de las galerías privadas que subastaron obras confiscadas por los alemanes —dijo Monserrat, y agregó—. Tampoco faltaron los escándalos con pinturas expoliadas que salieron a la luz cuando los herederos de los saqueadores se peleaban por ese millonario botín.

—No se puede creer en nadie —apeló Domecq a la filosofía barata.

—En eso coincidimos —afirmó doña Monserrat con una sonrisa propia del viejo Vizcacha, antes de cambiar de tema—.

Cuénteme algo del Matisse que buscan los Rosenberg.

—Es una larga historia...—había comenzado Domecq cuando la dueña de casa lo interrumpió.

—No se preocupe, tengo tiempo. Pero si me aburro le aviso.

—En 1911, Paul Rosenberg abrió su galería en París y con el tiempo comenzó a representar a Picasso, Matisse y Braque. A finales de los años 30, intuyendo la proximidad de la guerra, envió parte de su colección a Londres y Estados Unidos. Sin embargo, en 1939, cuando los nazis ocuparon París se apropiaron de 400 obras que quedaban en su galería. Hasta ahora, los descendientes de Rosenberg han logrado recuperar unas 350.

—En estos días leí que los Rosenberg habían recuperado una pintura muy valiosa ¿no será la que usted busca? —preguntó doña Monserrat.

—Lamentablemente, no. En realidad se trata de un Degás y no un Matisse, pero la manipulación que sufrió esta obra puede servir de guía para buscar otras aún no recuperadas —comenzó Domecq—. Se trata del *Retrato de Gabrielle Diot*, que Edgar Degás pintó en 1890. Este cuadro estaba en una propiedad de los Rosenberg, cerca de Bordeaux, donde los nazis lo decomisaron y lo llevaron al museo *Jeu de Paume*, utilizado para almacenar las obras saqueadas. Durante 50 años los familiares de Rosenberg no tuvieron noticia de esa pintura, hasta que apareció en el catálogo de un comerciante de Hamburgo. Según me contó Anouk, ella misma lo llamó por teléfono, pero el comerciante se negó a devolver el cuadro y le pidió que lo comprara. Como era de esperar, ella se negó a comprar algo que ya le pertenecía a su familia y el comerciante decidió devolver la pintura al misterioso propietario que se la había consignado, sin revelar su nombre.

— ¡Qué hijo de puta! —exclamó Monserrat con voz de whisky.

—Tiempo después, gracias a los servicios de *Art Recovery*

*International*, la familia Rosenberg pudo tener una idea del itinerario de ese cuadro desde que los nazis lo robaron. Parece que en 1942, en París, un matrimonio suizo compró el Matisse y lo revendió recién treinta años después. Este nuevo dueño es quien quiso venderlo en Hamburgo pero cuando la negociación tomó estado público lo volvió a esconder hasta 2003, cuando un intermediario lo ofreció a cambio de USD 4.5 millones. Al enterarse la familia Rosenberg solicitó la ayuda del gobierno alemán —relató Domecq antes de concluir—. Según tengo entendido, la disputa llegó a nivel diplomático y existen negociaciones avanzadas entre Francia y Alemania.

—Suficiente por hoy. Gracias —dijo en tono neutro doña Monserrat Cambó viuda de Craigson, mientras se ponía de pie para dar por terminada la reunión.

—Por último —se apuró Domecq—. ¿Podría repetirme el nombre de la experta en arte que la asesora tan bien?

—Malinka Lorenzo.

« ¡Malinka! » —volvió a sobresaltarse Domecq.

### XXXI. Bruno Rossini

Tiempo atrás, el agente de Interpol Bruno Rossini había intentado ubicar a Ernesto Lorenzo, uno de los cabecillas de la “Triple A”, involucrado en el millonario robo al Museo de Bellas Artes. A tal efecto se presentó en la oficina que Magister tenía en la calle Merlo al 2300, Castelar Norte, donde lo recibió Malinka, una veinteañera pelirroja vestida con ropa cómoda e informal: apenas una remera musculosa ajustada y mini shorts desgastados, con flecos. La mirada de Bruno se había posado en los ojos de la chica, para luego deslizarse hasta los labios rojos cereza, pero cuando iba a continuar descendiendo hasta el escote fue interrumpido por la joven, quien le preguntó qué quería. A partir de ese momento, lo que comenzó como una charla inconducente se transformó en algo de interés mutuo que se cortó cuando Malinka recibió un llamado de su jefe (Gustavo Craigson Benitez) ordenándole que terminara inmediatamente esa conversación.

Ya de regreso a la sede de Interpol, el agente Rossini se dedicó a investigar al misterioso sucesor de Ernesto Lorenzo y actual jefe de la atractiva Malinka. Una vez que logró armar una ficha del sospechoso, la compartió con sus amigos, Aberanda y Domecq.

*Gustavo Craigson Benitez: Ex miembro del Servicio de Informaciones del Estado (SIDE). Co-fundador de la “Triple A” con Lopez Rega y Aníbal Gordon.*

*Presidente de Magister SA (administradora del botín de la guerra sucia).*

*Casado con Monserrat Cambó y padre de Santiago Craigson Cambó.*

*Nota: Malinka Lorenzo es su secretaria en Magister y su asesora personal en Bellas Artes.*

Esa tarde, fastidiado por la falta de avances en la investigación, Bruno Rossini se retiró de las oficinas de Interpol en Palermo y, luego de la combinación de subte y el tren, llegó a Castelar. Ya era de noche cuando retiró su moto del estacionamiento de la cortada y se dirigió a su departamento. Mientras estacionaba sobre la vereda, el sordo ronquido de otra moto lo alertó. De pronto, con un estruendo infernal, las balas silbaron sobre su cabeza. Unas se incrustaron en el frente del edificio y otras destrozaron los cristales de la entrada. Un balazo en el hombro le impidió desenfundar su arma reglamentaria. Inerte, el cuerpo ensangrentado de Bruno se desplomó sobre la vereda salpicada de astillas y pedazos de vidrio.

Meses después, ya repuesto de las heridas, para darle un cierre a la investigación que él había iniciado, Bruno Rossini solicitó participar junto a la comisaria Aberanda del allanamiento que estaba por realizar al depósito que Magister compartía con la Galería Wildestein, en la calle Merlo al 2300, en Castelar.

Una vez dentro del depósito, cuando un efectivo del Grupo Halcón pisó una trampa cazabobos, detonaron explosivos generando un pavoroso incendio que devoró todo a su paso. La comisaria Aberanda, el agente de Interpol Rossini y el periodista Domecq quedaron inmersos en la angustia, el horror y el miedo a la muerte. Las lenguas de fuego brotaban desde las entrañas del sótano, las llamas jugueteaban y se retorcían en el aire y lo tornaban irrespirable. En la planta baja, donde estaban ocultas las pinturas robadas, el incendio se propagaba con espeluznante rapidez, potenciado por la alta combustión de óleos, marcos de madera, cajas de cartón y carpetas con papeles.

En la calle, los policías bonaerenses intentaban alejar a los curiosos, empujándolos fuera del área de operaciones. Pero ni el aire ardiente, ni el humo, ni las brasas y cenizas que caían sobre la gente, hacían desistir a quienes no lograban apartar su mirada hipnótica de las gigantescas lenguas de fuego que se alzaban como flores descomunales.

En cuanto los camiones hidrantes pudieron atacar el fuego los bomberos ingresaron al edificio siniestrado. Domecq estuvo entre los primeros rescatados. La comisaria Aberanda había sido alcanzada por las llamas y tuvo que ser trasladada de urgencia, en el helicóptero del SAME, al Hospital del Quemado. El joven agente de Interpol Bruno Rossini estaba entre las víctimas fatales.

Al caer la tarde de esa imborrable jornada de fuego, humo y cenizas, en el corazón de Castelar, mientras la televisión transmitía en directo y los curiosos permanecían rodeando los edificios siniestrados, los bomberos continuaban atacando los todavía humeantes huecos ciegos de las ventanas.

Días después, durante el entierro de Rossini, Domecq se preguntó cómo hubiera sido la vida de Bruno si nunca se hubiera cruzado con Malinka.

### XXXII. De eso no se habla

En Liniers, justo cuando Domecq regresaba al barrio donde había nacido, llovía a cántaros. “Las Mil Casitas”, ese simpático rincón cercano a la estación del ferrocarril, en el límite con Ciudadela, conservaba una fisonomía propia. Las casas, inicialmente iguales entre sí, estaban dispuestas sobre un geométrico entramado de callecitas, bordeadas por hileras de plátanos.

Domecq descendió del tren, cruzó Rivadavia a paso vivo, entró a *La Continental*, cerró el paraguas y se sentó a esperar a Malinka, la asesora de doña Monserrat Cambó, ex novia de Bruno Rossini y estrecha colaboradora del difunto Gustavo Craigson Benitez.

Cuando el jubilado estaba por capitular ante el irresistible olor a pizza recién horneada, llegó la pelirroja. Estaba empapada. Mientras murmuraba algo parecido a “hola” se sacó la campera y la sacudió sin miramientos. Los ajustados pantalones de jean, con tajos en las rodillas, estaban visiblemente mojados. La única prenda seca era la musculosa escotada que apareció al quitarse la campera. El pelo estaba tan mojado que Malinka parecía recién salida de la ducha. Los labios pintados de rojo cereza, en un rostro sin otro maquillaje, acentuaban su natural palidez.

—Vengo porque me lo pidió la señora Monserrat, no porque usted haya sido amigo de Bruno —fue la innecesaria explicación de Malinka.

—Está claro —contestó Domecq.

—Solo voy a hablar del Louvre y del Matisse —agregó ella en un intento de poner límites a la reunión.

—Somos dos —fue la cáustica respuesta.

—Ok. Mi jefa quiere saber qué respondieron los Rosenberg a las denuncias contra el Louvre —comenzó.

—De acuerdo, pero el temario que acordé con Monserrat comenzaba con tus respuestas sobre el Matisse que busca la familia Rosenberg y seguía con las cartas entre Francisco Cambó y Georges Wildenstein —planteó Domecq.

—Entonces, yo empiezo con el Matisse, usted sigue con el Louvre y yo cierro con Wildenstein —propuso Malinka.

—Está bien, pero como esto va para largo, antes de comenzar ¿no te comerías un par de porciones? —sugirió el jubilado.

—Una sola pero con fainá —respondió la joven que conocía muy bien la calidad de esa pizzería ubicada a pocas cuadras de su casa.

Después de darse el gusto de contar un par de anécdotas del antiguo Liniers transitado por carros a caballo, que Malinka no había llegado a ver, Domecq formuló la primera pregunta.

— ¿Qué sabés de la pintura de Matisse que Francisco Cambó tenía en Buenos Aires y que su esposa no pudo llevarse a España?

—En 1947, la viuda de Cambó fue descubierta cuando intentaba sacar del país varios cuadros heredados de su esposo. Recién en 1954 pudo enviar algunas pinturas a España, pero las restantes quedaron acá...

— ¡Eso ya lo sé! Ya hablé con medio mundo y todos repiten la misma historia, pero nadie dice qué pasó con los Matisse —la interrumpió Domecq con vehemencia.

—Paso a paso, abuelo. Todavía no terminé —lo verdugueó la veinteañera—. Cuando digo que quedaron acá me refiero a un depósito céntrico, con sótanos tan secretos como herméticos.

Concretamente, doña Monserrat no descarta que entre tantos cuadros amontonados en la bóveda alquilada por su marido pueda haber algún Matisse. Además, los Cambó también tienen obras de arte en España.

—¿Cuándo puedo visitar esos sótanos céntricos? —preguntó ansioso Domecq.

— ¡Nunca! Pero ese es otro tema. Ahora le toca usted contar los secretos del Louvre —lo frenó en seco Malinka.

—Te advierto que no te vas a ir de acá sin darme más explicaciones —le advirtió Domecq.

— ¡Vamos abuelo! Ahora tiene que hablar del Louvre —insistió la pelirroja.

Luego de un profundo suspiro, el veterano detective de Castelar comprendió que debía seguirle la corriente a esa joven llamativamente aplomada para su edad.

—Con respecto al Louvre y la ocupación nazi, hay dos historias. Una loable y conocida y otra tan miserable como oculta—comenzó Domecq, como si estuviera dando clase.

—Al grano, please —lo apuró ella.

—Como sabrás, ante la amenaza de la guerra y para escapar de posibles bombardeos, en 1938 las autoridades del Louvre comenzaron a evacuar obras de arte hacia castillos y lugares tranquilos en la campiña francesa. Como ejemplo, basta decir que la Mona Lisa fue trasladada cinco veces antes de ser traída de vuelta sana y salva. Esa es la parte buena, pero siempre hay alguna manzana podrida —resumió Domecq—. También es innegable que durante la ocupación nazi el Louvre enriqueció sus colecciones comprando a muy bajo precio obras de arte arrebatadas a coleccionistas judíos. Pero lo que no se dice es

que, después de la guerra y hasta hoy, las autoridades del Louvre mantuvieron ocultas importantes obras de arte para no restituir las a sus legítimos propietarios. Resumiendo: en respuesta a la pregunta de la señora Monserrat, supongo que la poderosa familia Rosenberg habrá podido negociar en secreto el permiso para dar un vistazo a esas obras “supuestamente desaparecidas” a cambio de no mencionar el tema y donar algo. Por lo tanto, no comparto la sugerencia de tu jefa para buscar en el Louvre el Matisse de Anouk. Es todo.

— ¡No! Ni lo sueñe —lo cruzó Malinka—. Usted solo mencionó a un Matisse, pero doña Monserrat está interesada en otras pinturas que el Louvre puede estar ocultando.

—Entiendo. Te voy a dar un nombre pero nunca digas que te lo pasé yo. Para esclarecer lo que ocultaba el Louvre, la Fundación Rosenberg contrató a la historiadora y experta en arte Emma Polack. Supongo que sus honorarios no deben ser baratos, pero los Cambó pueden pagarlos.

—Pero si Polack no encontró nada de lo que buscaban los Rosenberg ¿porqué le sería útil a los Cambó?— fue la legítima duda de la joven pelirroja.

—Si bien Polack no encontró ese Matisse, descubrió otras cosas, por ejemplo que el Louvre tenía expuestas obras expoliadas a una familia judía vinculada a Paul Rosenberg. Y no debe ser lo único —argumentó Domecq—. Ahora te toca hablar de las cartas entre Francisco Cambó y Georges Wildenstein.

—Dando por sentado que ambos conocemos quién fue Cambó, voy a hablar de Wildenstein. —dijo Malinka tratando de imitar el tono doctoral de su interlocutor, y agregó—. Si mal no recuerdo usted le

había pedido a Bruno Rossini copia de los antecedentes de Wildenstein. en Interpol.

—Es cierto.

—Entonces tampoco voy a repetir aquel informe, sino que voy a contarle cosas nuevas.

—Te escucho —dijo Domecq mientras limpiaba los gruesos cristales de sus anteojos

—Cambó y Wildenstein eran millonarios y apostaban fortunas en el mercado del arte. Ambos tenían excelentes contactos con los militares de derecha, tanto alemanes como franquistas y argentinos. De la correspondencia entre ellos surge que Georges Wildenstein fue el proveedor del arte expoliado que Cambó compraba a muy bajo precio y que llegaba de Europa en barcos de bandera argentina, supuestamente neutral. Para mayor seguridad, Cambó y Wildenstein solían recurrir a las “valijas diplomáticas”. Es todo—concluyó la pelirroja.

— ¡No, no es todo! —reaccionó Domecq—. Eso fue un resumen de generalidades. No mencionaste ni un caso concreto y no dijiste nada que no estuviera publicado.

— ¡Está bien! Cálmese. A su edad...

— ¡No jodas más con mi edad! —explotó Domecq, mientras Malinka trataba de disimular su regocijo por haberlo hecho reaccionar.

—Bueno, bueno. Le cuento. Cuando Bruno Rossini estaba por participar del allanamiento al depósito que Wildenstein compartía con Magister en Castelar, yo le pregunté por qué no allanaban también la sede de Wildenstein en Capital, y él me dijo que había un problema de jurisdicción, porque la causa estaba radicada en Morón. Ahora,

después de leer ciertas cartas entre Cambó y Wildestein, creo que las respuestas que usted busca están en el mismo depósito céntrico, con sótanos secretos y herméticos, que le mencioné al hablar del Matisse de Cambó.

— ¡La dirección! —gritó Domecq sacado de las casillas—. Dame la dirección o...

—Avenida Córdoba 618, CABA —se apuró a responder Malinka.

— ¿Qué hay ahí? —insistió él con vehemencia:

—Era la antigua sede de la Galería Wildestein y sigue en manos de los mismos dueños —respondió y mirándolo a los ojos agregó—.

Es todo.

— ¡Esperá! Tengo una pregunta sobre el Renoir...

— ¡De eso no se habla! —ahora era ella la que levantaba la voz.

—Me refiero al Renoir que...

—Mi jefa dijo que el Renoir no estaba en el temario y si usted lo mencionaba yo tenía que irme —dijo Malinka mientras se levantaba y se iba, usando la campera como capa para protegerse la cabeza de la lluvia torrencial.

## §

Esa tormentosa noche de verano, Domecq bajó del tren en Castelar y tomó un taxi hasta su casa. Al llegar, como medida de precaución, le pidió al chofer que esperara hasta que él entrara. Una vez adentro, cerró la puerta con las dos llaves, más el pasador de seguridad. La sorpresa fue que Negro no estaba en el sillón, sino sobre el pequeño felpudo junto a la puerta de entrada y lo miraba como las esposas celosas que, en los comics, controlan la llegada de maridos fiesteros. Domecq apenas alcanzó a tocarle la nuca en una

fallida caricia, porque Negro tenía hambre y ya caminaba hacia la cocina. Lo siguió y, bajo la insistente mirada de la mascota que perteneciera a su esposa, le preparó la comida, se la sirvió y recién entonces pudo pensar en la ducha.

Después de cerrar la puerta del baño para evitar la inoportuna visita del felino, Domecq comprobó la temperatura del agua, se metió en la bañera y permaneció hasta perder la noción del tiempo.

Al salir del baño, como ya había comido pizza, durante su reunión con Malinka, decidió reemplazar la cena por un sándwich Montecristo, esa exquisitez que le había enseñado a preparar su querida Leonor..

Mientras disfrutaba del emparedado acompañado con cerveza, Domecq se preguntó quién podría ayudarlo a develar el misterio de la Galería Wildestein, fue entonces cuando pensó en Simón Weis el veterano directivo de la agencia de noticias *Thomson Reuters Argentina* y le envió un mensaje de texto:

«*Domecq:*

*Hola Simón, necesitaría consultarte por el misterio de la Avenida Córdoba 618».*

Luego de un rato, cuando Domecq pensaba que ya no recibiría respuesta, llegó un mensaje del viejo trasnochador:

«*Simón Weis:*

*Te espero mañana a las 8 am en punto».*

### XXXIII. Falsificador genial

Una vez logrado el objetivo de concertar la reunión con el director de Reuter, Domecq decidió buscar información sobre la galería de la calle Córdoba. Como primer paso, ingresó en “[connectas.org](http://connectas.org)” la plataforma periodística, sin fines de lucro, que promueve la difusión de información sobre temas claves para América Latina. A continuación, buscó alguna referencia a “Avenida Córdoba 618”. Después de un buen rato, encontró que ese domicilio estaba mencionado en un artículo titulado “*Gigantesco depósito de obras robadas por los nazis*”. Intrigado, Domecq se puso a leer las notas relacionadas.

Según los editores de “*Connectas*”, en la Avenida Córdoba 618 está la sede de la otrora prestigiosa Galería Wildenstein. Aunque no hay actividad visible, a ese domicilio siguen llegando recibos de servicios públicos a su nombre. En 2009, esa galería fue denunciada por albergar “*obras pictóricas confiscadas ilegalmente por los nazis a los judíos europeos*”. Esta causa judicial quedó en manos del controvertido juez federal Norberto Oyarbide y nunca progresó.

Por último, el artículo mencionaba que el emporio Wildenstein seguía vigente en el resto del mundo, incluyendo galerías en Nueva York, Londres, Tokio y París.

Cuando el cucú marcó la medianoche y el cansancio visual pedía una merecida tregua, Domecq consideró que había llegado el momento de imitar a la mascota heredada de su esposa, que dormía plácidamente, arrellanada en su sillón.

Refugiada en la bucólica chacra correntina donde había nacido, la comisaria Anahí Aberanda extrañaba la adrenalina de la ciudad y la vorágine de la acción policial, con sus riesgos, sus éxitos y sus fracasos. Extrañaba desde la satisfacción del deber cumplido hasta el peso del arma en la cintura. Por esa razón, la nueva citación judicial, en vez de parecerle un incordio, le sirvió de excusa para volver a Morón.

Como consecuencia de los atentados contra su vida, Aberanda había prestado declaración testimonial en dos causas diferentes: primero ante el fiscal Curinao (por el ataque en casa de Domecq) y luego ante el fiscal Rufiani (por el tiroteo en Pontevedra). Pero, a partir de la unificación de los expedientes, Rufiani había quedado a cargo de ambas investigaciones judiciales.

A diferencia de la última vez, esa mañana la comisaria ingresó a los Tribunales de Morón sin ser molestada por ningún reportero. Tampoco su imagen era la misma. En esta oportunidad, sus sinuosas curvas estaban ocultas debajo de un amplio piloto impermeable anudado a la cintura. Lo único inalterable era el amplio pañuelo que le cubría la cabeza y el cuello.

Una vez que se sentó frente al fiscal, Aberanda percibió una actitud menos agresiva que en la citación anterior. En tono sereno, casi cordial, Rufiani comenzó elogiando la tarea realizada por su colega Curinao y gradualmente fue haciendo preguntas para ampliar los dichos contenidos en el expediente.

—Después de cenar me quedé dormida sobre la cama — comenzó Aberanda el resumen solicitado por el fiscal—. Cuando un ruido me despertó, intenté abrir los ojos pero alguien me desvaneció

de un golpe en la cara, me puso una capucha y me ató las manos a la espalda. Al recuperarme escuché la voz de un hombre pidiendo instrucciones por teléfono.

— ¿Qué recuerda de esa voz?

—Era una voz amenazante, con una rara tonada.

—Continúe.

—Me dio una patada en la planta del pie y me preguntó a quién buscaba en la quinta "*Mon Repós*", en Leloir. Cuando respondí «a nadie» me dio otra trompada. Entonces dije que buscaba a Gustavo Craigson Benitez y él respondió que estaba muerto.

— ¿Entonces? —insistió el fiscal.

—Yo pregunté quién se hacía cargo de las deudas del muerto y cuando me preguntó «¿qué deudas?», yo dije «la recompensa por destruir pruebas». A partir de ahí hubo silencio, supongo que detectó que llegaba alguien y se fue, porque cuando Domecq abrió la puerta ya no estaba. Y luego apareció muerto, atravesado por las rejas al intentar saltar.

De pronto, el fiscal Rufiani cambió abruptamente de tono y la increpó, amenazante, acusándola de asesina.

— ¿Cómo mató al intruso? ¿Sabía que estaba desarmado? ¿Lo mató sola o con la ayuda de Domecq?...

La comisaria no escuchó el resto de la acusación. Ya se había puesto de pie y lo había mandado a la mierda. Refrenando apenas el impulso de abofetear al energúmeno, se retiró del despacho, dejando que su celular siguiera grabando hasta el último desvarío del fiscal.

Ya afuera del edificio de tribunales, mientras esperaba en la cola de taxis, la comisaria temió por su futuro profesional. Más allá del

choque de géneros había un conflicto de poderes. Comisaria versus fiscal. Policía versus Poder Judicial.

En Morón, al llegar frente al edificio donde vivía, Anahí descendió del taxi y subió en ascensor hasta su departamento. Al abrir la puerta le dolió el silencio. Sus hijos continuaban en Mocoetá, con sus abuelos y ella estaba sola en esos ambientes que reclamaban ventilación.

Luego de ponerse cómoda, abrió las ventanas y pidió un delivery de hamburguesa con papas fritas. Mientras esperaba, destapó una botella de cerveza que sacó de la heladera. Sin proponérselo se encontró pensando en Gustavo Craigson Benitez y en la imposibilidad de vengarse de un muerto. Aberanda estaba convencida de que el administrador del botín de la guerra sucia no había elegido inmolarsse junto a las pruebas que lo incriminaban tanto a él como a su organización, sino que una “mano negra”, todavía más poderosa y más oculta, había aprovechado el incendio para sacrificar un alfil y salvar a la reina.

Al escucharse, la comisaria sintió un escalofrío porque la palabra reina tal vez no era una metáfora. Pero las elucubraciones se interrumpieron cuando el sonido del portero eléctrico le avisó la llegada de la comida chatarra.

Con una hamburguesa en una mano, Aberanda utilizó la otra para abrir los mensajes recibidos. Había varios, uno de los cuales lo enviaba Domecq y traía un adjunto.

Pensar en Domecq le provocaba reacciones encontradas. Compartían un pasado pleno de buenos recuerdos, pero en los últimos tiempos la competencia entre ambos había enturbiado la amistad. A

partir de la explosión que la desfiguró, ella había intentado saciar su sed de venganza contra quienes le habían causado semejante daño, en cambio Domecq había priorizado el cobro y goce de su recompensa. Frente a esta actitud la comisaria se hundía en una ciénaga de preguntas sin respuestas: ¿para quién jugaba Domecq?, ¿para ambos o solo para sí mismo?

Anahí Aberanda siempre había valorado a su amigo jubilado, pero dudaba de la legitimidad de la recompensa que había cobrado por encontrar un Renoir considerado falso por los expertos. Domecq se había beneficiado de la jugada orquestada por ladrones de museos y falsificadores de pinturas. Había logrado atravesar las llamas sin quemarse y hasta pudo disfrutar su recompensa en París.

Sin embargo, en su último mensaje, de tono amigable y componedor, Domecq le había adjuntado un archivo de Reuter que – supuestamente- podría ser de gran utilidad para la investigación que la comisaria estaba llevando a cabo. En cuanto comenzó a leer ese documento, Aberanda tuvo que reconocer que valía la pena dedicarle tiempo. Ya de entrada aparecían nombres emblemáticos como Craigson, Magister, Cambó y –lo más llamativo- Malinka. Sin embargo, al avanzar en la lectura encontró un nombre aún más atrapante: “*Wolfgang Beltracchi* el mago de la falsificación”. Entonces, ante una tarea de largo aliento, destapó otra cerveza, se puso cómoda y comenzó a leer y resaltar párrafos.

“*Durante 40 años, Beltracchi falsificó decenas de cuadros y logró venderlos a los más reputados coleccionistas, marchantes y expertos en arte*”. Más adelante, Interpol Argentina consideraba válido suponer que Beltracchi pudo haber trabajado para Craigson o Magister, pero

ellos también podrían haber contactado a otros falsificadores.

Ante la relevancia de este párrafo que vinculaba a Beltracchi, con Craigson y Magister, Aberanda tuvo que reconocer que había sido injusta al criticar a Domecq. Pero su agradecimiento al viejo sabueso creció exponencialmente cuando la comisaria leyó que Beltracchi se especializaba en falsificar obras de Renoir, con escenas de mujeres con niños, similares al “*Gabrielle et Coco*”, robado en 1980 del MNBA y supuestamente quemado en el incendio del depósito en Castelar.

«Con esto, más la afirmación de *Christie*’s considerando falso al cuadro siniestrado, ya puedo iniciar una investigación prometedora» - se entusiasmó la comisaria Aberanda.

#### XXXIV. Bodegón de bohemios

En el extenso informe de Reuter también se transcribían definiciones formuladas por Interpol: *«Desde el punto de vista legal, una falsificación es una obra ejecutada con la intención de inducir a error, de hacerla pasar como creación de una mano diferente. Una copia no tiene por qué ser una falsificación. Lo importante es la intención»*. Y continuaba: *«Para distinguir entre una falsificación y el objeto auténtico, además de la mirada del experto, se puede recurrir a la ciencia y a la documentación. La ciencia puede calcular la antigüedad de una pintura, de la tela, de la madera o del metal; los rayos X pueden revelar lo que hay por detrás de la superficie. Los objetos genuinos, a diferencia de las imitaciones, siempre tienen historia»*. Atrapada en esta lectura, Aberanda tardó en recordar que meses atrás Domecq le había enviado un mensaje explicando la trama judicial que envolvió al Renoir dañado en el incendio de Magister.

Mientras se servía otro vaso de cerveza, busco aquel *WhatsApp* y resaltó los párrafos principales:

*«/// International Art Recovery propuso “destruir a la vista de todos” el polémico Renoir, supuestamente falso. De esta forma, el proveedor de armas pudo negociar con la aseguradora y cobrar millones de dólares»*.

Al leer la palabra “destruir” la comisaria Aberanda se maldijo por haber olvidado ese dato fundamental. Si ese Renoir había sido incinerado ya no había forma material de demostrar que era una falsificación. Por lo tanto, sin ese elemento de prueba, había que reformular su investigación, dejando de lado el cuadro en sí mismo para concentrarse en las personas que pudieron intervenir en las

distintas etapas de la falsificación. Es decir: Beltracchi, Craigson Benitez, Monserrat Cambó y Malinka.

« ¿Después de perder tanto tiempo, habré encontrado el camino correcto?—se preguntó Anahí.

### §

En Castelar, una húmeda noche de diciembre, luego de dejar el Jeep en el estacionamiento de la cortada, Elsie y Joaquín caminaron hasta Tarzán, dispuestos a compartir una cena romántica. Ella lucía un vestido liviano, color crudo, escotado y cortón, acompañado por tacos muy altos. Él había optado por una camisa cuadrillé azul, pantalón oscuro y zapatos de cuero negro.

Una vez que ingresaron a ese bodegón de bohemios nostálgicos y eligieron mesa, Joaquín saludó a los empleados y se dirigió a la cocina. En ese reducto de techos ahumados y azulejos blancos, las sartenes colgaban sobre una rústica mesada donde don Venturino picaba ajíes multicolores. Se trataba de un cocinero veterano, con gran experiencia culinaria, delgado, con sonrisa cordial y ojos pequeños escondidos tras lentes redondos. Vestía delantal, camisa y gorro prolijamente blancos. Como habitué del restaurant, Joaquín se permitió pedirle sugerencias sobre el “menú del día” y el cocinero le recomendó el pacú al horno relleno de nueces y especias. Satisfecho, volvió a la mesa, donde Elsie ya había elegido el vino.

Mientras compartían la picada “de la casa”, hablando de bueyes perdidos, Joaquín recibió un mensaje pero hizo un gesto con la cabeza indicando que no iba a leerlo. Sin embargo, cuando Elsie dijo que no le molestaba, el detective abrió y leyó el *WhatsApp* enviado por Domecq. con los antecedentes de Malinka Lorenzo. El mensaje

comenzaba narrando la reunión en la pizzería de Liniers, cuando Malinka se negó a hablar del Renoir. Después relataba la trágica relación entre esta pelirroja y Rossini, pero lo más destacable era la vinculación de Malinka con un peligroso grupo neonazi con quienes solía reunirse en el sótano de la cervecería “*Skin*”, ubicada en la calle Santa Rosa. Finalmente, Domecq se hacía una serie de preguntas, para las que no tenía respuesta: ¿acaso Malinka conocía a los “cabeza rapada” que balearon a Bruno Rossini?, ¿quién reemplazó a Gustavo Craigson Benitez como líder de los “neonazis del Oeste”?, ¿cuál es la relación entre Malinka y la viuda Monserrat Cambó? Y por último, teniendo en cuenta los vínculos de Malinka con el mundo del arte, por un lado, y con los neonazis, por el otro: ¿qué es lo que sabe del arte confiscado en Europa que llegó a Argentina?

Cuando terminó de leer el mensaje, Elsie le preguntó de qué se trataba y Joaquín se lo resumió en una frase: —Domecq quiere averiguar qué sabe Malinka del Renoir que le interesa a Aberanda y del Matisse que busca la familia Rosenberg.

— ¿Qué vas a hacer? —pregunto ella.

—En principio, me gustaría invitarte a tomar un trago en “*Skyn*” —sugirió él, pensando en matar dos pájaros de un tiro.

Después del postre, el café y el licor “bajativo”, cuando un par de parejas, atraídas por los compases del 2 x 4, habían dado comienzo a la tradicional milonga de Tarzán, Joaquín pidió la cuenta, pagó y salió con Elsie.

Estacionar cerca de Santa Rosa era imposible y hacerlo lejos implicaba el riesgo de que le robaran las ruedas, por eso Joaquín aceptó la protección que ofrecía un “trapito”, entrado en años y con

rostro confiable.

La avenida Santa Rosa tenía una característica especial: las veredas de un lado pertenecían a Morón y las de enfrente, a Ituzaingó. Es decir que, con solo cruzar la calle, se cambiaba de jurisdicción y se podían evadir ciertos controles. Entre tantos bares temáticos, “*Skyn*” pasaba desapercibido. La pobre iluminación del frente disimulaba las imágenes de “rapados y tatuados famosos”, que decoraban la fachada.

Al ingresar, Elsie y Joaquín se encontraron con la decoración típica de las cervecerías de Bavaria, con techos y paredes revestidos con madera oscura, piso de tablones rústicos y mesas y sillas artesanales, también de madera. La barra tenía una iluminación más intensa que el resto del local y permitía el lucimiento del bronce de las grandes choperas. Detrás, los estantes estaban abarrotados de recuerdos de las “*Oktoberfest*”.

Después de dar un vistazo general al ambiente, juntos atravesaron el salón y eligieron una mesa lateral, en la penumbra pero con buena vista de la barra y las mesas centrales. Elsie, más curiosa, se levantó para mirar de cerca las ampliaciones de fotos antiguas, en sepia o blanco y negro, que tapizaban las paredes. Tal como sospechaba, abundaban las imágenes de Hitler y sus actos multitudinarios. Con su ojo avezado, entre las fotos más recientes, y a todo color, Elsie descubrió el retrato de una pelirroja, pálida y con muy poca ropa, con la siguiente nota al pie: “Malinka, Reina de la Cerveza 2022”.

Ya de regreso a su mesa, Elsie le comentó su hallazgo a Joaquín quien aprovechó para felicitarla con un beso. Luego, juntos

acordaron el curso a seguir. Primero, llamaron a Domecq y le preguntaron si podían invocar el nombre de *Castelar Digital*. Luego, cuando la mesera se acercó con los chops de cerveza, Elsie se presentó como periodista *free lance* y le preguntó cómo podía contactar a la Reina de la Cerveza para entrevistarla para el más importante medio de comunicación digital de la zona oeste. Con una sonrisa que le iluminó el rostro, la mesera dijo que Malinka era su mejor amiga y se ofreció para coordinar el encuentro, en ese mismo lugar, el día siguiente, al mediodía.

### XXXV. Oktoberfest

Dejando atrás la radiante luminosidad de aquel mediodía de diciembre, Elsie ingresó a la cervecería donde se reuniría con Malinka. Poco después, ya sentada en un rincón, pudo observar —a contraluz— la silueta alta y sugerente de una pelirroja que se dirigió a la barra y, luego de saludar al encargado, caminó hacia la mesa donde la esperaba la supuesta periodista de *Castelar Digital*.

El rostro de la veinteañera no era feo, apenas necesitaba una sonrisa para llamar la atención.

— ¿Elsie? —preguntó, deteniéndose junto a la mesa y mirándola con firmeza a los ojos.

—Sí. Sentate por favor.

— ¿Recién dos meses después de la “*Oktoberfest*” se acuerdan de entrevistarme? —dijo la muchacha y no era necesario ser mago para adivinar que sospechaba algo.

Mientras dudaba del éxito de esa falsa entrevista, Elsie le ofreció tomar algo y luego llamó al mozo y pidió dos *Gin Tonic*. Tras una breve pausa, se sinceró con una verdad a medias: —Conocí a Bruno Rossini.

Malinka la miró con recelo y luego de titubear preguntó: — ¿En *Castelar Digital*? —ante el asentimiento de Elsie, agregó—. Me lo imaginaba. ¿De qué querés hablar? —la encaró de mala gana.

—De un cuadro —respondió mientras observaba la reacción de sorpresa en el rostro de la joven pelirroja.

—El Renoir que buscaba Bruno se quemó —se anticipó a afirmar con vehemencia, sin esperar a que Elsie mencionara a cuál cuadro se refería.

—Pero “*Christie´s*” consideró que ese cuadro era falso.

— ¿Y...? ¿Trabajás para Domecq? —la espetó Malinka con dureza.

—Conozco a Domecq pero no trabajamos juntos. Él se dedica a escribir ficciones y buscar recompensas, en cambio, yo hago periodismo de investigación, como Héctor Feliciano—argumentó con más mentiras que verdades.

—El Renoir que se quemó era el único que había en el depósito de Magister. Punto. Dudo que “*Christie´s*” tenga razón, pero no importa. Punto —concluyó Malinka y amagó levantarse para irse.

—Un segundo más. Por favor. Escuchá un par de preguntas y me conformo con un sí o un no —comenzó Elsie y continuó sin darle tiempo a reaccionar—. Si el cuadro que se quemó no era el original, puede haber dos razones. Una: en el MNBA tenían expuesto un Renoir falso y los ladrones se llevaron esa falsificación. Dos: Robaron del MNBA el Renoir original, pero alguien lo sustituyó por la falsificación que terminó quemada. ¿Estás de acuerdo?

—En teoría, sí.

—Según la opción dos, lo más probable es que la sustitución del Renoir original por una falsificación tuvo que hacerlo alguien de Magister, por ejemplo su presidente: Gustavo Craigson Benitez —redondeó Elsie su endeble acusación.

—En teoría, sí, pero Gustavo está muerto —respondió Malinka, sin ocultar su hartazgo.

—Siguiendo con la teoría, sí Gustavo hubiera reemplazado el original por una falsificación, a su muerte ¿quién podría haberse quedado con el original?

—En teoría, sus herederos y basta, porque ya me voy —  
respondió de mala gana.

— ¿Gustavo Craigson Benites tuvo algún amigo o amiga íntima que pudiera convertirse en cómplice del reemplazo del Renoir robado por uno falso? —preguntó Elsie a viva voz.

En ese instante, la impulsiva reacción de Malinka pareció justificar la falsa entrevista. Sacada de quicio, mientras se levantaba tirando su silla hacia atrás, la pelirroja piso el palito: — ¡Andá a preguntarle al muerto! —le gritó en la cara—. ¿Cómo voy a saber con quién se encamaba Gustavo?

— ¿Quién atentó contra la comisaria Aberanda? —gritó Elsie a las espaldas de Malinka y la pelirroja respondió dándose vuelta y haciendo *fuck you* con ambas manos, antes de empujar la puerta y perderse bajo el sol.

Elsie no podía quejarse. Convencida de que un gesto vale más que muchas palabras, se apuró a sacar conclusiones.

«Culpable. Malinka reaccionó como una culpable» —pensó la rubia cincuentona de ojos verdes—. «Solo la amante de Gustavo hubiera reaccionado tan mal».

Luego de pedir la cuenta y pagar, Elsie abandonó la cervecería y se dirigió a “La Pava”, donde Joaquín la esperaba para almorzar.

Reconfortada por el ambiente climatizado, Elsie caminó contoneándose hasta la mesa elegida por su “peor es nada”.

— ¡Se deschavó! —exclamó hambrienta mientras abría el menú.

— ¿Qué? —preguntó él, que ya se había adelantado a pedir el vino.

— ¡Malinka fue amante de Craigson!

— ¿Del padre o del hijo?

— ¡Del viejo! —respondió con énfasis Elsie, mientras llamaba al mozo y pedía bondiola de cerdo a la mostaza francesa.

—Que sean dos —le dijo Joaquín al mozo, y volviendo la mirada a Elsie le pidió que empezara por el principio.

Mientras entretenían el estómago con pan de pizza untado con un exquisito preparado de la casa, Elsie le contó la entrevista, adornándola con comentarios de su propia cosecha.

Un buen rato después, al terminar el opíparo almuerzo, bien regado con Malbec mendocino, Elsie había logrado convencer a Joaquín de que Malinka no solo había sido amante de Gustavo, sino que a la muerte de éste había ocultado el Renoir original y había atacado a Aberanda porque quería arrebatárselo. Sin embargo, no tenía pruebas.

Esa noche, Elsie prefirió dormir sola en su casa de Ituzaingó y Joaquín aceptó regresar a su departamento. Ella no deseaba compromisos, y él estaba cómodo con su soledad. Ya en San Telmo, mientras abría las ventanas para refrescar los ambientes aprovechando la brisa de aire fresco que precedía a una tormenta de verano, Joaquín le mandó un mensaje a Domecq exagerando “a piacere” los logros de su amigovia.

*«Joaquín Amoroso:*

*Buenas noticias. Elsie se reunió con Malinka y consiguió las respuestas que necesitábamos. La pelirroja fue amante del viejo Craigson y conoce sus secretos. ¿Será la mano negra que ordenó atacar a Aberanda?».*

Cuando terminó de leer el mensaje Domecq pensó que Joaquín le estaba tomando el pelo. Por un lado eran denuncias muy graves

para haber sido obtenidas “por las buenas”. Además, Joaquín se ufanaba de haber conseguido las respuestas que necesitaba, pero en realidad no había respondido ninguna de las tres preguntas que desvelaban a Domecq. Es decir: ¿quién reemplazó a Gustavo Craigson Benitez como líder de los paramilitares?, ¿cuál era la relación entre Malinka y doña Monserrat Cambó? Y por último, y más importante, ¿dónde podría estar el Renoir original robado al MNBA?

Desconcertado por el autobombo del comisario retirado, Domecq se preguntó: « ¿Joaquín estará en curda o enamorado? ».

### XXXVI. Estafas de guante blanco

Para Anahí, Domecq era como un Quijote moderno, un viejo que se llenó la cabeza con novelas policiales y un día decidió hacer realidad la ficción y convertirse en detective. Sin embargo, cuando estaba inspirado, Domecq podía ser muy útil. Por ejemplo, un año atrás, le había compartido un informe sobre pinturas falsas que en aquel momento ella no había valorado en su justa importancia, pero ahora le brindaba un nuevo y prometedor punto de partida.

El párrafo que había llamado la atención de la comisaria Aberanda decía textualmente: «*En Argentina el trío Gustavo Craison Benitez, Ximena Barrantes y Beltracchi, oculta un cuarto protagonista en las sombras, un estafador de guante blanco que cumple el rol de la famosa Glafira Rosales*».

Sin dudas, en aquel momento, había sido una acusación explosiva, pero un año después muchas cosas habían cambiado: Gustavo había muerto y Ximena estaba presa. Por su parte, *Beltracchi* había recuperado su libertad tras cumplir su breve condena. Pero había un misterioso cuarto personaje que sobrevolaba a los anteriores y, desde las sombras, aceitaba la máquina de estafar con cuadros falsos: «¿Será Malinka Lorenzo?» —se preguntó la comisaria Aberanda.

Una vez que tuvo en claro a quienes debía investigar, Anahí Aberanda retomó la lectura del informe que Reuter había redactado en base a información de Interpol.

Como Craison y Ximena estaban fuera de juego, la comisaria debía buscar posibles conexiones entre Malinka y el genial falsificador: *Beltracchi*.

Para buscar posibles similitudes, analizó el *modus operandi* de Glafira Rosales, la embaucadora que puso en jaque el mercado de arte en Estados Unidos.

Al respecto, la agencia Reuter informaba lo siguiente: *“La estafa comenzó cuando Glafira Rosales se presentó en Knoedler, una de las galerías de arte más antiguas y prestigiosas de Nueva York, con varias obras maestras de la década del cincuenta, argumentando que el propietario quería permanecer en el anonimato. A pesar de que estas obras nunca habían sido exhibidas ni había registro de ellas, las autoridades de la galería aceptaron la versión dada por Glafira Rosales, sin investigar la procedencia, y comenzaron a revender esos cuadros en millones de dólares. Sin embargo, lo que parecía el negocio perfecto empezó a desmoronarse en 2007 cuando un experto sospechó que una de esas obras no era auténtica y pidió que fuera sometida a un análisis forense. El estudio demostró que la pintura no era compatible con el método de trabajo del artista ni con los materiales que solía utilizar, motivo por el cual intervino el FBI, cuyos investigadores descubrieron que Glafira Rosales estaba en pareja con el empresario español José Carlos Bergantiños quien tenía denuncias en su contra por comerciar pinturas robadas”.*

« ¡Es el hermano de Ximena Barrantes! » —exclamó la comisaria Aberanda cuando detectó el apellido *Bergantiños*.

La exclamación estaba justificada. Ximena Bergantiños de Barrantes, la abogada española que había contratado a Domecq para buscar el Renoir robado del MNBA, no solo estaba involucrada en la falsificación del “*Gabrielle et Coco*” supuestamente quemado en el incendio de Castelar, sino que además era hermana de uno de los

más grandes estafadores del mercado de arte de Nueva York.

El resto del informe seguía siendo contundente: *«Glafira Rosales, fue arrestada en 2013, acusada de siete cargos de fraude, lavado de dinero y delito fiscal, por vender pinturas falsas en nombre de clientes inexistentes y depositar el dinero en una cuenta off shore. Glafira tuvo que pasar varios meses en prisión, donde reveló que el autor de las réplicas que ella había vendido era el falsificador Pei-Shen Qian, quien ya había huido a China, escapando del FBI. Sin embargo, en esa oportunidad, Glafira Rosales logró mantener en secreto su relación con el otro gran falsificador: Wolfgang Beltracchi».*

Desilusionada con el abrupto cierre del informe de Reuter, justo cuando deberían aparecer las demás fechorías de Beltracchi y su probable relación con Malinka, la comisaria Aberanda le escribió a Domecq.

*«Anahí:*

*Hola, espero no interrumpir tu siesta. Tengo preguntas sobre Beltracchi y las falsificaciones de Renoir. Salu2».*

*«Domecq:*

*No duermo siesta. Seguí en Corrientes? Leíste el informe de Reuter?».*

*«Anahí:*

*Estoy de vuelta xq me citó Rufiani. Leí el informe, está MB. Q + sabés sobre Ximena, Bergantiños, Craigson Benitez, Malinka y el Renoir falso del MNBA?».*

*«Domecq:*

*¿Sabías que Ximena Barrantes, además de ser hermana de José Carlos Bergantiños y cuñada de Glafira Rosales, tenía otros dos hermanos?».*

«Anahí:

*No sabía. Tb estaban en el negocio?».*

«Domecq:

*Sí, ambos estaban vinculados al arte falso. Jesús Angel fue imputado por lavado del dinero de las estafas. La otra hermana nunca estuvo en la mira de la justicia, vivió acá y estuvo vinculada con los paramilitares».*

«Anahí:

*Xfa, dame nombres».*

«Domecq:

*La otra hermana se llamaba María Dolores y fue motivo de disputa entre capos de la “Triple A”».*

«Anahí:

*Dame + nombres!!!».*

«Domecq:

*A María Dolores la pretendían Ernesto Lorenzo y Gustavo Craigson Benitez».*

«Anahí:

*El abuelo de Malinka versus el difunto presidente de Magister???».*

«Domecq:

*Sí».*

«Anahí:

*Xq no me lo dijiste antes?».*

«Domecq:

*Está en el informe Reuter pero parece que no lo leíste bien».*

«Anahí:

*Chau».*

Aberanda terminó abruptamente la conversación y estuvo a punto de agregar un agresivo emoticón. Sin embargo, Domecq podía tener razón ya que ella aún no había terminado de leer el voluminoso informe que *Reuter* había preparado en base de documentos de *Interpol*. Entonces, luego de destapar una cerveza, recurrió al buscador para intentar saber más de María Dolores Bergantiños.

Entre muchos otros relatos sobre los hermanos Bergantiños (Jesus Ángel, José Carlos, Ximena y María Dolores) lo más interesante era una entrevista exclusiva a un periódico español, concedida por José Carlos poco después de ser acusado en Estados Unidos de haber estafado más de 33 millones de dólares. El 27 de julio de 2017, acusado por la justicia de EE UU de once delitos de evasión de impuestos y conspiración, José Carlos Bergantiños respondió las preguntas en forma pausada, como si eligiera cuidadosamente cada palabra para no decir toda la verdad.

— ¿Qué nos puede contar?

— *“Nací en España y de muy joven me fui a México a hacer las Américas. Allí conocí a Grafira, una gran mujer. Muy inteligente. Y nos enamoramos. Juntos planeamos ir a EE UU y finalmente llegamos a Houston. Luego de un año nos mudamos a Nueva York en el apogeo de los artistas bohemios. Empezamos a ir a subastas, inauguraciones y fiestas. Entonces me matriculé en un curso de la New York University titulado Cómo ser un marchante de arte de éxito”.*

— ¿Y después de aquel curso ya empezó a coleccionar?

— *“Pues sí. Fui aprendiendo, abrí cuentas en las principales casas de subastas y comencé a comprar obras. Pero era difícil, tenía que gastar*

*mucho y siempre había problemas. Yo ya quería jugar en la liga de los grandes”.*

Cierto día, Bergantiños se encontró con el pintor chino *Pei-Shen Qian* y le ofreció 200 dólares por imitar una obra. Como el resultado le gustó, empezó a encargarle más falsificaciones y luego se ocupaba personalmente de encontrar los materiales necesarios: desde pintura correspondiente a la época de la obra original hasta un tablero de fibras de madera. Cuando las obras estaban terminadas, sus hermanas las sometían a varios tratamientos para que parecieran más antiguas. El dinero que recibía Qian por cada cuadro se multiplicó al enterarse del valor de mercado y pasó a cobrar hasta 7.000 dólares por pintura.

De acuerdo con la Fiscalía estadounidense, la pareja llegó a comprarle cerca de 100 cuadros a Qian en diez años.

A esta altura de la entrevista, Bergantiños la interrumpe diciendo:

— *Hasta aquí nomás.*

— Una pregunta más —solicitó el entrevistador—. ¿Cuál fue el rol de sus dos hermanas?

— *Ximena era marchand en España y María Dolores en Argentina— concluyó el famoso estafador de arte.*

« ¡Nooo!» —exclamó la comisaria Aberanda. La larga entrevista a José Carlos Bergantiños, había terminado sin siquiera nombrar a Bertracchi.

Recaliente, le envió un mensaje a Domecq.

«*Anahí:*

*Recontra busqué en el informe Reuter. No aparece Beltracchi en Argentina y apenas menciona a las hermanas Bergantiños. Grrr».*

*«Domecq:*

*Hay que saber buscar. Ver páginas: 98, 154, 203 y 276».*

### XXXVII. Artistas del engaño

La respuesta de Domecq había enfurecido a Aberanda. Si el viejo tenía razón, ella habría hecho el papelón de reclamarle algo que él ya le había enviado. Pero si el maldito jubilado estaba sanateando ella aprovecharía para desahogarse, enrostrándole todo el resentimiento acumulado.

Dado que Domecq había señalado las páginas: 98, 154, 203 y 276, del informe *Reuter*, Aberanda decidió verificarlas, una por una.

En la página 98 encontró cosas ya sabidas. Wolfgang Beltracchi, “el mago de la falsificación”, era el delincuente genial que después de falsificar decenas de cuadros y venderlos a cambio de fortunas había cumplido una breve pena de prisión para luego seguir vendiendo copias a precios millonarios.

A su vez, la página 154 solo contenía un par de datos de interés: Beltracchi se especializaba en falsificar obras de Renoir, con escenas de mujeres con niños, como el polémico “*Gabrielle et Coco*”, robado del MNBA. Además, Interpol no descartaba que *Beltracchi* hubiera trabajado para Gustavo Craigson Benitez o la empresa que presidía: Magister SA.

« ¿Interpol no descarta? ¿Entonces qué...? » —se preguntó Aberanda.

Recién en la página 203 aparecían los primeros datos relevantes. Allí se mencionaba que, luego de la escandalosa detención de sus hermanos y su cuñada, Ximena Bergantiños de Barrantes había huido de EEUU a España donde logró colocar algunas falsificaciones, ya no del pintor chino *Pei-Shen Qian* sino del alemán *Wolfgang Beltracchi*.

Por su parte, la hermana menor de los Bergantiños, María Dolores, optó por mudarse a Argentina donde habría sido amante de quien le encargó un Renoir falso a Beltracchi.

« ¡Por fin! » —pensó Aberanda.

Finalmente, en la página 276 y subsiguientes estaba casi todo lo que ella quería saber. Según *Reuter*, el trío Craigson Benitez, Ximena Bergantiños y Beltracchi, ocultaba un cuarto protagonista en las sombras, una estafadora de guante blanco: María Dolores Bergantiños vinculada a uno de los capos de la “Triple A”.

Si bien todos estos datos surgían de un informe preparado por la agencia de noticias *Reuter*, sin validez en un tribunal, para Aberanda era suficiente, ya que no se proponía llevar a nadie a juicio sino hacer justicia por mano propia.

Aunque no pensaba reconocerlo de la boca para afuera, la comisaria comprendió que Domecq estaba en lo cierto. *Reuter* había logrado poner el foco sobre un personaje que ella no tenía en su radar: María Dolores Bergantiños, hermana de otros tres estafadores famosos.

«Parece que la pifié feo» —pensó Anahí Aberanda—«Yo culpé a Malinka pero el personaje en las sombras era María Dolores Bergantiños».

Llegado a este punto, faltaba descubrir quién había sido el amante de María Dolores, implicado en la falsificación del Renoir robado al MNBA. Otra vez, la comisaria necesitaba la ayuda de Domecq y sus contactos en la agencia *Thomson Reuter Argentina*.

Como la mejor forma de congraciarse con el jubilado era por el estómago, decidió invitarlo a cenar en su departamentito de Morón.

Eso sí, debía ser comida casera.

Al revisar la heladera, entre las provisiones que le había dejado la madre en su última visita, Anahí encontró lo necesario para preparar una tarta de cebolla y champiñones, Si bien no tenía queso *Gruyere* lo reemplazó por *Port Salut*. Lo que no pudo sustituir fue la panceta. La preparación no era una novedad para ella, así que luego de rehogar en aceite y manteca la cebolla común y la de verdeo, y dorar los hongos, el proceso fue similar al de otras tartas.

Cuando sonó el timbre, para evitar toda fantasía romántica por parte del jubilado, Anahí lo recibió luciendo un vestidito sobrio y sencillo. Domecq, en jean, camisa y sandalias, traía el infaltable Malbec.

Una hora después, cuando el invitado terminaba su segundo plato de tarta, llegó el delivery con helados de *Glace*. Recién cerca de medianoche, la anfitriona dejó de hablar de sus hijos y comentó que le gustaría contactar a *Reuter*, para buscar datos adicionales a los contenidos en el informe.

Domecq, miró el reloj y —para sorpresa de Anahí- le dijo:

—Simón Weis es un trasnochador serial y siempre está dispuesto a colaborar en estas investigaciones. ¿Qué querés preguntarle?

Sin hacerse esperar, Anahí abrió su notebook y buscó los párrafos resaltados.

—En la página 276 menciona a María Dolores, la cuarta hermana Bergantiños y la vincula con la ruta del dinero familiar. Y en la 278 agrega que fue amante de uno de los capos de la “Triple A”, pero no menciona de cuál. Y hubo varios a lo largo de los años.

—Ya le pregunto —dijo Domecq.

Cuando Anahí regresaba con los cafés Domecq ya leía la respuesta de Simón:

«Weiss:

*¡Ojo! Para probar una falsificación se requieren dos testigos presenciales del proceso de pintura y firma falsa. Imposible de conseguir. Por eso, en EEUU atraparon a los estafadores siguiendo la ruta del dinero, tal como se muestra en el documental "Made you look" que cuenta el fraude de la Galería Knoedler.*

*El otro tema. En nuestro país, María Dolores Bergantiños fue amante de Ernesto Lorenzo, primero, y de Gustavo Craigson Benitez después. Uno de los dos le encargó la falsificación del Renoir, pero no recuerdo quién. Revisá bien mi pendrive».*

Una vez que Domecq le compartió la información, Anahí Aberanda preguntó:

— ¿Qué sabés de Ernesto Lorenzo?

—El abuelo de Malinka y amante de María Dolores, fue agente de inteligencia del Batallón 60, secretario de Aníbal Gordon y encargado del centro clandestino de detención Automotores Orletti. Después de la muerte de Gordon, Lorenzo fue detenido con una pintura de Goya, valuada en 3 millones de dólares, que había sido robada del Museo de Arte Decorativo de Rosario. Creo que ahora está en prisión domiciliaria.

—Ese es un buen dato —reconoció Aberanda—. Si estás en lo cierto, Lorenzo continuó vinculado al robo de obras de arte.

—Al otro amante de María Dolores lo conocemos demasiado

bien.

—Sí. El hijo de puta de Gustavo Craigson Benitez que incendió Magister para destruir pruebas y murió quemado como nuestro Bruno—agregó ella.

— ¿Qué sabemos de María Dolores Bergantiños además de ser hermana de tres estafadores?

—Nada. Su nombre siempre aparece vinculado al resto de la familia —contestó ella.

— ¿Y si volvés a revisar las menciones a Glafira para ver si aparece María Dolores?

—Bueno, ¿a ver? ¡Uff! Hay más de veinticinco mil referencias. Te leo el copete de la primera: “Glafira Rosales, arrestada en 2013, fue acusada de siete cargos de fraude, lavado de dinero y delito fiscal”. ¿Sigo?

—Habría que focalizarse en el fraude y lavado de dinero — sugirió él.

—Si no tenés sueño, podemos intentarlo ahora —propuso ella.

Con un gesto confuso (mezcla de “basta de joder con mi edad” y “de acuerdo”), Domecq asintió.

De inmediato, tecleando velozmente con casi todos los dedos de ambas manos, Anahí buscó: (Glafira Rosales+2013+lavado de dinero) y, entre cientos de respuestas, la primera que mostró el buscador, correspondía a la agencia EFE. “*Jul. 19, 2013. Glafira Rosales se declaró no culpable de haber vendido obras falsas y rechazó los siete cargos de fraude, lavado de dinero y delito fiscal de los que se le acusa, informó hoy la Fiscalía*” —concluía el breve informe que la comisaria leyó en voz alta.

—Esa nota de *EFE* corresponde al inicio del juicio —comentó Domecq, antes de sugerir—. Creo deberías buscar la acusación del fiscal para ver los detalles.

Los dedos de Anahí golpeando el teclado resonaron en el silencioso ambiente, hasta que se detuvo y comenzó a leer en voz alta—. “*Glafira Rosales vendió decenas de obras falsas, con las que recaudó un total de 33,2 millones de dólares y transfirió una parte significativa de lo recaudado a dos cuentas bancarias en España. Por esconder esos fondos a la Hacienda en EE.UU, también se le acusa de lavado de dinero y fraude al fisco*” —concluyó de leer y, luego de un breve silencio, agregó—. Puro bla, bla y ni una palabra de María Dolores Bergantiños, ni del amante que le habría encargado un Renoir falso a *Beltracchi*.

El pobre Domecq interpretó, tal vez con razón, que Aberanda lo culpaba por la falta de avances. Entonces, en tono formal, dijo:

—Creo que ya es hora de volver a mi casa. ¿Seguimos a distancia? Gracias por la cena.

—De nada —aceptó ella, omitiendo el agradecimiento que el pobre viejo merecía por su ayuda en la búsqueda, a pesar de los magros resultados.

### XXXVIII. Final de obra

Ya sola, en su departamento, después de levantar la mesa y dejar la vajilla en la bacha de la cocina para lavarla al día siguiente, Anahí retomó la búsqueda que había estado compartiendo con Domecq, pero más acotada. Probó con (Glafira Rosales+lavado de dinero) y las coincidencias se redujeron de veinticinco mil a tres mil. De todos modos, como era una cantidad imposible de captar de un vistazo, optó por leer solo los encabezamientos. El primero, y más consultado, correspondía a una nota de *Vanity Fair* y no parecía aportar nada nuevo: “*Comerciante de arte de Nueva York acusada de fraude masivo*”. El segundo, publicado por ABC, tenía un título más prometedor: “*La conexión española del gran timo del arte*” Y a continuación transcribía un informe del *FBI*, donde constaba que “*Glafira Rosales tenía en España tres cuentas bancarias cuya existencia no notificó al Gobierno estadounidense. Según la documentación del juzgado neoyorquino, la pareja de Rosales (José Carlos Bergantiños) abrió una cuenta en el Banco Bilbao Vizcaya en la que estaban autorizados ella y un hermano de él (Jesús). En 2006 fue la propia Rosales la que abrió una cuenta en una oficina de Caja Madrid en Lugo y autorizó a los cuatro hermanos Bergantiños (José Carlos, Jesús, Ximena y María Dolores)*”.

— ¡Bingo! —exclamó Anahí y lamentó no tener a nadie con quien festejar. Después de tantas idas y vueltas recién ahora tenía un dato concreto sobre María Dolores Bergantiños.

Aprovechando que había refrescado, Anahí se sirvió una última copa de Malbec y salió al balcón que daba al contrafrente. Por un momento logró olvidar su venganza y pensó en sus hijos. Se

cuestionaba su rol de madre. Su hijo mayor estaba cerca de la adolescencia y ella temía ser considerada “la peor madre del mundo”. Por experiencia propia, sabía lo difícil que podía ser la relación entre madres e hijos en la *edad del pavo*, y ahora que las circunstancias la obligaban a ser una madre sola y físicamente distante, la aterrorizaba la idea de convertirse en “madre ausente”. Sus hijos ya tenían un padre ausente y no necesitaban otro.

El *beep* del celular interrumpió sus cuestionamientos. Abrió el mensaje de texto y leyó: «*Lindo balcón. Te tenemos en la mira*». Como alcanzada por un rayo, Anahí se tiró al suelo y reptó sobre codos y rodillas buscando el protector interior de la habitación. Recién entonces pudo enfocarse en el enjambre de ventanas y balcones que daban al pulmón de manzana y podían albergar a quien acababa de amenazarla. Lamentablemente fue un vano intento, porque no pudo detectar ninguna anomalía.

A partir de ese momento la atribulada comisaria comenzó a preguntarse si debía denunciar la amenaza, o al menos comentarla, pero... ¿Quién podría ayudarla?

En una reacción muy propia, Anahí Aberanda decidió “bancársela sola”. Al menos, hasta saber de dónde había venido la amenaza.

Una vez que cerró la ventana balcón de su dormitorio, hizo lo propio en la habitación de sus hijos. Fue entonces cuando, al ver sus silenciosas pertenencias, los extrañó más que nunca.

A la mañana siguiente, en cuanto consideró que sus hijos se habrían levantado, los llamó a Corrientes. Más allá del saludo afectuoso, los chicos no demostraron extrañarla mucho, tal vez

porque sus abuelos no le ponían límites de horarios ni para *Netflix*, ni para la *Playstation* de sus vecinitos.

En cuanto los chicos terminaron de contar las novedades que querían compartir, su madre les preguntó si se estaban portando bien y el mayor le respondió: «*pará má, ya no somos bebés*». Sin más, dijo “chau” y le devolvió el celular a la abuela. A partir de ese momento mientras Anahí quería saber más del día a día de sus hijos, la madre de la comisaria insistía en preguntar si seguía en peligro. Entonces, para evitar responder faltando a la verdad, inventó una excusa y puso fin a la tertulia familiar.

## §

Al concluir la reparación de la casona baleada en Pontevedra, Domecq organizó un “asado final de obra” sin imaginar lo que podría suceder. En principio, solo intentaba agasajar a los que habían trabajado en la chacra de Semino. Después, consideró que debía invitar a la comisaria Aberanda quien aceptó gustosa porque era una buena ocasión para agradecerle a don Anselmo la invalorable ayuda que le había prestado.

Sin embargo, obsesionada por la venganza, Anahí no quiso dejar pasar la oportunidad de discutir con Domecq los recientes datos sobre los cuatro hermanos Bergantiños. Pero eso no fue todo, como su amigo y ex comisario Joaquín Amoroso tenía experiencia en la lucha contra el lavado de dinero, Anahí se permitió invitarlo. A su vez, Joaquín insistió en que Elsie también debería estar presente para contar los detalles de su reunión con Malinka. Finalmente, para convencer a Domecq, Anahí le recordó que Joaquín ya conocía el camino a Pontevedra y podían ir los cuatro en su Jeep.

Aunque no le gustaba la idea, como su Chevy seguía en el taller, el jubilado no tuvo otra opción que aceptar la propuesta.

Esa fresca mañana de diciembre, acariciados por una brisa sureña que mecía las livianas hojas de las casuarinas, los cuatro amigos llegaron a la chacra de Anselmo Semino y comenzaron los preparativos del asado.

Al atardecer, los albañiles se retiraron del predio y don Anselmo se quedó dormido a la sombra de un olmo, disfrutando una siesta que parecía prestada por la muerte.

Recién entonces, la comisaria se sinceró ante sus amigos y reconoció que los necesitaba. Hacía meses que venía dando vueltas sin avanzar, como caballo de calesita. Había dedicado mucho tiempo a investigar robos y falsificaciones de cuadros, pero recién ahora – gracias a un informe de *Reuter*- tenía en claro que la única forma de vengarse de los Craigson era vincularlos al lavado de dinero. Al respecto, tenía en la mira las vinculaciones de Magister SA con Ximena Bergantiños y sus hermanos, pero chocaba con una telaraña financiera que solo entienden los expertos como Joaquín.

En parte porque a todos les gustan los halagos, y en parte porque habían comido mucho y bebido demasiado, ninguno rechazó el pedido de ayuda.

De allí en adelante, emulando a la jabonería de Vieytes ese bucólico rincón bonaerense albergó una verdadera conspiración. Después de un resumen introductorio, Aberanda lamentó no haber encontrado ninguna mención que vinculara a Malinka, más allá de su papel de asistente de Craigson Benitez y asesora de su viuda. Fue entonces cuando Elsie relató su entrevista a la ex reina de la Cerveza,

quien parecía temerle a doña Monserrat, al punto de negarse a hablar del Renoir buscado. Además, la forma en que había reaccionado al preguntarle por las amantes de su jefe parecía propia de una mujer despechada.

—Hablando de amantes, pude confirmar que María Dolores Bergantiños fue amante de Ernesto Lorenzo y Gustavo Craigson Benitez—dijo Aberanda.

—Y para completar el círculo de relaciones amorosas les recuerdo la que Malinka mantuvo con Bruno Rossini, quién siempre valoró la data que ella le pasaba —acotó Domecq.

—Data que lo llevó a morir quemado al allanar Magister—intervino la comisaria con innecesaria vehemencia.

—No todo es blanco o negro. Yo también entrevisté a Malinka y a pesar de que tengo más dudas que certezas, no tengo una posición definitiva—respondió Domecq—. En cambio estoy seguro de que Santiaguito Craigson es un boludo y su madre una arpía peligrosa.

— ¿Cuán peligrosa? —intervino Joaquín.

—Muerto su esposo, creo que la viuda es el personaje a temer—respondió Domecq.

— ¿Tenés pruebas? —lo increpó la comisaria y Domecq tuvo que negar con un movimiento de cabeza.

—Les agradezco la confianza de hacerme participar en estas conversaciones, pero ustedes hablan de un informe de *Reuter* que yo no leí —intervino Elsie.

—Yo tampoco —se sumó Joaquín.

—Tienen razón, les voy a pasar copia —se comprometió

Domecq—. Pero como está anocheciendo, propongo suspender acá y volver a reunirnos cuando hayan leído el informe.

Si bien todos estuvieron de acuerdo, Aberanda fue la más interesada en retirarse del lugar donde habían intentado matarla.

Luego de recoger sus cosas, justo cuando don Anselmo se acercaba para invitarlos a matear, las visitas aprovecharon para despedirse y regresar al conurbano.

### XXXI. El arte de lavar dinero

Al salir de Pontevedra de noche, con la ayuda de los potentes “buscahuellas” del Jeep, Joaquín avanzó a paso de hombre para poder sortear la larga sucesión de traicioneros baches sembrados en la ruta provincial.

Antes de llegar a Libertad, en plena oscuridad, el vehículo tuvo que detenerse en un retén policial. Mientras Joaquín mostraba su credencial de comisario retirado y Elsie buscaba los papeles del auto en la guantera, en el asiento de atrás, la comisaria Aberanda temió una emboscada y empuñó su arma reglamentaria. A su lado, Domecq la miró aterrorizado. Como ignoraba la amenaza que había recibido la noche anterior, pensó que su amiga estaba enloqueciendo. Una vez que Joaquín reanudó la marcha, Anahí enfundó la pistola y le hizo señas a Domecq para que no mencionara lo que acababa de presenciar.

Cuando el Jeep ya avanzaba sobre el asfalto iluminado, Anahí rompió el silencio y le preguntó a Joaquín sobre su experiencia en la lucha contra el lavado de dinero mediante obras de arte.

—No es novedad que las pinturas son herramientas atractivas para el blanqueo de capitales—comenzó el comisario—. Hay muchas razones. La más simple es el alto valor y el interés de compradores millonarios.

—Además son fáciles de trasladar y ocultar —aportó Elsie.

—Así es —reconoció Joaquín, premiándola con una sonrisa—. La portabilidad de las obras de arte es una gran ventaja. Las pinturas son livianas en comparación con otros artículos valiosos.

—También se pueden comprar y vender sin los registros y

escrituras que se necesitan para transferir autos o inmuebles —  
intervino Aberanda.

—Tenés razón —dijo Joaquín—. El mundo del arte está al  
margen de las estrictas regulaciones gubernamentales como las que  
padecen los sectores inmobiliarios y financieros.

—Supongo que el terrorismo también participa del tráfico de arte  
—opinó Domecq.

—Seguro. Sin ir más lejos, conocemos el canje de cuadros por  
armas concretado por la “Triple A”, —se sumó Aberanda.

—En realidad se recurre al trueque para evitar  
controles...—estaba comenzando a explicar Joaquín cuando la  
ansiosa Aberanda lo interrumpió.

—Disculpá que vaya directo al grano: ¿cómo se hace para  
esquivar los controles al movimiento de fondos?

—La operatoria más común es comprar una obra de arte y  
llevarla a una zona franca donde hay almacenes de alta seguridad que  
pueden conservarlas durante años sin sufrir daños. En el caso de  
pinturas robadas, ahí se las deja “enfriar” por el tiempo necesario  
antes de volver a moverlas. Mientras se mantengan en las zonas  
francas las obras de arte se consideran “en tránsito” y por tanto se  
evitan impuestos. Incluso se pueden vender de forma privada y  
anónima, sin salir del puerto.

—Si entendí bien, debería buscar si Magister registra actividad  
en zonas francas —resumió Aberanda.

—Eso es —confirmó Joaquín.

—Si me permiten —comenzó Domecq, ansioso por meter baza

en la conversación —. En Interpol sigue trabajando un amigo de Bruno Rossini, se llama Ariel Tello e investiga estos temas.

—Me gustaría ir a verlo —intervino Aberanda.

—Mejor comunícate por mensaje, porque Tello está en Interpol París —aclaró Domecq.

La sola mención de París predispuso mal a Aberanda quien, en vano, intentó buscar alguna frase ingenioso para justificar un hipotético viaje suyo a Francia “por razones de trabajo”. Por eso, solo dijo: — Pasame el *WhatsApp*.

El tono frío y distante que la comisaria acababa de utilizar congeló el interés de Domecq en continuar una conversación que ella misma había iniciado. Era evidente que Aberanda seguía resentida. Pero no era su culpa si el Destino -en aquel maldito incendio- eligió ensañarse con Rossini, algo menos con Aberanda y casi nada con él. Sin embargo, Anahí no lograba cerrar la grieta que la separaba del jubilado. Era evidente que él quería ayudarla, pero ciertas intervenciones le molestaban, como si hiciera ostentación de su buena suerte, ya que después del incendio ella había terminado en un quirófano y él en Europa. Por eso, cuando mencionó que Tello estaba en París ella sintió que se reabrían sus heridas.

El repentino e incómodo silencio grupal solo se quebró cuando Joaquín convocó al admirable *Charlie Parker* para que los deleitara con su *Jazz*.

## §

En Morón, cuando Joaquín la dejó en la puerta del edificio donde vivía, Anahí Aberanda tuvo la satisfacción de comprobar que se mantenía la guardia policial ordenada por la Fiscalía. No obstante eso,

siguiendo su instinto, apenas entró, revisó cada ambiente, hasta debajo de la cama. Por las dudas, no se asomó al balcón.

#### XXXX. Plaza Cumelén

Aquella noche de diciembre, a pesar de que la impiadosa humedad porteña exacerbaba sus crónicos dolores reumáticos, *Simón Weis* no dudó un instante en compartir con Domecq la primicia que la agencia *Reuter* acababa de publicar en Nueva York: “*Demandan al Museo Guggenheim por un Picasso valorado en USD 200 millones, robado por los nazis. En 1938, el matrimonio Adler tuvo que malvender ese cuadro para huir de la persecución alemana. Ahora, sus descendientes buscan que la Fundación devuelva la pintura*”.

Mientras tanto, tras el pantagruélico asado en Ponvedra, Domecq había decidido reemplazar la cena por una mateada. En eso estaba cuando recibió el mensaje de *Simón Weis*. En un primer momento tardó en reaccionar, pero de pronto comprendió que era un caso idéntico al que habían descubierto con Rocío, en su viaje a Irún. Entonces, sin esperar la confirmación de la noticia por otras fuentes, Domecq intentó sorprender a Anouk reenviándole el mensaje de Weiss, acompañado por una breve introducción:

«*Domecq:*

*Hola Anouk, la agencia Reuter acaba de publicar en NY una denuncia contra el Guggenheim que refuerza el caso de tu familia contra el Thyssen-Bornemisza. Va copia. Cariños».*

Cuando el cucú anunciaba la medianoche, entre amargo y amargo, reapareció la entrañable voz de Leonor.

— ¡Felicitaciones!

—Gracias, mi amor —agradeció sorprendido—. La verdad es que dudaba de la utilidad del viaje a los Pirineos, pero se está convirtiendo en la punta del ovillo.

— Es cierto y no es poco —reconoció ella, antes de preguntar—. ¿Qué sigue?

—Acabo de avisarle a Anouk y ahora voy a seguir leyendo la demanda contra el Museo *Guggenheim* para buscar otras analogías.

— ¿No es ese el trabajo de sus abogados?

—Sí. Pero me gusta estar bien informado.

—A Negro también le gusta estar bien alimentado pero...

— ¡Perdón, perdón! —la interrumpió su viudo—. Me olvidé. Ya mismo le preparo la comida a tu gato.

«Cuanto más viejo, más distraído» —pensó el resignado espíritu de Leonor.

Como si hubiera escuchado a su difunta patrona, Negro se quejó con un maullido estridente, agudo y prolongado. Eyectado de su asiento, Domecq intentó acariciar al arisco animal que ya se dirigía a la cocina donde lo esperaba su plato vacío. Para desgracia del viudo, en la heladera no quedaba nada apto para felinos y fue necesario subir a una banqueta y buscar en el armario un paquete del costoso alimento reductor de alérgenos. Cuando finalmente le ofreció el plato repleto, Negro lo miró como preguntando: « ¿Era tan difícil? ».

De regreso en la salita de estar, Domecq se detuvo a mirar la fotografía sacada en la confitería "*Bellevue*" con motivo de las *bodas de plata*. Leonor estaba hermosa. En realidad, era hermosa. En la foto evidenciaba su excelente salud y la esperanza de toda una vida por delante. Pero, de repente, apareció la muerte.

A falta de consuelo, Domecq había tenido que asumir la certeza de la mortalidad. Pero ahora no quería pensar en la muerte, ni en la de ella ni en la propia. Tenía entre manos algo potencialmente útil: ayudar

a una amiga a recuperar una pintura arrebatada por los nazis. Entonces, se propuso continuar investigando.

Agotada el agua del termo, el veterano detective de Castelar decidió reemplazar el mate por un buen café *Franja Blanca*, molido para bolsita, tal como le gustaba desde que tenía uso de razón.

Ya de nuevo frente a la computadora, retomó la lectura del reciente informe de Reuter. En cuanto la pantalla le mostró la pintura de Picasso "*Mujer planchando*", Domecq volvió a quedar cautivo de la imagen de esa mujer alta y delgada, de rasgos angulosos y brazos muy largos, encorvada por el cansancio sobre la tabla de planchar. Por un momento, el jubilado compartió el infinito agobio de aquella mujer creada por Picasso.

Al recaer en un estado de ansiedad y extraña inquietud, comprendió que no podría sacar provecho de lo que intentaba leer. Convencido de que tampoco lograría conciliar el sueño, salió a caminar, en plena noche, hasta que el cansancio lo venciera.

Una vez en la calle, lamentó no tener un perro. No solo tendría protección sino también compañía. Se sentía solo. Irremediable y definitivamente solo.

En Castelar el calor no daba tregua. Pasada la medianoche, el asfalto de las calles conservaba el resabio de un día bochornoso. Al llegar a Santa Rosa el jubilado comprobó que el bullicio tampoco respetaba los días de semana, entonces caminó hasta Plaza Cumelén y se sentó a mirar las inmóviles hamacas, esperando en vano los hijos que nunca tuvo. En ese instante se sintió inmerso en la nada misma.

De pronto, más allá de las hamacas, detrás del colorido vagón intervenido por pintores de la zona, algo se movió. Al principio, los cansados ojos de Domecq intentaron en vano penetrar la oscuridad para confirmar el movimiento sospechoso. Pero al seguir prestando atención, entre las oxidadas ruedas del tren, descubrió las piernas de alguien que intentaba permanecer oculto.

Intranquilo, el jubilado recordó que a esa hora la inseguridad se concentraba en motochorros o drogadictos en busca de plata para seguir consumiendo. Había una tercera posibilidad pero prefirió no pensar en ella.

A pesar de sus gruesos cristales de aumento, Domecq no lograba divisar a quién lo observaba. Entonces, se levantó y caminó hacia la estación iluminada.

El trayecto, bordeado de plátanos que ocultaban las luminarias, estaba oscuro. Demasiado oscuro. Era como un túnel vegetal, de troncos, ramas y hojas. Los negocios habían cerrado, no había taxis, ni colectivos y la estación de tren estaba lejos. A sus espaldas, la sombra lo seguía.

« ¿Estará más cerca? » —se preguntó y, por las dudas, se alejó de las vías, cruzó la calle y dio un vistazo hacia atrás.

«Está a menos de una cuadra» —se respondió.

Ahora, caminando por la vereda que bordea los altos edificios, el ruido de los aparatos de aire acondicionado ensuciaba el silencio.

«Si empieza a correrme estoy frito» —masculló Domecq, preocupado por encontrar la forma de despistar a su perseguidor. Por las dudas, apuró su paso de hombre mayor.

Todavía faltaban un par de cuadras y ya estaba agitado. Las

piernas le respondían pero la respiración lo inquietaba. No estaba exhausto ni mucho menos, pero no podía seguir así durante mucho tiempo.

« ¡El kiosko!» —masculló esperanzado al recordar el pequeño local instalado frente a la parada de colectivos y que debería estar abierto.

Sin embargo, poco más adelante, balbuceó una puteada al comprobar que el kiosko estaba cerrado.

Un justificado pesimismo se adueñó de Domecq: cuanto más demoraba el enfrentamiento más cansado estaría. Entonces, ¿debía seguir o parar y enfrentarlo?

Volvió a mirar de reojo y se sorprendió al comprobar lo cerca que estaba el perseguidor, quien no disimulaba que lo seguía. Era alto y flaco, vestía remera, short y una gorra calzada hasta las orejas. Pero no pudo distinguir si tenía un arma o algo amenazador en sus manos.

Por un momento intentó imaginar qué harían los personajes de sus novelas en una situación similar, pero la triste realidad no ofrecía las ingeniosas opciones de la ficción. Por lo tanto, decidido a no darse por vencido se esforzó por mantener el ritmo de sus pasos.

Cuando el miedo aumentaba a la par de su cansancio, Domecq divisó la luz de un comercio abierto.

« ¡Tarzán!» —murmuró esperanzado. Si bien a esa hora ya no habría clientes, el personal de limpieza podría estar baldeando el piso, para dejar todo listo para el desayuno.

Instintivamente, gastó las últimas energías en un trote agónico hasta la vereda del bodegón.

— ¡Maldición! —exclamó a viva voz cuando descubrió que la

persiana estaba baja.

Sin opciones, al descubrir que el perseguidor estaba a punto de agarrarlo, el viejo Domecq se tiró de cabeza por el pequeño hueco de la puerta metálica usada para salir y colocar el candado externo.

Maltrecho por el golpe contra los antiguos mosaicos de Tarzán, Domecq levantó la cabeza y vio la cara amiga de uno de los empleados.

— ¿¡Señor Domecq!? —exclamó sorprendido el mozo, antes de preguntar —. ¿Se siente bien?

### XXXXI. Bulín porteño

Cuando el empleado de “Tarzán” estacionó en Italia y Larralde, Domecq le agradeció el viaje, descendió del asiento trasero de la pequeña moto usada para el delivery y entró en su casa. Estaba tan dolorido en cuerpo y alma que no revisó si había algo fuera de lugar. Rengueaba y tenía el pantalón roto en la rodilla. Sentía vergüenza por haber protagonizado el papelón más grande su vida. Una escena ridícula hasta para el más absurdo antihéroe de sus novelas. Se había zambullido en el interior del bodegón alegando un peligro inminente que nadie pudo confirmar.

« ¿Quién me perseguía? ».

« ¿Y si no me perseguía? ».

« ¿Fue real o aluciné? » —se preguntó sin animarse a buscar respuesta.

Todo era un misterio. El miedo había alterado su percepción de la realidad y lo único cierto era el tremendo golpe causado por el piletazo sobre el piso del restaurante.

En su intento de escapar del agobio insoportable de esa loca desesperación, Domecq recurrió al alcohol y a los somníferos.

Muchas horas más tarde, cuando los maullidos de Negro pidiendo comida lograron despertarlo, el pobre jubilado se sintió en el peor de los mundos. Náuseas, palpitaciones, dolor de cabeza y una irrefrenable necesidad de vomitar lo arrastraron hacia el baño. Tardó en salir.

Negro no cesaba de maullar pero su patrón permanecía sentado en la bañera, bajo el chorro frío de la ducha. Harto de esperar, el animal fue a la cocina, subió a la mesada, abrió la alacena y manoteó

un paquete de alimento para gatos. Una vez roto el envase y su contenido desparramado por el piso, comió hasta saciarse.

Mientras tanto, Domecq había logrado salir del baño y estaba tirado sobre la cama, nuevamente dormido, en un vano intento de soñar con una vida mejor.

Al volver a despertar, seguía con malestar estomacal y un tremendo cansancio. Su cuerpo iba a necesitar tiempo para eliminar las toxinas y superar la resaca. Le vendría bien uno de los brebajes para levantar caballos que preparaba Leonor, pero en su casa ya no quedaban esos yuyos mágicos. Entonces, optó por exprimir limones y mezclar el jugo con un poco de soda fría.

Entre sorbo y sorbo, limpió el desastre hecho por el gato y que competía con el propio. Después, revisó los mensajes entrados. En uno Anouk lo estimulaba a continuar investigando la demanda contra el *Guggenheim*. En otro, *Simón Weis* le aportada noticias frescas de *Reuter NY*. Pero la falta de noticias de Aberanda bastó para hacerlo flaquear y poner en duda la continuidad de su ayuda a la comisaria: «Parece que ya no me necesita».

Desmoralizado, Domecq fantaseó con abandonar todas sus investigaciones y recuperar la sencilla vida de jubilado que escribe, juega ajedrez y cuida un gato. Pero esa utopía duró sólo un instante, hasta que logró separar la paja del trigo. Se alejaría de Anahi y su Renoir, pero continuaría colaborando con Anouk en la recuperación de su Matisse.

Sin más, comenzó a leer las novedades de *Reuter* sobre la demanda de la familia *Adler*. “*En 1938, Karl Adler, uno de los mayores empresarios de Europa, tuvo que malvender un Picasso para poder*

*huir de la persecución nazi. Se trataba de la pintura “Mujer planchando”, que medio siglo después fue donada al Museo Guggenheim. En USA, las víctimas del expolio no tenían una protección legal específica hasta que, en 2016, la Administración del presidente Barack Obama sancionó la “Ley de Recuperación de Arte Expropiado del Holocausto”. Cuando los herederos de Karl Adler descubrieron que el Guggenheim tenía el Picasso “Mujer planchando”, invocaron la ley Obama para denunciar la posesión ilícita por parte del famoso museo. Pero recién en diciembre de 2022, la Corte Suprema de Manhattan aceptó tratar la demanda de la familia Adler sobre la propiedad de este Picasso valuado en 200 millones de dólares”.*

Reconfortado por un té con mucho limón, Domecq encaró una ímproba lucha lingüística contra el denso inglés jurídico utilizado en la redacción de la Ley Obama. Luego de una larga pelea para descifrar la traducción automática de la hermética jerga procesal yankee, llegó a un par de conclusiones. Primero, el demandante debe probar que la obra reclamada es la misma que fuera expoliada por los nazis. Segundo, no en todos los países hay legislación equivalente a la Ley Obama.

Satisfecho por la información obtenida, redactó un mensaje para Anouk, incluyendo una síntesis y sus conclusiones.

En un raptó de injustificado optimismo sobre el reconocimiento que merecería su esfuerzo, Domecq sintió ganas de festejar. Sin embargo, al oler el bouquet del cognac que estaba por servirse, reaparecieron las nauseas de la resaca.

En el bulín de San Telmo, mientras Elsie continuaba durmiendo tendida sobre la cama, Joaquín se levantó sin hacer ruido y utilizó el celular para hacer una búsqueda.

— ¿Qué haces? —preguntó ella sin siquiera levantar la cabeza, ni tapar su desnudez.

—Nada, seguí descansando.

— ¿Estás chateando con otra? —ronroneó Elsie, mitad en broma y mitad no.

— ¿Parezco tan tonto?

— ¿Entonces?

—Busco datos de zonas francas.

— ¿Zona franca o puerto franco? —preguntó Elsie, apenas cubierta por la sabana.

—Una zona franca puede o no incluir un puerto. Por ejemplo, supongamos que...—susurró Joaquín, mientras volvía a la cama y se deslizaba debajo de la sábana.

## §

«Esto no es vida» —rezongaba la comisaria Anahí Aberanda, sentada en el sillón del living de su departamento, con un vaso de vodka en una mano y la pistola reglamentaria en la otra.

Había pasado la noche en vela. Siempre alerta. En su cabeza retumbaba, una y otra vez, la última amenaza: «te tenemos en la mira». No había cenado, ni se había animado a darse una ducha. Ahora, el ruido de los primeros colectivos y el canto de los zorzales anunciaban el amanecer.

No podía quedarse. Tenía que irse, pero no sabía adónde. La casa de Domecq y la chacra de Pontevedra estaban descartadas. El

departamento de Joaquín se había convertido en bulín. Mocrete siempre era una opción, pero tarde o temprano la encontrarían y pondría a sus padres en peligro. Además, allí estaban sus hijos

Cuando la música de Mozart le avisó que había llegado un mensaje, Anahí se preguntó quién podría estar despierto a esa hora de la madrugada. Lo que jamás hubiera imaginado era el contexto en el que Joaquín le había escrito sobre zonas francas.

Al ver la mención a Uruguay, saltó la introducción y leyó directamente ese párrafo. “En América del Sur, la zona franca de *Colonia del Sacramento* cuenta con el mejor equipamiento para albergar obras de arte por largo tiempo”.

De inmediato, sin pensarlo dos veces, buscó los horarios del ferry de Buquebus que cruza de Tigre a Carmelo, donde el control fronterizo permite ingresar a Uruguay sin necesidad de presentar pasaporte.

Esa misma mañana, luego de tres horas de navegación, Anahí Aberanda desembarcaba en tierra uruguaya. Había disfrutado el *brunch* o desayuno tardío que ofrecían a bordo y estaba en condiciones de buscar alojamiento. Pero antes, aprovechó el tradicional servicio de locutorios orientales y habló un buen rato con su incrédula madre, quien no entendía nada porque desconocía las verdaderas causas de la imprevista huida de Anahi.

Al momento de pagar el oneroso servicio telefónico, la comisaria se interesó en un pequeño afiche manuscrito ofreciendo alojamiento en una “coqueta y acogedora posada rural con encanto, rodeada de verde, animales y pájaros”. Luego de llamar para acordar el precio, un bien conservado *Citroën 2 CV* pasó a buscarla. Poco después, al

llegar a “*El refugio*”, Anahí Aberanda sintió que había encontrado su lugar en el mundo. Solo faltaban sus hijos.

## XXXXII. Carmelo (ROU)

Por segundo día consecutivo, Domecq amaneció con nauseas y se juró no volver a mezclar alcohol con somníferos. Tenía ganas de remolonear un rato más pero al escuchar un maullido de Negro se levantó para prepararle la comida antes de que comenzara a arañar la alacena.

Una vez que la mascota de Leonor quedó satisfecha, el jubilado comenzó a prepararse el té con limón que había reemplazado a las mateadas matutinas. Mientras el agua se calentaba, revisó el celular y encontró un elogioso mensaje de Anouk:

*«Anouk Rosenberg:*

*Bonjour Domecq. A partir de tu informe, mis abogados le exigieron al Museo Thyssen-Bornemisza que Sotherby's pueda examinar el Matisse que asumen como propio, para determinar si es el mismo cuadro que le arrebataron a mi bisabuelo.*

*Además, tengo una buena noticia en respuesta a tu pregunta. En efecto, en Francia tenemos un equivalente a la ley Obama sobre las obras expropiadas por los nazis. Me parece que tus honorarios podrían resultar mi mejor inversión. À bientôt».*

Halagado, Domecq pensó en brindar pero su hígado le recordó que había otras formas menos dolorosas para pasar a mejor vida. Se sentía contento y quería festejar, pero estaba solo. Desde la muerte de Leonor su vida carecía de sentido, se aferraba a sus efímeros logros como detective y a su vano intento de recuperar recuerdos mediante el entretenimiento de la escritura. Pero eran gotas

de agua que se escurrían entre sus dedos y pronto terminaba con las manos vacías.

— ¡Te felicito! —de pronto apareció la voz atemporal del amor de su vida.

— ¡Gracias, Leonor! Pero...

—Nada de peros —lo interrumpió—. Si en las malas aceptás las críticas, en las buenas tenés que aceptar los elogios.

—Tenés razón. Pero no quiero cantar victoria antes de tiempo.

—Está bien. No pude cambiarte estando a tu lado durante toda mi vida, ahora no voy a lograrlo en un instante desde el más allá.

— ¡No te enojés! —pidió él.

—No puedo enojarme. En realidad tampoco puedo alegrarme, ni reír, ni soñar, ni besarte, ni abrazarte, ni acariciar a un bebé o a una mascota. No puedo observar un colibrí ni una mariposa, ni oler el perfume de una flor. Tampoco puedo escuchar a Mozart ni admirar un Matisse. Ni siquiera puedo ver los amaneceres, las puestas del sol o un cielo estrellado. Estoy muerta. Definitiva e irremediabilmente muerta.

En Uruguay, desde la panorámica terraza de un bar de Carmelo, Anahí Aberanda disfrutaba del atardecer que enrojecía el Río de la Plata. El sol había convertido al cielo azul en naranja, luego en rosa tenue y más tarde en púrpura. Recién cuando comenzaban a aparecer las primeras estrellas, Mozart la interrumpió con un mensaje.

*«Joaquín:*

*La Zona Franca Colonia tiene instalaciones aptas para conservar pinturas. Por su ubicación geográfica y facilidades logísticas es un punto de referencia para*

*el acceso a los mercados de la región y de ultramar”.*

«Bla, bla, bla» —pensó Anahí mientras saltaba párrafos hasta encontrar una mención a las inversiones especulativas en arte.

*/// “Se conoce como “arte lingote” a los cuadros comprados a la espera de que suban los precios y cuyos dueños, en vez de colgarlos en una pared, los almacenan en bóvedas con atmósfera controlada, donde están protegidos con cámaras de vigilancia y paredes ignífugas”.*

«Nada nuevo» —insistió con pesimismo.

*/// “Ante la perspectiva de que las zonas francas se conviertan en guaridas para el contrabando y el lavado de dinero, en 2022 las autoridades de Interpol solicitaron a los países miembros que realizaran auditorías del contenido de esos depósitos”.*

« ¡Interpol!» —exclamó la comisaria mientras ya pensaba en Ariel Tello.

Sin preocuparse por la diferencia horaria, Anahí le envió un mensaje al agente de Interpol radicado en París. Luego de presentarse como amiga de Bruno y de Domecq, y aclarar que este último le había facilitado el número de contacto, le preguntó si era posible conseguir el inventario de la Zona Franca Colonia o, al menos, el listado de los clientes activos.

Como ya era muy tarde para volver a hablar con sus hijos, la morocha correntina pidió un trago largo y permaneció disfrutando del cielo estrellado que no lograba reflejarse en el inquieto río.

Entre sorbo y sorbo, sin proponérselo, Anahí Aberanda sintió tristeza por el arte encerrado en depósitos como si fuera un *commodity*.

« ¿Acaso las obras de arte no son creadas para ser vistas? » — se preguntó antes de hacer una afirmación imposible de confirmar—. «Si Renoir estuviera vivo y viese que sus pinturas están almacenadas como cereales o minerales, quedaría devastado».

## §

Joaquín la miraba con ojos ávidos, estudiaba cada detalle de su cara y de su cuerpo, la perfección de sus labios, la suavidad de su piel y las líneas de sus pechos. De pronto, Elsie despertó y lo miró desde el pálido verde de sus ojos claros.

— ¿Qué pasa? —ronroneó ella.

A falta de respuestas, la besó en la boca hasta que un inoportuno beep estropeó la magia del momento.

— ¿Es el mío? —masculló ella.

Sin responderle, Joaquín le acercó el celular.

—Es Malinka ¿Atiendo?

Interpretando el silencio como un sí, Elsie se sentó en la cama, semicubierta con la sábana, y atendió.

—Necesito verte urgente ¿Estás en Ituzaingó? —la urgió la pelirroja.

—No. Estoy en San Telmo.

—Mejor. Yo estoy en Recoleta. ¿Nos encontramos en el Tortoni?

— ¿Cuándo?

—Lo antes posible. Ya salgo para allá. No me falles, por tu culpa estoy en peligro—dijo Malinka en tono dramático.

— ¿Por mi culpa?... ¡Hola!... —insistió pero Malinka ya había cortado.

— ¿Qué pasa? —preguntó Joaquín.

—Malinka quiere verme urgente, dice que por mi culpa está en peligro

— ¿Serán los cabezas rapadas de “Skym”?

— ¿O la viuda de Craigson?

Gracias a que Joaquín la llevó en su Jeep, Elsie —a cara lavada— llegó a cafetería más antigua del país justo cuando Malinka pedía su desayuno.

—Yo quiero lo mismo — le avisó al mozo, antes de increpar a la pelirroja—. ¿Qué carajo te pasa?

— ¡La vieja me tiene en la mira!

— ¿Por qué?

—Está convencida de que trabajás para Domecq y que te pasé datos del puto Renoir.

— ¡Mentira! —exclamó lacónicamente.

— ¡Ya sé, boluda! Pero lo importante es que ella está convencida y me quiere silenciar...

— ¿Estás segura? — preguntó Elsie casi tan asustada como Malinka.

— ¡Sí! Don Gustavo le temía a su esposa y la espiaba. Cuando él murió yo mantuve todo como estaba y por curiosidad, empecé a revisar las grabaciones. Llegó un momento que decidí guardarlas porque creí que me servirían para negociar mi salida. Pero a partir de que me entrevistaste en la cervecería descubrí que Monserrat le había ordenado a uno de sus gorilas que me espiara noche y día.

— ¿Eso es grave?

— Sí, porque esa data se la suelen pasar a los “limpiadores” como el que le mandaron a la comisaria Aberanda.

— ¿El que murió en casa de Domecq?

— Sí y los que la balearon en Pontevedra.

— ¿Tenés copia de las escuchas?

— Sí, pero no te la voy a dar hasta que me consigas un pasaporte falso.

— ¿Estás loca? Yo no tengo ni la más pálida idea de cómo conseguirlo.

— Pero mi abuelo sí. En esta memoria tenés mi foto y mis nuevos nombres.

— ¡Pero,...!

— ¡Dejame hablar! Estoy apurada. Seguro me están espiando. Debajo de mi servilleta está el pendrive. Empieza con el teléfono de contacto del falsificador amigo de mi abuelo.

— ¿Un miembro de la “AAA”?

— Obvio. Lo llamás y decís que te manda Malinka, la nieta de Ernesto Lorenzo. Él te va a decir cómo pasarle los datos y dónde retirar el pasaporte.

— ¿Y por qué no vas vos?

— Porque me vigilan y si hago algo sospechoso me limpian antes de que pueda rajarme. Estar acá, con vos, es algo que podían imaginar después de “Skym”, pero si me ven con el falsificador “soy boleta”.

— ¿Tu abuelo no puede protegerte?

— Está incomunicado, en prisión domiciliaria.

En cuanto la pelirroja salió del “Tortoni”, Elsie llamó a Joaquín y trató de explicarle. Le pidió que regresara al depto de San Telmo. Que ella iba a ir en taxi y bajaría en la plaza Dorrego para intentar despistar

a los que pudieran seguirla.

— ¡Dejá que pase a buscarte! —insistió Joaquín, alarmado.

— ¡No! Por favor, haceme caso. Andá para tu departamento y dejame tomar mi desayuno, que después de una noche tan apasionada estoy muerta de hambre. Nos vemos en tu bulín. Muak.

En cuanto Elsie salió del icónico café y comenzó a caminar por la vereda de la avenida de Mayo, Rocco Sinagra apagó el cigarrillo y la siguió.

### XXXIII. Rocco Sinagra

Rocco Sinagra tenía 29 años, un ojo bizco y mirada desafiante. Era un tipo grande, muy grande. Medía 1,80 y pesaba 120 kilos de una masa de músculos trabajados diariamente durante horas. A falta de algo mejor, sábados y domingos el patovica ejercía su despótico poder de veto en la puerta de boliches mientras que durante la semana se desempeñaba como vigilador en Parque Leloir.

Rocco extrañaba a don Gustavo. Esos habían sido buenos tiempos. Mucha acción, armas, joda y buena guita. En cambio, con Santiaguito se aburría y además, sin las extras por “palizas a la carta” tenía que sumar ingresos trabajando como portero en una discoteca.

«Por suerte, la semana pasada me descargué con ese pelotudo que jodía con el dron. Le di de lo lindo, pero el guacho logró encajarme un portazo y rajar. Igual, le dejé la jeta llena de mis recuerdos. Como anoté la patente del Jeep puedo ubicarlo para vengarme» —pensó mientras se entrenaba golpeando una bolsa de arena.

Un par de días atrás había tenido un encargo raro. Tuvo que ir a buscar a un viejo díscolo que vivía en Castelar. Tenía órdenes de ponerle capucha y llevarlo a la fuerza, salvo que el tipo aceptara que le taparan los ojos. Para desilusión de Rocco el jubilado aceptó “por las buenas” colocarse unos anteojos opacos y en vez de un secuestro fue un paseo a ciegas. Después, en la caballeriza, había esperado que su nuevo jefecito le pidiera que apretara al viejo, pero el flojón de Santiago prefirió jugarla de ofendido y soltarlo en vez de apretarle los huevos hasta que confesara.

«A la que tengo que ganarme es a doña Monserrat. Esa vieja no me tiene confianza porque fui fiel a su marido, pero muerto el jefe viva

la jefa aunque le moleste al jefecito. Recién hoy me sacó del freezer y me mando a seguir a Malinka. Ahora le avisé que estaba en el Tortoni con una rubia oxigenada y la viuda me ordenó que dejara a la pelirroja y siguiera a la otra» —rumiaba Rocco, mientras acechaba, en la avenida de Mayo, fumando en la vereda de enfrente al café Tortoni.

«Ahí sale. Va a tomar un taxi. Por suerte vine en moto» —se dijo Rocco Sinagra.

Después de un complicado cruce de la 9 de julio, esquivando piqueteros, el taxi llegó a pleno San Telmo y se detuvo en Plaza Dorrego. La rubia descendió y empezó a caminar entre los puestos de venta de antigüedades del sofisticado mercado de pulgas.

Rocco estacionó la moto sobre la vereda de la plaza y se apuró a seguirla. Justo cuando se estaba acercando a la mina, alguien lo atacó por la espalda, le dio un terrible golpe en la nuca y lo derribó. Al recuperarse, las personas que le ayudaron a levantarse mencionaron a un supuesto motochorro que al agredirlo había perdido la llave de una moto. Más avergonzado que dolorido, Rocco agarró las llaves sin mencionar que eran las suyas.

« ¿Qué carajo me pasó? » —se preguntó el patovica sin asociar que esos mismos puños ya lo habían golpeado en otra oportunidad.

Sorprendida por el revuelo que acaba de producirse a sus espaldas, Elsie sintió cómo la vigorosa mano de Joaquín la agarraba del brazo y la hacía entrar a un bar que tenía acceso por dos calles distintas. Luego de ingresar por Humberto Primo y sentarse en una mesa junto a la puerta de salida a Defensa, Joaquín se lució ante su media naranja narrando cómo acababa de salvarla de las garras del mismo gorila que lo había atacado en Parque Leloir, cuando estaba

filmando desde el dron.

Después de un rato, ya más tranquilos ante la falta de noticias del perseguidor, Joaquín –habitué del lugar – le explicó a Elsie que estaban en uno de los bares notables de Buenos Aires, un verdadero cafetín con recuerdos nostálgicos, visitado por Borges y Sábato, cuyos estantes de madera atesoraban viejas botellas de ginebra, anís y coñac, que pudieron haber soboreado desde Gardel y Le Pera, hasta Robert De Niro, Eric Clapton y Robert Duvall.

Cuando ya estaban por pedir unas cervezas con algo para picar, Joaquín descubrió la silueta del patovica acercándose a la puerta del bar que daba a Humberto Primo. Sin decir palabra, el ex comisario se paró, volvió a agarrar a Elsie del brazo y juntos corrieron hacia la otra puerta con salida a la calle Defensa. Como justo pasaba un taxi, lo paró y ambos subieron. Tenían que huir y no podían regresar al departamento de San Telmo. Como la casa de Elsie en Ituzaingó estaba demasiado lejos, Joaquín optó por lo primero que le pasó por la cabeza.

—A un hotel alojamiento, por favor—pidió el comisario retirado, mientras el tachero lo observaba con una mirada socarrona por el retrovisor y comenzaba a silbar “Muchachos”.

## §

Contemplando el Río de la Plata desde el jardín natural de la posada “El refugio”, mientras desayunaba con tortas fritas calientes, Anahí recibió una visita inesperada. Sin hacer ruido, en forma sigilosa, se le acercó un viejo caballo. El animal no la miraba, simplemente pastaba y de tanto en tanto avanzaba un paso.

Instintivamente, como en su infancia campesina, Anahí lo

acarició y por un instante el noble animal la miró a los ojos y compartió con ella un momento de felicidad.

El hechizo apenas duró hasta que el caballo bajó la vista y siguió comiendo, ensimismado, tal vez rememorando las proezas de su juventud.

Cuando reapareció el sol, Anahí se apresuró a regresar a su habitación para reforzar el imprescindible protector solar. De paso, revisó su celular y encontró la breve respuesta de Ariel Tello. Interpol no había logrado acceder al inventario de la Zona Franca Colonia y ni siquiera tenía un listado con los nombres de los clientes, sino apenas una base de datos numérica con la *Clave Única de Identificación Tributaria* de los operadores acreditados. Por lo tanto, para hacer una búsqueda, era imprescindible que Aberanda le informara el CUIT de la empresa sospechosa.

«Algo es algo» —pensó la comisaria y, luego de revisar sus archivos, le envió a Tello el CUIT de Magister SA.

Mientras escuchaba un chamamé ejecutado por Tarragó Ros, llegó la respuesta del agente de Interpol: «Esa empresa nunca operó en la ZFC».

Presa del desánimo, Anahí dejó el celular, se puso el sombrero de paja y salió a caminar junto al río. Un buen rato después, aprovechando la sombra de un montecito de sauces llorones, se sentó a descansar. Sin proponérselo, inició una autocrítica.

Ser comisaria siempre había sido estresante, pero después del atentado con bombas incendiarias y los ataques que sufrió en casa de Domecq y en Pontevedra, Anahí vivía en alerta. Ahora, su transitorio refugio en Uruguay le estaba brindando seguridad física, pero además

podría ayudarla a reparar su equilibrio emocional y mental.

«Necesito recuperar la armonía entre lo que pienso, lo que siento y lo que hago» —reconoció. «Tengo que recuperar el control sobre mis pensamientos, sentimientos y acciones» —se propuso.

Lentamente, se recostó sobre el pasto y sintió su frescor relajante. Simpre mirando hacía arriba, se estiró y luego relajó sus músculos. Puso las palmas de las manos sobre su abdomen e intentó estar atenta a la respiración, inhalando y exalando.

El fétido aliento del caballo la despertó abruptamente. Se había quedado dormida y el animal se había acercado como para olerla. De inmediato, Anahí se puso de pie, sacudió el pasto de su ropa y regresó a la posada.

Antes de entrar a la coqueta casona, como un flash, un nombre apareció en la mente de la comisaria: Wildestein. Se trata de la famosa galería, vinculada a la tráfico de arte confiscado por los nazis, que había sido absorbida por Magister, incluyendo el trágico depósito que ardió en Castelar.

Sin perder un segundo, buscó el celular y le envió a Ariel Tello el número de CUIT de esta nefasta galería.

«*Wildestein está activa*» —fue la sucinta pero trascendente respuesta del agente de Interpol.

#### XXXXIV. Parque Chas

Rabiosa por la inconsulta decisión de Joaquín de esconderse en un hotel alojamiento, Elsie se acercó a la nuca del conductor del taxi y, en tono lo suficientemente firme como para que no quedaran dudas, le cambió la dirección de destino.

—A Berna y Marsella, en Parque Chas.

Por el retrovisor, el tachero consultó con la mirada a Joaquín quien dio su consentimiento con un gesto afirmativo. No era ese el lugar ni el momento para discutir con su pareja.

En cuanto llegaron a la esquina indicada, Elsie pidió avanzar unos metros, pero el taxista se negó, argumentando que le sería imposible volver a salir.

Incrédulo, el ex comisario increpó al díscolo conductor, quien argumentó que colegas suyos habían intentado avanzar en ese laberinto, respetando rigurosamente el giro siempre a la derecha, y no habían podido dar vuelta a la manzana.

— ¿Y si intenta girando siempre a la izquierda? —argumentó Joaquín.

—Tampoco se sale —respondió el tachero y agregó—. Según Dolina, dos personas salieron de esta esquina y caminaron en dirección opuesta para dar la vuelta a la manzana y encontrarse a mitad del recorrido. Sin embargo nunca se volvieron a cruzar.

Apenas logró que la pareja descendiera de vehículo, el taxista giró en “U” y desapareció raudamente.

— ¿Por qué vinimos a semejante lugar? —preguntó molesto Joaquín.

—Lo elegí porque este laberinto es ideal para perder a tus

perseguidores.

— ¿Y ahora?

—Avanzamos caminando hasta la avenida y llamamos un Uber para ir a buscar tu Jeep. De ahí en más, decidí vos —respondió Elsie.

Después de muchas vueltas, de nuevo en San Telmo, el Uber los dejó en San Juan y Defensa frente a la playa de estacionamiento donde Joaquín Amoroso tenía un abono mensual.

Una vez que Elsie subió al Jeep, mientras le pasaba un trapo al parabrisas, Joaquín vió de reojo una masa humana que a toda velocidad se abalanzaba con furia contra él. Antes de impactar contra su camioneta el ex comisario pudo reconocer a su atacante: era el mismo gorila que había enfrentado en Parque Leloir y en la feria de San Telmo. A pesar de estar aturdido por el golpe, Joaquín logró esquivar un puñetazo arrojado con fuerza inusitada y contraatacar atenazando la cabeza del patovica, quien zafó aplicándole un contundente codazo en las costillas. Amoroso acusó el impacto, trastabilló, pero apoyó la rodilla y después el codo para no quedar desparramado en el piso.

De nuevo frente a frente, aprovechando su mayor envergadura, el agresor tiró una patada voladora que impactó en los riñones de Joaquín, haciéndolo doblar de dolor y quedar expuesto a un rodillazo en la nariz que lo tiró al suelo. Sin darle tiempo a reaccionar, Rocco Sinagra comenzó a patearlo en el suelo, una y otra vez hasta que un balazo le voló una oreja.

Dentro de la camioneta, Elsie había tenido el dramático privilegio de presenciar esa agresión frente a sus ojos, padeciendo cada golpe como si impactara en su propio cuerpo. Al buscar el celular de su

pareja, había abierto la guantera y encontrado la pistola reglamentaria del ex comisario. Sin dudar había apuntado y disparado.

Enfurecido, con el rostro ensangrendato, como una bestia herida de muerte, Rocco Sinagra se dio vuelta e intentó meter la mano por la ventanilla para agarrar a Elsie por el cuello justo cuando ella volvía a apretar el gatillo y la bala destrozaba la mano agresora. Quebrado de dolor, el hombrón cayó de rodillas y recibió un posterior portazo en la cabeza cuando Elsie bajó de la camioneta para ayudar a Joaquín.

Alertado por los disparos, el dueño del garaje llamó al 911. Cuando los efectivos llegaron junto al Jeep encontraron a Rocco Sinagra tirado en el piso, boca abajo, empapado en su propia sangre. En su muñeca derecha ostentaba un torniquete con el que Elsie había intentado frenar la hemorragia, mientras Joaquín lo mantenía inmovilizado apuntándole a la nuca.

La pronta intervención de los abogados de la policía bonaerense, evitaron que el comisario retirado Joaquín Amoroso y su pareja Elsie Martín pasaran la noche en un calabozo de la ciudad.

Por su parte, Rocco Sinagra tuvo que ser sometido a una intervención quirúrgica de urgencia para intentar salvarle la vida mediante la amputación de algunos dedos de la mano derecha.

## §

Al enterarse del ataque a Joaquín y Elsie, más la persecución a Domecq, todo esto sumado a los atentados contra su propia vida, la comisaria Anahí Aberanda les propuso a sus amigos compartir el refugio uruguayo, para barajar y dar de nuevo.

A falta de una alternativa mejor, los tres amigos se trasladaron a Carmelo y se alojaron en la misma posada rivereña. Luego de un

breve descanso, sentados frente al río, intentaron ordenar sus ideas. Los cuatros habían sido agredidos y necesitaban saber si los ataques estaban vinculados y, en ese caso, quién y por qué quería eliminarlos.

—El patovica que me atacó en Leloir y en San Telmo, se llama Rocco Sinagra —comenzó Joaquín, sin poder disimular el dolor que le causaba hablar con la cara todavía hinchada por la paliza sufrida.

—Parece ser el mismo tipo que me llevó a ver a Santiaguito Craigson Cambó. Pero a mí me trató bien —intervino Domecq.

—Lo fundamental es que Rocco confiese quién le dio la orden de atacarnos —opinó Joaquín.

—Por ahora está internado con custodia policial —acotó Elsie.

—Entonces no debemos permitir que salga en libertad antes de contar todo —dijo la comisaria Aberanda:

—Tampoco podemos olvidar a Malinka —dijo Elsie—. Esa piba me dio un pendrive con sus datos para que le consiga un pasaporte trucho y poder huir de Monserrat Cambó.

— ¿Por qué quiere huir? —preguntó Aberanda con gesto de preocupación.

—Según Malinka, Craigson Benitez no confiaba en su esposa y la controlaba con micrófonos ocultos —explicó Elsie antes de agregar—. Cuando él murió, Malinka que era su secretaria pudo acceder a esas escuchas y descubrió la perversidad de la viuda. Hace poco, la piba escuchó cómo doña Monserrat le ordenaba a uno de sus custodios que la siguiera. A partir de ese momento, Malinka solo piensa en rajarse.

— ¿No me mencionó? —quiso saber Aberanda.

—Dijo que Monserrat contrató a los tipos que te atacaron dos

veces —respondió Elsie.

—Tenemos que ir ya por Malinka —se apuró a intervenir

Domecq

—No va a hablar hasta que le lleve el pasaporte —opinó Elsie.

— ¿Ya encargaste el documento trucho? —la interpeló

Aberanda.

—No. Todavía no pude. Todo sucedió el mismo día del ataque de Rocco. Supongo que era uno de los que espiaba a Malinka y al salir del Tortoni me siguió hasta San Telmo —se lamentó la rubia.

— ¿Pero qué carajo tiene contra nosotros la vieja Cambó? — explotó el maltrecho comisario retirado.

—La respuesta la tiene Malinka, Tenemos que conseguirle el pasaporte y no dárselo hasta que cuente todo—afirmó con vehemencia la comisaria.

—Incluido lo que sepa del Renoir —agregó Domecq.

—Pero estamos en Carmelo y el falsificador de pasaportes está en Buenos Aires —argumentó Elsie.

—Yo voy —se ofreció Joaquín.

— ¡Ni loco! Estás hecho pelota y apenas podés caminar —se opuso Domecq, antes de proponer—. De los cuatro al único que no agredieron es a mí...

—Por ahora— masculló el comisario retirado.

— ¿Dónde está el USB? —preguntó Domecq.

—Lo tengo en la habitación —respondió Elsie.

—Propongo que miremos las instrucciones para poder decidir cómo seguimos —propuso el veterano sabueso de Castelar.

Poco tiempo después, en una tranquila calle de Carmelo que

desembocaba en el río, la comisaria Aberanda ingresó a un locutorio y solicitó acceso a Internet. Una vez que conectó el pendrive a la Pc del local y aparecieron los datos de contactos con un tal “Gutenberg”, Aberanda tipeó el mensaje que acababa de consensuar con sus amigos.

*«Carmelo.uy:*

*Ernesto Lorenzo necesita un pasaporte para su nieta Malinka. ¿Puedo enviar los datos por este medio?».*

*«Gutenberg: sí»* —respondió el falsificador de documentos.

*«Carmelo.uy:*

*Van los datos. ¿Cuándo puedo retirar el pasaporte?».*

*«Gutenberg: hablamos en 48hs».*

*«Carmelo.uy:*

*¿La entrega puede ser en Tigre?»* —consultó Aberanda.

*«Gutenberg: hablamos en 48hs»* —repitió el falsificador.

A partir de ese momento, los cuatro amigos discutieron el plan de acción a seguir y el papel que debería desempeñar cada uno.

Como primer paso, Elsie se comunicó con Malinka y le informó que el pasaporte falso estaría dentro de 48 hs y la entrega sería, muy posiblemente, en el puerto de Tigre. En realidad, más que una entrega sería un intercambio: pasaporte a cambio de respuestas.

Malinka debía contestar una serie de preguntas, algunas ya y las restantes al momento de la entrega del preciado documento. Además, Elsie y sus amigos se reservaban el derecho a repreguntar hasta quedar satisfechos.

- ¿Quién y por qué ordenó atacar a Aberanda, Amoroso, Elsie y Domecq?
- ¿Quiénes balearon a Aberanda en Pontevedra?
- ¿Dónde está el Renoir “Gabrielle et Coco” robado al MNBA y ofrecido en un trueque por armas?
- ¿Dónde están los restantes cuadros robados al MNBA?
- ¿Quién manda actualmente en reemplazo de Gustavo Craigson Benitez?

Esa noche, mientras compartían un asado a la vera del Río de la Plata donde se reflejaban las lejanas luces de Buenos Aires, llegó la primera respuesta de Malinka.

*«Malinka:*

*Las respuestas están en las grabaciones de la viuda. Cuando me des el pasaporte te doy las grabaciones».*

Disgustados por el giro de los acontecimientos los cuatro amigos acordaron endurecer la negociación haciendo intervenir a la comisaria.

*«Aberanda:*

*Tu pasaporte depende de las respuestas que anticipes a la entrega de las grabaciones».*

Al descubrir que en lugar de Elsie le contestaba Aberanda, Malinka comprendió la debilidad de su posición. El tiempo le jugaba en contra. Ella necesitaba el pasaporte con urgencia y estaba dispuesta a contestar todas las respuestas con tal de conseguirlo, sin embargo, temía ser engañada por la comisaria y que luego de pasarle la información le negara el documento falso.

Perdida por perdida, trató de patear el tablero. Ella había recurrido a Elsie para no arriesgarse a que Monserrat descubriera que se reunía con un falsificador para gestionar un pasaporte. Pero como Elsie se la estaba haciendo difícil decidió cortar por lo sano, mandar a la mierda a la rubia y llamar personalmente el número de contacto que le había dado su abuelo.

## XXXXV. Puerto de frutos

Décadas atrás, la familia de Malinka había cumplido el sueño del techo propio. Gracias a su trabajo en el tendido ferroviario, y mediante cuotas accesibles, su abuelo materno pudo comprar una de las “Mil casitas”, iguales entre sí, construidas en dos pisos sobre lotes de 8,66 x 8,66, cerca de la estación Liniers.

Durante la infancia de Malinka ese barrio todavía conservaba la tranquilidad que lo había convertido en un oasis en medio de la Ciudad. Sin embargo, con el tiempo, la gente lo fue transformando.

En plena adolescencia, los padres de Malinka se separaron y su devenir en la escuela secundaria quedó marcado por la indisciplina y las malas compañías. Para reencauzarla, la pusieron bajo la tutela de su abuelo paterno (Ernesto Lorenzo), un duro jerarca de los grupos paramilitares, quien la mando a trabajar de “pinche” en Magister SA, la empresa usada para lavar dinero de la represión ilegal.

Por aquellos tiempos, esta menor de edad, pelirroja con ojos verdes, era una verdadera “Lolita”, que enloqueció de deseos a Gustavo Craigson Benitez, presidente de la empresa y esposo de Monserrat Cambó.

A partir de ese momento, la ahora viuda de Gustavo, acumuló su odio contra Malinka. Pero mientras su abuelo ejercía el poder de la “Triple A”, nadie se atrevió a tocarle un pelo a la joven pelirroja. Pero ahora, Ernesto Lorenzo estaba en prisión domiciliaria y casi nadie acataba las órdenes provenientes de su mermada lucidez.

En este contexto, doña Monserrat consideró llegada la hora de vengarse de la “colorada”. Por eso, le encargó a Rocco Sinagra que la siguiera hasta encontrar una excusa que justificara cortarle las alas

que le había dado su difunto esposo.

Cumpliendo órdenes, Rocco, había espiado las reuniones de Malinka con Domecq, en una pizzería de Liniers, y con Elsie Martin, en el café Tortoni. Pero lo más grave fue descubrir que la piba se sabía en la mira de la viuda y estaba tratando de desaparecer.

Ahora, como Rocco estaba manco y preso, Monserrat Cambó necesitaba un reemplazante y se comunicó con su proveedor de “mano de obra desocupada”. Se trataba del líder de los “Skynhead” porteños, quien había contratado a los criminales que atacaron a Aberanda, en Castelar y en Pontevedra.

Por su parte, Malinka enfrentaba dificultades para conseguir el imprescindible pasaporte. Para evitar que doña Monserrat abortara su plan de fuga, le había pedido ayuda a Elsie Martin, pero cuando se entrometió la comisaria Aberanda, la pelirroja prefirió comunicarse directamente con el falsificador de documentos. Pero ya era tarde. Una vez recibido el pedido desde Carmelo, Gutenberg había eliminado todo rastro, dando de baja la línea de teléfono usada para el contacto.

Entre la espada y la pared. Sin otra opción que aceptar las exigencias de Aberanda, Malinka se dispuso a proporcionar las respuestas que conocía.

«*Malinka:*

*Cuando Gustavo murió, su hijo Santiago lo reemplazó como presidente de Magister, pero los contactos con la “AAA” y los cabezas rapadas quedó en manos de Monserrat. Ella ordenó los ataques contra ustedes cuatro. No sé cuál es la razón. Tampoco sé donde están esos cuadros, pero escuché que los sacaron del país. Los que atacaron a la comisaria vinieron de la triple*

*frontera. Uno murió en Castelar y otro en Pontevedra. No sé nada más. En las grabaciones deben estar las otras respuestas. Quiero saber cuándo y dónde me entregarán el pasaporte».*

## §

A orillas del Río Luján, mezclados entre los turistas, los cuatro amigos caminaban por la dársena del Puerto de Frutos, a la espera de un encapuchado con buzo xeneize. Frente a ellos circulaba una gran variedad de barcazas colmadas de troncos de álamos. Algunas, por el exceso de peso, estaban casi sumergidas hasta sus líneas de flotación, generando la sensación de que en cualquier momento se iban a hundir.

Cuando menos lo esperaban, un sujeto con una campera azul y oro descendió de una de las lanchas de pasajeros, se acercó a la rubia y preguntó:

— ¿Elsie?

— Soy yo ¿Te manda Gutenberg?

Sin decir palabra, el encapuchado le entregó un sobre plástico y, antes de que ella pudiera abrirlo, dio media vuelta y desapareció entre la gente.

En el mismo muelle, treinta minutos después, de acuerdo con lo acordado con Aberanda, apenas cubierta con mini shorts desgastados y una ajustada musculosa, apareció Malinka.

— ¡Hola! Acá está lo tuyo —dijo la comisaria dándole el sobre que el encapuchado le había traído a Elsie.

— ¿A ver?—exigió la arrogante pelirroja.

Luego de revisar detenidamente el pasaporte, Malinka entregó a Aberanda una bolsa de papel madera que supuestamente contenía los

archivos de audio con las escuchas a Monserrat Carbó. Hecho esto, la pelirroja se fue sin saludar.

Mientras caminaba por el embarcadero hacia donde sus amigos la esperaban, la comisaria recibió un artero golpe en la espalda al tiempo que alguien le manoteaba la bolsa con las grabaciones. Aberanda se resistió y por no soltar la bolsa, cayó al río ante la sorpresa y alboroto general. Al contacto con el agua el papel de la bolsa comenzó a deshacerse y su contenido se dispersó antes de hundirse en el turbio Río Luján.

En tanto Domecq, Elsie y un agente de prefectura socorrían a Anahí Aberanda tirándole uno de los salvavidas disponibles en el muelle, Joaquín corrió tras el atacante. Intuyendo que el fugitivo podría ser un hombre de Monserrat, el comisario retirado se esforzó por alcanzarlo. Si bien nunca había dejado de entrenar y estaba en buen estado físico, calzaba incómodos mocasines mientras que el otro corría en zapatillas. Cuando el agresor se metió en el mercado de frutos para perderse entre la concurrencia, Joaquín lo siguió. Ambos zigzaguearon por las callecitas internas donde se mezclaban coloridos puestos de alimentos y artesanías de mimbre, con refinados locales de decoración para el hogar. Uno y otro empujaron a turistas y chocaron con feriantes, volcando mesas, tropezando con cajones, desparramando frutas y verduras. Joaquín lo seguía tenazmente pero empezó a pagar el precio de los tremendos golpes recibidos el día anterior. A medida que los segundos pasaban la distancia entre ambos se ampliaba.

De pronto, antes de llegar al final del mercado, el skynhead dobló por un angosto pasillo que terminaba en el río. Estimulado por el

posible error del fugitivo, Joaquín redobló su lucha contra la fatiga y los dolores. En realidad, los dos hombres sentían el esfuerzo y ya no corrían como al principio. Al ver que el curso de agua los esperaba al final de la calle, Joaquín hizo un último esfuerzo. Sin embargo, en un arriesgado intento por escapar de su perseguidor, el rapado saltó desde el muelle hasta una lancha que lo esperaba en marcha. Al huir, río adentro, el *skynhead* se burló con un “*fuck you*”.

Derrotado, el comisario trató de recobrar el aliento, primero con respiraciones cortas y luego más largas y tranquilas. Recién entonces giró la cabeza y miró hacia el embarcadero con la esperanza de descubrir que Anahi Aberanda había logrado salir de las contaminadas aguas del Río Luján.

Un buen rato después, ya seca, vistiendo un pareo que acababa de comprar, con el cabello mojado y peinado con raya al medio, Aberanda salió del local de indumentaria femenina llevando una bolsa con su ropa mojada, apenas estrujada. En silencio, se acercó al patio cervecero donde estaban sus amigos y se sentó. Sobre la mesa, al sol, estaban las dos únicas memorias rescatadas de las aguas.

— ¿Servirán? —preguntó la comisaria.

—Puede ser —respondió Domecq y añadió—. Elsie fue a comprar arroz para meter los USB adentro y ver si chupa la humedad.

— ¿Probabilidades? —insistió Aberanda.

—No tengo la más puta idea —intervino el extenuado comisario Amoroso.

—Tal vez eran copias y Malinka se guardó los originales —aportó con optimismo Domecq.

— ¡La piba ya se rajó del ispa! —gruño Joaquín.

Ya en Carmelo, de regreso a la posada rural, mientras Anahí Aberanda se lavaba con vehemencia la cabeza como paso previo a un largo baño de inmersión, Joaquín descansaba en una reposera y Elsie conversaba con Domecq.

Luego de fantasear con la remota posibilidad de mudarse a ese apacible rincón uruguayo, el jubilado revisó las USB y al ver que el sol las había entibiado, decidió probarlas. La primera emitió sonidos extraños y entrecortados, pero la segunda empezó a reproducir un audio claro y nítido. Apoyado por la mirada cómplice de Elsie, Domecq subió el volumen y se dispuso a compartir las escuchas.

Cuando reapareció Anahí —bañada, peinada y perfumada— Elsie despertó a Joaquín para ponerlo al tanto de las noticias. Una vez que los cuatro estuvieron sentados alrededor de la rústica mesa del jardín, Domecq recurrió a la gastada fórmula: —Tengo una noticia buena y una mala, ¿cuál quieren...?

— ¡Una de las memorias se salvó! —lo interrumpió la siempre ansiosa Elsie.

— ¿Ya la escucharon? —intervino Joaquín.

— ¿Qué descubrieron? —preguntó Aberanda.

—La USB que pudimos escuchar tiene grabaciones ambientales, no telefónicas —comenzó Domecq—. Como la dueña de casa, supuestamente Monserrat, pone música o la tele durante casi todo el día siempre hay un sonido de fondo. Además, en la parte que escuchamos la mujer no recibió gente...

— ¿Solo hay música y tele? —interrumpió Joaquín.

—No recibió gente pero habló mucho por teléfono —completó el

jubilado.

—Pero falta la otra parte de la comunicación —insistió el comisario retirado.

—Obvio —le contestó Elsie con cara de «no jodas».

—Es lo que hay, al menos hasta ahora —dijo Domecq, antes de levantarse e irse a tomar su merecida ducha.

— ¡Viste! Por tu culpa se pudrió la reunión—se desahogó la rubia contra su jodida pareja—. Mientras dormías, Domecq estuvo laburando, meta prueba y error, sin levantar el traste.

— ¿Al menos le cebaste mate? —bromeó Anahí para distender la situación.

—No sabe —fue la broma de mal gusto de Joaquín que enfureció a Elsie,

— ¡Andá a cagar, boludo!

Dicho esto, furiosa, la rubia se retiró a su habitación.

—No cambiaste nada —aprovechó Anahí para pasarle viejas facturas al comisario retirado.

—Envidiosa— bromeó el desubicado galán maduro.

—¡Pará de boludear y empezá a escuchar los audios!

— ¿Me ayudás? —pidió Joaquín.

—“El buey solo bien se lame” —ironizó Anahí, mientras se levantaba para ir a caminar por la orilla del río. Sola.

## XXXXVI. Rock anticomunista

En la posada rural de Carmelo, después del baño, mientras se vestía para la cena, Domecq trató de recordar dónde había escuchado antes un nombre que Monserrat Cambó mencionaba más de una vez en las grabaciones: *Günter*. Fue entonces cuando decidió consultar a su amigo Samuel Weis.

*«Domecq:*

*Hola Samuel, ¿tenés algo sobre un cabeza rapada de nombre Günter».*

Recién después de la cena llegó la esperada respuesta del sonámbulo directivo de Reuter,

*«Samuel Weis:*

*Günter X, es el seudónimo del representante argentino a la reunión clandestina concretada en Chile con la participación de neonazis de todo el mundo».*

*«Domecq:*

*¿Dónde puedo encontrar información sobre las actividades de Günter en nuestro país».*

*«Samuel Weiss:*

*Ocultan sus actividades mediante recitales de música "RAC" (Rock anti comunista)».*

Intrigado, y con toda la noche por delante, Domecq encendió la pipa y se dispuso a investigar el tema

El canto de las cigarras quebraba el silencio nocturno y las luciérnagas brillaban por su ausencia. Los voraces mosquitos ponían a prueba el repelente con que se había untado Domecq en su intento por continuar trabajando en el jardín de la posada rivereña. Tenía la

vista cansada, pero quería llegar a una conclusión antes de acostarse. Entonces, comenzando por lo básico, Domecq buscó en Google.

*“Rock Anticomunista”: corriente musical en contra del marxismo y afin al nazismo y el fascismo”.*

«Cada loco con su tema»—pensó con ligereza el jubilado antes de leer el párrafo siguiente.

*“La irrupción del RAC, en los últimos años, ha permitido enmascarar el avance internacional del neonazismo. Tal el caso del último festival RAC, en Chile, que posibilitó reuniones clandestinas entre células skinheads sudamericanas con peligrosos neonazis europeos”.*

Dándose por satisfecho con esta introducción, Domecq se concentró en la búsqueda de “Günter X”, quien resultó ser *Günter Ostendorf*, miembro de la red internacional neonazi “*Blood & Honour*”, sentenciado (en ausencia) a cadena perpetua por asesinar a 10 inmigrantes turcos, en Alemania.

« ¡Un asesino prófugo! —masculló.

« ¿Cuál es el nexa entre doña Monserrat y Günter X? » —se preguntó una y otra vez, hasta recordar que *Samuel Weis* era un sonámbulo crónico y podría estar despierto. De lo contrario, en el peor de los casos, contestaría a la mañana siguiente. Sin demora, le preguntó:

«Domecq:

*¿Qué vinculación hay entre Günter X y Monserrat Cambó».*

Insomnio mediante, el viejo directivo de Reuter respondió:

«*Samuel Weis:*

*“AAA”. Solo tres letras para una respuesta fácil. El vínculo es la vieja “Alianza*

*Anticomunista Argentina”, desde López Rega y Aníbal Gordon a Gustavo Craigson Benitez. Muerto este último, su esposa Monserrat está peleando por heredar el poder, con el apoyo de los neonazis».*

« ¡Soy un boludo! ¿Cómo no se me ocurrió?» —se autoflageló el viejo sabueso de Castelar. « ¡Siempre fue la “Triple A”! Desde el robo al MNBA, el trueque por armas, la falsificación del Renoir y el ataque a los que sabíamos demasiado» —redondeó sus conclusiones.

« ¿Y Malinka?» —se preguntó cuando, vencido por el sueño, ya había apagado su notebook y entraba a la silenciosa posada—. « ¿Acaso Bruno tenía razón y la piba es solo una atractiva empleada de Magister, acosada por su jefe y odiada por la viuda de éste?».

## §

El día apenas clareaba sobre Carmelo y los tímidos rayos dorados comenzaban a teñir el Río de la Plata. Semidesnuda, mirando el milagro del amanecer desde la ventana de su dormitorio, Elsie revivía el dramático instante en el que apretó el gatillo para salvar a su pareja.

« ¡Pude matar a Rocco...o a Joaquín!» —se estremeció al recordarlo. Pero Joaquín salió ileso y Rocco estaba preso. Por lo tanto el patovica podía hablar y responder las preguntas que tanto angustiaban a ella y sus amigos.

—Joaquín —ronroneó la rubia, recostándose junto a él.

— ¿Qué pasa? —gimió el comisario, con una voz ronca, casi inaudible.

—Te necesito—susurró ella en un falso tono de seducción.

— ¿Para qué? —preguntó intrigado Joaquín, abriendo apenas los ojos y sin aclararse la voz.

—Tenés que trabajar

— ¿Trabajar? ¿Acá en la cama, con vos?—fantaseó.

—No. Tenés que llamar a Buenos Aires.

— ¿Para qué?

—Para acceder al interrogatorio de Rocco..

— ¿Qué? —reaccionó sorprendido Joaquín.

— ¿Por qué no llamás a tus amigos y le pedís Info sobre la declaración de Sinagra?

— ¿Qué querés saber?—su tono era una mezcla de somnolencia y resignación.

—Confirmar si lo mandó Moserrat Cambó y por qué.

— ¿En serio? —masculló Joaquín con ganas de seguir en la cama, acompañado o solo.

Como era de esperar, ella insistió y él le hizo caso.

Un par de horas después, recibió la respuesta: «Lo tiene la Fiscalía».

Agrandado, Joaquín le recrimó a su pareja: « ¡Viste! Los molesté al cuete.

—Al cuete, no —reaccionó Elsie—. Es fácil hacerse el sota con un mensaje de texto, pero si lo increpás cara a cara seguro te dice algo más.

—Puede ser—fue la tibia respuesta del comisario retirado, evitando escalar la polémica.

—Entonces, levantá tu blanco culito de la cama y acompañame a Buenos Aires.

— ¿Ahora?

— ¡Sí!

—Es peligroso —argumentó él.

—Gracias a mi balazo hay una mano menos para atacarnos— argumentó la rubia con una vehemencia que dejó pasmado a Joaquín.

## §

El sol del mediodía ya castigaba a las plantas del jardín, cuando Anahí Aberanda recién abrió los ojos.

— ¡Vamos carajo! —exclamó mentalmente al recordar el hallazgo que no había podido festejar por falta de una botella de vodka.

Horas atrás, la quietud de la noche rural le había permitido avanzar en su investigación sobre la actividad de *Wildestein* en la Zona Franca Colonia (ZFC). Gracias a Interpol tenía una lista con fechas y números de despacho de los movimientos realizados por la cuestionada galería de Arte, sin embargo, en el registro no había descripción del contenido. Solo se indicaba la cantidad de bultos.

Siempre ansiosa, en vez de respetar el orden cronológico, Anahí había buscado los registros con mayor cantidad de unidades trasladadas. Aunque la mayoría de las entradas y salidas correspondían a uno o dos bultos, el lunes 12 de enero de 1981 habían ingresado 16 bultos. Pese al cansancio, en aquel momento de la noche, las siempre alertas neuronas de la comisaria habían detectado una casualidad: Dieciseis eran también las pinturas robadas del MNBA en diciembre de 1980, justo unas semanas antes de que *Wildestein* ingresara igual cantidad de bultos a la ZFC.

Anahí Aberanda no creía en casualidades. Por eso, ya vestida, peinada y maquillada, aunque sin haber desayunado aún, mantuvo una larga videoconferencia con Ariel Tello, de Interpol París. Sin

cuestionar la diferencia horaria, casi tan entusiasmado como ella, Tello se comprometió a averiguar el tamaño y características de los 16 bultos ingresados a la ZFC el 12 de enero de 1981. Por su parte, ella haría lo propio con las especificaciones técnicas de los cuadros robados del MNBA, en 1980.

## XXXXVII. La edad del pavo

Mientras le servían un desayuno con tostadas de pan de campo y variedad de mermeladas caseras, Anahí buscó el *pdf* del libro de *Patricia Martín García “Pasaporte al Olvido”*, sin dudas la mejor investigación sobre el millonario robo al MNBA cometido en 1980. Tras consultar el índice, en la página 213 encontró el listado de lo robado.

Primero figuraban los tres cuadros recuperados tras el canje por armas: RENOIR (óleo 30x26 cms.), GAUGUIN (grafito 44x36 cms.) y CÉZANNE (acuarela 44x31 cms.). El siguiente era el conflictivo RENOIR (óleo 42x32 cms.) que llevaba por nombre “*Gabrielle et Coco*” y que había sido reemplazado por un falsificación al momento del trueque con Taiwan. Por último estaban los cuadros que nunca más habían sido vistos: RENOIR (óleo 37x48 cms), BOUDIN (óleo 41x55,5 cms.), LÉBOURG (óleo 38x64 cms.), THIBÓN DE LIBIAN (óleo 45x37 cms.), BLANES (óleo 25x20 cms.), DAUMIER (óleo 28x22 cms.), CÉZANNE (dibujo 23x30,5 cms.), DEGAS (pastel 30x23 cms.), DEGAS (carbonilla 30x23 cms.), MATISSE (carbonilla 33x26 cms.), RODIN (acuarela 32x24 cms.) y RODIN (carbonilla 32x24 cms.).

Una vez que copió todos estos datos Aberanda los envió a Interpol París.

Como la respuesta se demoraba, continuó buscando más “casualidades”. Es decir, coincidencias de fechas entre movimientos realizados por la galería Wildestein en la ZFC y actos delictivos atribuidos a la “Triple A”. Entre otros, el canje de cuadros por armas de Taiwan (1982) o los robos al museo de Arte Decocarativo de Rosario (1983) y al museo Castagnino de Rosario (1987).

Lamentablemente, durante esta nueva búsqueda, la comisaria

no encontró nuevas coincidencias. Cuando se disponía a apagar la notebook y salir a caminar llegó la tan esperada respuesta:

*«Ariel Tello/Interpol:*

*El 12 de enero de 1981 Wildestein ingresó a la ZFC 9 cajas de 35x25 cms y otras 7 de 50x60 cms. ¡Justo las medidas adecuadas para transportar los 16 cuadros robados del MNBA!».*

Eufórica por la tremenda coincidencia detectada por Interpol, Anahí Aberanda decidió darse el gusto de llamar a Corrientes para hablar con sus hijos. Atendió la abuela y aprovechó para quejarse. Argumentó que ya no tenía fuerzas para mantener a raya a ese par de diablos, en especial al mayor, un verdadero “piel de Judas en la edad del pavo”, según sus palabras. «No respeta nada. Es arisco y retobón. Deja todo desordenado. Miente como un sinvergüenza. Necesita un buen cachetazo tuyo» —se desahogó la pobre mujer.

—Pegarle aumenta su rebeldía—pensó en voz alta Anahí sin pretender pontificar sobre un tema tan álgido.

—Por no darles una bofetada vas a convertirte en amigote de tus hijos —sentenció la abuela.

— ¡No exageres, má! Yo no quiero ser amiga de mis hijos, quiero que me respeten pero sin violencia.

— ¡Violencia! ¿Un chirlo en el culo es violencia? —argumentó la mujer subiendo el tono de voz—. ¡Tus hijos necesitan reglas!

—Estamos de acuerdo, mami. Hay que ponerles límites, pero sin cachetazos...

— ¿Y cómo? —interrumpió la madre de Anahí.

— ¡Disculpá, má. Tengo poco tiempo. ¿Están por ahí?

—Se fueron a pescar con el abuelo.

— ¡Lástima! Los llamo después. ¡Chau!

### §

A fines de diciembre, el calor, la humedad, el tráfico y los piquetes, convertían a Buenos Aires en una ciudad inhabitable. Especialmente para Joaquín quien acaba de llegar desde la apacible costa de Carmelo. Sin embargo, no se quejaba. No podía hacerlo, sin ofender a Elsie quien lo había convencido de hacer ese sacrificio. Para colmos, en el Ministerio Público Fiscal ya no quedaban conocidos suyos y nadie aceptó recibirlo. Tampoco le fue mejor en la sede de la Policía Federal. Solo un comentario “*off de record*”: “según Rocco Sinagra, la nueva mandamás es Monserrat Cambó”.

Haber venido desde Uruguay para apenas sumar un ambiguo chimento a la larga lista de sospechas e indicios que recaían sobre la viuda era un fracaso. Ambos lo sabían, pero ninguno de los dos -por distintas razones- quería reconocerlo.

Sin mencionarlo, tanto Joaquín como Elsie sabían que la mejor fuente de información eran las escuchas a doña Monserrat, pero se habían hundido en el Río Lujan. Una hipotética opción era que Malinka hubiera guardado copia, pero la pelirroja se había fugado, sin destino conocido. ¿Entonces...?

### §

*Caraguatatuba*, un pueblito colonial del litoral de São Paulo, era el refugio elegido por Malinka Lorenzo. A pesar de las arenas pálidas y el agua transparente, la pelirroja no podía olvidar su pasado reciente. La perseguía alguien poderoso y ella no tenía aliados. Aberanda y sus amigos solo querían sacarle información. Sin embargo, un mensaje de Domecq acababa de hacerla reflexionar. Se trataba de una obviedad:

«*Los enemigos de tu enemiga somos tus amigos*» —seguida de una propuesta: «*Para poder vivir tranquila tenés que ayudarnos a encerrar a Monserrat*» —. Y finalizaba con un pedido—. «Nos atacaron y perdimos las grabaciones que nos habías dado. ¿Tenés copia?».

Luego de mucho pensarlo, Malinka respondió: «Sí».

El siguiente intercambio de mensajes culminó con un acuerdo. La pelirroja comenzaría a enviar copias digitalizadas de las escuchas a Monserrat Cambó, pero se reservaba el derecho a interrumpirlas si no recibía las remesas de dinero prometidas por Domecq.

En cuanto recibió el primer archivo, desde la confortable climatización de un panorámico bar sobre la costa de Carmelo, el sabueso de Castelar comenzó a escuchar los audios enviados por Malinka. En uno de ellos, fechado a fines de 2021, en una conversación telefónica Monserrat Cambó exigía un plan para eliminar a su esposo y alguien (presumiblemente *Günter X*), le sugería quemar a Gustavo Craigson Benitez junto a todos los documentos incriminatorios guardados en el depósito de Merlo al 2300.

« ¡Tremenda confesión! » —pensó Domecq—. « ¡Lástima que no sirve como prueba! ».

Satisfecho por el hallazgo de una grabación que incriminaba a la viuda Cambó, Domecq abandonó el bar y regresó a la posada. Le hubiera gustado compartir la buena noticia con sus amigos, pero Elsie y Joaquín habían viajado a Buenos Aires y solo quedaba Anahí, descansando en su pieza. Entonces, le envió un mensaje proponiéndole compartir una picada en el jardín del establecimiento.

Un rato después, cobijados bajo la frondosa sombra de un jacarandá, munidos de sus respectivas botellas de *Pilsen* helada,

Anahí y Domecq esperaban la llegada de quesos y fiambres.

— ¡Tengo una buena noticia! —intentó sorprenderla el jubilado.

— ¡Yo también! —respondió ella.

—Primero las damas—accedió él.

—Poco después del robo de los 16 cuadros del MNBA, la Galería *Wildestein* ingresó 16 cajas a la Zona Franca Colonia.

— ¿De verdad? —reaccionó sorprendido.

— ¡Por supuesto! ¿Y vos tenés algo para el envido? —bromeó sintiéndose ganadora.

—En una de las escuchas doña Monserrat evalúa matar a su esposo quemándolo vivo.

— ¡No jodas!

— ¡No jodo! —se defendió Domecq—. Si querés la escuchamos juntos, aunque no tiene valor judicial.

—Depende del Fiscal. Bien puede ser el inicio de una nueva investigación —argumentó ella, antes de preguntar—. ¿Sabés algo de los tortolitos?

—Como en Buenos Aires nadie les dio bola, me pidieron que contactara a Malinka. Lo hice y me tiró esa puntita que te comenté pero pide guita a cambio de otra copia de las escuchas que cayeron al río.

— ¿Guita? ¡Pero si somos cuatro secos! —reaccionó Aberanda.

—Tenés razón. Sin embargo sobre el Renoir original siempre sobrevoló una recompensa—argumentó el jubilado.

—Esa era la fantasía de Joaquín cuando me prestó el dron espía. Pero ahora necesitamos un socio capitalista de riesgo.

—Exacto. Creo que deberíamos analizarlo entre los cuatro cuando Elsie y Joaquín regresen para la cena.

### XXXXVIII. Balazo nocturno

En Carmelo se había hecho de noche y el dueño de la posada estaba preparando el asado para sus huéspedes. Sentados en círculo, los cuatro amigos discutían cómo manejar la negociación con Malinka.

—Ni locos podemos pagarle por adelantado las veinte lucas verdes que exige para entregar todas las grabaciones, pero podemos hacerlo gradualmente, dándole algo a cambio de cada uno de los audios. Y después, sobre la marcha, decidiríamos —argumentó Joaquín.

—Me parece bien ¿Cuánto le ofrecemos? —intervino Aberanda.

—Suponiendo que sean treinta audios y ella pide veinte lucas por todos, daría un promedio cercano a los 700 dólares por cada uno—contestó Joaquín, rápido para los números.

—Yo le ofrecería 200 para ver cómo reacciona —propuso Domecq y su propuesta fue aceptada.

Cuando ya estaban saboreando el exquisito asado uruguayo, llegó la escueta respuesta de la pelirroja.

*«Malinka:*

*1000 o nada».*

En realidad la repuesta no sorprendió a ninguno de los cuatro, el tema era cómo juntar los mil dólares. Entonces, mirando a Domecq a los ojos, Anahí le preguntó: — ¿Gastaste todo en París o te quedó alguna moneda? —en obvia referencia a la parte de la recompensa de Ximena que había percibido el jubilado.

Tras un momento en el que dudó en bromear o no, respondió.

—Bueno. Para empezar, yo podría poner los primeros mil. Pero de ahí en más solo voy a pagar si Malinka se compromete a revisar los

los audios y mandarnos aquellos en que se mencionen cuadros. Hasta podría pagar el doble si contiene referencias al Renoir “*Gabrielle el Coco*”.

Malinka aceptó y le transfirieron los dólares. Mientras esperaban que la pelirroja cumpliera su parte, los amigos se dividieron las tareas. Elsie y Joaquín tenían que ponerse al día con las escuchas que ya había revisado Domecq. Por su parte, Aberanda y el jubilado intentaron rescatar algún audio, en principio inteligible, del USB dañado al caer al río Luján.

### §

En su despacho en la fiscalía de Morón, furioso contra sus colegas porteños, Rufiani no sabía cómo contarle a su madrina que en los tribunales capitalinos iban a abrir una causa por la muerte dudosa de su esposo.

Gustavo Craigson Benitez había muerto en Castelar, en un incendio, pero el Fiscal Federal Claudio Buendía tenía una causa previa contra el occiso, por lavado de dinero, en la que también se vinculaba a su esposa Monserrat Cambó.

Desde “pendejo inútil” a “pelotudo”, la viuda no escatimó insultos para su ahijado a quien había logrado promover al cargo de fiscal, justamente, para bloquear sorpresas como ésta.

Para peor, Monserrat no sabía cómo reaccionar porque desconocía qué cartas tenía el fiscal Buendía. Por cierto, nunca hubiera imaginado que se trataba de una grabación de su voz hecha en su propia casa por el hijo de puta de su difunto esposo.

Joaquín se sentía un héroe y lo era ante los ojos de Elsie. Para darle el gusto a su pareja, el comisario retirado había contactado al

fiscal de una vieja causa abierta contra Gustavo Craigson Benitez y le había enviado copia del audio en el que la Monserrat planificaba el asesinato de su esposo. La reacción del siempre ávido fiscal Buendía superó las expectativas, ya que le pidió el teléfono de Malinka para ofrecerle un trato.

Lo que antes parecía inimaginable, ahora resultaba lógico. La pelirroja necesitaba protección y el fiscal Buendía podía proporcionársela, pero a cambio de algo.

Malinka tenía acceso a grabaciones sin fuerza legal pero que podían tener un peso demoledor en caso de ser autorizadas por un juez. Por eso, en cuanto el fiscal Buendía supo que Malinka seguía recibiendo las escuchas captadas por los micrófonos ilegales plantados por el difunto Gustavo Craigson Benitez, se apersonó ante el juez y le solicitó una orden para transformar esos audios en pruebas válidas ante la justicia.

Una vez que el juez decidió allanar la casa de Malinka y accedió a las grabaciones anteriores y a las que seguían siendo captadas en casa de Cambó, la comisaria Aberanda sintió que su venganza estaba cerca de concretarse. Gracias a sus esfuerzos, parecía que por fin se iba a hacer justicia. Sólo era cuestión de esperar.

—Tengo que hablarles —comenzó Aberanda, en medio del desayuno—. Confío en el fiscal Buendía y creo que de ahora en más la viuda Cambó va a estar a la defensiva, sin tiempo para seguir jodiéndome la vida. Yo buscaba vengarme siguiendo la pista del Renoir falso, porque jamás imaginé que pudieran aparecer semejantes grabaciones autoinculpándose. Creía que eso solo pasaba en las novelas. En fin, quiero contarles que decidí volver a Corrientes, a

disfrutar de mis hijos. Quiero pasar con ellos Navidad y Año nuevo. Luego veré qué hago con mi vida

Luego, mirando a Domecq, agregó:

—Quiero olvidarme de las investigaciones y sólo pensar en mi familia, al menos por un buen tiempo. Por eso te propongo que sigas buscando el Renoir original y aproveches los avances que logré con Interpol. Si estás de acuerdo te puedo pasar copia de mis chats con Ariel Tello sobre la la Zona Franca Colonia.

Por respeto a los argumentos expuestos, los tres amigos no exteriorizaron la desilusión que les provocaba su partida. Los tres sentían que estaban justo en medio de algo grande y que Aberanda era una pieza clave para lograrlo.

—Ya me comunico con Ariel —respondió Domecq, convencido de que los esfuerzos dedicados a la búsqueda del Renoir merecían un mejor final.

Una vez que Anahí se retiró a preparar su bolso, el sabueso de Castelar le escribió al agente de Interpol.

«Domecq:

*Hola Ariel, tal como te informó Anahí, ella se aparta temporariamente de la búsqueda del “Gabrielle et Coco” y yo tomo la posta. Mi punto de partida es el hallazgo que mencionaste en tu último mensaje. (Wildestein ingresó a la ZFC 9 cajas de 35x25 cms y otras 7 de 50x60 cms. ¡Justo las medidas adecuadas para transportar los 16 cuadros robados del MNBA). Abrazos».*

Dado que no había vuelos directos entre Uruguay y Corrientes, Anahí tuvo que desandar el camino de ida. Se embarcó en Carmelo, descendió en San Fernando y un oneroso Uber la condujo a Morón.

« ¡Por fin en casita!», pensó, sin imaginar lo que le esperaba.

Entró a su departamento. Estaba oscuro y un calor húmedo con olor a encierro la obligó a abrir todas las ventanas. Desde el pulmón de manzana subía el sonido de los televisores encendidos mezclado con gritos de niños y retos de madres.

Como las plantas del balcón estaban desfalleciendo, llenó una pava con agua de la canilla y comenzó a regarlas. En eso estaba, cuando recibió el impacto de un balazo disparado desde lejos. Inerte, el cuerpo ensangrentado de la comisaria Aberanda se desplomó sobre las macetas que se desparramaron por el balcón.

#### CASTELAR DIGITAL

**Balearon a una comisaria en su propia casa.**

Se trata de la comisaria de la policía bonaerense Anahí Aberanda, quién recibió un disparo cuando se encontraba en el balcón de su departamento en la localidad de Morón.

La comisaria se encuentra en estado crítico, y fue operada de urgencia.

A pesar del secreto del sumario, podemos afirmar que existen opiniones encontradas entre la Policía de la Provincia de Buenos Aires y el Ministerio Público Fiscal. Concretamente, el fiscal Rufiani habría considerado "*prima facie*" que la herida fue provocada por una bala perdida, mientras que para los uniformados se trató de un atentado.

En espera de los resultados de la pericia balística, nuestra redacción se permite recordar que en los últimos meses la comisaria Aberanda fue víctima de un ataque vandálico con bombas molotov, más una agresión en Castelar y un tiroteo en Pontevedra.

Gabriel Colonna

Editor

### XXXXIX. Aquelarre piquetero

Un aquelarre piquetero que cortaba rutas y accesos demoró dramáticamente la llegada de Domecq al Hospital Posadas. Después del rápido cruce del Río de la Plata, llegar a Haedo para el efímero horario de visita resultó una misión imposible.

Había salido muy temprano de Carmelo, pero por culpa del caos de tránsito bonaerense llegó tarde. Abrumado por la impotencia, tuvo que conformarse con el insustancial parte **médico**.

#### Hospital Posadas

La comisaria Anahí Aberanda ingresó ayer a las 21,30 hs. en shock hipovolémico, debido a la pérdida de sangre causada por una herida de bala en el abdomen.

Luego de ser evaluada se resolvió tratamiento quirúrgico.

Hoy a las 0,30 hs., finalizada la cirugía, según lo planificado y sin complicaciones, fue trasladada a la unidad de cuidados intensivos para completar su recuperación.

De no mediar cambios, mañana a las 12 hs. emitiremos un nuevo parte médico.

Doctor Patricio Keegan  
Director Médico

La pobre Anahí estaba sola. Y Domecq también. Elsie y Joaquín permanecían en Carmelo, Ariel Tello vivía en París, Bruno Rossini había muerto y la comisaria estaba internada, grave.

Domecq salió del hospital, buscó una agencia de remises y preguntó si había forma de evitar los piquetes y llegar a Castelar. Dado que siempre hay alguien que se las sabe todas, consiguió un chofer veterano que atravesó barrios desconocidos hasta llegar a Italia y Larralde.

Al entrar a su ph solo encontró al gato. Lo siguió hasta la cocina, buscó en la heladera la comida que había dejado preparada la vecina, y se la sirvió en su plato. Negro la tocó con la punta de la lengua y se alejó. Estaba fría y seguramente él no estaba hambriento.

Domecq recorrió el departamento como buscando a quien abrazar. Estaba solo y su soledad parecía definitiva porque a su edad era una utopía pensar en nuevas amistades. Se imaginaba comiendo en “Tarzán” rodeado de sillas vacías, en una muda conversación consigo mismo.

Cuando ya pensaba en la botella de Vodka, su vista se cruzó con una de las viejas pipas Peterson que hacía tiempo no encendía. Entonces, se sentó en su sillón, puso “*Adiós Nonino*”, y comenzó la placentera ceremonia de fumar un buen tabaco mientras escuchaba a Amelita Baltar.

Ya más tranquilo, dejando volar sus pensamientos, Domecq recordó que el mecánico debería haber concluido el ajuste del poderoso motor de seis cilindros en línea y 55 hp de su coupé Chevy 1970. De inmediato le mandó un mensaje consultando cuándo podía pasar a retirarla. La respuesta se hizo esperar.

Mientras fumaba, Domecq ingresó a *Castelar Digital* en busca de buenas noticias. Sin embargo, lo sorprendió un tema judicial. El fiscal Rufiani, quien había logrado unificar las causas de los ataques a la comisaria, consideraba “*prima facie*” que la comisaria había sido víctima de una bala perdida. Por ende, descartaba que lo sucedido en el balcón de su departamento pudiera tratarse de un atentado.

« ¡Nó! » —gritó Domecq y asustó a su gato, que salió corriendo a buscar refugio en casa de la vecina.

En su memoria, Domecq tenía grabado a fuego todos y cada uno de los atentados padecidos por la comisaria y consideró que debía recordárselo a Joaquín para que también reaccionara.

*«Domecq:*

*Hola Joaquín, llegué tarde al Posadas y no pude ver a Anahí. Te paso copia del parte médico. Además quiero conocer tu opinión como comisario retirado. Los dos sabemos que Anahí fue víctima de varios atentados, pero el fiscal Rufiani considera que lo de ayer fue una bala perdida y no un ataque premeditado. Yo sospechaba de este fiscal y ahora se nota que trata de tapar todo. ¿Estoy loco o tenemos que parar esto? Un beso a Elsie. Abrazos».*

La inmediata consulta del comisario retirado conmocionó al pobre Domecq.

*«Joaquín:*

*¿Aberanda tiene custodia policial?».*

## §

Nicoletta Rufiani, ama de llaves de la mansión Cambó, fue una inmigrante italiana de piel fina, mirada azul y carácter fuerte. Ante la ausencia de sus patronos ella ocupaba el lugar de señora de la casa y supervisaba las tareas de la cocinera, las criadas y el jardinero. Al morir, Nicoletta dejó un pequeño hijo que nunca había tenido padre: Carlo, una criatura frágil y enfermiza. Fue entonces cuando la familia Cambó decidió que su única hija, Monserrat, amadrinara al hijo del ama de llaves fallecida.

Pasaron los años, Carlo Rufiani se recibió de abogado e ingresó a la carrera judicial donde su influyente madrina logró que lo promocionaran a fiscal en tiempo record. Si bien su desempeño nunca

sobresalió de la mediocridad general, se caracterizó por su tenaz defensa de los intereses de la familia Cambó.

A partir de la dudosa muerte de Gustavo Craigson Benitez la justicia posó la mirada en su viuda. Pero más que las acciones judiciales, a Monserrat Cambó la preocupaba la sed de venganza de una comisaria resentida: Anahí Aberanda.

La viuda intentó desalentar a la comisaria recurriendo a militantes neonazis que habían trabajado para su esposo.

Cuando los ataques a Aberanda llegaron a sede judicial, el fiscal Rufiani se encargó de embarrar el proceso, apuntando a la víctima y no a los victimarios. Además, logró unificar en su despacho todas las causas por los distintos atentados contra la comisaria.

Ante la presión de su madrina, el fiscal llegó a inventar una “bala perdida” para justificar el balazo que había recibido Aberanda mientras regaba las plantas de su balcón. Para colmos, al negar el atentado, el fiscal también negó la necesidad de custodia policial en el Hospital Posadas y dejó a Anahí a merced de los sicarios.

Esta fue la gota que rebasó el vaso y generó la reacción de los amigos de la comisaria, quienes decidieron acordar un plan para ayudarla.

Como necesitaban un lugar seguro y privado, preferentemente en la zona oeste, Domecq se comunicó con Gabriel Colonna y le pidió permiso para reunirse en *Castelar Digital*, al anochecer, fuera del horario de trabajo.

Ya en el edificio de la calle San Pedro, al ingresar a la oficina, sobre la mesa de la sala de reuniones, los amigos descubrieron una nota de bienvenida en la que el dueño de casa los invitaba a servirse

el helado que había dejado en el *freezer*.

Como punto de partida, Domecq compartió la reciente charla con el Jefe de Cuidados Intensivos del Hospital Posadas: «*para evitar una infección intra hospitalaria debería irse, pero por ahora es imposible*»—habría afirmado el circunspecto profesional.

— ¿Qué dijo de la custodia policial? —preguntó Joaquín.

—En la sala de terapia intensiva hay un policía de custodia, pero no dedicado exclusivamente a cuidar a Aberanda.

— ¡¿Cómo?!

— ¡¿Qué?!

Se superpusieron las expresiones de sorpresa de Elsie y Joaquín.

—Anahí está internada en la misma sala que otro herido de bala.

— ¿Otro cana? —preguntó Elsie.

—No..., un chorro.

— ¡Es una locura! No podemos permitirlo. Voy a zamarrear a mis colegas en actividad —dijo el ofuscado comisario retirado en tanto caminaba hacia la cocina para hablar tranquilo.

— ¿Tampoco permiten que se quede un familiar o una amiga?

—preguntó Elsie y Domecq negó con una mueca y un movimiento de cabeza.

Sin nada que aportar, la siempre atractiva rubia, aprovechó para servir helado en tres vasos que encontró en la cocina.

—Me dicen que la custodia policial es para Aberanda— dijo Joaquín al regresar a su asiento.

—No es lo que me dijo el médico —intervino Domecq.

—Estará mal informado —argumentó Joaquín.

—Crucemos los dedos para que el policía de custodia lo tenga claro—ironizó Elsie mientras repartía los vasos con helado.

—Mejor hablemos del fiscal Rufiani —sugirió Joaquín.

—Es un hijo de puta. Lo comprobé cuando me tomó declaración —opinó Domecq.

—Estamos de acuerdo. A mí también me quiso dejar pegado al tiroteo de Pontevedra —se sumó el comisario retirado.

— ¿Por qué el fiscal habla de bala perdida y no de atentado? —preguntó Elsie, dando en el clavo.

—No creo que lo haga de puro HdeP. Debe haber razones o intereses, o ambas cosas a la vez —respondió Joaquín.

— ¿Tus ex colegas no tienen respuestas? —le preguntó Elsie a su pareja.

—Voy a hacer más llamados —respondió el mientras revisaba la lista de contactos en su celular.

—Yo voy a consultar a Curinao —dijo Domecq.

— ¿Quién es? —preguntó Elsie.

—Es el fiscal de la causa por el primer ataque a Aberanda y que luego la cedió a pedido de Rufiani.

Mientras Joaquín sostenía su teléfono con ambas manos y usaba los dos pulgares para escribir, Domecq tenía el celular agarrado con la mano izquierda y usaba el índice derecho para pulsar las teclas.

Por su parte, dando por sentado que todos querrían más helado, Elsie levantó los vasos de la mesa y se dirigió a la cocina.

Apenas terminó de escribir, Domecq envió el mensaje por *WhatsApp*.

«*Domecq/Castelar Digital:*

*Hola Doctor Curinao, soy Jorge Domecq y necesito hacerle una consulta con relación a las causas abiertas por los atentados contra la comisaria Anahí Aberanda. Cordiales saludos».*

La escueta respuesta no tardó en llegar:

«Curinao/MPF:

*Señor Domecq, le sugiero hablar con el Procurador General. Saludos».*

Ante la mirada atenta de Elsie y Joaquín, Domecq leyó en voz alta el mensaje del fiscal Curinao.

Intrigada, Elsie preguntó:

— ¿Quién es el Procurador General y qué pito toca?

—El Procurador es el fiscal general o jefe de los fiscales y si no se jubiló es Leandro Bartik.

— ¿Lo conocés? —insistió Elsie.

—Sí. Cuando era fiscal en Morón le tocó investigar la muerte de la novia de Bruno Rossini.

— ¿Y qué onda? —preguntó Joaquín.

—De diez. Investigó la denuncia presentada por Bruno y cuando estuvo convencido, ordenó el allanamiento del depósito que compartían Magister y Wildestein, en Castelar.

— ¿El que se quemó? —intentó confirmar Elsie.

—Sí. El mismo donde una bomba incendiaria quemó a Aberanda y mató a Bruno Rossini y al mismísimo Gustavo Craigson Benitez.

— ¿Por eso promovieron a Bartik a Procurador? —insistió Elsie.

—Quizás. O tal vez por razones opuestas —argumentó Domecq.

—No entiendo —dijo la rubia.

—Se chimenta que lo ascendieron para que no siguiera

investigando a la “Triple A” —respondió Domecq.

—Y de yapa, esa causa quedó en manos del fiscal Rufiani, ahijado de la viuda de Craigson Benitez —fue el mordaz aporte de Joaquín Amoroso.

## XXXXX. Guerra de fiscales

El matrimonio Bartik vivía en Choele Choel, junto al Río Negro, a merced del implacable viento patagónico. Ella era maestra y él trabajaba en el municipio. Diariamente, este empleado municipal regaba las calles de tierra sedienta, con un camión cisterna, en una lucha desigual contra el recalcitrante viento caliente que secaba la tierra y se la robaba de un soplo, hecha polvo.

Cuando nació Leandro Bartik, sus padres se esforzaron para que no tuviera que repetir esa cruda historia de vida. Con la tutela de su madre, Leandro se concentró en los estudios y logró graduarse de abogado en la Universidad del Comahue. Años después se mudó a Buenos Aires para iniciar la carrera judicial. Se casó con una coqueta porteña que le pidió el divorcio antes del primer aniversario. Luego de muchos años de esfuerzos y merecimientos, Leandro Bartik logró ser designado fiscal en los Tribunales de Morón.

Pasó el tiempo y ya cerca de la jubilación, llegó el día en que el veterano fiscal Bartik, tuvo que lidiar con la implementación del nuevo sistema acusatorio. Formado en la vieja tradición jurídica, le costó adaptarse a la nueva división de roles, en base a la cual la investigación pasaba a estar a cargo de los fiscales, quienes debían promover la acción penal contra los autores de un delito, que luego debería ser probada en un juicio oral y público.

Al fiscal Bartik le tocó debutar en el sistema acusativo en un caso donde lo que parecía ser un accidente de tránsito con una mujer muerta y un conductor dado a la fuga, se transformó en un atentado llevado a cabo por un miembro de una organización de extrema derecha. La víctima era Natalia Blanc, pareja del agente de Interpol

Bruno Rossini.

Tiempo después, cuando ya estaba por tramitar su jubilación, el doctor Leandro Bartik fue designado Procurador General de la Suprema Corte de Justicia de la provincia de Buenos Aires. Al respecto, en el mundillo de tribunales existían opiniones divididas. La versión oficial era que Bartik merecía ese ascenso. Otra versión sugería que lo promovieron para obligarlo a dejar los casos sensibles, que cayeron en manos de Rufiani.

El procurador Bartik extrañaba el clima seco de la Patagonia y odiaba el calor húmedo de La Plata. Era un odio fundamentado en su fragilidad cardiovascular. En un chequeo le habían detectado una falla en la válvula Mitral que derivó en una inmediata cirugía a corazón abierto.

Aquella noche, en su despacho sin aire acondicionado, se secó la frente con el mismo pañuelo con que acababa de limpiar los cristales empañados de sus anteojos. Mientras con la mano izquierda guardaba el pañuelo estrujado en el bolsillo trasero de su pantalón, su índice derecho tipeaba una serie de letras, tanto a la derecha como a la izquierda del teclado.

Cuando en la pantalla apareció el *WhatsApp web* encontró el mensaje de un tal Domecq. El apellido le sonaba, pero no podía ubicarlo entre los cientos de rostros que pasaban a diario frente a sus ojos. Pero cuando el periodista le recordó que trabajaba en *Castelar Digital* y era amigo de la comisaria Aberanda, pudo vincularlo con el trágico allanamiento que terminó con varios muertos, cuando él se desempeñaba como fiscal, en Morón.

« ¡No fue culpa mía! » —se defendió, pensando que el periodista

quería hurgar en aquella dolorosa herida—. « Mi allanamiento estuvo bien planificado y pudo haber sido perfecto, sin muertos, ni heridos, ni daños materiales» —masculló el fiscal—. «Encontramos el valioso cuadro que buscábamos. Estaba ahí, como esperando mi allanamiento. Pudo ser perfecto, pero explotó la bomba incendiaria y las llamas se ensañaron con cuanto encontraron en su paso. Fue una tragedia, pero una tragedia exitosa».

Después del desahogo, al continuar leyendo el mensaje de Domecq, el procurador se sorprendió al comprobar que le escribía por otro tema. Se trataba de una denuncia contundente. La comisaria Aberanda había sido víctima de una serie de atentados contra su vida. Acababa de recibir un balazo en su propia casa y el fiscal Rufiani le negaba intencionalidad a lo ocurrido, prefiriendo la insólita explicación de una bala perdida.

Antes de terminar la lectura, Bartik maldijo a Rufiani. Como buen procurador conocía bien a los fiscales de su provincia. Los había eficientes, honestos, mediocres, haraganes y corruptos, pero Rufiani era un caso especial. No buscaba justicia sino la impunidad de los herederos de la dictadura militar.

Dado que en su casa nadie lo esperaba —estaba divorciado y no tenía mascotas— Bartik decidió aprovechar la brisa fresca que empezaba a entrar por la ventana y quedarse un rato más en su despacho.

Ingresó a la página del Ministerio Público Fiscal y buscó las causas a cargo de Rufiani y que involucraban a Aberanda. Al revisar el primer ataque contra la comisaria, el procurador Bartik lamentó no haber investigado si el Fiscal Curinao había cedido voluntariamente

esa causa a Rufiani, o lo había hecho bajo amenazas. Lo cierto era que todos los atentados contra la comisaria Aberanda estaban ahora en manos del fiscal Rufiani.

Al revisar el último expediente, el procurador pudo confirmar lo que denunciaba Domecq en su *WhatsApp*. Rufiani había asumido *prima facie* que el balazo recibido por la comisaria en el balcón de su casa se trataba de una bala perdida. Por lo tanto, Rufiani no solo había ignorado la sucesión de ataques previos, sino que se había negado a investigar el caso, siendo pasible de un *jury* de enjuiciamiento por mal desempeño de sus funciones.

El Procurador se debatía entre lo que debía hacer y lo que podía hacer. Estaba a punto de jubilarse y ya lo consideraban un “pato rengo”. Carecía de suficiente poder como para solucionar el tema de un plumazo porque Rufiani contaba con el blindaje proporcionado por la ultraderecha, con la complicidad del Estado.

«Tengo que sacarle la causa a Rufiani, pero sin hacer ola. No quiero terminar como Nisman» —pensó Bartik.

Para remover a un fiscal de su cargo, era necesario someterlo al Tribunal de Enjuiciamiento. En el caso de que fuera aceptada la denuncia contra Rufiani, el tribunal debería evaluar si se acreditaron los “hechos de suma gravedad” y si “se repitieron a lo largo del tiempo”, mostrando falta de objetividad e imparcialidad. Si las acusaciones contra el fiscal Rufiani pudieran ser comprobadas en ese juicio y demostraran que el magistrado no satisface los requisitos que la Constitución Nacional y las leyes exigen para permanecer en el cargo, recién entonces correspondería su remoción.

«Es un proceso demasiado largo. Mientras juzgan a Rufiani, la

comisaria Aberanda continuaría indefensa, a merced de los sicarios» —concluyó el procurador Bartik.

Si descartaba el enjuiciamiento, al procurador no le quedaban muchas opciones. Como su frágil corazón no soportaría volver a vivir amenazado, no podía enfrentar abiertamente a Rufiani y sacarle las causas calientes, de prepo. Podía solicitar la jubilación y esquivar el bulto. También podía hacerse el boludo, no levantar la perdiz y mirar para otro lado, pero no podría evitar el remordimiento.

«Tengo que encontrar una forma lícita, indolora y verosímil para sacarle esas causas a Rufiani» —pensó Bartik.

Era posible que existiera alguna solución inteligente y sin riesgos, pero sus cansadas neuronas no podían encontrarla y solo contribuían a sus lamentos. «Si al menos pudiera consultar a la comisaria».

En medio de esa zozobra, convencido de que no había peor gestión que la que no se intentaba, le escribió a Aberanda, con la esperanza de que en algún momento leyera el mensaje y le contestara.

*« Bartik/ Procurador General PBA:*

*Estimada Anahí, lamento lo ocurrido y deseo su pronta recuperación. Domecq denuncia conductas impropiedades por parte del fiscal pero el enjuiciamiento es un proceso largo, muy largo. Quedo en espera de sus comentarios. Saludos».*

## §

Desnuda frente al espejo que le había acercado una enfermera, Anahí recogió su largo cabello azabache para revisar las lesiones que

quemaduras, balazos y cirugías, habían dejado en su cuerpo. Justo en ese momento, recibió el mensaje enviado por el Procurador Bartik. Lo leyó y le pidió a la enfermera que la ayudara a ponerse el camisolín y volver a la cama.

Recostada, sosteniendo el celular con ambas manos, leyó una y otra vez el mensaje de Bartik. Primero se molestó porque le pareció una mariconada. Algo así como «Lo siento, pero la Justicia es lenta». Sin embargo, una luz de optimismo le hizo recordar que Bartik era un buen tipo. Tal vez le pedía ayuda, o quería su opinión. En su necesidad de aferrarse a la más mínima esperanza, la comisaria recordó la historia de Batik. Se sospechaba que su promoción a Procurador se debía al oculto interés de sacarlo de su cargo de Fiscal. « ¡Lo empujaron para arriba! » —masculló Aberanda—. « ¡Lo promocionaron a un cargo más importante para que soltara ciertas causas calientes, que molestaban a los intocables de siempre ».

## XXXXXI. Justicia porteña

Al anochecer, fuera del horario de trabajo, mientras esperaba la respuesta de Anahí Aberanda, la quietud del despacho del Procurador se alteró por la irrupción de dos hombres vestidos de overall.

—Venimos a cambiar el equipo —dijo el que parecía ser el jefe, al tiempo que señalaba al viejo acondicionador de aire.

Superada la sorpresa inicial, Bartik se permitió dudar de la buena noticia.

— ¿Es nuevo?

—No. A esta altura del año ya no quedan partidas presupuestarias para compras. Pero está reparado casi a nuevo— respondió el mismo operario.

— ¿Casi?

—Lo probamos y quedó perfecto, solo que no alcanza el frío máximo.

«Mejor me callo y me voy» —pensó el acalorado procurador patagónico.

Ya en el bien refrigerado departamento que alquilaba frente a la Catedral de La Plata, mientras abría la heladera en búsqueda de una bebida, Bartik recibió un mensaje con la respuesta de la comisaria.

*«Aberanda:*

*¿Y si lo promociona?».*

« ¡Inaceptable! Éticamente inaceptable» —reaccionó con dureza al leer la propuesta de Aberanda.

Hacerle caso implicaría invertir la meritocracia y premiar a los que merecían ser castigados, socavando la moral de los buenos funcionarios.

« ¿Cómo me cree capaz de semejante canallada? » —explotó en una catarsis de indignación y furia contra la comisaria.

Tal fue el enojo que, pese a estar medicado, Bartik comenzó a sentir un fuerte dolor en el pecho, seguido de palpitaciones, mareos, escalofríos, asfixia y sensación de desmayo. Convencido de su muerte inminente, perdió el conocimiento y se desplomó, arrastrando su silla en la estrepitosa caída.

### §

Durante la noche había caído una lluvia tan intensa como necesaria y el viento sur aliviaba el rigor del verano. Mientras Domecq abría todas las ventanas para que la brisa matinal refrescara los ambientes, Negro lo miraba pidiéndole el desayuno.

Una vez que le dio de comer a su mascota, el jubilado decidió acompañar la primera mateada del día leyendo el *newsletter* de *Castelar Digital*. Entre muchas buenas noticias había una que no lo era. En cuanto la leyó, le mando un mensaje urgente al comisario Joaquín Amoroso.

«Domecq:

*Cagamos. Se infartó Bartik. Aberanda sigue sin custodia. Tenemos que hacer algo».*

La respuesta fue inmediata:

«Joaquín Amoroso:

*Ya mando a uno de mis vigiladores al Posadas. También voy a zarandear al jefe de Aberanda, para que mueva el culo y la proteja. Cuidate».*

Domecq todavía dudaba de la efectividad de las acciones encaradas por Joaquín para proteger a Aberanda, cuando fue

sorprendido por el ingreso de dos importantes mensajes. Uno de Interpol y otro de Malinka.

Comenzó por el llegaba desde París:

*«Ariel Tello / Interpol:*

*Por favor Domecq, le pido que no ventile el tema de las zonas francas.*

*Estamos negociando con la ROU, porque al hallazgo de 1981 se sumó otro.*

*Hay coincidencias de fechas entre el trueque de 3 cuadros con Taiwan y la*

*salida de 3 bultos -de tamaño compatible- desde la ZFC. Aunque Uruguay*

*tiene un gobierno razonable, las negociaciones diplomáticas son complicadas*

*y cualquier filtración podría derrumbar nuestro castillo de naipes. Saludos a*

*Anahí».*

Todavía conmocionado ante la posible confirmación de la pista que llevaba al “*Gabrielle et Coco*” original, Domecq leyó el *WhatsApp* de la pelirroja.

*«Malinka:*

*El fiscal Buendía va a limpiar mi prontuario a cambio de facilitarle el*

*allanamiento a mi casa. Todo bien pero no tengo un mango, con los 1000*

*verdes que me transferiste apenas me puse al día con el alojamiento en*

*Brasil. Además no puedo regresar a baires. Pero tengo algo que vale oro. Una*

*vieja grabación entre Monserrat y su esposo. Ella propone y el difunto*

*acepta, currar a los de Taiwan metiéndoles un cuadro trucho entre los cuatro*

*que debían entregar a cambio de las armas. Para vos, la grabación vale 10*

*lucas verdes. Monserrat pagaría mucho más pero mi vida ya no valdría una*

*moneda. Tenés 24 hs para transferir».*

Atónito, Domecq no sabía si creer o no. Podría ser una estafa de Malinka o un gol de media cancha. Por las dudas le pidió una “prueba”

y la pelirroja le envió un fragmento del audio donde Monserrat Cambó le propone a su marido reemplazar un Renoir original por una falsificación.

Sin pensarlo demasiado y sin medir las consecuencias, llevado por un irrefrenable y perverso impulso emocional, apostando a que Monserrat cometiera un error, Domecq le pidió dinero a cambio de una comprometedor grabación, de la que le adelantó un fragmento de audio.

Lejos de preocuparse, la viuda vislumbró la posibilidad de eliminar al molesto sabueso de Castelar y lo citó para 17 hs. de ese mismo día, en su casona de Recoleta. De inmediato, Domecq – temerario pero no boludo- le reenvió el mensaje al Fiscal Buendía, para que estuviera atento.

Como en un *déjà vu*, repitió el recorrido de la vez anterior: combi hasta el Obelisco, subte hasta Callao y caminata hasta Alvear 4654. En la puerta del palacete, el audaz jubilado se acreditó ante el guardia de seguridad quien lo derivó a un ascensor que lo llevó hasta el piso donde lo esperaba otro vigilador para acompañarlo a lo largo de un pasillo de mármol polícromo. Al entrar al mismo elegante ambiente en que había estado la vez anterior, se encontró con ella. Parada junto al ventanal, con su llamativo mechón blanco en medio de un cabello renegrado, con mirada torva lo esperaba Monserrat Cambó.

Esta vez no le ofreció whisky, ni agua. Nada de nada.

— ¿Trajo la grabación? —preguntó en tono agrio mientras trataba de descifrarlo con la penetrante mirada de sus ojos grises.

—Sí. Acá está —respondió Domecq, mientras su celular reproducía la conversación en la que la viuda le proponía a su difunto

esposo estafar al proveedor de armas mediante un Renoir falso —  
 Cuando me pague lo borro —concluyó.

— ¡No, no y no! —exclamó ella con chillido agudo—. Quiero la cinta original.

Entonces, Domecq le contó una historia verosímil, cercana a la verdad pero sin mencionar a Malinka.

—La cinta original está en Brasil...

— ¿Brasil? —lo interrumpió Monserrat.

—Sí. La tiene mi socio. Él le enviará la mitad de la grabación después de recibir diez mil dólares...

— ¿Y la otra mitad?

—Eso no le costará ni un peso, pero es muy importante para mí.

— ¿Qué mierda querés? —explotó la viuda, tuteándolo.

—Quiero saber dónde está el "*Gabrielle et Coco*" original, que se guardó su marido.

—Eso es fácil —se incriminó Monserrat sin imaginar que el fiscal Buendía estaba escuchándola en directo, gracias al sistema de espionaje que había plantado en su propia casa el finado Craigson Benitez—. Cambiemos el orden —propuso la viuda—. Yo te respondo ahora pero pagó los dólares al final.

—Por mí no habría problema, pero mi socio no quiere mandar nada desde Brasil si no recibe las diez lucas verdes.

Luego de desahogarse masticando un insulto, la viuda pidió que le mostrara el celular— ¿A ver? Quiero ver cómo borrás esa grabación de mierda.

Una vez que controló la operatoria, Monserrat —desde su teléfono— hizo la transferencia de los dólares a la cuenta indicada por

Domecq y que pertenecía a Malinka.

—Estimo que en pocos minutos recibiremos el audio con la grabación que incrimina a usted y su esposo en la falsificación del Renoir robado —se explayó Domecq pensando en el fiscal Buendía que estaba escuchando la escena.

— ¡Pará la mano! ¿Por qué tanto detalle? ¿Nos están escuchando? ¿Trajiste un micrófono? —lo encaró Monserrat, al tiempo que apretaba el timbre y apareció un custodio.

Al verlo, Domecq temió por su vida. El patovica bizco (ahora casi manco) era el mismo que lo había llevado encapuchado hasta la caballeriza de Santiago Craigson Cambo.

Rocco Sinagra, con una mueca sádica, lo obligó a desvestirse y quedar en calzoncillos.

Al no encontrar ningún micrófono, Rocco obedeció al gesto de su patrona y se retiró frustrado.

Mientras comenzaba a ponerse la ropa que había quedado tirada en el piso, Domecq sacó otro tema urticante.

— ¿Quisiera saber si pudo averiguar algo del Matisse que busca Anouk Rosenberg y pudo haber estado en poder de Francisco Cambó?

Sin responder, como si no hubiera escuchado, Monserrat caminó hasta un armario que escondía un bar y se sirvió algo que parecía whisky. Sin convidarle, se sentó a beber y mirar por el ventanal, de espaldas a su visitante.

En cuanto escuchó la recepción de un *WhatsApp* Domecq revisó su celular, leyó en silencio y mirando a Monserrat, le preguntó:

— ¿Quiere escuchar la grabación...

— ¿Y el original?

— Llegará por courrier.

Con evidente desagrado por la respuesta, la viuda le ordenó:

— Reenvíame lo que acabas de recibir y bórralo de tu teléfono.

— Ok — dijo Domecq mientras tipaba con su torpe índice derecho.

Una vez que Monserrat confirmó la recepción, él eliminó el mensaje.

Con gesto de disgusto pero sin emitir palabra, la viuda lamentó no poder eliminar ya a Domecq. Primero tenía que tener la grabación original en su poder. A falta de una opción mejor, hizo sonar el mismo timbre para que el gorila de mirada torva acompañara a Domecq hasta la salida.

Antes de retirarse, el imprudente sabueso de Castelar se animó a azuzar a su hosca interlocutora.

— ¿Es posible que el Renoir original esté en una zona franca?  
— le espetó para ver la reacción de la viuda.

Un leve temblor corporal seguido de un giro de cabeza para fulminarlo con la mirada, le confirmó que la mujer había acusado el impacto.

Aprovechando el momento de vulnerabilidad, en tono cómplice, Domecq le habló en voz baja.

— Yo negociaré con el fiscal, culparé de todo al difunto, devolveré el sangriento Renoir y viviré tranquilo.

En ese preciso momento se abrió la puerta y Rocco Sinagra le hizo señas de que debía retirarse.

Cruzando los dedos para que no lo hicieran boleta antes de

llegar a la vereda, Domecq caminó silenciosamente por el pasillo de mármol de Carrara.

Contento por haber sobrevivido a la peligrosa aventura, mientras se dirigía a la estación de subte, todo cambió cuando Domecq percibió que lo seguían.

« ¿Será Rocco, o gente del fiscal Buendía? ». —se preguntó.

**XXXXXII. Plan B**

El fiscal Buendía había logrado mantener su perfil bajo hasta que fue sorteado para investigar un caso de gran repercusión pública. Se trataba del lavado de dinero de la “guerra sucia” cuyo expediente había sido cajoneado durante años por el ex juez Oyarbide.

Con la implementación del nuevo sistema acusatorio los fiscales habían ganado protagonismo porque tuvieron que hacerse cargo de la investigación previa a la acción penal contra los autores de un delito. Además, la designación de un nuevo Fiscal General porteño, joven y comprometido, que fijaba objetivos precisos y les exigía a sus fiscales la posterior rendición de cuentas, había redundado en una más eficaz respuesta a las demandas de la sociedad.

En ese contexto, el fiscal Buendía aprovechó la oportunidad de allanar el domicilio de Malinka Lorenzo para acceder al sistema de escuchas instalado por el ya fallecido Gustavo Craigson Benitez para espiar a su esposa.

Lo que el fiscal Buendía no había imaginado era la insólita jugada de Domecq arriesgándose a meter la cabeza en la boca del lobo con tal de hacer hablar a Monserrat Cambó para que se incriminara, mientras el fiscal escuchaba en directo, desde la casa de Malinka.

Una vez que comprobó que Domecq había salido sano y salvo de la reunión, el fiscal Buendía solicitó el allanamiento de la mansión Cambó.

Lamentablemente, lo que parecía un final feliz quedó en suspenso, porque el juez de turno prefirió consultar con el poder político antes de molestar a una integrante del *Círculo Rojo*.

Desengañado por la cobardía del juez que había denegado la orden de allanamiento a la casa de Monserrat Cambó, apabullado por una lucha que le excedía y asqueado ante una vertiginosa sensación de impunidad, cuando la desesperanza preanunciaba su derrota íntima, en un postrer arranque de terquedad y obstinación, Domecq imaginó un “Plan B”.

Se trataba de una maniobra ingeniosa y falaz, que requería el apoyo de Elsie y Joaquín.

Una vez que Domecq logró involucrar a sus amigos, Joaquín llevó a Elsie hasta el palacete de la avenida Alvear 4654, donde ella dejó un sobre de papel madera para Monserrat Cambó y se retiró.

Siempre alerta, con los cuidados del caso, Rocco Sinagra revisó el sobre, lo abrió y le llevó un minicasette de audio a su patrona, junto con una nota.

«Este es el audio original prometido. Puede estar dañado en parte porque se me cayó al agua. Si en el término de una hora, no me dice dónde está el Renoir “*Gabrielle et Coco*” original, voy a contarle todo a la prensa. Domecq».

Luego de una larga puteada mientras el reloj corría y sus empleados no encontraban un reproductor de cassette compatible con el que acababa de recibir, la viuda decidió cumplir con lo prometido y responder la pregunta de Domecq:

« *Monserrat Cambó:*

*Ese Renoir quedó en la Zona Franca de Colonia*».

Exultante, como renaciendo de sus cenizas, Domecq recurrió a una videollamada para compartir la buena noticia con Elsie y Joaquín quienes aprovecharon para abrazarse y besarse, festejando el éxito

logrado. Mientras los tortolitos seguían con sus arrumacos, el jubilado agregó lo que ninguno quería oír.

—“Quedó” en la ZFC no es lo mismo que “está” en la ZFC.

Luego de soportar las críticas por aguafiestas, Domecq le reenvió a Ariel Tello el mensaje de Doña Monserrat y quedó a la espera de buenas noticias, que no llegaron.

En cambio, recibió un decepcionante mensaje de Anouk Rosenberg, quien informaba que según el resultado de la pericia *«la pintura de Henry Matisse, titulada “Mujer sentada”, en poder del Museo Nacional Thyssen-Bornemisza, de Madrid, no es la misma que los nazis le robaron a mi bisabuelo»*.

— ¡Nooo! —exclamó Domecq a voz de cuello y su grito estremeció a Negro que huyó despavorido —. ¡No puede ser! Recorrí Francia y España siguiendo la pista de un Matisse y resulta no ser el mismo que busca Anouk. ¡Cuánto tiempo y esfuerzos al pedo! Acá un puto juez no se anima a allanar a la viuda Cambó, en Uruguay no le dan bola a Interpol y en Francia *Christie's* dice que el cuadro denunciado no es el robado a Paul Rosenberg. ¿Cómo puedo tener tanta mala leche? ¡Estoy meado por los elefantes! ¡Mi vida es una quimera! Desde la ilusoria búsqueda de recompensas por el Renoir y el Matisse, hasta el patético intento de hacer justicia con los paramilitares impunes desde hace más de medio siglo. Desde la muerte de Leonor, toda mi vida fue una quimera, una ilusión, un sinsentido, una pesadilla insustancial, una ficción tan absurda como mis novelas».

« ¡Pará la mano, barrilete sin cola! » —reapareció la inefable voz de Leonor para ayudarlo a reflexionar—. « En un santiamén, pasas de

la euforia a la depresión».

—Pero yo...—intentó defenderse el viudo.

« ¡Nada de peros! El vaso está medio lleno y necesitás un baño de objetividad» —concluyó con firmeza la difunta y, sin permitirle el derecho a réplica, su presencia imaginaria se esfumó.

Como si hubiera percibido la evocación a Leonor, Negro abandonó el escondite y se frotó contra las piernas de Domecq. Después de rascarle la nuca sin esperar un ronroneo de agradecimiento, decidió tomarse unos mates y tratar de distenderse. Con música de Piazzola de fondo, mientras disfrutaba el sabor uniforme de una buena yerba, Domecq buscó los productos caseros que había comprado al costado de la ruta y se preparó una picada.

El salame de campo resultó ser un manjar. En cambio, el queso estaba demasiado fresco, sin la maduración necesaria para lograr la buena textura y el sabor de un verdadero Sardo. Fue entonces cuando pensó en Leonor y dejó de lado las críticas inconducentes para concentrarse en el placer de saborear cosas ricas.

## §

Alejada de las aventuras de sus amigos, una vez que le dieron el alta, la comisaria Aberanda viajó a Corrientes para completar su rehabilitación bajo los atentos cuidados de su madre. Al desembarcar en el aeropuerto Doctor Piragine Niveyro, Anahí tuvo la inmensa sorpresa de ver a sus hijos esperándola junto a sus abuelos. El largo trayecto en camioneta hasta Mocoretá, resultó insuficiente para responder el incesante bombardeo de preguntas que le hacían sus chicos o para escuchar las historias que se peleaban por contarle a modo de primicia.

Una vez instalada en la chacra donde había crecido en contacto con la naturaleza, Anahí pudo compartir con sus hijos inolvidables momentos dedicados a escuchar, observar y descubrir.

Con respecto a su hijo mayor, la comisaria enfrentaba un dilema: iniciar la secundaria en la bucólica Mocoetá o en la insegura Morón. Lo cierto era que la abuela ya no estaba en condiciones que manejar a un adolescente tan contestatario como cualquier otro. Además, Anahí no iba a soportar el nido tan tempranamente vacío.

«Esos chicos necesitan un padre» —machacaba la abuela, pero Anahí no le hacía caso. El padre biológico estaba borrado y ella se había acostumbrado a dormir despatarrada en su cama.

Recostada bajo un sauce llorón, observando cómo sus hijos se impacientaban por la falta de pique, mientras escuchaba un chamamé ejecutado por Tarragó Ros, Anahí decidió revisar su celular luego de haberlo ignorado durante varios días. A falta de un criterio mejor, empezó de atrás para adelante.

Quiso el azar que el último *WhatsApp* recibido fuera un largo mensaje de Domecq. Preocupado por la falta de respuesta a sus mensajes anteriores e imaginando que ella había tenido un problema de conexión o similar, su amigo comenzaba pidiendo noticias de la evolución de su salud. Luego, le resumía las últimas noticias.

Lo bueno era que el fiscal Buendía había podido escuchar en directo una charla donde Monserrat Cambó se incriminaba. Lo malo era que el juez del caso demoraba el allanamiento a su mansión

«El HdeP le está dando tiempo a la viuda para que elimine evidencias incriminatorias» —insultó Aberanda al juez, cuyo nombre desconocía.

A continuación, Domecq le informaba el fracaso de la búsqueda del Matisse en el museo de Madrid, tal como lo había confirmado Anouk.

El último comentario era sobre la ZFC. Interpol había encontrado más coincidencias entre los movimientos de bultos efectuados por Magister y el robo al MNBA, como así también con el posterior trueque de cuadros por armas. Sin embargo, el agente Ariel Tello le impedía hablar del tema.

« ¡Ya me va a escuchar ese gordito afrancesado! » —murmuró la comisaria sin pensar que eso significaba volver al ruedo.

*«Anahí Aberanda:*

*En mi carácter de comisaria, solicito conocer los avances en el allanamiento al depósito de Magister SA, en la ZFC. Saludos».*

La respuesta llegó antes de lo imaginado:

*«Ariel Tello/ Interpol:*

*Hola Anahí, me alegra tener noticias tuyas. Dame 24 hs. saludos».*

Como se trataba de un plazo razonable, Anahí guardó el celular y se acercó a la orilla del río para ayudar a su hijo en cuyo anzuelo se había ensartado un bagre que se resistía a ser sacado del agua.

### XXXXXIII. Zona franca (ROU)

Siguiendo la tradición, diciembre se presentó como un mes especial donde la Navidad lograba que las personas se reunieran y se animaran a soñar.

Una vez que acordaron pasar la Nochebuena juntos, los tres amigos evaluaron opciones. Elsie ofreció hacerlo en el jardín de su casa, en Ituzaingó, pero Joaquín le recordó que el pronóstico meteorológico anticipaba la posibilidad de precipitaciones y tormentas. Como alternativa, Domecq sugirió reunirse en “Tarzán”, el bodegón de Castelar conocido por los tres. Aceptada su propuesta, el jubilado quedó a cargo de la respectiva reserva para una noche tan solicitada.

Mientras tanto, en Mocoetá, Anahí se preparaba para celebrar junto a sus padres y sus hijos, con platos típicos correntinos. Después de tanto dolor, la comisaria necesitaba curar su alma al tiempo que en su cuerpo se cicatrizaban las heridas.

En París, azotada por una tormenta de viento y nieve, Anouk decidió pasar la Nochebuena sola, con un brindis temprano junto al personal que trabajaba en su mansión. Por un instante recordó la alegre Nochebuena pasada en Buenos Aires, muy diferente al recogimiento europeo.

También en París, pero en las oficinas de Interpol, el agente Ariel Tello y su equipo estaban siguiendo en tiempo real el desenlace de un operativo que había sido demorando por décadas.

A once mil kilómetros de distancia, en la República Oriental del Uruguay, el Fiscal General Washington Peña estaba reunido con el Jefe de la Policía Nacional, Walter Dominguez, ultimando los detalles del allanamiento más importante de sus carreras, cuyo resultado

marcaría definitivamente su futuro profesional.

A las 23.59 hora del Río de la Plata, en plena madrugada parisina, Anouk Rosenberg dormía plácidamente.

A la misma hora, el personal de “Tarzán” descorchaba las botellas de Champagne para brindar con sus clientes.

En Mocoretá, los impacientes hijos de Anahí Aberanda ya abrían los regalos depositados al pie del árbol de Navidad.

Frente a la Zona Franca de Colonia, las fuerzas uruguayas ya habían desplegado sus efectivos.

Cuando el reloj marcó la medianoche, Elsie y Joaquín se besaron apasionadamente. Frente a ellos Domecq pedía tres deseos: salud para Anahí, un Matisse para Anouk y un Renoir para él.

Al mismo tiempo, en Mocoretá, abrazando a sus hijos y mirando a sus padres, con una oración, Anahí agradeció estar viva y en familia: « *Señor, concédeme serenidad para aceptar lo que no puedo cambiar, valor para cambiar lo que sea posible y sabiduría para distinguir la diferencia*».

En la Zona Franca de Colonia, ROU, la Navidad no era sólo un momento de regocijo y reflexión, sino también de acción. Mientras la mayoría de las personas intentaban relajarse y ser felices, justo a la medianoche, esgrimiendo la pertinente orden judicial, el fiscal y la policía uruguaya allanaron la ZFC y comenzaron a abrir los bultos registrados a nombre de Magister SA y/o Galería Wildestein.

A sugerencia de Interpol, el Fiscal General Washington Peña priorizó la apertura de cajas similares a las que se utilizan para proteger y transportar cuadros. Sin ir más lejos, el contenido de la primera caja dejó a todos con la boca abierta. Frente a sus ojos

estaban algunas obras de arte similares a las robadas en la Navidad de 1980, del Museo Nacional de Bellas Artes, en Argentina.

En aquella oportunidad, los ladrones se habían llevado un botín valuado en 20 millones de dólares, que incluía siete objetos de porcelana y jade y 16 pinturas impresionistas, de las que solo tres se habían recuperado.

En Colonia de Sacramento, la mañana siguiente al exitoso allanamiento, había mucha expectativa por la llegada de expertos internacionales que pudieran confirmar o no la autenticidad de las obras recuperadas. Mientras tanto, anticipándose al pomposo anuncio organizado por el gobierno uruguayo, Ariel Tello se dio el gusto de notificar simultáneamente a Aberanda y Domecq.

*«Ariel Tello/ Interpol:*

*Las autoridades uruguayas acaban de allanar la ZFC donde recuperaron obras de arte compatibles con las robadas del MNBA. Falta la confirmación de un experto. Feliz Navidad».*

A partir de esa noticia, en Mocoetá, Aberanda festejó con su familia, mientras que en “Tarzán” Domecq hizo lo propio con Elsie y Joaquín, quienes le propusieron viajar de inmediato a Uruguay para estar presentes en lo que prometía ser un acontecimiento trascendental.

Finalmente, el 26 de diciembre, a las 17 horas, en las amplias instalaciones de la Zona Franca Colonia, a orillas del Río de la Plata, dentro de un recinto rodeado de policías y monitoreado por infinidad de cámaras de vigilancia, con la presencia de autoridades locales, de Interpol, del MNBA y de periodistas especializados, los expertos de *Sotheby's* comenzaron el arduo proceso de autenticación de las

obras recuperadas.

En una sala adjunta, con pantalla gigante, compartiendo la transmisión satelital con numerosos museos de todo el mundo, un amplio espectro de personas acreditadas seguía el apasionante proceso de correr el velo que los separaba de la verdad. Entre otros, Joaquín, Elsie y Domecq habían logrado ingresar gracias a un mensaje de presentación enviado por Ariel Tello de Interpol, París.

#### XXXXXIV. Regalo de Navidad

Pierre Ezkarra un minucioso vasco francés, era el veterano perito autenticador designado por *Sotherby's* la empresa que a lo largo de tres siglos, había consolidado una reputación de confianza, respaldada por una red global de especialistas en arte de primer nivel internacional.

Acostumbrado a estas certificaciones que abarcaban desde la confirmación de la procedencia hasta el análisis científico, el licenciado Ezkarra decidió comenzar con una de las acuarelas de Auguste Rodin. Se trataba de "*Mujer desnuda recostada*", realizada con la técnica de acuarela y grafito, sobre papel, cuyas medidas eran: 25 x 32,7 cm.

Tras observar el frente y reverso de la acuarela, Ezkarra examinó detalladamente las pinceladas, el estado de la obra, buscando etiquetas, algún número o anotación, o cualquier detalle que aportara información sobre la procedencia.

Después de un larguísimo silencio, en su afrancesado español, luchando con la "rr", don Pierre Ezkarra, sin sacarse los guantes ni su *overall* blanco immaculado, se acercó al micrófono y dijo: «las medidas coinciden y en el dorso conserva el sello con el número de inventario del Museo de Bellas Artes».

Como si hubieran presenciado el gol definitorio de un campeonato de fútbol, la concurrencia explotó en aplausos y gritos de aprobación.

Una vez que se recuperó el silencio, el experto de *Sotherby's* informó que esos datos justificaban que la obra de Rodin pasara al segundo proceso de autenticación: el análisis científico.

Nuevos aplausos premiaron la decisión.

A continuación don Ezkarra, mostró el siguiente objeto de análisis: “*Bailarina*”, de Degas, una pintura pastel sobre cartón de 46 x 49,5 cm. Si bien las medidas coincidían, en este caso la obra no tenía el número de inventario al dorso. No obstante, el experto la derivó a la segunda y minuciosa etapa de autenticación.

Emocionado, Domecq presenciaba el fruto de su esfuerzo. Si bien aún no había aparecido el Renoir objeto de su incesante búsqueda, como efecto colateral de su ardua investigación estaban saliendo a la luz una decena de obras de arte robadas del museo porteño y ocultas a los ojos del mundo durante casi medio siglo.

Por su parte, como un maestro del suspenso, don Ezkarra fue seleccionando las obras de menor relevancia económica y, al terminar la primera jornada, dejó pendiente para el día siguiente la evaluación de tres pinturas de valor incalculable: “*El abanico*”, de Matisse; “*Duraznos sobre un plato*”, de Cézanne y “*Gabrielle et Coco*”, el Renoir que obsesionaba a Domecq y sus amigos.

En la provincia de Corrientes, junto al río Mocoetá, bajo la tenue sombra de un sauce llorón, Anahí Aberanda no sacaba la vista de la pantalla de su celular donde aparecían las históricas escenas que Domecq le retransmitía en directo.

« ¡Por fin! » —exclamó la comisaria.

Después de tanto sufrimiento, en Uruguay habían aparecido las pruebas que vinculaban el robo al Museo de Bellas Artes con Magister y por ende con el difunto Craigson Benitez y su viuda Monserrat Cambó.

A la mañana siguiente, en la Zona Franca Colonia, el licenciado Pierre Ezkarra, sorprendió a todos informando que iba a cambiar el

orden del día, para evaluar un importante grupo de cuadros que también estaban consignados a nombre de Magister / Wildestein, pero nunca habían pertenecido al MNBA. Se trataba de cajas ingresadas a la zona franca mucho antes del robo de 1980, cuyo contenido y origen se desconocía.

Dado que no le interesaban las obras incorporadas tanto tiempo atrás, Domecq les sugirió a sus amigos retirarse y regresar a la tarde.

Sin embargo, la siempre atenta Elsie lo sorprendió con una pregunta: — ¿No querés escuchar lo que *Sotheby's* tiene para decir sobre ese Matisse?

— ¿Cuál Matisse?—preguntó Domecq arqueando las cejas por detrás de sus gruesos anteojos.

—El que está entre las pinturas a evaluar hoy—dijo la rubia mientras le mostraba una gacetilla que le habían ofrecido al ingresar al recinto.

En una violenta reacción, Domecq le arrancó el papel de las manos y leyó en voz alta.

—Listado de cuadros seleccionados por *Sotheby's* para hoy... bla, bla, bla, bla: "*Mujer sentada*", de Matisse.

El corazón del jubilado pegó tal respingo, que Elsie y Joaquín temieron que fuera a desmayarse.

—Es una de las versiones del Matisse que busca Anouk Rosenberg —comentó a media voz mientras recuperaba el aliento.

— ¿Podría ser la pintura que estás buscando? —intervino Joaquín.

—Es posible. Voy a ver.

Mientras el licenciado Ezkarra analizaba un extraño Picasso,

Domecq le envió un mensaje a Anouk, poniéndola al tanto de lo que estaba sucediendo en Uruguay.

La respuesta fue categórica;

*«Anouk Rosenberg:*

*Bonjour Domecq. Incroyable! Voy a llamar al director de Sotheby's para que me permita hablar con Ezkarra para darle pistas que permitirían distinguir nuestro Matisse de otras versiones que llevan el mismo nombre. Merci. À bientôt».*

A partir de ese momento, Domecq quedó a merced de un torbellino de palpitaciones que no cesaron de aumentar hasta que llegó el momento de la verdad.

Sentado entre Elsie y Joaquín, tomando sorbos de agua mineral del pico de una botellita bien helada, el jubilado observó atentamente cómo el licenciado Ezkarra mostraba la pintura de Matisse, la medía, revisaba el reverso, observaba las pinceladas, hasta que levantó la vista y -mirando al público- dictaminó: «En el dorso conserva dos sellos: uno borroso, tal vez "PP" y otro más claro "Colección Cambó".

Como partido por un rayo, al escuchar la palabra Cambó, Domecq se desmayó.

Un rato después, en la camilla de la ambulancia, despertó con una única idea en su mente: «Tengo que avisarle a Anouk, tengo que avisarle....», pero volvió a desvanecerse.

Finalmente despertó en lo que parecía una sala de recuperación de un pequeño hospital de provincia, sin ropa, sin celular, con un camisolín y conectado a un monitor.

Instantes antes de desmayarse, mientras escuchaba las

conclusiones del licenciado Ezkarra, Domecq había estado conectado con Anouk para que desde París escuchara en tiempo real. Por eso, cuando experto de *Sotheby's* mencionó que en el reverso del Matisse había un sello borroso “PP” o similar. Anouk pegó un alarido y comenzó a repetir como loca: ¡no es “PP” tiene que ser “PR”, porque “PR” significa “Paul Rosenberg”, mi bisabuelo!!!

Afortunadamente para la frágil salud de Domecq, ni él ni sus amigos, que lo habían seguido hasta el hospital, estaban presentes en la Zona Franca Colonia, cuando poco después el licenciado Pierre Ezkeda, tras inspeccionar otro cuadro impresionista, argumentó que dadas las medidas, las pinceladas y el sello con el número de inventario del MNBA, la versión “*Gabrielle et Cocó*”, podría tratarse del Renoir original robado en Buenos Ares, en Navidad de 1980.

## XXXXXV. Nochevieja en París

El 31 de diciembre, Domecq, Elsie, Joaquín, Aberanda y sus dos hijos, invitados por Anouk, cumplieron el sueño de celebrar la Nochevieja en París, cenando en uno de los *Bateaux-Mouches* que navegan por el Sena. Más allá de la recompensa acordada, la bisnieta de Paul Rosenberg quería agasajar personalmente a quienes le permitieron recuperar una valiosa pintura, en la que Henry Matisse había retratado a su bisabuela teniendo en brazos a su entrañable abuela.

Luego de disfrutar el toque de las doce campanadas y admirar los fuegos artificiales sobre los iluminados edificios de París, el grupo descendió en un muelle sobre la *rive gauche*. Acicateados por el intenso frío que empañaba los anteojos de Domecq, emponchados hasta la nariz, con guantes y gorros de abrigo calzados hasta las orejas, los visitantes caminaron encorvados, siguiendo a Anouk.

Al llegar frente al antiguo portón de madera de la mansión Rosenberg, la dueña de casa digitó una clave y automáticamente se abrió una puerta lateral donde los recibió una muchacha de tez morena, ya conocida por Domecq. Siempre simpática, siempre sonriente, siempre con sus prolijas trencitas africanas y siempre vestida con un conjunto de dos piezas, como los uniformes médicos pero de un agradable color pastel.

Ya en el interior del suntuoso palacete, Aberanda, Elsie y Joaquín pudieron admirar por primera vez el mobiliario, las esculturas, las alfombras y las pinturas, mientras que los hijos de Anahí se sacaban *selfies* junto a una muy cuidada armadura medieval. Luego de subir por una escalera de mármol de Carrara con barandas de

hierro forjado, la siempre cautivante anfitriona de ojos ámbar los invitó a pasar a un saloncito engalanado por una inmensa y chisporroteante chimenea que iluminaba la delicada *boiserie* que revestía esa sala de estar.

Mientras los hijos de Anahí pegaban la nariz a una vitrina repleta de espadas, petos y yelmos, Anouk destapó una añeja botella de Champagne que tenía guardada para acontecimientos como éste.

Después del tercer brindis, más el abundante vino de la cena, casi todos estaban repantigados en algún sillón, envidiando la libertad protocolar de los chicos que ya dormían a pata suelta, sobre la mullida alfombra, frente a la chimenea.

Mientras Elsie dormitaba con la cabeza apoyada en el hombro de Joaquín, Anouk conversaba con Anahí y Domecq. La agradecida heredera de Paúl Rosenberg, les había pedido que le contaran con lujo de detalles el largo camino que culminó con la recuperación de un conjunto de cuadros valuados en más de 20 millones de dólares y que habían sido buscados por medio mundo.

En realidad se había tratado de dos investigaciones independientes que terminaron confluyendo. En su búsqueda de venganza, la comisaria Aberanda se había empeñado de encontrar el cuadro original "*Gabrielle el Coco*" que permitiría desenmascarar a los que mantenían escondido el millonario botín robado del MNBA.

Tal como Anahí sospechaba, el Renoir original estaba en poder de los herederos de Craigson Benitez el difunto administrador del botín residual de la guerra sucia. Gracias a la colaboración de Aberanda y Domecq, Interpol, descubrió que todos los cuadros robados al museo porteño habían sido escondidos inicialmente en un depósito fiscal en

la Zona Franca de Colonia. Luego, tres de esas pinturas habían sido retiradas para canjearlas por armas a un traficante taiwanés quien, posteriormente, cometió el error de ofrecerlas en venta a una galería de París, donde reconocieron las obras robadas y efectuaron la denuncia a Interpol. Con el tiempo, las tres pinturas fueron recuperadas y reintegradas al MNBA.

La otra historia era bien conocida por Anouk. Se trataba de la larga búsqueda de la familia Rosenberg para encontrar una versión de “Mujer sentada”, pintada por Henry Matisse. Tras una infructuosa investigación por Francia y España, Domecq había regresado a Buenos Aires para investigar el “Legado Cambó” una impresionante colección, de obras de arte confiscadas a judíos europeos y llegadas clandestinamente a Argentina.

Las dos pistas tenían un eslabón en común: Monserrat Cambó viuda de Gustavo Craigson Benitez. Era nieta del mecenas español y esposa del administrador del botín paramilitar. Los cuadros involucrados en cada una de esas pistas habían coincidido en un mismo escondite: los depósitos fiscales de la Zona Franca de Colonia del Sacramento, ROU. A partir de este hallazgo, la lenta mano de la justicia había caído sobre doña Monserrat.

## §

Finalmente, en su último día en Francia los amigos eligieron distintas opciones. Elsie y Joaquín aprovecharon para hacer compras o al menos mirar las elegantes vidrieras de las principales casas de moda, desde Dior y Louis Vuitton a Chanel, Givenchy e Yves Saint-Laurent. En cambio, Anahí prefirió satisfacer a sus hijos llevándolos al parque *Illucity* en el barrio de *La Defense*, un lugar ideal para los

aficionados a las atracciones en realidad virtual con experiencias insólitas y lúdicas

Por último, Domecq decidió conocer “*La Closerie des Lilas*” local que —según decía Leonor— se ganó el título de “café más literario” de París, por haber sido frecuentado por un gran número de figuras de renombre desde Wilde, Beckett, Sartre, Zola y Cézanne, hasta Hemingway y otros colegas de la “generación perdida” que realizaban sus tertulias en la terraza de este café.

Para un viejo friolento como Domecq, las terrazas eran un lugar vedado en pleno invierno, por eso eligió una mesa interior, en un rincón bien calefaccionado, donde el aroma del buen café atraía a las musas.

« ¡Qué ambiente tan propicio para buscar inspiración!— reapareció la evanescente voz de Leonor.

— ¿A esta altura de mi vida? —preguntó escéptico Domecq.

—Sabés muy bien que nunca es tarde para retomar la escritura. La tercera edad es un período creativo y podés ser tan buen escritor como detective o periodista.

—Pero...

— ¡Nada de peros! —interrumpió ella con energía—. Acabás de protagonizar una historia digna de ser relatada y bien podrías desempolvar tu sueño trunco de escribir el relato novelado de un hecho real, entretejiendo periodismo y literatura como tu admirado Soriano —agregó, como si de tanto repetir y repetir, su esposo se lo terminaría por creer.

— ¡Estás equivocada! —la interrumpió Domecq—. La historia del Matisse y del Renoir tiene un final perfecto, casi inverosímil. ¿Los dos

cuadros estaban en el mismo lugar? Es un final demasiado feliz para ser creíble. Será real pero carente de verosimilitud novelesca.

— ¡Pará de quejarte! Vos conocés mejor que yo las libertades que se toman los escritores en la versión novelada de sus propias experiencias. Y si te olvidaste, releé a Capote. ¡Chaucito!

En realidad, Leonor tenía razón, varios años atrás Domecq ya había incursionado en la escritura de una versión novelada de hechos policiales reales. Pero ella le sugería seguir los pasos de Capote y él no era ni joven, ni rico, ni yankee, ni famoso, ni siquiera un buen escritor de “*non-fiction-novel*”. Por lo tanto, escribir una novela única e inigualable como “*A sangre fría*”, era algo impensado para alguien como él.

Sumido en una reflexión que lo desbordaba, de repente sintió que un gato se frotaba contra sus pantalones. Al intentar acariciarlo el animal se alejó y se sentó en el dintel interior de la vidriera. Al seguir al animal con su vista, a Domecq se le congeló la sangre cuando se topó con la siniestra mirada de Rocco Sinagra, el sicario bizco de doña Monserrat Cambó, que estaba al acecho.

**FIN**

## ÍNDICE

## CAPÍTULOS

De Castelar a París.....	1
Jeu de Paume.....	9
Venganza.....	17
Rose Vallard.....	24
Arte degenerado.....	31
Interpol.....	38
Nôtre Dame.....	45
El banquero nazi.....	51
Desde el quirófano.....	58
Frontera francesa.....	64
Parque Leloir.....	70
Comisario Maigret.....	77
El espía americano.....	85
Matisse expoliado.....	92
Café Le Procope.....	98
Intrusión fatal.....	104
Espionaje.....	111
Golpe a golpe.....	118
Pontevedra.....	125

La Taberna de Moe.....	130
Malinka.....	136
Casuarinas centenarias.....	142
Universidad de Morón.....	147
Tiroteo rural.....	155
Fiscal Rufiani.....	162
Castelar Digital.....	169
Tribunal de Morón.....	177
Comisaria Aberanda.....	182
El legado Cambó.....	188
Doña Montserrat.....	195
Bruno Rossini.....	201
De eso no se habla.....	204
Falsificador genial.....	211
Bodegón de bohemios.....	217
Octoberfest.....	222
Estafas de guante blanco.....	227
Artistas del engaño.....	234
Final de obra.....	240
El arte de lavar dinero.....	246

Plaza Cumelén.....	250
Bulín porteño.....	256
Carmelo (ROU).....	262
Rocco Sinagra.....	269
Parque Chas.....	274
Puerto de frutos.....	282
Rock anticomunista.....	289
La edad del pavo.....	295
Balazo nocturno.....	301
Aquelarre piquetero.....	306
Guerra de fiscales.....	314
Justicia porteña.....	320
Plan B.....	328
Zona franca (ROU).....	334
Regalo de Navidad.....	338
Nochevieja en París.....	343